C. QUINET

Carnet de Preparación de un Catequista

NOTAS PEDAGOGICAS

MONS. CARLOS QUINET, CANÓNIGO
INSPECTOR DE INSTRUCCIÓN RELIGIOSA DE LA DIÓCESIS DE PARÍS

Carnet de preparación de un Catequista

NOTAS PEDAGÓGICAS

VERSIÓN CASTELLANA POR EL
RVDO. CIPRIANO MONTSERRAT, CANÓNIGO
Doctor en Filosofía y en Sagrada Teología.

3.ª EDICION

I

DOGMA

EDITORIAL VILAMALA
Calle Valencia, 246 — Barcelona
1953

NIHIL OBSTAT

El Censor
Dr. JUAN TUSQUETS TERRATS, Pbro.

Barcelona, 31 Enero 1953

IMPRIMASE

† Dr. GREGORIO MODREGO
Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma
Dr. ALEJANDRO PECH
Canciller-Secretario

Impreso y editado en Barcelona (España), Printed in Spain

ARZOBISPADO
DE PARIS

París, 16 marzo 1928

REVERENDO SEÑOR Y AMIGO:

La enseñanza del Catecismo debe tener la primacía entre las demás para todos los católicos. Ella inicia las almas de los niños en la doctrina, en la moral y en el culto cristiano, disponiéndolos de este modo a una vida conforme con el Evangelio.

Por esto concedo una importancia capital, en orden al bien de las almas y al progreso de la Religión, a todas las iniciativas que facilitan a los catequistas el desempeño de su noble e importante misión y a los catequizados la inteligencia de los textos que han de aprender de memoria.

Con esto queda dicho que apruebo del todo su CARNET DE PREPARACIÓN DE UN CATEQUISTA *y sus* NOTAS PEDAGÓGICAS *destinadas a todos aquellos que, sean clérigos o seglares, se dedican a la enseñanza de la Religión.*

La presente obra es fruto de largos años de experiencia. En Reims y en París consagró usted lo mejor de su alma a ese apostolado, y es a la vez un acto de caridad y un beneficio el hacer participar de dicho fruto a numerosos lectores.

De este modo toma usted parte — una notabilísima parte — en la lucha contra la ignorancia religiosa, que el deber me obliga a denunciar, con el deseo de aportar a ella un remedio eficaz.

La presente obra contribuirá a ello, reverendo señor y amigo, y por esto se la agradezco vivamente, felicitándole y augurándole un completo éxito, en tanto que le repito el testimonio de mi consideración y afecto en N. S.

✠ LUIS, CARD. DUBOIS
Arzobispo de París.

OBISPADO
DE BLOIS

Blois, 17 octubre de 1927

REVERENDO SEÑOR Y AMIGO:

Con una insistencia conmovedora me ha pedido usted unas líneas para su CARNET DE PREPARACIÓN DE UN CATEQUISTA, *después de haberme enviado el manuscrito del mismo.*

Usted sabe lo que pienso acerca del autor, y cuánto aprecié y contribuí a destacar en París sus dotes de catequista cuando las dolorosas circunstancias de la guerra le forzaron a abandonar su diócesis de Reims.

La obra que usted va a publicar ha corroborado la impresión que yo conservo desde hace largos años. De nuevo he encontrado en ella su preocupación eminentemente sacerdotal por la instrucción religiosa de los niños, su exacta comprensión de las necesidades de esas tiernas almas y de su capacidad, su constante dominio de la pedagogía catequística y, en consecuencia, un método que, recogiendo todo cuanto de aprovechable nos legaron nuestros antepasados, tiende a darle mayor eficacia con la exposición de ciertos procedimientos pedagógicos modernos; y, finalmente, una perseverancia que en usted no es sino la expresión de un celo ardiente y contenido.

No busque en todo esto su panegírico, sino más bien el elogio de su obra, a la cual deseo todo el éxito de que es merecedora. No disimula usted las dificultades que en gran número de parroquias halla el sencillo y tradicional Catecismo. Porque las conoce, se presta usted a ayudar a los sacerdotes en su tarea, no ciertamente disminuyendo su labor, sino sugeriéndoles los medios de hacerla más fecunda.

Le repito, reverendo señor y amigo, el testimonio de mi consideración y afecto en N. S.

† JORGE,
Obispo de Blois.

PRÓLOGO

¿A qué viene este libro?

¡Existen ya tantos — pensará alguno —, que, como éste, no tienen otra ambición que la de servir la verdad religiosa que en ellos se enseña y de la cual debemos vivir!

De acuerdo. Sin embargo, somos de parecer que el presente libro llega en un momento oportuno y responde a una verdadera necesidad. Obra de uno de nuestros sacerdotes que desde hace muchos años hace participar del fruto de su reconocida experiencia y de su celo sacerdotal a las escuelas libres de París y a las instituciones juveniles, no dudamos que será bien acogida por aquellos a quienes se destina.

El CARNET DE PREPARACIÓN DE UN CATEQUISTA, *al sumarse al esfuerzo común, desea contribuir a que todos los que tienen la misión de enseñar a los niños la religión católica — párrocos, maestros de escuela libres y catequistas voluntarios — puedan desempeñar con mayor fruto su arduo e importante ministerio.*

Importante — decimos —, no pudiendo olvidar en los presentes momentos en que la ignorancia religiosa es cada vez mayor, las palabras literales del Sumo Pontífice:

En su Encíclica Acerbo nimis *de 25 de abril de 1905, escribía Pío X: «No quisiéramos que alguien se hiciera la ilusión de que la enseñanza del Catecismo no requiere meditación y trabajo. Por el contrario, una y otro son aquí más necesarios que en otros menesteres. Es más fácil encontrar un orador de palabra diserta y brillante, que un catequista cuyas explicaciones merezcan ser aprobadas sin reserva. Por mucha que sea la facilidad de pensamiento o de expresión de que uno esté dotado na-*

turalmente, no existe nadie que pueda exponer la doctrina cristiana a niños y adultos con fruto espiritual, si no se ha preparado de antemano por medio del estudio y de una seria meditación.»

Son muchos los que han comprendido estas palabras, y por esto en la actualidad, así en Francia como en el extranjero, v. gr., en Bélgica, en Italia y en otros países, existe la tendencia a concebir la enseñanza religiosa como un arte, y aun como una ciencia, que tiene sus leyes, su método y su pedagogía, o que, en otros términos, se basa en la psicología del niño.

En la enseñanza profana todo buen maestro tiene su carnet de preparación de clase; en la enseñanza religiosa exige, al par de las demás, el mismo trabajo de preparación; reclama los mismos procedimientos, por lo que hace a la parte intelectual, y es todavía más exigente en lo tocante a una parte tan delicada como la formación del alma.

El libro de Mont. Quinet es, pues, por lo pronto, un instrumento de trabajo.

Será útil a los catequistas para poner las verdades religiosas al alcance de los niños, para traducir el lenguaje abstracto del manual en lenguaje concreto, y para presentar la ciencia religiosa a través de imágenes y en reducidas fórmulas teológicas.

Merced a la aplicación de este método, el catequista conocerá los límites, el ropaje y todos los pormenores de las ideas esenciales o secundarias que viene obligado a suministrar a los pequeñuelos. Además, se guardará de falsear el espíritu de sus alumnos con el empleo de comparaciones improcedentes y, por tanto, sin utilidad práctica.

¿Quién ignora cuán desfavorables son a menudo las condiciones en que de ordinario nos vemos obligados a enseñar catecismo, como local poco apropiado, tiempo demasiado restringido para el catequista o mal escogido, destinando, v. gr., a la catequesis el final de la clase, cuando el niño se halla fatigado por el esfuerzo anterior, o reservándola para inmediatamente después de la comida? Y cuenta que muchas veces no es posible hacerlo de

otro modo, resultando de esto que dichas clases ora adolecen de breves, ora de prolijas en demasía.

Diríase que todo se conjura para demostrar al niño que la ciencia religiosa es, a la postre, una ciencia accesoria.

Guiado por este método, el catequista dará al niño una idea elevada de la enseñanza religiosa.

El carnet del catequista pide a quien desee utilizarlo una doble actividad: actividad del entendimiento y actividad del alma.

I. Actividad del entendimiento

Comprende:

1) Las reflexiones personales *tras una atenta lectura del capítulo de Catecismo que se ha de explicar* (1). *En estas notas el catequista estudia el procedimiento para que el niño entienda la lección propuesta; lo que le interesará y lo que le dejará indiferente; examina el porqué de esto; ve qué relaciones guarda la lección presente con la anterior y cómo dispone a la siguiente. Viene a ser el «memento psicológico» del catequista.*

2) La división del tema, *las grandes líneas que constituyen el esqueleto de toda la instrucción y que el catequista escribirá luego en la pizarra — el autor con razón insiste en esto más adelante —, para proyectar luz sobre el entendimiento del niño.*

3) El método que se debe seguir. — *En esta parte el catequista tiene en cuenta todos los datos psicológicos y pedagógicos que ha venido considerando desde un principio; busca la mejor fórmula para «traducir lo abstracto en correcto», y determina las pautas, las comparaciones, etc.*

(1) El autor acomoda sus explicaciones al texto de su diócesis, que no siempre coincide con los vigentes en las diversas diócesis españolas. Mas, tratándose de diferencias puramente de orden y de mero detalle, no le será difícil al lector adaptar convenientemente el *Carnet* a su respectivo texto diocesano. — *N. del T.*

4) *Anota ideas secundarias susceptibles de ser desarrolladas a tenor del tiempo de que dispone.*

5) *Los episodios históricos, las lecturas apropiadas, el fin que se debe conseguir y el resumen de la lección.*

II. Actividad del alma

En esta parte afectiva del Carnet de preparación, *el catequista toma nota de todo cuanto puede servirle en la lección para el desenvolvimiento de la vida espiritual del niño.*

El Carnet *presenta, por de pronto, un «ejercicio de reflexión» o breve meditación que el catequista propondrá muy despacio, procurando que los alumnos realicen mentalmente el mismo trabajo de reflexión.*

Esta breve meditación de unos minutos constituirá un devoto resumen de la lección y se terminará con un propósito o resolución y una súplica.

Ofrece luego una «notas de formación en la piedad», integradas por prácticas devotas, consejos, fórmulas de oración, avisos enderezados a robustecer la fe o la caridad, pensamientos de Santos, fragmentos o citas de lecturas apropiadas al catequista y pequeños planes de pláticas espirituales.

Este libro ha de ser un «verdadero Carnet de preparación».

Para que los catequistas puedan completar estas notas, el autor deja en blanco dos páginas al final de cada capítulo, a fin de que — y esto tiene su importancia — bajo los títulos: «enseñanza», «piedad» y «reflexiones pedagógicas y psicológicas», vayan anotando día tras día todo aquello que les llame más la atención en sus lecturas, en los hechos cotidianos que se producen ante sus ojos, en sus observaciones personales, en sus indicaciones, en sus experimentos y en sus estudios.

¡Cuántas observaciones pueden recogerse, al final de cada lección, sobre la atención de los alumnos a propósito de tal pasaje, sobre su disipación al oír la explicación de tal otro, sobre su actitud de recogimiento o de indiferencia durante la exhortación! ¡Cuán útiles datos para el educador avisado, quien podrá señalar las causas del éxito o del fracaso de sus procedimientos!

Las observaciones, frutos de una preciosa experiencia, indicarán a los maestros la mejor manera de dirigirse a las facultades del niño, la forma de apelar a su fe, a su conciencia, a su corazón y también a su razón.

En su libro Pedagogía del Catecismo *había ya escrito Mons. Quinet, que el catequista deseoso de restringirse a ese trabajo, de veras interesante, llegaría a ser en poco tiempo un maestro en el difícil arte de enseñar la religión.*

Los lectores de estas páginas prestarán, por lo demás, un servicio inapreciable al autor si se deciden a comunicarle los resultados de sus trabajos personales.

Finalmente, bajo el título Veinticinco minutos de catecismo utilizando la pizarra, *el autor presenta unos modelos de lección que los maestros podrán utilizar. Ha procurado desarrollar las lecciones en lenguaje muy llano y al alcance de los niños.*

El procedimiento de escribir en la pizara pareció, de momento, chocante. Cuestión de hábito. Mas, después de reflexionarlo y, sobre todo, después de emplearlo, gran número de sacerdotes se han percatado de las ventajas de semejante método. El autor declara haberlo empleado en todas las clases de catecismo, sin exceptuar las que han tenido un concurso de ciento cincuenta niños.

Nadie negará, en efecto, la eficacia del encerado en la enseñanza. Responde a una necesidad del niño; es el procedimiento de enseñar por lo que se ve, o por los ojos, y ha entrado ya a formar parte de los hábitos escolares.

La pizarra es un auxiliar precioso de la palabra del maestro. Fija la atención, y permite a la memoria retener con más facilidad los vocablos escritos.

Gracias a este procedimiento se aclaran las divisiones, y las definiciones quedan más grabadas; en pocas palabras el catequista resume en la pizarra toda la lección, y además subraya una advertencia importante o una máxima que hay que recordar. Enseña cómo se escriben las palabras nuevas para los niños, en especial

todos los términos teológicos, y se les explica. De un solo golpe puede hacer un bosquejo completo.

La necesidad de este procedimiento es tan bien comprendida en la enseñanza oficial, que los inspectores, en sus visitas, comienzan por investigar el uso que el maestro hace de la pizarra. En la escuela se emplea el encerado lo mismo para la instrucción moral *que para la escritura, así en la historia como en el cálculo. ¿Por qué no hemos de emplear en el Catecismo, privándonos voluntariamente de un recurso poderosísimo en una obra difícil, que demanda se apuren todos los recursos?*

Cuando el catequista actúa ante la pizarra, ningún niño ha de permanecer pasivo, puesto que a todos se dirige solicitando el entendimiento de todos y de cada uno.

Tal es el libro que en esta materia ofrece Mons. Quinet a sus lectores. En bien de unos y otros, le deseamos una rápida y densa difusión.

L. CARRETIER, canónigo
Director de la Enseñanza libre en la diócesis de París

DISTRIBUCION DEL TIEMPO PARA UNA HORA DE CATECISMO

CURSO MEDIO

15 primeros minutos:	Oración; resumen de la lección por escrito; presentación de los deberes o interrogatorio sobre la lección anterior.
25 minutos:	Explicación del maestro utilizando la pizarra.
5 minutos:	Ejercicio de reflexión personal.
15 minutos:	Breve plática de formación en la piedad. Señalamiento de deberes y entrega de los cuadernos corregidos. Oración.

NOTA.—Para los deberes de los alumnos, aconsejamos:
1. *Mi cuaderno de instrucción religiosa* (Curso medio).
2. *Ejercicios prácticos de Catecismo* (1.º y 2.º grado.)

CAPITULO PRIMERO

NOCIONES PRELIMINARES

Objeto de la lección: **Qué es el Catecismo**
Su importancia

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

La lectura del primer capítulo sugiere al psicólogo unas reflexiones muy generales, sin duda, pero muy a propósito para alentar y dirigir al catequista en su apostolado.

El niño se halla *dispuesto* a recibir la enseñanza religiosa.

Esta disposición es, desde luego, de orden *sobrenatural.*

En efecto, por el Bautismo se infunde en el alma un conjunto de virtudes que la disponen a recibir dócilmente las verdades de la Fe. Estudiad la oración, densa, grave y solemne, que el sacerdote pronuncia al extender su mano sobre la cabeza del catecúmeno y que expresa a maravilla los efectos de orden así intelectual como moral del Sacramento. «Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, autor de la luz y de la verdad... dígnate iluminar a este siervo tuyo con la luz de tu inteligencia. Purifícale y santifícale; dale la ciencia verdadera... una esperanza firme, un consejo recto y la santa doctrina».

Los votos del ministro se realizan mediante el Bautismo que él confiere.

El infante recibe, pues, por gracia, una aspiración nativa hacia lo divino. Esta inclinación constituye una atracción hacia los misterios y culto cristianos.

Por otra parte, el infante está *naturalmente* dotado de unas disposiciones morales favorables a la vida religiosa. Las pasiones, que tienen en él sus raíces como en todo ser humano, faltas de pábulo, no han pervertido aún su corazón, ni falseado, en consecuencia su juicio. Los únicos prejuicios de que se puede ser víctima le provienen de la familia o de la escuela.

Mas, para combatirlos, el catequista tiene unos preciosos aliados en la propia lealtad natural del niño y en su candor, que ama y ansía las sublimes, las divinas verdades.

Por más que el Espíritu Santo haya provisto de fuerzas espirituales el alma y el corazón del infante que se ha de catequizar, las tiernas inteligencias — nunca insistiremos bastante en esto — permanecen naturalmente ineptas para las especulaciones abstractas.

La gracia no hace violencia a la naturaleza. Si el infante se halla todavía en la fase de la intuición sensible con un predominio de la memoria y de la imaginación sobre las demás facultades, lo más acertado y cristiano será proponerle la Religión, no sólo como un *estudio que hay que hacer,* sino como una *doctrina que se ha de vivir.* En el fondo, el cristianismo interesa al corazón y a la voluntad tanto como a la razón.

Acontece que las personas rudas, pero piadosas, poseen unas luces espirituales que se echan de menos en las que, siendo muy cultas, no viven una vida de fe. El método, a la vez intuitivo para los espíritus simplistas y atrayente para las sensibilidades tiernas, se impondrá, pues, al avisado catequista.

Este procurará presentar la Religión como la más verídica, la más humana y la más santa de las histo-

rias, y no como un acervo de tesis profundas o como una serie de teoremas de difícil demostración.

Esta historia concreta, una de las bases de nuestra Fe, ha de ser revivida por todos. No es precisamente un objeto de curiosidad, sino que se impone a nuestra acción. Presentada bajo este aspecto, la enseñanza religiosa es práctica al par que teórica y resulta eminentemente viva, porque solicita la actividad de todas las facultades.

Desde este punto de vista, se comprende también mejor la importancia de exponer «positivamente» las verdades de la Fe sin entablar en torno a cada una de ellas la menor discusión teológica, que, por lo demás, resultaría superflua, por cuanto el infante da siempre crédito a la palabra del hombre, en especial de sus padres y del sacerdote.

Añádase que el infante no suele interesarse mucho por los ejercicios ideológicos. Le atraen mucho más la narración de un hecho, la exposición de algo real y el resultado de una investigación científica, que la investigación en sí misma y, menos aún, las objeciones de orden lógico.

En fin, discutiendo mucho en vez de exponer, se corre el riesgo de causar en las almas tiernas una mala impresión con las apariencias de duda, de ignorancia o de inseguridad en la Fe. En toda enseñanza la afirmación positiva es preferible a la actitud negativa. Este método se revela más educativo, incluso cuando se trata de inspirar horror al vicio.

En consecuencia, y resumiendo, el maestro catequista debe tener plena confianza en la docilidad intelectual, moral y religiosa de sus alumnos, quienes, natural y espiritualmente, son discípulos y como tales quieren ser tratados.

En el umbral de esta *Guía Pedagógica* la primera conclusión de nuestro análisis psicológico aparece del todo alentadora a los catequistas.

B) División del tema

El plan se pone de manifiesto en el mismo Catecismo. Dos conceptos hay que recalcar y explicar:

1.° Que el Catecismo es una enseñanza.

2.° Que esta enseñanza es de capital importancia.

¿Cómo lograr que sean aceptadas estas dos ideas? Por lo pronto no hay que remontarse demasiado arriba, antes es prudente prescindir de consideraciones excesivamente elevadas que rebasarían en mucho la capacidad de unos niños que sólo cuentan diez u once años.

Estos quieren cosas concretas.

Saben lo que es una enseñanza, puesto que en la escuela aprenden las ciencias profanas, y el Catecismo es para ellos una ciencia.

C) Método que debe seguirse

Armonía entre las ciencias profanas y la ciencia religiosa.

Necesidad de la ciencia profana; sin ella se es ignorante e inepto. Necesidad de la enseñanza religiosa.

Servicios prestados por la enseñanza profana. Servicios prestados por la enseñanza religiosa, que hace conocer a Dios.

Una *comparación*, un ejemplo será necesario para mostrar lo que es Dios para con nosotros, esto es, un Padre; tal es el título que le da Nuestro Señor Jesucristo. Ese Padre no era suficientemente conocido por el niño.

La doctrina del Catecismo es una doctrina de verdad; es la doctrina de Dios.

Y esto es fácil de verificar: el Catecismo nos es propuesto por la Iglesia; la Iglesia proviene de Jesucristo; Jesucristo es el Mesías, Hijo de Dios, que sale del pueblo judío, el cual sale a su vez de las manos de Dios.

Insístase en este origen. Utilícese el encerado para la mejor comprensión de esta idea.

Una constatación. Los infantes recibieron el Bautismo; luego se hallan dentro de la religión verdadera.

La importancia del Catecismo, ciencia de la religión, será más fácilmente comprendida estableciendo una comparación entre las riquezas de la tierra y las riquezas del cielo. El oro, la plata, las piedras preciosas, sirven por espacio de algunos años; las riquezas del cielo sirven para siempre.

D) Trazo histórico. — La palabra «cristiano»

La palabra «cristiano» se deriva de «Cristo». Fué aplicado este nombre a los discípulos de Jesús por los habitantes de Antioquía, hacia el año 42.

«Entre tanto los discípulos que se habían esparcido por la persecución suscitada con motivo de Esteban, llegaron hasta Fenicia y Chipre y Antioquía, predicando el Evangelio únicamente a los judíos. Entre ellos había algunos nacidos en Chipre y en Cirene, los cuales, habiendo entrado en Antioquía, conversaban asimismo con los griegos, anunciándoles el Señor Jesús... y un gran número de personas creyó y se convirtió al Señor.

»Llegaron estas noticias a oídos de la Iglesia de Jerusalén; y enviaron a Bernabé a Antioquía. Llegado allá, y al ver la gracia de Dios, se llenó de júbilo, y exhortaba a todos a permanecer en el Señor con un corazón firme y constante. Porque era Bernabé varón perfecto, y lleno del Espíritu Santo, y de fe. Y así fueron muchos los que se agregaron al Señor.

»De aquí partió Bernabé a Tarso, en busca de Saulo; y habiéndole hallado, le llevó consigo a Antioquía.

»En esta Iglesia estuvieron empleados todo un año, e instruyeron a tanta multitud de gentes, que aquí en Antioquía fué donde los discípulos empezaron a llamarse cristianos» (1).

(1) *Hechos* XI, 19-27. — Los textos de la Sagrada Biblia no siempre se reproducen literalmente en este libro, sino que a veces se resumen y adaptan con vistas a los niños, a quienes han de explicarse. El hecho, pues, de ir entre comillas no significa una transcripción exacta de aquéllos. — *N. del T.*

E) Impresión que hay que dar

De amor y aprecio de la enseñanza religiosa.

F) Actos que deben seguirse

Estudio del Catecismo, lecciones, deberes.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Nosotros tenemos un solo fin en la tierra: prepararnos la vida del cielo que no tiene fin. La religión cristiana me dará los medios para preparar esa vida.

¿En qué libro encontraré la explicación de la ciencia de mi religión?

En el Catecismo. Este libro me dirá quién es Dios, cómo hay que amarle, cómo hay que servirle.

Estoy seguro de hallarme en la religión verdadera, pues soy cristiano por el Bautismo. Tengo a Nuestro Señor Jesucristo por modelo y maestro.

Propósito. — Me propongo estudiar el Catecismo y escuchar las explicaciones, porque quiero llegar a ser un buen cristiano.

B) Formación en la piedad

Damos aquí algunos esquemas de instrucciones espirituales. El catequista podrá inspirarse en ellos para formar en la piedad las almas que le han sido confiadas.

I. *El fin de nuestra vida*

Cada hombre tiene un fin peculiar, que él va persiguiendo durante su vida. Este aspira a curar a sus semejantes, y estudia medicina; ése construye potentes máquinas para la industria; aquél cultiva el arte. Todos buscan la gloria o el dinero. Supongamos una vida muy larga, una vida centenaria; al morir, la gloria y las riquezas desaparecen... Esos fines particulares no eran, pues, el verdadero fin de la vida.

¿Cuál es el fin verdadero?... Preparar la propia eternidad.

¿Cómo prepararla? Aprendiendo la ciencia que nos permita conocer, amar y servir a Dios en este mundo para gozar de El en la eternidad.

Tal es la ciencia de la Religión. Religión es una palabra que significa «atar». La Religión, en efecto, nos ata a Dios, nos enseña las verdades que hay que creer, los deberes que hay que cumplir, los auxilios deparados por Dios. El Catecismo contiene el resumen de esa ciencia.

Resoluciones: Concurrir con asiduidad a las clases de Catecismo; escuchar atentamente; practicar los deberes de la Religión.

II. *Cómo hay que escuchar las enseñanzas del Catecismo*

El catequista podrá servirse muy provechosamente de la *Parábola del Sembrador* para desarollar este tema. La transcribimos a continuación:

«En aquel día, saliendo Jesús de casa, fué y sentóse a la orilla del mar. Y se juntó alrededor suyo un concurso tan grande de gentes, que le fué preciso entrar en una barca y tomar asiento en ella; y todo el pueblo estaba en la ribera. Al cual habló de muchas cosas por medio de parábolas, diciendo: Salió una vez cierto sembrador a sembrar. Y al esparcir los granos, algunos cayeron cerca del camino, y vinieron las aves del cielo, y se los comieron. Otros cayeron en pedregales, donde había poca tierra; y luego brotaron, por estar muy someros en la tierra; mas, nacido el sol, se quemaron, y se secaron, porque casi no tenían raíces. Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas, y los sofocaron. Otros, en fin, cayeron en buena tierra, y dieron fruto, donde ciento por uno, donde sesenta, y donde treinta...».

He aquí lo que significa la parábola del Sembrador.

El borde del camino donde cayeron parte de los granos es el corazón del que oye la palabra de Dios y no la entiende, viniendo el demonio y arrebatando lo que en aquél se había sembado.

La tierra pedregosa donde cayó parte de los granos es el corazón del que oye la palabra y, por lo pronto, la recibe con gozo. Mas no tiene interiormente raíz; es inconstante; y cuando sobreviene la tribulación o persecución por causa de la palabra, sucumbe en seguida. Las espinas que recibieron la semilla son aquel que oye la palabra; mas los cuidados del siglo y el embeleso de las riquezas la sofocan, y queda infructuosa. La buena tierra que recibió la semilla es aquel que oye la palabra y la medita, produciendo fruto, parte ciento por uno, parte sesenta y parte treinta.

Aplicación a los catequizados

La semilla. La semilla es la enseñanza el Catecismo: una misma semilla para todos.

El sembrador es Dios, que está representado por el sacerdote.

El demonio representa a las aves del cielo; quiere arrebatar a las almas la semilla en ellas depositada por el sembrador.

La tierra. La tierra es el alma de los catequizados. ¿De qué índole es vuestra tierra?

1) *Suelo trillado.* — Si asistís al Catecismo sin esforzaros por comprender y retener la enseñanza dada, sin estudiar las lecciones, sin practicar lo que se os dice, arrebatándoos el demonio la semilla.

2) *Suelo pedregoso.* — Si seguís las explicaciones, reteniéndolas tan sólo algún tiempo en vuestra memoria, sin dejar que arraiguen en vuestro corazón.

3) *Suelo cubierto de espinas.* — Si la enseñanza del Catecismo no os encuentra dispuestos a extirpar vuestros defectos, esto es, vuestra pereza, vuestra glotonería, etc., los pecados y las ocasiones de pecar, los malos hábitos, las malas compañías. Si sólo pensáis en divertiros.

4) *Buena tierra.* — El que nunca falta al catecismo, estudiando con interés las lecciones, haciendo bien los deberes, escuchando, reflexionando y esforzándose en practicar las enseñanzas aprendidas.

Termínese con una oración pidiendo a Dios la gracia de ser una tierra buena y feraz.

III. *Súplica a Jesucristo*

«Jesús, mi Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre, el verdadero Cristo prometido a los patriarcas y a los profetas desde el origen del mundo y finalmente dado en el tiempo al pueblo por Dios escogido: de tu santa y divina boca salieron estas palabras: «La vida eterna consiste en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste».

«Fiando en esta palabra, quiero con tu gracia poner empeño en conocer a Dios y en conocerte a Ti... Me acerco, pues, a Ti cuando puedo, con fe viva, para conocer a Dios en Ti y por Ti y para conocerle de una

manera digna de Dios, esto es, de una manera que me lleve a amarle y obedecerle de conformidad con las palabras de tu discípulo amado: «Quien dice que conoce a Dios, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso», y con las tuyas: «Quien observa mis mandamientos, ese es el que me ama».

«No por otra cosa, sino para amarte, quiero conocerte; no por otra cosa, sino para dedicarme a hacer tu voluntad, quiero conocerte y amarte, convencido de que es imposible conocerte bien sin estar unido contigo mediante un amor puro y casto» (1).

Insertamos aquí esta hermosa súplica que el catequista, previas las explicaciones necesarias, podrá hacer rezar al fin de esta lección preliminar.

IV. *Ver a Nuestro Señor en el sacerdote que os enseña*

El sacerdote ocupa el lugar de Jesús. Se dice con razón: El sacerdote es otro Cristo. Tenemos, pues, el deber de escucharle cuando nos habla de Dios; hay que escucharle como los *doctores de la Ley* escuchaban al Niño Jesús.

«Y al cabo de tres días (María y José) le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, y ora los escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas.»

Hay que escuchar diciendo de todo corazón: «Señor, tú tienes palabras de vida eterna».

Hay que escuchar con amor, porque Jesús ama a los niños: «Dejad en paz a los niños, y no les estorbéis de venir a mí; porque de los que son como ellos es el reino de los cielos».

A los diez o doce años se comprende bien muchas cosas relativas a Dios.

(1) Bossuet: *Elevaciones sobre los misterios de la Religión cristiana.*

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

El Catecismo es la enseñanza...

Añádase:

de la Religión,

que nos hace conocer a Dios.

LECCIÓN PRELIMINAR

Fijáos bien, niños, en lo que escribo: *El catecismo es una enseñanza.*

Es la comunicación de una ciencia que yo poseo y os doy.

En el colegio el maestro os *enseña* aritmética, gramática, historia y geografía. Sin él, ignoraríais todas esas cosas y seríais incapaces de hacer, por ejemplo, sumas o multiplicaciones. Imaginad ahora lo mucho que sentiríais un día el no saber contar o el ignorar dónde se encuentra el país de que se os habla.

El niño, todos los niños, no saben *absolutamente nada* por sí mismos. Tienen necesidad de aprenderlo *todo.*

Vosotros venís, pues, al catecismo para aprender. ¿Qué? Vuestra Relilión. *El Catecismo es, pues, la enseñanza de la Religión,* o sea de aquello que nos relaciona con Dios.

El estudio de la Religión nos hace *conocer a Dios.* Nos hace conocer:

1.° *Su existencia y su naturaleza,* o sea *lo que El es* (por supuesto, según los alcances de nuestro entendimiento).

2.° *Lo que Dios nos manda.*

3.° *Los medios que Dios nos concede para llegar hasta El.*

Durante la guerra, muchos niños fueron separados de sus padres. Recuerdo haber visto a unos, que ve-

nían de un pueblo de la región del Somme. Sus padres y madres habían sido hechos prisioneros por los alemanes, quedando ellos en Francia. Eran tan chiquitos, que apenas tenían conciencia de esa separación. Después de haber estado llorando todo un día, a la mañana siguiente se despertaron sonriendo.

Unos meses después, desarrollado ya algo más su entendimiento, comprendieron que tenían un padre y una madre que los amaban mucho y a quienes verían más tarde. Se les describió cómo eran.

Finalmente, se les recomendó que se portaran bien, a fin de que sus padres estuvieran un día satisfechos de ellos.

Pues bien, queridos niños; hoy os hago saber que vosotros sois hijos de Dios y que estáis separados de El durante los años que pasáis en la tierra. Sois hijos de Dios, quien os espera desde el cielo.

En el catecismo os explicaré cómo es Dios, lo que ama en vosotros y lo que vosotros podéis hacer por El.

Reléase en voz alta junto con los niños la frase escrita en la pizarra:

El Catecismo es la enseñanza de la Religión, que nos hace conocer a Dios.

Bórrense las tres palabras más importantes:

enseñanza,
Religión,
Dios.

Llámese a un alumno y hágasele completar la frase de viva voz o por escrito.

Bórrese lo escrito, y empiécese a escribir la frase siguiente:

Sólo hay una religión verdadera

Comprenderéis fácilmente que sólo puede haber una religión verdadera. *Es la única que procede de Dios.* Las demás religiones, instituídas por los hombres, no son sino defor-

maciones de la verdadera y contienen errores.

Nosotros estamos seguros de poseer la religión verdadera, porque, si nos remontamos a través de los siglos, llegamos al pueblo judío; salido de las manos de Dios Creador, y a Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, fundador de la Religión y de la Iglesia.

Escríbase en la pizarra:

la cual fué instituída por Jesucristo.

Fijaos bien en lo que escribo en la pizarra.

Escríbase:

Dios Creador.
El pueblo judío.
Jesucristo.
La Iglesia.

Dios Creador.
El pueblo judío.
Jesucristo.
La Iglesia.

Comprendéis al punto por qué nuestra Religión se llama *cristiana:* por haber sido instituída por el Cristo, o sea por *Jesucristo.*

Escríbase:

Forman parte de ella los cristianos o bautizados.

Comprendéis asimismo por qué nosotros nos llamamos cristianos: porque practicamos la religión de Cristo. (Indíquese que ese nombre fué dado en Atioquía a los discípulos de Cristo, hacia el año 42.)

La primera condición para ingresar en esa religión es la recepción del Bautismo.

Vosotros estáis bautizados; sois por tanto, cristianos.

Bórrese lo escrito y pásese a la frase siguiente:

Pero yo me esforzaré por hacer de vosotros unos *buenos cristianos.*

Desgraciadamente hay malos cristianos, como hay malos españoles y malos soldados.

¿No es una desdicha ser mal cristiano? Equivale a encaminarse hacia la perdición eterna.

El estudio del Catecismo.

Ejemplo:

Este pensamiento me lleva a hablaros de la importancia del estudio del Catecismo.

Imaginad que os digo: Niños, voy a enseñaros un procedimiento para fabricar piedras preciosas y diamantes del tamaño de un huevo. Os costará bastante aprenderlo y tendréis que trabajar mucho; mas, luego que hayáis trabajado, os encontraréis tan ricos, que podréis comprar todo lo que os guste. ¿Quién de vosotros rehusará trabajar? ¿Habrá alguno que se niegue?

Pues bien; explicándoos el Catecismo, os enseño una cosa muy superior a ese procedimiento maravilloso. Suponed, en efecto, que os he enseñado de veras a fabricar hermosos diamantes. Seríais ricos y os tendríais por dichosos; mas, ¿por cuánto tiempo? Por cuarenta, sesenta u ochenta años. ¿Y después? ¡Ah!, después moriríais; todo habría terminado. ¿De qué os servirían los hermosos diamantes?

Escríbase en la pizarra:

es el más importante de todos.

En cambio, el estudio del Catecismo os depara riquezas eternas. Ved por qué es el estudio más importante.

Este estudio os enseñará el procedimiento para ganar el Cielo y escapar del infierno y para ser verdaderamente dichosos y ricos *por toda la eternidad.*

Mostrando un Catecismo:

El Catecismo es un librito que vosotros:

amaréis,
estudiaréis,
procuraréis saber muy bien.

---

maciones de la verdadera y contienen errores.

Nosotros estamos seguros de poseer la religión verdadera, porque, si nos remontamos a través de los siglos, llegamos al pueblo judío; salido de las manos de Dios Creador, y a Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, fundador de la Religión y de la Iglesia.

Escríbase en la pizarra:

la cual fué instituída por Jesucristo.

Fijaos bien en lo que escribo en la pizarra.

Escríbase:

Dios Creador.
El pueblo judío.
Jesucristo.
La Iglesia.

Dios Creador.
El pueblo judío.
Jesucristo.
La Iglesia.

Comprendéis al punto por qué nuestra Religión se llama *cristiana:* por haber sido instituída por el Cristo, o sea por *Jesucristo.*

Escríbase:

Forman parte de ella los cristianos o bautizados.

Comprendéis asimismo por qué nosotros nos llamamos cristianos: porque practicamos la religión de Cristo. (Indíquese que ese nombre fué dado en Atioquía a los discípulos de Cristo, hacia el año 42.)

La primera condición para ingresar en esa religión es la recepción del Bautismo.

Vosotros estáis bautizados; sois por tanto, cristianos.

Bórrese lo escrito y pásese a la frase siguiente:

Pero yo me esforzaré por hacer de vosotros unos *buenos cristianos.*

Desgraciadamente hay malos cristianos, como hay malos españoles y malos soldados.

¿No es una desdicha ser mal cristiano? Equivale a encaminarse hacia la perdición eterna.

El estudio del Catecismo...

Ejemplo:

Este pensamiento me lleva a hablaros de la importancia del estudio del Catecismo.

Imaginad que os digo: Niños, voy a enseñaros un procedimiento para fabricar piedras preciosas y diamantes del tamaño de un huevo. Os costará bastante aprenderlo y tendréis que trabajar mucho; mas, luego que hayáis trabajado, os encontraréis tan ricos, que podréis comprar todo lo que os guste. ¿Quién de vosotros rehusará trabajar? ¿Habrá alguno que se niegue?

Pues bien; explicándoos el Catecismo, os enseño una cosa muy superior a ese procedimiento maravilloso. Suponed, en efecto, que os he enseñado de veras a fabricar hermosos diamantes. Seríais ricos y os tendríais por dichosos; mas, ¿por cuánto tiempo? Por cuarenta, sesenta u ochenta años. ¿Y después? ¡Ah!, después moriríais; todo habría terminado. ¿De qué os servirían los hermosos diamantes?

Escríbase en la pizarra:

es el más importante de todos.

En cambio, el estudio del Catecismo os depara riquezas eternas. Ved por qué es el estudio más importante.

Este estudio os enseñará el procedimiento para ganar el Cielo y escapar del infierno y para ser verdaderamente dichosos y ricos *por toda la eternidad.*

Mostrando un Catecismo:

El Catecismo es un librito que vosotros:

amaréis,
estudiaréis,
procuraréis saber muy bien.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO II

Objeto de la lección: **El Símbolo de los Apóstoles y la Señal de la Cruz**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

El contenido del capítulo segundo nos ofrece la primera coyuntura de llevar a la práctica nuestras reflexiones preliminares.

El Símbolo de los Apóstoles es ciertamente *dogmático,* pero tiene carácter *histórico* a la vez. Su simple exposición basta para demostrar que la Religión no es un sistema filosófico, sino que se basa en hechos concretos, eminentemente reales, a saber: la creación, la caída del hombre, la vida y muerte de Jesucristo y la institución de la Iglesia. ¿Quién no será, pues, capaz de descubrir una especie de armonía entre ese carácter del Cristianismo y la naturaleza psicológica del niño?

Si es cierto que éste es poco apto para comprender las ideas abstractas, no lo es menos que está muy bien dispuesto para el ejercicio de los sentidos y la actividad de la fantasía. Una religión que se ofrece a su espíritu y a su corazón bajo la forma sensible y atrayente de una historia vivida se impondrá sin grandes esfuerzos a su atención, fascinándole el alma y, en consecuencia, inclinará su corazón y su voluntad — que lo es todo en el niño — hacia el Ideal tan vivamente representado.

Cometeríamos, pues, un grave error, no ya tan sólo

desde el punto de vista dogmático, sino también mirando simplemente a la pedagogía catequística, si pasáramos por alto, y aun si no explotáramos el carácter tan afortunadamente histórico de nuestra Religión. ¡Circunstancia favorable! La índole de las cosas que se enseñan indica el método que hay que seguir; y es claro que cuando esa índole pertenece al orden de los hechos, se impone la práctica del método intuitivo en la enseñanza. El catequista cuidará, pues, de situarse desde un principio en el terreno de lo real exterior, accesible a todos los espíritus; y su explicación, basada en el Evangelio, revestirá un embeleso irresistible.

La exposición del Credo abundará en narraciones circunstanciadas de las que fluirá la doctrina sin constreñimientos ni brusquedad aparente. Nada de fórmulas escuetas ni de explicaciones en estilo algebraico. La vida más lozana dará huelgo a las palabras, circulará por las frases y animará la disertación del catequista, quien se sentirá enardecido y espoleado por el tema de su explicación y por la atención fructuosa del joven auditorio que le escucha con verdadero deleite.

B) División del tema

1) Qué es el Credo: un resumen de nuestra Fe.
2) De quién es: proviene de los Apóstoles.
3) Dígase quiénes eran los Apóstoles, con breves referencias sobre su origen, elección, formación y misión.
4) El Credo contiene en sus doce artículos lo esencial de la Religión.
5) Existe también una señal en la que se resume nuestra Fe: la señal de la Cruz. Demuéstrese lo que se encierra en esta señal.

C) Método que debe seguirse

Procuramos dar aquí una explicación que, al paso que instruya al niño, subyugue su fantasía. Ayudar con imá-

genes a comprender el sentido de las palabras, hacer desfilar diversos personajes en las narraciones, sacar comparaciones de cosas conocidas por los niños, tal será nuestro método, sin perjuicio de ir siguiendo paso a paso el Catecismo.

Las grandes ideas que hay que destacar y hacer comprender son éstas: 1.° Todas las verdades de la Religión se hallan resumidas en el Credo o Símbolo; 2.° qué eran los Apóstoles; 3.° el Símbolo es una señal.

El niño tiene en las manos un libro titulado «Historia de España»; se ha familiarizado ya con lo que se llama un compendio, y al principio de cada capítulo aprende de memoria unas líneas que contienen el resumen de la lección. Las palabras: «El Credo es un resumen de la Religión» tendrán en seguida sentido para el niño, si éste las refiere mentalmente a los resúmenes aprendidos en el colegio.

El niño es un ser despierto y curioso. En sus paseos ha tenido ocasión de ver a algunos artistas pintando o trazando simplemente el croquis de un paisaje. Servíos de esta segunda imagen, parangonándola con el vocablo «resumen».

Hechas estas explicaciones, el catequista hará desfilar los personajes, que aquí son los Apóstoles.

Un procedimiento que siempre sale bien consiste en hacer leer en el Evangelio un pasaje relacionado con la lección que se explica. Como en la clase, conviene que el lector sea un niño inteligente y que marche sobre seguro. Contamos con la hermosa narración de la vocación de los Apóstoles que se lee en el capítulo cuarto de San Mateo. Con breves palabras el catequista puede poner de relieve esa escena, en la que todo contribuye a subyugar al niño: los pescadores, la barca, las olas del lago, las redes.

Si el tiempo disponible lo permite, se dirán algunas palabras sobre cada uno de los Apóstoles. Un poco más adelante damos una breve reseña de cada uno de ellos.

Encarecemos que se insista mucho sobre el punto de haber vivido los Apóstoles al lado de Jesús por espacio de tres años, habiendo sido formados por El y visto sus milagros. Son, pues, testigos suyos, y unos testigos tan fieles, que dieron la vida en testimonio de la verdad por ellos predicada.

Para desarrollar este pensamiento: «Los doce artículos contienen la enseñanza resumida de la Religión», aconsejamos que, más que recitar, se haga leer lentamente el Credo por todos los alumnos, interrogándolos luego para que encuentren las verdades en él contenidas, a saber: 1.°, verdaderes naturales, que la razón puede conocer: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma; 2.°, misterios conocidos por la Revelación: la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Resurrección.

Servíos de la pizarra, y después de haber explicado un punto determinado, reservad unos segundos a la reflexión personal, presentando como guía del pensamiento lo que hay escrito en aquélla.

El símbolo es una señal. Impónese la comparación de la bandera, cuyos colores simbolizan la Patria y son inseparables. Los doce artículos son una señal de nuestra Fe católica. Los doce artículos son inseparables; borrad un artículo, y el Credo es incompleto.

Empléese el mismo procedimiento para explicar la señal de la Cruz. Mostrad un crucifijo, y en presencia de la imagen de Jesucristo entáblese un diálogo entre vosotros y los niños. ¿Quién es este hombre que está clavado en la cruz? —¿Por qué murió de este modo? —¿Por qué nos rescató?, etc. Puede afirmarse, en verdad, que toda la enseñanza de la Religión se encuentra resumida en la señal de la Cruz.

D) ALGUNAS IDEAS QUE PUEDEN DESARROLLARSE a tenor del tiempo de que se dispone y del medio intelectual de los niños.

1) *Los diferentes símbolos:*

El *Símbolo de los Apóstoles* contiene la doctrina de los Apóstoles. Data de fines del siglo primero y es el más antiguo.

El *Símbolo de Nicea,* el que se canta los domingos en la Misa solemne, fué compuesto en el siglo IV y completado en el noveno. Su objeto era combatir las herejías relativas a la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo.

El *Símbolo de San Atanasio,* compuesto en el siglo VII, se halla en el Breviario que usan los sacerdotes.

2) *Utilidad de los símbolos:* la memoria retiene lo esencial de la Religión. Sus definiciones son una barrera contra error.

3) Mostrad todo el contenido del artículo «Creo en la santa Inglesia católica». Es la fe en todo cuanto la Iglesia nos enseña.

4) Indicad, finalmente, que en la señal de la Cruz decimos: «En el nombre», en singular por la sencilla razón de que las tres Personas no forman sino un solo Dios. (Escríbase en la pizarra la fórmula de la señal de la Cruz para hacer resaltar esa idea.)

E) Dos palabras sobre cada apóstol

SIMÓN PEDRO. — Alma ardiente, recta y generosa pero algún tanto presuntuosa; amaba entrañablemente a su Maestro; natural de Betsaida, pueblecito de la ribera del lago de Genesaret, vivía del producto de la pesca. Era hermano de Andrés.

Fué escogido por Jesucristo para cabeza de los Após-les y evangelizó primero la Palestina. Metido en la cárcel por Herodes Antipas, fué milagrosamente libertado, pasando a Antioquía y luego a Roma, donde fundó una comunidad cristiana a la que gobernó por espacio de veinticinco años. Predicó en diversos lugares y volvió a Roma, donde murió mártir, crucificado cabeza abajo, en la colina del Vaticano, el año 67, durante la persecución de Nerón.

Tenemos de él dos epístolas.

Algunos pasajes del Evangelio donde se habla de Pedro. — MAT. 18; XIV, 18; XVI, 16; XVI, 23; JN. IV, 68, 70; XX, 6; XXI; LUC. V; XXIV, 34, y además en las narraciones de la Pasión y en los capítulos I, II, III, IV, V, IX y XII de los HECHOS DE LOS APÓSTOLES.

Se celebra su fiesta el 29 de junio. El Martirologio romano dice: «En Roma el triunfo de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, los cuales sufrieron el martirio en un mismo año y en un mismo día, bajo el imperio de Nerón, habiendo sido el primero crucificado cabeza abajo en dicha ciudad y luego sepultado en el Vaticano junto a la Vía Triunfal, donde es objeto de veneración para el orbe entero...»

ANDRÉS. — Hermano de Pedro y como éste pescador de Betsaida, presentó su hermano a Jesús. Evangelizó la Escitia al norte del mar Negro y algunas colonias griegas de la ribera meridional de ese mar. Pasó en seguida a Grecia y sufrió el martirio, siendo clavado en una cruz en forma de aspa, en Patras de Acaya.

Pasajes del Evangelio relativos a este Apóstol: MAT. IV, 18; JUAN I, 40 y 41.

Se celebra su fiesta el día 30 de noviembre.

El Martirologio romano dice: «Predicó el Evangelio en Tracia y en Escitia. El procónsul Egeas le prendió y le puso en la cárcel, y después de haberle azotado cruelmente le mandó crucificar, permaneciendo vivo en la cruz por espacio de dos días enteros, desde donde enseñaba al pueblo; y rogando al Señor que no permitiese le quitasen vivo de la cruz, fué rodeado de un gran resplandor que bajó del cielo y; desvaneciéndose poco después esta luz, entregó su espíritu al Criador.»

SANTIAGO EL MAYOR. — Hijo de Zebedeo, pescador del lago de Genesaret, hermano de Juan y como éste íntimo del Salvador. Corazón franco, alma ardiente e impulsiva.

La tradición dice que por algún tiempo evangelizó Judea, Samaria, Siria y las provincias vecinas. Fué el

primer apóstol mártir. A principios del año 42, Herodes, para complacer a los judíos, le hizo decapitar en Jerusalén.

Algunos pasajes del Evangelio donde se habla de Santiago el Mayor: MAT. IV, XX; LUC, V; MARCOS X, 39; HECHOS XII, 1-2.

Su fiesta se celebra el 25 de julio

El Martirologio romano dice: «Apóstol, hermano de San Juan Evangelista, que en las proximidades de la fiesta de Pascua fué decapitado por orden de Herodes Agripa.»

JUAN. — El discípulo amado. Hijo de un pescador del lago de Genesaret y hermano de Santiago el Mayor. Su madre Salomé formaba parte del grupo que seguía a Jesús. Juan había seguido en un principio a Juan Bautista; mas luego que hubo conocido al Cordero de Dios se adhirió a Jesús. En la última Cena recostó su cabeza sobre el pecho del Salvador. Después de Pentecostés fué encarcelado con San Pedro. Predicó en Samaria y en Jerusalén y vivió en compañía de la Virgen Santísima, la cual le había sido encomendada por Jesús momentos antes de morir.

Gobernó la Iglesia de Efeso y todas las comunidades circunvecinas. San Juan sufrió el martirio por la fe en Roma. Fué metido en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió milagrosamente ileso. Desterrado a la isla de Patmos, escribió el Apocalipsis; y habiendo regresado a Efeso, murió en esta ciudad a principios del reinado de Trajano, hacia el año 101.

Algunos pasajes del Evangelio: MAT. IV, XVII, XX, XXVI, 27; LUC. V; VIII, 51. Los diversos relatos de la Pasión. JUAN XIII, 23; XIV, 26; XXI, 7-20; HECHOS III, 1, 4, 21; VIII, 14.

Se celebra su fiesta el 27 de diciembre.

El Martirolgio romano dice: «Apóstol y evangelista, el cual después de haber escrito el Evangelio, fué desterrado, y tuvo las revelaciones contenidas en el divino Apocalipsis. Habiendo alcanzado los tiempos de Trajano y fundado y gobernado las Iglesias de toda Asia, murió ya muy viejo, a los sesenta y ocho años, después de la Pasión del Señor, y fué sepultado junto a la misma ciudad.»

FELIPE. — Amigo de Bartolomé, natural de Betsaida, pequeña aldea situada en la ribera del lago de Tiberíades, en Galilea. Espíritu práctico, que no reparaba en formular preguntas a Nuestro Señor.

Léanse en el Evangelio los pasajes relativos a este Apóstol: JUAN I, 43 y 47; VI, 7; XIV, 8.

Se celebra su fiesta el 1.° de mayo.

El Martirologio romano escribe: «San Felipe, después de haber convertido casi toda Escitia a la fe católica, fué clavado en una cruz en Hierápolis, ciudad de Asia, y apedreado acabó gloriosamente su vida.»

BARTOLOMÉ. — Se quiere ver en él a aquel Natanael a quien Felipe presentó a Jesús, después de haberle encontrado meditando debajo de una higuera. Hombre recto y de singular candor. La tradición refiere que evangelizó la India, muriendo tras el horroroso suplicio de ser desollado vivo.

Pasaje del Evangelio relativo a este Apóstol: JUAN I, 47.

Se celebra su fiesta el 24 de agosto.

El Martirologio romano dice: «Apóstol que predicó en la India el Evangelio de Jesucristo. De allí pasó a Armenia mayor, en donde habiendo convertido a muchos, fué desollado vivo por los bárbaros; y degollado luego por mandato del rey Astiages alcanzó la corona del martirio.»

TOMÁS. — Espíritu simple, difícil de convencer, pero de corazón generoso. Natural de Antioquía. Anunció el

Evangelio a los partos y a los persas y fué sepultado en Edesa.

Pasaje del Evangelio relativo a este Apóstol: JUAN XIV, 5; XX, 25; XI, 16.

Se celebra su fiesta el 21 de diciembre.

El Martirologio romano dice de él: «Apóstol que, habiendo predicado el Evangelio a los partos, medos, persas e hircanos, penetró finalmente en la India; y después de haber adoctrinado a aquellos pueblos en la religión cristiana, por mandato del rey murió alanceado. Sus reliquias fueron trasladadas primero a Edesa, y luego a Ortona, en Apulia.»

MATEO. — Moraba en Cafarnaum, ciudad situada junto al lago de Tiberíades. De publicano se hizo apóstol. Predicó en Palestina y escribió su Evangelio, pasando después a Etiopía y probablemente a Persia y al país de los partos.

El Evangelio narra su vocación: MAT. XI, 9 y siguientes.

Se celebra su fiesta el 21 de septiembre.

El Martirologio romano dice de él: «Apóstol y evangelista, el cual, habiendo predicado el Evangelio en Etiopía, murió mártir. Su Evangelio, escrito en arameo, por revelación suya fué hallado juntamente con el cuerpo de S. Bartolomé apóstol, imperando Zenón.»

SANTIAGO EL MENOR. — Primo de Jesús, hijo de Alfeo y de María, hermano de Judas. Natural de Nazaret. Antes de Pentecostés le absorbían las aspiraciones temporales, siendo más tarde uno de los más insignes jerarcas de la Iglesia naciente. Obispo de Jerusalén por espacio de treinta años, escribió por el año 60 una epístola a todos los cristianos salidos del judaísmo.

Pasaje del Evangelio relativo a este Apóstol: MARCOS VI, 3.

Se celebra su fiesta el 1.° de mayo.

El Martirologio romano escribe: «Santiago, a quien llama la Escritura «hermano del Señor» y que fué el primer obispo de Jerusalén, precipitado desde lo alto del templo, rotas las piernas, herido el cráneo con un palo de lavandero, murió y lo sepultaron junto al templo.

JUDAS. — Llamado también Tadeo, hermano de Santiago el Menor, hijo de Alfeo y María, y primo de Jesús. Escribió una epístola a los cristianos de Asia Menor probablemente poco después de muerto su hermano. En esa epístola denuncia a determinados herejes. Predicó en Siria y Arabia, y fué martirizado en Persia, según se cree.

Pasaje del Evangelio relativo a este Apóstol: MARC. VI, 3; LUC. VI, 16; MAT. XIII, 55; JUAN XIV, 22.

Se celebra su fiesta el 28 de octubre.

El Martirologio romano dice de él: «Predicó el Evangelio en Mesopotamia. Después, entrando juntos (con Simón Cananeo) en Persia, habiendo convertido una innumerable multitud de aquellas gentes a la fe de Jesucristo, alcanzaron la palma del martirio.»

SIMÓN CANANEO. — San Lucas le da el sobrenombre de «Celador». Hermano de Judas, no se tienen de él noticias ciertas. Se supone que evangelizó a Egipto, el país de Cirene y Mauritania.

Pasaje del Evangelio relativos a este Apóstol: MARCOS VI, 3; LUC. VI, 16; MAT. XIII, 55.

Se celebra su fiesta el 28 de octubre juntamente con la del Apóstol San Judas.

El Martirologio romano hace mención de él al hablar de este último.

JUDAS. — Natural de Keriot, pueblo de Judea. Desde un principio gozó de la confianza del Maestro, pero se tornó avaro y ladrón. Habiendo vendido a su Maestro,

se ahorcó. Los *Hechos* refieren que Matías le sucedió en el apostolado.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

El *Credo* o *Creo en Dios Padre* es un compendio de la enseñanza de los Apóstoles. Estos vivieron en compañía de Nuestro Señor Jesucristo. Recuerdo algunos nombres: San Pedro, cabeza de los Apóstoles; San Andrés, hermano de Pedro; San Juan, el discípulo amado de Jesús.

En el *Credo* hay doce frases que resumen toda la religión. Desde hace largos siglos los cristianos rezan esta oración sin mudar una sola palabra. Jamás ha habido necesidad de suprimir la más breve de dichas frases. Todas son necesarias. No sería yo digno de ser discípulo de Nuestro Señor si no creyera las verdades del *Credo*.

Propósito. — Me propongo recitar todos los días el *Credo* con fe, con devoción y despacio, procurando entender el sentido de cada palabra.

El *Credo* es mi bandera de cristiano.

Al terminar, el maestro hará rezar despacito el Credo.

B) Formación en la piedad

Este capítulo es uno de los que dan ocasión para combatir la rutina en la oración, verdadero desperdicio de esta riqueza espiritual.

Persuadidos de que el exterior revela de ordinario los sentimientos interiores, convendrá esforzarse en que los niños recen despacio el *Credo*, marcando un pausa después de cada artículo. Póngase atención en la manera cómo trazan la señal de la Cruz. Obsérveseles cuando entran en la iglesia y dan comienzo a sus preces, advirtiendo a los pequeños transgresores lo que han de hacer para corregirse.

Esta vigilancia ha de ejercitarse durante algún tiempo, y no estará de más tomar las notas que se juzguen pertinentes. Procúrese que la recitación del *Credo* se haga reflexivamente. A este efecto, el catequista podrá decir antes de empezarla: Vamos a recitar una oración que nos trae a la memoria todo el contenido de nuestra Religión. Esta oración contiene la conmovedora historia de Nuestro Señor, etc... Insístase en la palabra «oración», pues muchos niños consideran prácticamente el *Credo* como una lección. Mientras lo recitan, hágase hincapié en los artículos: «Nació de María Virgen»; «padeció»...; «fué crucificado, muerto», etc... No se tenga reparo en recurrir con frecuencia a este procedimiento.

Para variar, un día se puede hacer observar que el primer artículo habla de Dios Padre y de la Creación; otro día que la historia del Hijo de Dios y Redentor nuestro comprende desde el artículo segundo al séptimo; otro que en los restantes artículos se habla del Espíritu Santo y de su obra santificadora.

Una vez recitada la oración se puede mandar a un alumno que repita lo que acaba de decir el catequista.

Para poner de relieve la suma importancia del *Credo*, será bueno citar este pasaje relativo a los antiguos usos de la iglesia. «El que quería recibir el bautismo debía aprender esta fórmula y recitarla. Algunas semanas an-

tes del baustismo, generalmente después de la tercera de Cuaresma, los catecúmenos se reunían con sus padres y sus padrinos, y se les daba el Símbolo de los Apóstoles, uno por uno sus artículos, lo cual se llamaba «entrega del Símbolo».

»Algunos días después, el catecúmeno debía devolver el Símbolo, esto es, recitarlo... Durante la ceremonia del bautismo el catecúmeno debía afirmar que aceptaba todos los artículos de esta fórmula. Entendíase, pues, claramente, que el cristiano por el bautismo se comprometía a cumplir con fidelidad la regla de fe, a no abandonar ninguno de sus artículos. Este era su símbolo, el signo de su fe» (1).

Hágase observar que el Símobolo es rezado en el Bautismo por el padrino y la madrina, y que el día de la Confirmación lo reza el confirmado juntamente con el Obispo.

Procédase del mismo modo respecto a la señal de la Cruz, haciendo que los niños se observen los unos a los otros y comiencen de nuevo toda señal de cruz mal hecha, y acostúmbreseles a no avergonzarse nunca de hacer en público esta señal.

Explíquese que es bueno santiguarse en las tentaciones, al levantarse y al acostarse, y al principio de nuestras principales acciones.

El demonio tiene miedo a la señal de la Cruz.

Salúdense las cruces que se encuentren en la plazas y caminos.

Para terminar, citamos estas palabras del santo Párroco de Ars: «La señal de la Cruz es temida por el demonio, porque por ella nos escapamos de sus garras... Hay que hacer la señal de la Cruz con grande reverencia. Se comienza por la cabeza: el principio, la creación, el Padre; sigue el corazón: el amor, la vida, la redención, el Hijo; y se pasa a los hombros: la fuerza, el Espíritu Santo. Todo nos recuerda la Cruz. Hasta nosotros estamos hechos en forma de Cruz (2).

(1) Don Cabrol: *La oración de la Iglesia,* cap. XIII
(2) Monnin: *Espíritu del Párroco de Ars.*

Práctica. — Llevar siempre encima una crucecita. Colocar en el aposento a la cabecera del lecho un crucifijo. Habituarse a rezar mentalmente una jaculatoria al ver una cruz.

El catequista hablará útilmente del culto a la Cruz y recordará las ceremonias que en el Viernes Santo acompañan la adoración de la misma.

Himno de la Cruz. — Insertamos aquí la traducción del himno propio del tiempo de Pasión. Un catequista hábil puede utilizarlo para formar a los niños en la piedad.

Himno a la Cruz

Las banderas del Rey se enarbolan;
De la cruz resplandece el misterio
Do sufrió de la muerte el imperio
El que vida muriendo nos dió.
Donde abierto el costado divino
Con la punta de lanza acerada,
Manó sangre con agua mezclada,
Que las manchas del crimen lavó.
Ya cumplidos están los cantares,
Las proféticas voces fervientes,
En que dijo David a las gentes:
«Quiso un Dios desde un leño reinar».
¡Cuán hermoso y fulgente es el árbol
De la púrpura regia vestido,
Que fué el digno madero escogido
Para miembros tan santos tocar!
Feliz árbol, en cuyos dos brazos
El rescate del mundo se afianza;
Que del cuerpo divino balanza,
Al infierno su presa arrancó.
Salve, oh Cruz, nuestra sola esperanza;
Y pues hoy la Pasión se venera,
Haz que el justo más gracias adquiera
Y el perdón el que en culpa cayó.
Trino Dios, de salud fuente inmensa,
Todo espíritu ensalce tu gloria;
Y al que das de la cruz la victoria,
Da también inmortal galardón.
Amén.

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA.

Durante la explicación del presente capítulo del Catecismo el maestro escribirá en la pizarra las frases siguientes:

El Símbolo nos viene de los Apóstoles.

EL SÍMBOLO DE LOS APÓSTOLES Y LA SEÑAL DE LA CRUZ

Los cristianos deben creer lo que el Hijo de Dios enseñó. Encontrarán estas verdades en el Símbolo de los Apóstoles.

Escribamos, pues: *El Símbolo nos viene de los Apóstoles.*

Antes de comenzar cualquiera demostración, es necesario que os explique, queridos niños, las palabras que no entendéis de la frase escrita en la pizarra.

Subrayo estas palabras:

Símbolo de los Apóstoles.

La palabra «símbolo» significa: *Resumen* o *señal.*

Ya sabéis lo que es un resumen.

En vuestra Historia de España, por ejemplo, tenéis al principio de cada capítulo unas líneas que, en pocas palabras, os dan el sentido de las páginas que integran todo el capítulo.

El resumen está, pues, formado por algunas palabras o frases que en su brevedad indican el sentido de todo un capítulo y de todo un libro.

La palabra *símbolo* significa: *el resumen de la Religión.*

Hay un resumen de la Religión que nos viene de los *Apóstoles.*

Ved ahí a un pintor que tiene la idea de pintar un cuadro hermoso,

un lindo pasaje. Le habéis visto a la entrada del bosque. Se instala, y extiende la tela sobre el caballete. ¿Qué hace? Traza líneas, dibuja el contorno del paisaje que quiere representar.

Os acercáis, miráis, y no descubrís otra cosa que los principales trazos o líneas. No veis ningún detalle, sino solamente lo que se llama el croquis del cuadro.

Pues bien; puede decirse que el Símbolo es el croquis de nuestra Fe. (Demostrad aquí, haciendo leer despacio algunos artículos, que el Símbolo constituye verdaderamente una historia de la Religión.)

Subraye otra vez en la pizarra el vocablo

Apóstoles.

Nos viene de los *Apóstoles.*

Este nombre significa «enviados».

Llámanse Apóstoles los doce hombres que eligió Nuestro Señor Jesucristo y que por espacio de tres años fueron sus testigos, por cuanto *vivieron con El, presenciaron sus milagros, escucharon sus enseñanzas,* le interrogaron y recibieron sus respuestas.

Complétese la frase, escribiendo:

Los Apóstoles eran doce hombres elegidos por Jesucristo.

Fueron elegidos por Nuestro Señor Jesucristo, quien, no debiendo permanecer siempre en este mundo y sabiendo muy bien que moriría en la Cruz, quiso confiar su doctrina a unos hombres para que continuasen enseñándola en la Tierra.

Nuestro Señor no escogió a esos hombres entre los ricos, sino entre los pobres.

Escuchad el relato de la elección de cuatro Apóstoles efectuada por Nuestro Señor:

«Caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores.

»Y les dijo: Seguidme a mí, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres.

»Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron.

»Pasando más adelante, vió a otros dos hermanos, Santiago y Juan, remendando sus redes en la barca con Zebedeo su padre, y los llamó. Ellos también al punto, dejadas las redes y su padre, le siguieron.»

Sería cosa fácil indicaros de qué modo reclutó o eligió Jesús a los restantes Apóstoles.

Subráyese en la pizarra la palabra:

Doce.

Fijémonos de nuevo en que eran en número de doce. Mas, ¡ay!, he de comenzar por deciros que entre esos doce hombres hubo un traidor: Judas, el cual vendió a su Maestro por treinta monedas de plata, como veremos después. Ese apóstol traidor no propagó la Religión, sino que fué reemplazado por otro, fiel.

Los Apóstoles no tenían más ciencia que la propia de su ofcio manual. Dios no necesitaba de sabios para salvar el mundo.

Escríbase en la pizarra:

y enviados por El a predicar la Religión.

Jesús los estuvo formando por espacio de tres años. Llegado el momento, esos hombres fueron *enviados a predicar la Religión de Cristo por todo el orbe.* Y el momento llegó después de la muerte de Nuestro Señor, no bien hubieron recibido el Espíritu Santo.

¿Qué debe entenderse con las palabras: «El Símbolo nos viene de los Apóstoles»? Esto: que los doce artículos contienen en resumen lo que enseñaron los Apóstoles, de suerte que creer el Símbolo equivale a creer lo enseñado por los Apóstoles. Nosotros sabemos que éstos no inventaron su doctrina, sino que la recibieron de Jesucristo.

Todos ellos sufrieron por Jesucristo y nada les arredró. Su jefe, San Pedro murió en Roma, crucificado cabeza abajo. Otro apóstol, San Andrés, murió en una cruz de forma de aspa. San Bartolomé fué desollado vivo.

Sintiéronse dichosos de dar su vida en testimonio de que las verdades por ellos predicadas procedían de Dios.

Como veis, es preciso recitar con viva fe y creer de todo corazón los doce artículos que sabéis que forman el resumen de todas nuestras creencias. Nos vienen de los Apóstoles elegidos por Cristo, de unos hombres que dieron su sangre para demostrar que esos artículos eran verdaderos.

Reléase la frase escrita en la pizarra:

El Símbolo nos viene de los Apóstoles. Los Apóstoles eran doce hombres elegidos por Jesucristo y enviados por El a predicar su Religión.

Bórrense las palabras:

Apóstoles, doce, Cristo, Religión,

y hágase completar la frase por algún alumno.

(Será bueno hacer rezar devotamente el Credo, haciendo una pausa

bien pronunciada después de cada artículo.)

Escríbase en la pizarra:

El Símbolo será para vosotros y para los demás una señal.

Vosotros no dudaréis, pues, nunca de vuestra Fe y creeréis siempre con todo corazón. Rezaréis con frecuencia el Credo.

Este será para vosotros y para los demás una *señal,* lo que equivale a decir que él os dará a conocer.

Imaginad por un momento que presenciáis un brillante desfile de soldados de toda Europa. Fijándoos en las diversas banderas, conoceréis la nacionalidad de todos ellos y ditinguiréis a los españoles de los italianos, a éstos de los belgas, etc.

Cada regimiento tiene su bandera.

La bandera es la *señal del país, de la patria.*

Pues bien; el cristiano es también reconocido por una señal: el Símbolo de los Apóstoles.

Cuando os oigo rezar el Símbolo, me digo: éstos son niños cristianos.

Pero si rechazaseis uno solo de los artículos del Símbolo, ya no podría decir que sois buenos cristianos, a la manera que si alguien borrase uno de los colores de la bandera española diríais que ésta ha dejado de ser la bandera de nuestra patria.

La señal sería incompleta.

De la misma suerte, es preciso que el Símbolo sea completo.

Acabo de deciros que el Símbolo es una señal que da a conocer a los cristianos.

Escríbase en la pizarra:

Hay otra señal del cristiano: la señal de la Cruz.

Hay otra señal más breve: *la señal de la Cruz.*

¿Qué representa esta señal que trazáis sobre vosotros mismos?

Decís: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Estas palabras expresan el misterio de la Santísima Trinidad y el de la Rendención.

La señal: mirad; fijaos en este crucifijo, que es también un resumen de toda vuestra Religión.

¿Quién es el hombre que está clavado en la cruz?

El Hijo de Dios.

¿Por qué murió?

Para rescatarnos.

¿Quién fué su madre?

La Virgen.

Podéis formularos otras preguntas y hallaréis las respectivas respuestas en esta cruz.

Cuando hacéis, pues, la señal de la Cruz, decís de algún modo que creéis todo cuanto ella representa.

Antiguamente, los primeros cristianos se disponían a ir al martirio trazando la señal de la Cruz sobre su frente y sobre su corazón. Y hacían esto mismo antes de ejecutar algún acto, al entrar en su casa, al salir, al sentarse a la mesa, etc.

Escuchad este relato:

En el año 275, un cristiano llamado Conón y su hijo, los cuales vivían en la Turquía asiática, cerca del Iconio, fueron denunciados como cristianos. Los dos fueron sacados de su tierra y conducidos a la ciudad, donde confesaron a Cristo.

El emperador los sometió a una serie de suplicios, desde las parrillas

hasta la caldera candente. Se les amputó o destrozó las manos, y con sus muñones ensangrentados hicieron aún la señal de la Cruz y expiraron

---

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(*El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.*)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO III

Objeto de la lección: **Dios**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Este capítulo comienza por la definición de Dios y continúa con las pruebas de su existencia y una exposición sumaria de su naturaleza.

En la lección que nos ocupa solamente hemos de tratar de la primera parte, o sea de las pruebas de la existencia de Dios, reservando la lección siguiente a la naturaleza divina o a la explicación de la definición de Dios que se da al principio del capítulo. En consecuencia, no hay que detenerse en la definición, pues volveremos sobre ella en la lección siguiente. El tema queda, pues, bien delimitado.

B) División del tema

No se entretenga el catequista explicando la definición de Dios. Dígase simplemente que Dios, invisible a nuestros ojos, es la causa primera de todo, y éntrese en seguida en materia. No se aduzcan todas las pruebas que se hayan podido encontrar en los manuales de teología o de filosofía. Aquí resultarían inútiles, bastándonos las que da el Catecismo. No empleemos palabras sabias, hablando de pruebas físicas, morales y metafísicas.

1.° Dios nos da a conocer El mismo su existencia.
2.° La razón demuestra que Dios existe.
3.° Todos los pueblos han creído en Dios.
4. La conciencia nos da pruebas de su existencia.

La prueba de razón se reducirá a esto: Es necesario que alguien haya hecho el mundo y haya establecido el orden que se echa de ver en él. Esto basta, no siendo preciso esforzarse en elaborar argumentaciones indigestas. Una exposición más razonada se reserva para los cursos de perseverancia.

Aducimos como primera prueba la Revelación. Se trata de una página de historia que, sobre amenizar la lección, tiene carácter asertivo.

La prueba de razón será, de ordinario, bien entendida por los niños; pero conviene tender a simplificar.

C) Método que debe seguirse

El niño a quien vamos a hablar posee ya algún conocimiento sobre la divinidad. Con todo, si lógicamente la primera verdad que se ha de creer es la de la existencia de Dios, cronológicamente no es esta idea la que introduce al niño en la vida religiosa. El concepto de un Dios único, creador e infinito es más bien un punto de llegada, la conclusión tardía de una enseñanza algo prolongada y de múltiples experiencias religiosas personales.

En el primer período de su existencia el niño tiene ya la sensación de que existen seres parecidos a él, pero dotados de una fuerza superior que se le antoja ilimitada; sus padres, desde luego, y después otras personas todavía más poderosas. En el fondo, desde los albores de su vida mental experimenta la necesidad de concebir una razón suficiente de todo aquello que le interesa. Y se pone a investigar las causas. La educación desenvuelve en él esa facultad, que es el propio entendimiento, y la educación religiosa recibida ya en los primeros meses de su existencia encauza su atención hacia los espíritus invisibles, pero presentes y buenos, amantes y generosos. La vista de imágenes y estatuas y los actos de piedad exteriores ayudan a su alma, fortalecida por otra parte con la gracia habitual, a elevarse hasta la idea de los ángeles, de la Virgen y de Jesucristo.

A medida que se desenvuelve su espíritu va mostrando la curiosidad de conocer la razón de existir de los seres que salen de la esfera familiar, de los objetos que se hallan fuera de casa. Sus ideas, que son necesariamente de índole social, van ensanchándose al ponerse en contacto con una sociedad cada vez más considerable y compleja. Adquiere, asimismo, una impresión cada vez más viva de la extensión en el tiempo y en el espacio. La dilatada campiña, las vastas extensiones de agua, los montes y colinas y, sobre todo, el firmamento por donde desfilan las nubes o donde centellean las estrellas, todo este mundo de límites progresivamente ensanchados se despliega ante sus ojos atónitos y avizores. Al mismo tiempo, las afirmaciones de sus padres y amigos dirigen sus razonamientos y encauzan su incesante investigación de causas hasta llegar a la última de todas. El nombre de Dios conocido como el Ser misterioso, el más poderoso de los seres y el origen de todos ellos, se le hace familiar. Al conjuro de ese nombre asocia las ideas de todo lo que no comprende, de todo aquello que, a su entender, rebasa las fuerzas conocidas o imaginadas.

Pero esta idea de Dios no es aún bastante completa ni todo lo viva que fuera de desear.

Entonces comienza el niño a adquirir experiencias de otro orden. A fuerza de oír las frases «es lícito», «está prohibido», y de haberse visto premiado o castigado según sus actos hayan guardado o no conformidad con la voluntad paterna, se eleva hasta la idea de bien y de mal en el orden moral. A partir de aquí tiene una idea clara de Dios como supremo legislador y justo remunerador, de Dios como dechado de todas las virtudes predicadas, a quien hay que temer y amar a la vez. Esta idea no es todavía una idea abstracta, hecha distinta por medio del análisis. Es una de esas ideas-sentimientos, de esas ideas-voliciones que, invadiendo por ente-

ro a la persona, forman un todo con sus pensamientos y con sus acciones más importantes.

Así, el trabajo espiritual que tiene por resultado la adquisición de una idea de Dios por parte del niño, corre parejas con el desarrollo de éste, se confunde con la actividad de su crecimiento físico y espiritual. Dicha idea no tiene una génesis artificial; viene a ser la luz que la vida desenvuelve lentamente proyectándola en el espíritu del sujeto.

El catequista comprende la capital diferencia que, desde este punto de vista, existe entre su enseñanza y la de un profesor de aritmética o de gramática. Este propone al espíritu del infante unos conocimientos que son extraños a las necesidades más imperiosas de la vida. El catequista no hace otra cosa que continuar la obra de la naturaleza y colaborar en la de la gracia, con el fin de acelerarlas. Conseguirá, por tanto, interesar y convencer a sus tiernos discípulos según el esfuerzo que ponga en amoldarse a su actividad vital y en infiltrarles pensamientos y afectos en armonía con los que han provocado la eclosión de la creencia en Dios.

Los niños siempre están prontos a asentir a la exposición enteramente simple de una doctrina.

No incurramos, pues, en el error de ensombrecer esa luz que ya asoma, y, por tanto, no discutamos las tesis de los que niegan a Dios, ya que esto resultaría muy inhábil y enormemente perjudicial. El buen método consistirá en la exposición clara de algunas pruebas bien escogidas y en una resuelta afirmación de la existencia de Dios. Por lo que hace a la negación de Dios, compadezcamos y consideremos como unos insensatos a los que rehusan creer, y comparémoslos a los ciegos.

D) Ejemplos y comparaciones

Propóngase siempre la prueba de la casa que es construída por albañiles, carpinteros, etc. Las letras del alfabeto lanzadas hacia ariba, las huellas sobre la arena, etcétera, sugieren también excelentes comparaciones.

E) Fin que debe perseguirse

Esta lección ha de permitir al niño reunir las diversas impresiones que haya sentido respecto a la existencia de Dios y facilitarle la labor de resumir y aclarar las ideas que ya poseía sobre la presente materia. Al salir de clase deberá estar en condiciones de pensar: Estoy cierto que Dios existe. Lo que yo sabía confusamente resulta verdad. Habréis afianzado la fe del niño, quien sentirá ya el anhelo de conocer a su manera la naturaleza de Dios.

F) *Algunas ideas que pueden desarrollarse a tenor del tiempo de que se dispone y del medio intelectual de los niños.*

Propóngase esta idea en la explicación de la prueba fundada en el orden del mundo: «Es imposible lograr que un dado lanzado al aire presente el mismo número veinte veces consecutivas. Ahora bien: la naturaleza se produce de un modo idéntico desde hace muchos siglos. Desde hace miles de años todo lo que nace, todo lo que muere, obedece a una misma ley, sigue un mismo orden, experimenta las mismas vicisitudes. Es imposible por tanto, que el mundo haya sido creado por el acaso; en consecuencia, es obra de Dios; luego Dios existe».

Hágase observar a los niños que hay grados en los seres — los reinos mineral, vegetal y animal —, y luego el hombre dotado de razón. ¿Hay que detenerse aquí? No; por encima del hombre existen necesariamente otros seres — los ángeles —, y, finalmente, el Ser por excelencia, el Ser infinito: Dios.

Un pensamiento de Bossuet: «¿Es posible que exista lo imperfecto y que carezca de ser lo perfecto?»

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexón

(*El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.*)

Creo en Dios, esto es, estoy cierto de que sobre mí, sobre mis padres y sobre todos los hombres existe el Ser perfectísimo, el Ser omnipotente, el mejor de cuantos seres pueden existir y que se llama Dios.

Dios es un espíritu puro, que no puede verse, pero que no puede negarse sin incurrir en insensatez. El mundo no se ha hecho solo. Dios es el sumo Hacedor de todo cuanto veo; El es quien hizo los ríos, los montes, las llanuras y los mares; El es quien hizo el sol y las estrellas; El es quien distribuye el tiempo en estaciones, días y noches; El es quien da vida a las plantas y a los animales; El es quien habla a mi conciencia antes de obrar, mientras obro y después de haber obrado.

Creo en Dios.

Propósito. — Quiero creer en Dios toda mi vida. Si encuentro a algún hombre descreído, le consideraré como un ciego, que teniendo los ojos muertos a la luz, no puede ver el sol.

Dios mío, creo en Ti.

(*Un minuto de silencio para la reflexión personal.*)

B) Formación en la piedad

La lección sobre la existencia de Dios ha de imprimir en el espíritu una certeza capaz de hacer concebir en seguida la confianza y el amor. Es preciso impregnar de la idea de Dios el alma sensible y vibrante del niño.

¿Qué hacer para obtener este resultado?

1.° Al hablar, póngase en la voz una fuerza de convicción avasalladora. Un recurso que siempre da excelente resultado es el de nutrir el espíritu con el pensamiento de Dios mediante una meditación previa al catecismo.

Señalamos a la atención de los catequistas como tema de su meditación personal las siete primeras Elevaciones a Dios, de Bossuet.

2.° Durante la explicación provóquense actos de Fe. También es bueno, tras la demostración de cada una de las pruebas de la existencia de Dios hacer rezar despacio a todos los alumnos esta oración jaculatoria: «Dios mío, creo en Ti.»

Al final de la lección, récese el acto de Fe.

3.° Después de haberse explicado las diversas pruebas de la existencia de Dios, hágase notar cuán razonable es nuestra Fe.

4.° Destáquese desde ahora esta idea, sobre la cual se habrá de volver en la lección siguiente: Dios está presente en todas partes; y recomiéndase a los niños que se familiaricen con la idea de Dios. Vuélvase a menudo sobre esta idea, que se irá aclarando más y más a medida que el catequista vaya proponiendo nuevas verdades de Fe. Repítase de diferentes formas que es necesario habituarse a vivir con Dios hecho casi sensible por la Fe.

«En el alma unida con Dios siempre es primavera», decía el santo Párroco de Ars.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

Escríbase:

Dios existe.

EXISTENCIA DE DIOS

En vuestros libros de colegio habéis aprendido lo que debe entenderse con las expresiones: reino mineral, reino vegetal y reino animal. Se os ha mostrado las diferencias existentes entre la piedra y la planta, entre la planta y el animal. Existe un rey que se sirve de la tierra, de las plantas y de los animales, y este rey es el hombre. ¿Y no existe nadie que sea superior al hombre? No existe nadie que le sea superior si él es quien ha hecho la tierra, las plantas y los animales; pero existe otro ser si él no el autor de aquéllos.

Ahora bien: no es su autor el hombre.

Sobre el hombre existe, pues, un ser mayor, un ser más poderoso; y este ser es Dios...

Tengo, pues, motivo para escribir en la pizarra: Dios existe.

Escríbase:

Nosotros creemos en Dios, porque:
1.º El mismo Dios nos ha dado a conocer su existencia.

La existencia de Dios es una verdad que se impone. Nosotros creemos en Dios porque:

1.° *El mismo Dios nos ha dicho que El existe.*

Hay un libro que es tan antiguo como el mundo: la *Biblia*. Este libro ha sido siempre considerado como veraz por todo un pueblo, por el pueblo más antiguo de la Tierra, el pueblo judío. Pues bien; en este libro vemos que Dios crea el mundo, habla a Adán y Eva, se manifiesta a los patriarcas Noé, Abrahán, Isaac, Jacob y Moisés, publica sus Mandamientos, inspira a sus profetas y, por fin, envía a la tierra a Jesucristo, su Hijo.

Los profetas y los patriarcas demuestran que es Dios quien les habla, y corroboran su aserto obrando milagros.

Nuestro Señor prodiga sus milagros en el Evangelio: Lázaro, el hijo de la viuda de Naim, el ciego de nacimiento, etc.

Se puede afirmar con verdad que Dios manifiesta así su existencia.

(Léanse aquí algunos pasajes de la Historia Sagrada en los que Dios se manifiesta a Adán, a Abrahán y a Moisés.)

2.º Nuestra razón demuestra la existencia de Dios...

2.° *Nuestra razón demuestra que hay Dios.*

Dad una mirada a vuestro alrededor: ¿qué veis?, el cielo, la tierra, los mares y los bosques.

Fijaos en una casa. Veis en ella una puerta de hierro o de madera, unas ventanas, unos aposentos, una cubierta que recibe las caricias del sol.

Si yo os dijera: «Esta casa se ha hecho sola», ¿qué diríais?

Diríais: «No, señor: estuvieron aquí los albañiles, y luego los carpinteros, los enyesadores y los cerrajeros. Estos son los que han hecho la casa.»

Porque,

Tenéis razón; una casa supone operarios. ¿Quién ha hecho, pues, el

si una casa supone operarios,

cielo, la tierra, los mares, los bosques, el sol y las estrellas? ¿Se han podido hacer ellos mismos? No; esto es imposible. Entonces los ha hecho Dios; el mundo supone, pues, a Dios; el mundo muestra que hay Dios.

el mundo supone a Dios.

Si alguno me dijera que el mundo se ha hecho solo, le preguntaría: «¿Hay orden en el mundo?» «Sí, señor», me contestaría. «Ahí están las estaciones: primavera, verano, otoño e invierno; ahí están el día y la noche.»

Además, en el mundo hay orden...

La tierra — añado yo —, que gira en torno del sol, y las leyes todas de la naturaleza no pueden ser obra del acaso.

Mirad vuestro Catecismo. Está compuesto con las letras del alfabeto y contiene centenares de alfabetos. Imaginad que yo cojo todas las *a,* todas las *b,* y todas las *c,* en fin, todas las letras, y os digo: Voy a lanzarlas hacia arriba y seguiré echándolas hasta que caigan combinadas de suerte que compogan el Catecismo entero. Vosotros os reiríais de mí, porque sabéis muy bien que, aunque me pasara toda la vida arrojando las letras al aire, no llegarían éstas a formar una sola página ni una sola línea de vuestro libro.

Si, pues, ha sido necesario que un operario estableciera el orden que se observa en vuestro Catecismo (refiérome al tipógrafo o al cajista), hay que convenir en que el orden que reina en el mundo ha hecho necesario la intervención de un ser de poder infinito: Dios.

Y este orden supone la existencia de Dios.

Dios, pues, existe.

Lo demuestra el orden que se observa en el mundo.

La vida demuestra también la existencia de Dios.

En fin, en el mundo hay vida... y movimiento. La vida y el movimiento suponen a un Dios creador. Ninguna cosa puede salir de la nada. Un cero siempre equivaldrá a cero. Dios es quien dió vida a la primera planta, al primer árbol, al primer animal, al primer hombre.

En una palabra, basta que abráis los ojos para conocer la existencia de Dios.

Reléanse las frases escritas en la pizarra:
Dios existe.

1.º El mismo Dios nos ha dado a conocer su existencia.
2.º Nuestra razón demuestra la existencia de Dios, porque, si una casa supone operarios, el mundo supone a Dios. Además, en el mundo hay orden, y este orden supone la existencia de Dios.
La vida demuestra también la existencia de Dios.

Si veis huellas sobre la arena, decís: Alguien ha pasado por este camino. Las huellas os conducen a una casa; entráis en ella, y al observar que hay orden en todas las piezas y que encima de la mesa hay un libro abierto, concluís: Aquí mora un ser inteligente. Vuestra razón os muestra en el mundo las huellas de un Dios Creador e infinitamente poderoso y sabio, y concluís: *Luego Dios existe.*

Bórrense las palabras más importantes y hágase completar la frase:

3.º Todos los pueblos han creído en Dios.

Además de las pruebas de razón existe otra prueba: la de que *todos los pueblos,* tanto salvajes como civilizados, *creen en Dios.*

La idea que los gentiles se forjan de Dios es falsa y está plagada de errores groseros; pero, después de todo, admiten que Dios existe. No

se diga que son las pasiones la causa de esta creencia, puesto que la idea de Dios les es adversa. Por la misma razón no es el interés. Es, pues, la verdad quien se impone y hace exclamar: Todos los pueblos han conservado el recuerdo de Dios, que habló a nuestros primeros padres.

4.º Nuestra conciencia demuestra que Dios existe.

Sabéis lo que es la conciencia: es una voz que habla en nosotros, que nos da su aprobación cuando obramos bien y nos reprocha y condena cuando obramos mal. Esta voz nos dice que las acciones buenas serán premiadas y las malas castigadas.

Reléanse las frases escritas en la pizarra. Bórrense las palabras más importantes y hágase completar la frase.

Esta voz nos habla antes de obrar, mientras obramos y después de haber obrado. Compara nuestra acción a una ley que está en nosotros y que nos indica si lo que hacemos es bueno o malo.

Esta ley y esta voz no dependen de nosotros. A veces no querríamos percibirla.

Esta ley es igual para todos. ¿Quién la ha puesto en el alma? Dios. Por consiguiente, Dios existe.

(Explíquese un ejemplo tomado de la vida ordinaria y termínese con un acto de Fe.)

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO IV

Objeto de la lección: **Naturaleza de Dios**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Este capítulo comprende dos partes: 1.° Qué es Dios en Sí mismo; 2.° Qué es Dios respecto a las criaturas. La primera parte estudia la unidad, espiritualidad e infinidad de Dios; la segunda se ocupa de la creación de la dependencia de la criatura, y de la Providencia. La definición de Dios resume ambas partes.

B) División del tema

La división fluye de los mismos términos de la definición. Dios es espíritu, un espíritu puro; posee todas las perfecciones en grado infinito; es Creador; cuida de sus criaturas; es el dueño de todo.

C) Método que debe seguirse

El alma del niño se abre risueña al concepto de la existencia de Dios. Este concepto es para él algo más que una idea; es una convicción que ha hecho su eclosión al calor de los sentimientos y afectos más bellos. Pero si intenta indagar qué es Dios, experimenta mucha dificultad para situar su espíritu y concebir ideas justas. A menudo se contenta con nociones repetidas de pura

memoria mecánica, y encuentra penoso el esfuerzo que se le impone para adquirir un conocimiento más reflexivo.

Para adquirir este conocimiento es preciso, en efecto, abstraer y luego generalizar. Ahora bien; si es verdad que el niño gusta de generalizar tal vez demasiado, no lo es menos que ejercita su facultad de abstracción con dificultad, o que sólo abstrae lo que le interesa, esto es, lo que favorece el desarrollo de su vida sensitiva. De todas las cosas sabe extraer como por instinto aquello que puede nutrir su imaginación, ávida de color y de movimiento, o su sensibilidad, novata, tierna y activa. Por esto el infante distingue instintivamente en un grupo de personas aquellas que, sobre serle simpáticas, son capaces de dar satisfacción a sus deseos.

Para hacerle conocer a Dios, el catequista deberá pues, atemperar su paso a la marcha del niño. Como quiera que éste acoge con avidez los relatos, las parábolas, las historietas y las noticias capaces de cautivar sus sentidos, convendrá enseñarle los atributos de Dios siguiendo ese camino. El ideal sería éste.

Así lo practicaba Nuestro Señor para instruir a los toscos galileos sobre la justicia del soberano Dueño, sobre la solicitud de la Providencia y sobre la bondad del Padre celestial.

El hecho narrado debería ofrecer, pues, bajo una forma idónea, la idea que hay que extraer y que el niño entresacará mientras se halla bajo la acción del sentimiento.

El alma del niño se encuentra pronta, en efecto, a recibir la verdad por fe y por amor. *Beati mundo corde.* Los corazones inocentes de los pequeñuelos permiten a éstos ver a Dios. Son las intuiciones del corazón las que hacen que el niño tenga conciencia de las perfecciones divinas que han intervenido en la narración y han sido representadas por la imagen.

Pero este método resultaría demasiado prolijo, y, por otra parte, es necesario explicar el Catecismo que los niños suelen aprender de memoria. Lo más práctico será, pues, reservar para los cursos de perseverancia el aspecto algo árido de la cuestión y presentar aquí una exposición asequible a aquéllos mediante algunas ideas de fácil compresión.

Nos servimos de historietas y parábolas en los ratos destinados a la formación de la piedad. Por lo pronto expliquemos bien lo que es un espíritu, destaquemos las infinitas perfecciones de Dios — su omnipontencia en la creación, su bondad en la providencia —, y dejemos bien sentada la entera dependencia del hombre. Este punto es capital.

Será necesario hacerles entender los términos que frecuentemente empleamos al hablar de Dios: el ojo de Dios, el brazo de Dios, la cólera de Dios, etc., y dígase lo mismo de los cuadros donde se representa la divinidad. Esforcémonos en no materializar a Dios.

Resumiendo: expliquemos simplemente el Catecismo, pero esforcémonos por llegar no menos al corazón que al entendimiento del niño.

Por supuesto que en esta materia, más que en cualquier otra, no conviene descubrir y exponer las objecciones de orden lógico cuyo solo enunciado es capaz de suscitar dudas y turbar la mente.

D) Algunas ideas que pueden desarrollarse a tenor del tiempo de que se dispone y del medio intelectual de los niños.

Respecto a la espiritualidad de Dios, refiérase el diálogo entre Jesús y la Samaritana, haciendo hincapié en las palabras: «Dios es espíritu.» (Juan iv, 23.)

Respecto a la infinidad de Dios, puede hablarse, 1.° de su inmutabilidad: el ser infinito no puede perder nada ni adquirir nada; 2.° de que el ser infinito es necesariamente incomprensible para el ser finito.

Al tratar de la Providencia, explíquese por qué *permite* Dios el mal. El catequista podrá servirse a este efecto de la parábola de la cizaña. (Mat. xiii, 24 sig.)

Hablando del Dios providente que nos ama y que, con todo, permite el dolor, se puede echar mano de esta hermosa comparación del Párroco de Ars: «La tierra es un puente para atravesar la corriente, sirviendo tan

sólo de apoyo para nuestros pies... Nosotros estamos en este mundo, pero no somos de este mundo, puesto que decimos todos los días: Padre nuestro, que estás en los cielos... Conviene, pues, que esperemos recibir el premio cuando nos hallemos en nuestra casa, en la casa paterna. Por esto los buenos cristianos viven en medio de cruces, contradicciones, adversidades, desprecios y calumnias» (1).

E) Impresión que hay que dar

Una impresión de confianza filial: Padre nuestro, que estás en los cielos... Para conseguir este fin trabájese en dar a conocer a Dios, lo que permitirá que el alma del niño se eleve hasta El.

F) Actos que deben seguirse

Actos de fe, de confianza y de amor.

G) Resumen de la lección

«Dios es todo ojos, puesto que lo ve todo; es todo brazos, puesto que lo hace todo, y está en todas partes» *(San Agustín)*.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

(1) Monnin: Obra citada.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Hago un acto de fe siempre que repito con todo el corazón: Creo en Dios.

Hoy añado: Creo en un solo Dios, puro espíritu, a quien mis ojos no pueden ver, ni mis oídos oír, ni mis manos tocar, pero cuya voz percibo en mi interior y cuya existencia descubro en todos los seres.

Sé que Dios posee todas las perfecciones. Es infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente santo. Sé que no tuvo principio ni tendrá fin.

Creo en Ti, Dios mío. Tú eres quien ha creado el mundo. Tú hablaste, y quedaron hechas todas las cosas. Tú gobiernas el mundo. Tú me proteges y me guardas con tu providencia. A Ti digo: Padre, que estás en los cielos.

Eres un espíritu puro, Dios mío, y estás en todas partes. Estás junto a mí, me ves, conoces mis más secretos pensamientos, sin que nada escape a tu mirada.

Propósito. — Quiero, a partir de hoy, acordarme frecuentemente de Dios, en mis juegos, en mis ocupaciones, en mis penecitas. Repetiré a menudo durante el día esta breve expresión: Padre nuestro, que estás en los cielos.

(Un minuto de silencio para la reflexión personal.)

B) Formación en la piedad

La explicación del capítulo sobre la naturaleza de Dios ha permitido dar una idea suficiente del Ser supremo. Algunos conceptos se destacan con manifiesta claridad: la espiritualidad e infinidad de Dios; su acción considerado como Criador, como Padre y como Pro-

videncia. Sobre estas nociones podemos edificar una piedad sólida, que se traducirá en algo práctico. Nuestros discípulos deben vivir en íntima unión con Dios; nada se opone a ello, y su edad es propicia a una unión de esta clase. Con sobrada razón decía el santo Párroco de Ars: «La imagen de Dios se refleja en un alma pura como el sol en el agua.»

Van ahí unos consejos:

1.° Durante la presente clase de Catecismo y en las siguientes procure el catequista avivar muchas veces la presencia de Dios.

2.° Ponga empeño en hacer una selección especial de alumnos (cosa por demás fácil, pues se la darán hecha los niños que presten mayor atención a las explicaciones y rezan con singular recogimiento), y tómelos aparte para hacerles prometer que pensarán a menudo en Dios.

3.° No faltan cuadros y máximas impresas que representan o recuerdan los atributos de Dios. Échese mano de unos y otras, colocándolos en los sitios más frecuentados por los niños.

4.° Recomiéndeseles el pequeño apostolado de repetir la lección a sus hermanitos y hermanitas y de decir cada vez que en la calle oigan blasfemar el Nombre de Dios: «Dios mío, te amo con todo mi corazón.»

5.° Acostúmbreseles a descubrir la Providencia en los acontecimientos e instrúyaseles en los verdaderos principios acerca de la Providencia.

6.° Incúlquense y explíquense a menudo los que podríamos llamar derechos de Dios. Nosotros, considerados como criaturas, vivimos bajo la absoluta dependencia de Dios.

7.° Pero Dios es bondad infinita, incluso para los pecadores: «Dios perdona a un pecador arrepentido con mayor rapidez que la empleada por una madre en librar a su hijito de las llamas» (Párroco de Ars).

8.° Al explicar que Dios lo ve todo y lo conoce todo, decid a los niños: «Pensad una cosa...» Después de unos segundos de silencio añadid: «Yo ignoro lo que habéis pensado, pero Dios lo sabe muy bien.»

Reúnanse, finalmente, las impresiones recibidas, desentrañando este pensamiento de San Agustín: «¿Queréis gozar de una felicidad eterna? Buscad a Aquel que es eterno.»

Damos aquí algunos planes de instrucciones a propósito para formar en la piedad.

En estas instrucciones para formar en la piedad aconsejamos el empleo de unos conceptos cuyo natural desenvolvimiento se encuentra en las parábolas.

I. *Dios es nuestro Dueño.* — El es quien nos ha dado la vida, según hemos aprendido en las narraciones de la Historia Sagrada. Una de las consecuencias de la creación es que pertenecemos a Dios. El es nuestro Dueño. La lectura de la parábola de los talentos nos demuestra que ese Dueño exige de nosotros un trabajo proporcionado a los dones que de El hemos recibido. El catequista desarrollará está parábola indicando qué representan los talentos — fortuna, salud, ingenio —, y recalcando que Dios juzga a su siervo después de muerto.

La idea que debe brotar de esta explicación es la de nuestra *responsabilidad* delante de Dios, quien nos pedirá cuenta de todos nuestros actos. Nosotros le pertenecemos y tiene el derecho de exigirnos lo que El quiera.

Esta instrucción puede terminarse haciendo repetir a los niños la siguiente súplica: «Señor, haz que al fin de mi vida pueda ser llamado por Ti *siervo bueno y fiel.*»

II. *Dios es un amo lleno de bondad.* — Para poner más claro la importancia de la vida presente esbozada en la instrucción anterior, el catequista podrá echar mano de la parábola de los jornaleros de la viña. El padre de familias envía jornaleros a su viña, a diferentes horas del día. El día es el tiempo de la vida. Al fin de la jornada el amo paga el mismo salario a todos los trabajadores. El fin de la jornada es la muerte, que nos hace comparecer a la presencia de nuestro Amo.

Este Amo es tan bueno, que acepta el trabajo de las horas postreras — los últimos años de la vida —, a condición de que sea un trabajo de verdad.

III. *Dios es un Padre para nosotros.* — Para desarrollar este hermoso pensamiento, el catequista no ha de hacer más que recurrir al Evangelio. Jesús nos enseña a rezar esta oración: «Padre nuestro que estás en los cielos...», indicándonos que ese Padre obra siempre como tal. Como es razonable, da a sus hijos lo que es bueno.

«Si entre vosotros un hijo pide pan a su padre, ¿acaso le dará una piedra?, o si pide un pez, ¿le dará en lugar del pez una sierpe? o si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión?

»Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden?» (1).

Los principales rasgos de un padre se encuentran también en la parábola del Hijo pródigo que el catequista aplicará a Dios.

IV. *Dios es para nosotros un Padre razonable.* —

a) Dios es un padre razonable. Como tal con frecuencia se ve obligado a negar lo que le piden sus hijos, porque sabe que el objeto de su petición es contrario a sus intereses espirituales. Un ejemplo hará más inteligible este punto; o, si lo preferís, podéis decir a los niños: Imaginad que vuestro hermanito o vuestra hermanita pide lloriqueando el machete que vuestro papá trajo de la guerra. ¿Se lo dará vuestro papá?... Pues bien; Dios obra también así con nosotros.

b) Dios es a manera de un médico. Este no tiene en cuenta los gustos del enfermo cuando se trata de salvarle, sino que a menudo le prescribe remedios muy amargos.

(1) Lucas XI, 11-13.

V. *Dios es nuestra providencia.* — Dios conserva las cosas y los seres que sacó de la nada.

Ha dado vida y la conserva.

El catequista hallará en San Mateo, capítulo VI, versículos 25-32, una explicación sobre la Providencia: Las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y el Padre celestial las alimenta. Nosotros valemos mucho más que las aves. Los lirios del campo no labran ni hilan, y sin embargo están mejor vestidos que Salomón. Conclusión: Abandono en la Providencia.

Este abandono no excluye el trabajo ni la previsión, sino solamente toda preocupación excesiva.

Si la idea «Dios es un Padre» ha sido bien comprendida, nos será fácil descubrir en los acontecimientos la acción bienhechora de la Providencia.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA	NATURALEZA DE DIOS
	Acabamos de ver, queridos niños, que Dios existe. Falta decir lo que Él es.
Escríbase: Dios es un espíritu puro.	Escribo en la pizarra: Dios es un espíritu puro. (Aquí este adjetivo no significa «sin pecado», sino no unido a un cuerpo.)
	Espíritu es lo que no podemos ver con nuestros ojos ni tocar con nuestras manos; lo que no tiene anchura ni longitud como nuestro cuerpo, pero obra, quiere, entiende.
	Nuestra alma, por ejemplo, es un espíritu, puesto que no está sujeta a los sentidos.
Subráyase la palabra: puro...	¿Es un espíritu *puro*?

No, porque el espíritu puro es aquel que no está unido a ningún cuerpo.

Los ángeles, buenos o malos, son espíritus puros.

Dios es un espíritu puro, porque no tiene cuerpo. (Explíquese aquí que no hay ni puede haber más que un solo Dios.)

Escríbase:

infinitamente perfecto...

Es infintamente perfecto bajo cualquier aspecto: en poder, inteligencia, bondad, etc.

Es tan perfecto, que es imposible hallar una cosa mejor.

Representaos algún ser poderoso: un príncipe, un rey, un emperador. Dios será siempre más poderoso que cualquiera de los seres que podáis imaginar.

Pensad en algún ser bueno. Dios será siempre de una bondad infinitamente superior. (Proponed el ejemplo de algún insigne sabio o santo, y comparadle con Dios.)

Subráyese la palabra:

perfecto.

Escríbase:

eterno...

En Dios no hay ningún límite.

Es infinitamente *perfecto.*

Es *eterno,* esto es: no ha tenido principio ni tendrá nunca fin.

El tiempo no existe para Dios. (Desarróllese esta idea. Divídase el tiempo en pasado, presente y futuro; esta división solamente existe para las criaturas.)

Observación. — Sólo Dios es eterno; todos los demás seres han tenido un principio y la mayoría de ellos han tenido o tendrán un fin.

Algunas criaturas no tendrán fin: los ángeles y las almas. Por esta razón se dice de ellas que son inmortales.

Escríbase:

Criador...

Dios es *Criador.*

Crear es sacar una cosa de la nada. El obrero que hace una mesa, un banco, una caja, necesita clavos, madera y herramientas para construir su mesa, banco, etc. No crea, pues, sino que produce algo sirviéndose de otras cosas creadas.

Si uno dijese: Quiero que de repente aparezca aquí un árbol, y a su palabra surgiera un árbol de tierra, habría creado.

Todos saben que esto es imposible, siendo Dios el único que dispone de tan grande poder.

El, por su sola palabra, creó todas las cosas cuando no existía ninguna. El sol, la luna, las estrellas, el cielo, el aire... no existían antes de la creación.

Subráyese la palabra:

Criador.

Dios quiso, y las cosas empezaron a existir.

El es el Criador.

(Léanse aquí algunos pasajes de la creación contenidos en la Biblia.)

Escríbase:

y Señor de todas las cosas.

Si Dios es el Criador, ¿puede decirse que es el *Señor de todas las cosas*? Sí.

Supongamos que eres muy hábil y que has logrado construir una linda bicicleta. Has comprado unas piezas sueltas, las has juntado, y ahora posees una máquina estupenda.

Léase de nuevo:

Dios es un espíritu puro, infinitamente perfeco, eterno, Criador y Señor de todas las cosas

¿Puedes decir que eres el dueño de esa máquina? Sí

Un carpintero acaba de construir una mesa. ¿Puede decirse que es señor de ella? Sí.

Pues bien; Dios lo ha hecho todo: cosas, ángeles y hombres.

Bórrense las palabras:

espíritu, perfecto, señor,

y hágase completar la frase por un alumno.

¿Puede decirse que es el dueño o Señor de todo? Sí; El es el Señor, ya que sin El nosotros no existiríamos.

(Es fácil intercalar aquí una breve oración o una devota jaculatoria para unir el alma a Dios. Cuanto sea posible resúmase en esa oración la impresión que deseáis provocar en vuestros tiernos oyentes.)

Escríbase:

Dios lo ve todo

Como consecuencia, escribid:

Dios lo ve todo.

Si os habéis fijados atentamente en las explicaciones dadas, habréis visto, queridos niños, que Dios es un *espíritu puro e infinito* y que, por consiguiente, careciendo de cuerpo puede estar en todas partes a la vez.

Si Dios está en todas partes, lo conoce y ve todo: lo presente, lo pasado y lo por venir.

Conoce asimismo vuestros más secretos pensamientos.

Pensad una cosa... Dios sabe lo que estáis pensando. (Dígase a los niños que piensen algo y hágaseles observar que Dios conoce el objeto de su pensamiento.)

Escríbase:

Dios cuida de sus criaturas mediante su Providencia.

En fin, Dios cuida de sus criaturas.

Les conserva la vida y las gobierna con su providencia.

Recordad que damos a Dios el nombre de *Padre nuestro.* Padre nuestro, que estás en los cielos.

Cuida de noostros como un padre cuida de sus hijos. (Echese mano de lo que se tenga escrito en el CARNET DE PREPARACIÓN.)

Dámosle también el nombre de *Buen Dios.*

(Léase y explíquese el Salmo 137 sobre las perfecciones de Dios.) Explíquese a continuación la siguiente advertencia:

Advertencia. — Las imágenes nos dan una idea de Dios, pero no pueden representarle porque no tiene cuerpo. Solamente son útiles para hacernos pensar en El.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO V

Objeto de la lección: **Los Misterios. — La Santísima Trinidad**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

La doctrina que vamos a explicar versa sobre los misterios en general y sobre todo uno en particular, a saber: el misterio de la Santísima Trinidad.

Al tratar de los misterios cristianos, conviene tener en cuenta la índole intelectual del niño.

Si, lejos de suponer a los pequeñuelos en nuestro lugar, nos situamos, por el contrario, en el suyo; si, en otros términos, consideramos al niño tal como él es, o sea, no como un diminutivo de hombre, sino como un infante, veremos que este capítulo, grávido de reflexiones para un adulto, no resulta difícil explicar a los niños niños del Catecismo, quienes a su vez asienten sin dificultad a las verdades propuestas.

Es bueno que el catequista, por un análisis retrospectivo, recuerde cuáles fueron las impresiones que, siendo de edad de nueve a diez años, le produjo el capítulo consagrado a los Misterios. Hablando con sinceridad, apenas se encontrará quien diga que esas páginas le llamaron la atención más que las restantes del libro. Nadie osará opinar que constituyeron para sí un especial motivo de emoción o de interés.

Y es que para el niño, considerado psicológicamente,

no hay misterio allí donde todo es misterio, pudiéndose afirmar que, desde otros puntos de vista, ocurre una cosa semejante a los más grandes sabios.

Al hablar así, no parece sino que se eche en olvido la noción del misterio cristiano. Mas, si es verdad que este lenguaje es inadmisible en el terreno dogmático, no lo es menos que expresa a maravilla el efecto de conjunto que en el espíritu del niño producen aquellas verdades misteriosas e insondables.

El espíritu del niño es, en efecto, curioso, en extremo curioso, hasta el punto de apurar con sus incesantes preguntas la paciencia de las personas interrogadas. El niño trabaja sin cesar por adaptarse a su ambiente físico, intelectual y moral. Quiere conocer las cosas que le rodean y aquellas de que se sirve, y a este efecto, examinar su funcionamiento y sus razones de ser, ora se trate de un reloj o de una muñeca, ora de sus relaciones familiares o sociales. ¡Y cuán fácilmente satisface sus sus múltiples curiosidades! Las explicaciones más fantásticas resultan siempre a gusto del infatigable preguntón. Para él la palabra «imposible» no existe en español. Como ignora más que nosotros los límites de las fuerzas internas y externas encerradas en el mundo, acepta como posibles y aun como reales y verdaderas las explicaciones más inverosímiles.

Sería, pues, un absurdo psicológico suponer en el niño una necesidad enteramente lógica de demostraciones rigurosas. Para él, como para los pueblos rudimentarios, la poesía no se distingue aún de la ciencia. La imaginación exaltada por el sentimiento es el instrumento de que, al principio y con el mayor placer, se sirve para adquirir conocimientos.

Que en la religión hay misterios, es una cosa que el niño encuentra natural. Estoy por decir que se alegra de ello, porque así su religión se presenta más bella. El vive en pleno misterio. Y si sus padres, en quienes confía naturalmente, si el catequista de quien hace más caso que de aquéllos, afirman la existencia de los misterios de un hecho real y eminentemente religioso, el niño se muestra dispuesto a creer sin demora; su pri-

mera actitud es la de un espíritu dócil, o, en otros términos, de un espíritu de fe.

No será cosa fácil, ciertamente, hacerle estudiar en qué consiste un misterio en particular, o de dónde estriba la relación entre dos verdades conocidas como verdaderas examinadas por separado. Convendrá, por tanto, tratar esta materia brevemente y con toda claridad. Podrá el catequista limitarse a la enunciación de los hechos, ilustrándolos mediante algunas comparaciones.

Pero sería por de más preocuparse de saber si el niño admitirá la tercera verdad que sintetiza otras dos anteriores. Nada hay en su naturaleza intelectual que se oponga a esa aceptación. Tan cierto es que el niño más inteligente no posee sino el entendimiento propio de un niño.

B) División del tema

a) Misterio en general.

1.° Relaciónese esta lección con las lecciones anteriores sobre Dios y su naturaleza.

2.° Explíquese la palabra «misterio», y demuéstrese que para un niño existen numerosos misterios. Prácticamente muchas verdades son incomprensibles para un sin número de personas (diferencias de edad o de instrucción).

Lo finito no puede comprender lo infinito.

Motivos de nuestra fe en los misterios: la palabra de Dios.

b) Misterio de la Santísima Trinidad.

1.° Explicación de los términos: un solo Dios — en tres personas.

2.° Pruebas del Evangelio.

3.° Algunas comparaciones o historietas.

C) Método que debe seguirse

Teniendo en cuenta la disposición de espíritu arriba indicada, el catequista expondrá simplemente el hecho: existen necesariamente misterios. Propondrá a grandes rasgos el misterio de la Santísima Trinidad sin entrar en explicaciones demasiado minuciosas, limitándose a hacer que se entienda bien el sentido de las fórmulas con que la Iglesia expresa dicho misterio y esforzándose en sacar aplicaciones prácticas. Se servirá lo más posible del Evangelio, así como de los textos litúrgicos; pero sobre todo expondrá sin ningún titubeo la doctrina de la Iglesia.

D) Documentación

Lectura de diversos pasajes del Evangelio que demuestran la existencia de la Santísima Trinidad: Bautismo de Nuestro Señor. — Palabras de Jesucristo relativas a su Padre y al Espíritu Santo.

En la preparación de la lección pueden escogerse algunos textos evangélicos sobre la Trinidad.

San Juan	San Mateo	San Lucas	San Marcos
XIV, 16-26 XV, 26 XVI, 13, 15	III, 17 XI, 25-27 XXVIII, 19	I, 26-38 X, 21-22 XII, 11-12 XXII, 29 XXIV, 49	VII, 38 IX, 13-14

En los Hechos: X, 19; XV, 28; XX, 28.
En las Epístolas: I Cor. VI. 19.
Gal. IV, 4, 6.
I. Cor. II. 16.

E) Comparaciones

Sáquense de la vida del niño, del ambiente familiar. Para expresar la importancia del ser finito, comparado con el infinito: Un vaso pequeño no puede contener toda el agua del mar.

Para la Santísima Trinidad sirve la comparación propuesta por Bossuet: El sol contiene fuego, luz y calor.

Los tres lados de un triángulo.

Entendimiento, memoria y voluntad en una sola alma.

Hágase notar lo que hay de inexacto en estas comparaciones.

F) Fin que debe obtenerse

Dejar fuertemente impresa la idea de un solo Dios e inspirar una verdadera devoción a la Santísima Trinidad.

D) Algunas ideas que pueden desarrollarse a tenor del tiempo de que se dispone y del medio intelectual de los niños.

En qué consiste la Santísima Trinidad. — Las tres Personas. — Su divinidad. — Su unidad de naturaleza.

Distinción entre las tres Personas divinas. — Sus relaciones. — Lo que es común a las tres Personas. — Sus perfecciones.

Conclusión: Igualdad.

H) Resumen de la lección

Omnipotente es el Padre, omnipotente es el Hijo, omnipotente es el Espíritu Santo; y con todo, no hay tres omnipotentes, sino un solo omnipotente.

Semejantemente, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y con todo, no hay tres dioses, sino un solo Dios. (*Símbolo de San Atanasio.*)

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

En la Religión hay verdades que he de creer aunque no las entienda. Siendo el mismo Dios quien me ha hecho conocer esas verdades, esos misterios, estoy absolutamente seguro de que no me engaño al creerlas.

A la manera que yo, siendo tierno infante, daba crédito a cuanto me decían mi padre y mi madre, obrando en esto cuerdamente, de la misma suerte debo dar crédito a Nuestro Señor, que me habla, y no puede engañarse porque es Dios.

Repito, pues: Creo en Dios. Mi razón, mi entendimiento, me dicen que sin El no existiría el mundo, Ese Dios, puro espíritu, existe desde toda la eternidad, en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Estas tres Personas, que se distinguen perfectamente una de otra, no son sino un solo Dios.

Tal es el misterio de la Santísima Trinidad. Cuando hago la señal de la cruz, invoco la adorable Trinidad.

¿Lo he pensado así alguna vez al santiguarme?

¡Cuántas veces he trazado ese signo desfigurándolo! ¡Cuántas he pronunciado las palabras «En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», sin pensar en nada, muy de prisa! Sin embargo, me dirigía a la Santísima Trinidad.

Propósito. — Pondré más cuidado en lo que hago. Prometo recitar con fe las palabras de la *Señal de la Cruz,* el *Credo* y el *Gloria Patri.*

(Un minuto de silencio para la reflexión personal.)

B) Formación en la piedad

Llamamos de un modo especial la atención de los catequistas hacia la segunda parte de cada lección que versa sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

Ofrecemos a su consideración las siguientes reflexiones, que reputamos muy acertadas:

«En nuestros días nótase no sé qué tendencia a humanizar a Dios, y esto por dos maneras: primera olvidando demasiado al Dios Uno y Trino, para no ocuparse sino del Dios hecho hombre; en segundo lugar, considerando en Dios hecho hombre casi exclusivamente al hombre y apenas haciendo mención del Verbo.

»De estas dos clases de aberraciones la primera, de la que nos vamos a ocupar ahora, es altamente sensible por muchos motivos; porque, en efecto, si el cristiano en su piedad no asciende, o no asciende lo bastante hasta Dios, hiere a Jesucristo y destruye su propio fin; de ahí que quede empequeñecida la vida cristiana y privada de muchas de sus prerrogativas, y, sobre todo, prive al Señor de una parte muy considerable de su gloria.

»Por esto la caridad sacerdotal, profunda en todo lo que dice y lo que hace, consideraría muy incompleta una religión y una piedad que no llegasen hasta Dios, Uno y Trino» (1).

(1) Desurmont: *La Caridad sacerdotal,* cap. CXVI.

He aquí algunos medios prácticos para ayudar a completar la instrucción y la piedad de nuestros niños.

1.° Llévese les al conocimiento de la vida íntima de Dios mediante el misterio de la Santísima Trinidad.

Enséñeseles que un Dios en tres Personas es el término supremo de nuestra Religión.

2.° Recuérdeseles a menudo que Jesucristo es el mediador entre el Criador y los hombres, y que merced a Jesucristo tenemos acceso al Padre.

3.° Insístase en el modo como Jesús hablaba del Padre y del Espíritu Santo.

4.° Muéstreseles cómo entiende la Iglesia la verdadera piedad: Ella va siempre hasta Dios.

a) En las oraciones nos habla de Dios omnipotente, del Buen Dios, del Dios Santo, del Dios misericordioso. Se dirige al Padre.

Habla del Hijo, del Verbo de Dios, Dios de Dios, esplendor del Padre, empleando estas invocaciones para referirse al Hijo de Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Da los nombres de Paráclito y Consolador al Espíritu Santo, que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

b) Esta devoción a la Santísima Trinidad aparece manifiesta en prácticas y oraciones tan corrientes como el persignarse, el *Padrenuestro,* el *Credo* y el *Gloria Patri.*

c) En toda la Liturgia. Se bautiza en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Se absuelve en en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

d) En las oraciones de la Misa. Tomad un misal y leed algunas oraciones: *Gloria in excelsis;* Oraciones en cuya conclusión entran Nuestro Señor Jesucristo y el Espíritu Santo; el Canon de la Misa. Sería por demás interesante la lectura de algunos pasajes para convencerse de que la Misa es un acto religioso que

se dirige derechamente a la divinidad. Aconsejamos que se insista sobre un punto tan importante en orden a completar la piedad.

Habrá que volver a menudo sobre las ideas que acabamos de sugerir, llamando la atención hacia ellas, especialmente cuando se trate de los misterios de la Encarnación y de la Redención.

Termínese rezando devotamente el *Gloria Patri,* etc.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

LOS MISTERIOS

La última vez os hablé de Dios, de su existencia, de su naturaleza.

Para ahondar en el conocimiento de Dios, voy a hablaros hoy de los misterios, puesto que hay misterios en la Religión.

¿Qué significa esta palabra? Escribo en la pizarra la respuesta del Catecismo:

Escríbase:

Un misterio es una verdad...

Un misterio es una verdad.

Y ahora os explico la palabra *misterio*. Significa: una cosa sagrada y oculta.

Subráyense las palabras:

misterio, verdad.

Decimos, pues, que en la Religión hay cosas sagradas, pero ocultas, sin dejar por esto de ser verdades, ya que un misterio de la Religión es siempre una verdad. Vosotros ya sabéis qué es una verdad.

Cuando digo: dos y dos son cuatro, enuncio una verdad.

Esta verdad es comprendida por vosotros.

Veis claramente que no puede ser de otro modo. Mas en la Religión no comprendéis las verdades.

Un ejemplo:

Muchas son para vosotros cosas ocultas que conocéis sin entenderlas, no de otra suerte que vuestro hermanito o hermanita conocen la solución de un problema difícil que vosotros habéis dado y que ellos no pueden verificar, porque aun no saben contar.

Escríbase:

que no podemos comprender...

En la Religión siempre hay misterios que no podemos comprender.

¿Por qué?

Porque nosotros no podemos llegar a comprender a Dios de un modo perfecto.

Ejemplo sacado del ambiente familiar.

Ved ahí a vuestro hermanito y a vuestra hermanita; él es chiquitín y ella es chiquitina. ¿Pueden entender lo que entendéis vosotros, por ser mayores? No.

¿Entendéis vosotros todo lo que entienden vuestros padres? No.

Supongamos que vuestro padre es un hábil electricista, que acaba de construir un reloj eléctrico. Merced a la electricidad, los segundos, los minutos y las horas son señalados con toda exactitud.

Vosotros veis el resultado — el reloj funciona —, mas ¿comprendéis el modo? No. Unicamente lo comprende vuestro padre, que es más sabio que vosotros.

Pero por encima de vuestro padre ahí está un ingeniero muy sabio, el cual sabe ciertamente cosas que aquél desconoce.

Siempre hay hombres más instruí-

dos que nosotros, los cuales saben cosas que nos son desconocidas y comden cosas que nosotros no comprendemos.

Escríbase:

pero que debemos creer por haber sido revelado por Dios.

Cuando hablamos de Dios, es pues, muy razonable que encontremos misterios, esto es, verdades que no comprendemos, pero que debemos creer; porque — estamos seguros de ello — Dios que nos los ha dado a conocer, que nos los ha revelado, no puede engañarse ni engañarnos.

Lo que El dice es la verdad.

Un niño no duda de lo que su padre o su madre le da a conocer.

Ignoraba la cosa antes que su padre le hablase de ella; no comprende cómo se verifica, pero da crédito a la palabra de su padre o de su madre. Y esto — repetimos —, no porque entienda la cosa, sino porque está seguro de que su padre no le engaña ni quiere engañarle.

Observación. — Se puede hacer repetir estos razonamientos interrogando a algunos alumnos.

Léase de nuevo la frase:

Un misterio es una verdad que no podemos comprender, pero que debemos creer por haber sido revelada por Dios.

De la misma suerte obramos con respecto a Dios. Dios nos da a conocer cosas que están por encima de nuestro entendimiento.

Fijaos bien. No digo: «cosas contrarias a nuestro entendimiento». Decir, por ejemplo, que dos y dos suman cinco es ir contra la razón. Dios no nos propone cosas contrarias a la razón, sino verdades que están por encima de nuestro entendimiento, que es muy limitado si se le compara con el entendimiento divino.

Bórrense las palabras:

verdad, comprender, creer, Dios,

Sabemos muy bien que el Criador no puede ser enteramente comprendido por la criatura; por tanto, nosotros creemos la palabra de

y hágase completar la frase,

Dios a pesar de que no la comprendemos. Es muy prudente obrar así, puesto que sería de maravillar que en la Religión no hubiese misterios, cuando en la naturaleza hay una infinidad de cosas que nuestro entendimiento no puede comprender y a las cuales damos crédito. ¿Qué son, si no, la luz, el calor, la electricidad y la germinación de las plantas? Nosotros constatamos esos fenómenos, pero no nos los explicamos.

* * *

La Trinidad

Escríbase:

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio de un solo Dios en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La primera de las verdades reveladas por Dios, verdad que es para nosotros *incomprensible pero conocida*, es la siguiente:

Dios existe en tres personas distintas. Es el *misterio de la Santísima Trinidad* o el *misterio de un solo Dios en tres Personas.*

Tres Personas en Dios; tres Personas que vosotros nombráis cuando hacéis la señal de la Cruz: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Subráyense las palabras:

Trinidad, solo Dios, Personas.

Estas tres Personas no son sino un solo Dios, a pesar de lo cual son bien distintas entre sí. El Padre no es el Hijo; el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo.

El Padre es Dios como el Hijo y como el Espíritu Santo. Mas todos juntos no son sino un solo Dios. ¿Cómo se explica esto? Nosotros no lo

comprendemos; es un misterio, es una verdad que está por encima de nuestro entendimiento.

Fijaos bien. No decimos: «El Padre es un Dios, el Hijo es un Dios y el Espíritu Santo es un Dios.»

No; esto afirmaría la existencia de tres Dioses. Decimos: «El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.»

Escríbase:

Fué Nuestro Señor quien nos reveló este misterio.

Preguntaréis: «¿Y quién nos enseñó este misterio?»

Nuestro Señor Jesucristo fué quien nos reveló este misterio. El se nos mostró como Hijo de Dios y nos habló de su Padre y del Espíritu Santo.

Decía, por ejemplo: «Mi Padre y yo somos una misma cosa.» O bien: «Id, y bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Y todavía: «Después que haya subido al Padre os enviaré el Espíritu Santo.»

(Nárrese aquí la escena del bautismo de Nuestro Señor.)

En el *Credo* decimos:

«Creo en Dios Padre todopoderoso; y en Jesucristo su único Hijo; creo en el Espíritu Santo.»

Hágase recitar devotamente a los niños:

Creo que hay un solo Dios en tres Personas.

Hoy os hablo de este misterio y os exhorto a decir que lo creáis.

Repitamos todos juntos, a modo de oración: «Creo que hay un solo Dios en tres Personas.»

Comprender este misterio es imposible. Un día, San Agustín se paseaba por la orilla del mar, esforzándose en comprenderlo.

En la playa, un pequeñuelo se divertía sacando agua del mar con una

concha y vertiéndola en un hoyo excavado en la arena.

Preguntóle el Santo qué hacía; y al contestarle el niño que se proponía vaciar el mar en aquel pequeño hoyo, San Agustín exclamó, riendo: «¡ Pero hijo, esto es imposible!»

Entonces contestó el niño: «Más fácil me será esto a mí, que a ti comprender la Santísima Trinidad.»

Lo mismo puede decirse de nosotros frente a cualquier misterio. Lo mejor es creerlo de todo corazón.

Comparaciones.

Reléase la frase:

El misterio de la Santísima Trinidad es el misterio de un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.
Fué Nuestro Señor quien nos reveló este misterio.

Para que de algún modo podáis entender la enunciación del misterio, echaré mano de algunas comparaciones:

Ved ahí el sol: en él hay luz, fuego y calor; y todo esto junto no es más que un sol.

Nuestra alma consta de tres facultades; entendimiento, memoria y voluntad; y, sin embargo, sólo tenemos un alma.

Bórrense las palabras:

Trinidad, personas, Nuestro Señor, reveló

y hágase completar la frase.

Fijaos en los nombres dados a las Personas divinas. No vayáis a creer que el Padre es más antiguo o más poderoso que el Hijo o el Espíritu Santo. No; las tres Personas divinas tienen el mismo poder, puesto que tienen la misma naturaleza y no son sino un solo y mismo Dios

---

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO VI

Objeto de la lección: **Los Ángeles. — El Hombre**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Tres divisiones establecidas en este capítulo:
- Los ángeles buenos.
- Los ángeles malos.
- El hombre.

Téngase la seguridad de que el hablar de los ángeles interesa al niño. Este admite la existencia de los mismos como algo posible y obvio, y da fácil crédito a la viva realidad de unos espíritus superiores a los nuestros. La dificultad empieza cuando uno se esfuerza en hacerles entender la naturaleza de los ángeles (buenos y malos).

Nuestro espíritu no puede representar al vivo con solas ideas una naturaleza puramente espiritual, y el niño necesita de imágenes corporales para entender. Además, el culto cristiano acostumbra a representar los ángeles y los demonios bajo las formas más sensibles y más expresivas. De ahí la necesidad de una reacción para impedir que el niño materialice esos espíritus puros.

En el párrafo relativo al hombre hay que hacerse con una idea: la de que el hombre vale algo por razón de su alma; y hay que hacer recaer la explicación principalmente sobre el alma.

B) División del tema

- 1.° Las criaturas de Dios
  - Angeles
  - Hombres
  - Diferencias entre estas criaturas
- 2.° Los Angeles
  - ¿Qué son?
  - ¿Por qué los creó Dios?
  - Prueba de los ángeles
    - Los vencidos.
    - Los vencedores.
    - Castigo de los demonios. Su oficio cerca de los hombres.
    - Recompensa de los ángeles buenos Su oficio cerca de los hombres.
    - El Angel de la guarda.
- 3.° El Hombre
  - Compuesto de un cuerpo y de un alma
    - Valor del cuerpo, valor del alma.
  - Alma combatida por los demonios; ayudada por los ángeles buenos.
  - Fin de la vida del hombre
    - Conocer
    - Amar
    - Servir a Dios

C) Método que debe seguirse

1.° El niño, como hemos dicho, no concibe ninguna objeción contra la existencia de los ángeles Con todo, es bueno mostrarle la gradación que existe en la creación: el reino mineral, el reino vegetal, el reino animal, y, por fin, el hombre, para llevarle como de la mano a pensar que sobre el hombre existe un reino superior: el de los Angeles.

La variedad de actos realizados por los espíritus celestes ayudará a la exposición de la doctrina sobre los Angeles.

Mas adelante damos algunos ejemplos sacados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Prepárese cuidadosamente la narración de esos episodios.

El razonamiento por analogía permitirá al niño concebir una idea suficiente de las cualidades y, por tanto, de los oficios angélicos. En efecto, el procedimiento de la comparación es muy agradable y fascina a los espíritus juveniles en quienes predominan todavía las facultades sensoriales.

Por lo demás, el Catecismo conduce a ese razonamiento por analogía; la explicación del hombre sigue a la explicación del ángel. Las dos no forman sino un solo capítulo, sirviendo la una para el esclarecimiento de la otra. El catequista explica la naturaleza de los ángeles valiéndose de los conocimientos que el niño puede tener acerca del alma humana.

2.° Por lo que hace a los demonios y a su actividad, aquí van unas observaciones necesarias.

La actividad de los demonios es un hecho que se impone con no menos razón que la existencia de los mismos; pero en este punto conviene evitar toda exageración y no fiarse de ciertos libros que llevan al extremo, y, sin quererlo, ridiculizan este punto de nuestras creencias. Prescíndase, pues, de relatos fantásticos, para no impresionar desfavorablemente las tiernas imaginaciones, y explíquese bien la razón de ser de las imágenes o estatuas que representan la actividad diabólica. Lo mejor es atenerse al Evangelio.

D) Algunos ejemplos de la actividad de los ángeles

1.° *En el Antiguo Testamento.* — Aviso dado a Lot sobre la destrucción de Sodoma (Gen. XIX).

Visión de Jacob (Escala. Gen. XIX).

Los tres jóvenes librados de las llamas en el horno ardiente (Dan. III, 46).

Historia de Tobías (III, 25 y siguientes).

Intervención de los ángeles en la batalla librada por los Macabeos (II Mac. X).

2.° *En el Nuevo Testamento.* — El arcángel Gabriel promete un hijo a Zacarías (Luc. I, 11).

La Anunciación (Luc. I, 26 y siguientes).

Los ángeles en el Nacimiento de Jesucristo (Mat. I, II), (Luc. II).

Los ángeles en la agonía de Jesús (Luc. XXII, 43). en la Resurrección (Juan *XX,* 12 y siguientes), y en la Ascensión (Hechos II, 11).

Aparición de un ángel al centurión Cornelio (Hechos X).

Pedro es libertado por un ángel (Hechos XII).

E) Una idea sobre la cual convendría insistir, es la de nuestra alma. Desarróllese este pensamiento de San Francisco de Sales: «Considera la nobleza y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento capaz de conocer no sólo este mundo visible, sino también que hay ángeles, que hay Gloria celestial, que hay un sumo Dios infinitamente bueno e inefable, que hay eternidad y, finalmente, capaz de conocer lo que conviene para vivir bien en este mundo visible y ser compañero de los ángeles en la Gloria, gozando de Dios eternamente» (1).

Adviértase que se comprenderá mejor el valor del alma cuando se expliquen los padecimientos sufridos por Nuestro Señor para rescatarla.

El hombre es por su alma el rey de la creación. Este título le impone serios deberes. Esta consideración puede constituir el punto de partida de una instrucción sobre los deberes hacia las criaturas inferiores: (bondad y ternura para con los animales). Propóngase el ejemplo de San Francisco de Asís, quien veía siempre a Dios en la creación y en los seres.

F) Impresión que debe darse

Sumo aprecio del alma. Odio al pecado y al demonio. Afición al bien y fidelidad en seguir las inspiraciones del Angel de la guarda.

(1) *Vida devota,* V. 10.

G) Resumen de la lección

«¡Cuán augusta ha de ser la dignidad del hombre, puesto que al nacer se le asigna un ángel para que le guarde y conserve!» ((*San Jerónimo*).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

1.ª Los Angeles

Las criaturas más perfectas de Dios son los Angeles y los hombres.

Admiro la creación, que va del reino mineral al reino vegetal y al reino animal, remontándose hasta el hombre y el ángel. ¡Cómo se echa de ver el poder de Dios en la creación! La piedra no siente, la planta vive, el animal se mueve y tiene instinto, el hombre piensa, constando de alma y cuerpo; el ángel es un espíritu.

Dios es quien ha creado todos estos seres.

Mas, ¡ay!, unos ángeles se rebelaron contra Dios, quien los arrojó al infierno, quedando convertidos en demonios. Estos son enemigos míos, que me tientan y se esfuerzan por arrastrarme al pecado, induciéndome a él con toda suerte de sugestiones y pensamientos malos.

Propósito. — Me propongo resistir al demonio, implorando el auxilio de los ángeles buenos, especialmente del ángel de mi guarda, que me acompaña siempre y es testigo de mis esfuerzos, y del arcángel San Miguel, caudillo de los angeles fieles.

Angel de la guarda, en ti confío; guárdame, defiéndeme, protégeme.

2.ª El hombre

El hombre es obra de Dios.

Soy semejante a los ángeles por razón de mi alma; ésta lo es todo, no siendo mi cuerpo otra cosa que un instrumento y servidor suyo.

Mi alma debe mandar; mi cuerpo debe obedecer.

Soy la obra maestra de todos cuantos seres hay en la tierra. Soy una criatura racional que ha recibido de Dios la libertad con la orden de usar de ella para hacer el bien y evitar el mal.

¿Por qué me ha creado Dios?

Para conocerle. Le conoceré aprendiendo el Catecismo y escuchando las explicaciones.

Para amarle. Yo le amo, pero pienso amarle cada vez más.

Para servirle. Propongo hacerlo toda mi vida.

Después de haberle conocido, amado y servido, El me dará el cielo, donde estaré con los ángeles.

Recítese el acto de caridad.

B) Formación en la piedad

A) Este doble capítulo puede contribuir poderosamente a suscitar y acrecentar la piedad.

En la instrucción dedicada a formar la piedad que

sigue a la explicación del Catecismo comenzamos por este tema: *el alma y el cuerpo*. He aquí nuestro breve plan:

Hermosura del alma que puede elevarse hasta Dios.
Dignidad del alma respecto al cuerpo.
Espíritus que le ayudan a elevarse.
Espíritus que favorecen la rebeldía del cuerpo.

Este comienzo permite al niño juzgar sobre la hermosura de su alma: ha sido creada por Dios; puede elevarse hasta Dios; ha de volver a Dios.

Pero el alma está unida a un cuerpo; el alma se inclina al cielo y el cuerpo se inclina a la tierra; de ahí la lucha entre el espíritu y la materia.

Sin embargo, todo nos dice que hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios. Estas ideas y las restantes del presente capítulo han de constituir a los ojos del niño el punto de partida de reflexiones fecundas en resultados: compresión del fin de la vida, valor absoluto del alma, valor relativo del cuerpo. Consecuencias: el alma dominará al cuerpo y conseguirá su fin.

Estos pensamientos bien entendidos serán garantía de una piedad sólida.

Recomendamos que sean recordados a menudo para que el alma del niño se familiarice con ellos.

B) Para promover la devoción a los *santos Angeles* repítanse brevemente las explicaciones dadas sobre sus oficios para con los hombres.

Después pásese a la práctica:

El ángel que mayor interés ofrece a cada uno de nosotros es el propio Angel de la guarda. Su misión consiste en protegernos; su objetivo en lograr que vayamos al cielo.

1.ª Piénsese en el propio Angel de la guarda; esto constituye un excelente estímulo a obrar bien.

2.ª Nuestro Angel de la guarda nos ve siempre (es espíritu puro).

3.ª Nuestros pecados le contristan; nuestros actos buenos le alégran.

4.° Influye en nuestros pensamientos con piadosas

inspiraciones y mociones saludables. Conclusión: Avivar el pensamiento de su presencia; dirigirle oraciones. Aquí será bueno que todos repitan esta invocación: Santos Angeles de la Guarda, protegednos y ayudad a nuestra alma a elevarse hacia Dios.

5.° La Iglesia festeja a los Angeles: San Miguel Arcángel, 8 de mayo y 29 de septiembre. — Angeles custodios, 2 de octubre.

Los venera en su liturgia, que contiene oraciones y misas en honor de los Angeles.

C) *Los demonios.* — Es buena táctica prevenir a los niños contra los daños espirituales que les amenazan y hablarles de la actividad desplegada por los demonios. De este modo se defiende su piedad.

1.° Advertimos de nuevo que no conviene desfigurar dicha actividad ni ridiculizarla torpemente.

Los demonios son espíritus y obran sobre el espíritu.

Será bueno describir el mecanismo de una tentación, señalando la parte que puede corresponder al demonio en la solicitación al pecado.

2.° El alma permanece siempre libre; debe estar vigilante: «Estad en vela, porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar.»

3.° Un punto muy importante que se debe inculcar a los niños y sobre el cual conviene volver con frecuencia para que lo entiendan bien, es que las tentaciones del demonio no son pecados, sino, a menudo, más bien ocasiones de adquirir méritos.

A este propósito se pueden citar consejos de algunos Santos:

Hablando de la vigilancia para guardarse del demonio, cítese esta frase del santo Párroco de Ars:

«Un cristiano ha de estar siempre presto a combatir. Como en tiempo de guerra hay siempre centinelas destacados por diversos puntos para ver si se acerca el enemigo, así también nosotros debemos estar siempre ojo avizor para ver si el enemigo nos tiende asechanzas o nos prepara alguna sorpresa.

Acerca de las tentaciones inevitables: «No vayamos a creer que exista en la tierra algún lugar donde se pueda eludir esta guerra. Hallaremos al demonio en todas partes; doquiera trabajará por arrebatarnos el cielo; pero doquiera y siempre podemos salir victoriosos. No sucede aquí lo que en otros combates. Entre dos bandos siempre hay un vencido; en esta lucha, si queremos, podemos reportar siempre el triunfo con la gracia de Dios, que nunca se rehusa a nadie» (1).

Empléese también esta comparación de San Agustín: «El demonio es a manera de un perro malo atado a una cadena. Si nos acercamos, muerde; de lo contrario, no puede hacer más que ladrar y tirar de la cadena.»

Termínese la instrucción con esta invocación sacada de las preces de la mañana.

«Angel de la guarda, mi fiel y amoroso guía, alcánzame docilidad a tus inspiraciones y haz que regule mis pasos de suerte que no me desvíe un ápice de la senda de los divinos mandamientos.»

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

LOS ANGELES. EL HOMBRE

Dijimos que Dios era el Creador de todo cuanto existe, de todo cuanto piensa, de todo cuanto tiene ser.

Fijémonos en la creación, y estudiemos hoy las dos criaturas más excelentes de Dios.

Constituirá esto un tema por demás interesante.

(1) Monnin: Obra citada.

Escríbase:

Las criaturas más perfectas son el ángel y el hombre.

Comencemos por decir que las criaturas *más perfectas son el ángel y el hombre.*

Existen, en efecto, grados en las criaturas.

Recordad lo que se os enseña en la clase. Se os dice que existe el reino mineral, que consta de cosas — las piedras, por ejemplo — inertes, frías, sin vida. Sobre el reino mineral hay el vegetal: las plantas, los árboles, con sus flores y frutos. Es la vida que comienza, pero una vida que se ignora. Más arriba hay el reino animal, que comprende a todos los animales. En él se encuentra la vida, dotada de movimiento.

Subráyese:

el ángel, el hombre.

En fin, sobre el reino animal encontramos al hombre con su entendimiento; y encima del hombre hallamos al ángel.

Hágase leer, y bórrese.

Tenemos, pues, razón al decir que las criaturas más perfectas son el ángel y el hombre.

(Podéis desarrollar la idea de que la creación no termina en el hombre, existiendo seres y grados de seres superiores al mismo.)

La creencia en los ángeles es muy racional.

Escríbase:

Los ángeles son unos espíritus...

Mas ¿qué son los ángeles?

Los ángeles son espíritus, esto es, unos seres que no se pueden ver, oír ni tocar, y que carecen de longitud, anchura y profundidad. Son unas inteligencias, unas como almas, unos espíritus no unidos a ningún cuerpo.

no unidos a ningún cuerpo...

Pero aquí me parece oír decir a alguno: Tengo una estampa que representa a un ángel con alas y her-

mosamente vestido; en las iglesias veo a los ángeles representados con cabeza y con alas; ¿cómo dice usted, pues, que los ángeles no tienen cuerpo?

No, hijos; los ángeles no tienen cuerpo; mas, para representarlos, para formarnos una idea de ellos, les atribuímos un cuerpo de que carecen. Lo mismo hacemos cuando queremos representarnos otras ideas, v. gr., la idea de justicia. Nos representamos esta virtud con la imagen de una matrona que lleva unas balanzas. En realidad, la justicia no es una mujer, sino una cosa inmaterial, una virtud.

Release y subráyese:
creados para la gloria y el servicio de Dios.

De la misma suerte nos representamos a los ángeles con cuerpo, pero carecen de él. Son espíritus *no unidos a ningún cuerpo*.

Dios los creó para su gloria y su servicio.

Dios no tiene necesidad de nadie; sin embargo, se complace en darse a conocer y utiliza las inteligencias por El creadas. Los ángeles son los servidores de Dios.

Así vemos que un ángel guardó la entrada del Paraíso luego que Adán y Eva fueron echados de él.

Ejemplo:

En la Anunciación.

Un ángel fué a anunciar a la Virgen María que sería la Madre de Dios; el arcángel San Gabriel

En la noche de Navidad.

Angeles fueron los que entonaron el *Gloria* en Belén y los que avisaron a los pastores.

Angeles los que sirvieron a Nuestro Señor en el desierto, después de haber ayunado cuarenta días.

En la noche de la agonía.

Un ángel fué quien confortó a Jesús en la noche de su agonía.

En la Ascensión.

Un ángel quien dijo a los Apóstoles el día de la Ascensión: «Este Jesús, que ha subido al cielo, ya no volverá sino para juzgar a los hombres.»

Reléase todo y bórrense luego las palabras más importantes:

espíritu, cuerpo, Dios, Navidad, Ascensión.

Hágase completar la frase por un alumno.

Bórrese, y pásese a la idea siguiente:

Los ángeles son los servidores de Dios. Divídense en nueve grados. Querubines, Serafines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Arcángeles y Angeles.

Existe, pues, sobre nosotros todo un mundo de espíritus.

Pero ahora os he de contar cómo ocurrió que numerosos ángeles se rebelasen contra Dios y fuesen convertidos en espíritus malos.

Escríbase:

Dios sometió los ángeles a una prueba.

Dios sometió los ángeles a una prueba.

No sabemos con certeza en qué consistió esa prueba. Acaso advirtió Dios a los ángeles que deberían adorar a Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada. Lo que sí sabemos es que gran número de ángeles acaudillados por Lucifer rehusaron obedecer a Dios, se rebelaron, *y quedaron trocados en demonios.*

Los que se rebelaron quedaron trocados en demonios.

El arcángel San Miguel arrojó del cielo a los ángeles malos, los cuales fueron precipitados para siempre en el infierno.

Lucifer es el nombre de Satán o espíritu maligno.

En vez de la felicidad de que gozaban los ángeles malos antes de rebelarse, se encontraron con la desdicha del infierno. Habiendo sido creados

Los demonios nos inducen al mal.

para Dios, se vieron separados de El para siempre; siendo santos, quedaron convertidos en malos y abandonados al mal.

Actualmente se ocupan en tentar a los hombres, induciéndoles a toda clase de pecados.

Recordad que los demonios son espíritus. Pueden, por tanto, obrar sobre nuestra imaginación, representándonos cosas que inducen al pecado; sobre nuestra memoria, haciendo que nos acordemos de los pecados cometidos y excitándonos de este modo a cometer otros nuevos. (Ejemplo: el pecado de la gula.)

Pero nosotros podemos resistir al demonio, que va dando vueltas a nuestro derredor como una bestia fiera.

Cuando un soldado sabe que el enemigo está cerca, se pone en guardia, mira atentamente, acecha, está alerta, en una palabra: vela sobre sí. Velad también vosotros sobre vuestras personas.

Cuando os veáis tentados, resistid, luchad, implorando socorro. La tentación no es un pecado; éste sólo se halla en la caída.

Implorad el socorro de Dios y de la Virgen Santísima, y también el de los ángeles que salieron victoriosos de la prueba.

Reléase:

Los que obedecieron a Dios son los ángeles buenos.

Los que obedecieron a Dios son conocidos con el nombre de «ángeles buenos», o, simplemente, ángeles.

Los ángeles malos se ocupan de nosotros para perdernos; los ángeles buenos, por el contrario, han re-

cibido de Dios la misión de auxiliarnos.

San Pedro se encontraba en la cárcel cargado de cadenas. De pronto, estando durmiendo, sintió que le tocaban en la espalda, y vió ante sí a un ángel que le hizo señas de que le siguiera. El ángel rompió las puertas de la cárcel y le devolvió la libertad.

Los ángeles buenos nos protegen; en especial nuestro Angel custodio.

Hablando de los infantes, decía Nuestro Señor: «Sus ángeles ven la cara de Dios».

Los ángeles buenos se ocupan de *nosotros* y nos protegen.

Todos nosotros tenemos *un ángel custodio,* que, como el nombre lo indica, nos guarda y nos protege.

Hablando de los infantes decía Jesús: «Sus ángeles ven la cara de Dios».

Reléase:

Dios sometió los ángeles a una prueba. Los que se rebelaron quedaron trocados en demonios. Los demonios nos inducen al mal. Los que obedecieron son los ángeles buenos.
Los ángeles buenos nos protegen; en especial nuestro Angel custodio.

Si el demonio nos sugiere pensamientos malos, nuestro Angel custodio nos los inspira buenos. Nos aparta del mal, aleja de nosotros los daños y a menudo nos aconseja en las dificultades.

(Historia del arcángel Rafael y Tobías.)

Nuestro Angel custodio nos acompaña siempre y, siendo un espíritu puro, ve todo lo que hacemos, así el bien como el mal.

Con frecuencia nos avisa la presencia de Dios y nos mueve a reverenciarle.

Todos los días debéis rogar a vuestro Angel.

El conoce toda vuestra vida.

Bórrense las palabras más importantes:

Resumiendo: los ángeles buenos se ocupan de nosotros. Hay un ángel para nuestro país, un ángel para ca-

prueba, demonios, ángeles buenos.

Hágase completar la frase.

da población, un ángel para cada familia y un ángel para cada uno de nosotros. Ahora sabéis la historia de los ángeles y la misión de los mismos. Leamos otra vez: Dios sometió, etc.

El Hombre

El ángel fué creado para el cielo; el hombre, en cambio, ha de vivir en la tierra, y de aquí que se diga de él que es el rey de la creación visible.

Os parecerá extraño que estudiemos al hombre, por cuanto creéis saber bien lo que es el hombre, puesto que le conocéis. Sin embargo, conviene que recordéis lo que somos.

El hombre es una criatura, o sea una obra de Dios.

Dios con su omnipotencia creó o sacó de la nada al hombre, al igual de los demás seres.

El hombre es una criatura racional...

Mas Dios hizo al hombre *racional.*

Subráyese:

racional

Merced a este don, el hombre puede *pensar, querer, obrar,* indagar las *causas,* determinar los *efectos* que resultan de una causa y elegir entre el bien y el mal.

La razón es lo que distingue al hombre de la bestia, ya que el hombre obra después de haber pensado, después de haber juzgado de su acción. Es libre de hacer una cosa o de no hacerla.

El animal, por el contrario, es llevado de su instinto. El instinto no razona; solamente mueve a obrar.

Merced a la razón, el hombre inventa, indaga, sigue el camino del progreso.

El animal permanece siempre en el mismo estado.

compuesta de alma y cuerpo

El hombre es, pues, una criatura racional, compuesta de alma y cuerpo.

De alma, o sea de un espíritu inmortal que no puede perecer.

De un espíritu que no tiene color, longitud ni anchura, y que piensa, obra, quiere y ama.

Por razón de vuestra alma os parecéis a los ángeles y se puede decir de vosotros que habéis sido creados a imagen de Dios.

Los ángeles son como almas sin cuerpo.

Lo que tenéis de más precioso es vuestra alma. Sin ella no podríais conocer, amar ni obrar libremente.

Subráyese:

cuerpo

Esta alma está unida a un cuerpo enteramente distinto de ella.

El espíritu está, pues, encerrado en la materia, en la carne.

Mas, al paso que el cuerpo material se convertirá en polvo, al sobrevenir la muerte, el alma seguirá viviendo siempre, porque lo que es inmaterial no puede perecer.

Con todo, el alma para obrar necesita del cuerpo, y el cuerpo sería inerte si el alma no lo informara.

Subráyese:

alma

El cuerpo depende del alma como un esclavo de su amo. Consecuencia: el alma es quien ha de mandar, y no el cuerpo.

Reléase:

El hombre es una criatura racional compuesta de alma y cuerpo.

Escuchad, pues, siempre la voz de la razón, sobre todo cuando el cuerpo se subleve. Recordad que vuestra alma es inmortal, que es una substancia invisible que, llamada por

Bórrense las palabras más importantes:
racional, alma
cuerpo

Dios a la vida, no puede conocer la nada.

Dios que la creó, es justo, y debe premiarla o castigarla.

El hombre ha sido creado por Dios para su gloria. Dios quiere también nuestra dicha.

Hágase completar la frase.

Corresponde a nosotros merecerla, *saliendo victoriosos de la prueba de la vida.* Buscando el bien del alma, se procura el bien del cuerpo, que, como veremos más tarde, ha de resucitar glorioso.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO VII

Objeto de la lección : **La caída del hombre**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Esta lectura nos muestra el enlace que existe entre los diversos capítulos del Catecismo.

Es de suma importancia hacer constar este enlace, a fin de dejar en el espíritu de nuestros pequeños oyentes, no fragmentos dispersos de doctrina, sino una enseñanza sólida, que llegue a constituir un todo bien compacto. Resumamos lo que ya hemos visto. Encontramos nuestra doctrina cristiana en el Credo; éste nos enseña la existencia de Dios, su naturaleza, las obras por El creadas — los ángeles, los hombres — y el medio por el cual entró el mal en el mundo de los espíritus y que tuvo por resultado la existencia de los demonios. Vamos a ver la acción de éstos acerca del hombre al ser sometido, como ellos, a una prueba. Tal es el tema de la lección de hoy: hacer notar que todo es incontrovertible.

B) División del tema

Creación de Adán y Eva. Relato bíblico.

- **Estado antes de la caída**
  - Amistad de Dios.
  - Felicidad del alma.
  - Felicidad del cuerpo.
  - El Paraíso terrenal.
  - Prueba establecida por Dios: el árbol de la ciencia del bien y del mal.
- **La falta**
  - Los personajes: (Eva, el demonio, Adán.
  - La tentación
    - Qué dice el demonio.
    - Qué responde Eva.
  - Reflexiones
    - Qué promete el demonio.
    - La falta de Eva; la falta de Adán.
    - Malicia y astucia del demonio.
    - Flaqueza de nuestros primeros padres.
- **El castigo**
  - Turbación después de la falta.
  - La voz de Dios.
  - Fuera del Paraíso terrenal.
  - La luz de la esperanza en un Redentor.
- **Las consecuencias**
  - Qué perdieron nuestros primeros padres:
    - 1.° Bienes del alma: La concupiscencia.
    - 2.° Bienes del cuerpo: El dolor, la muerte.
    - 3.° El derecho al cielo.
  - Herencia de nuestros primeros padres: el pecado original.
  - La Virgen y el pecado original.

C) Método que debe seguirse

La explicación de este capítulo nos ofrece la ocasión de recordar en qué facultades del niño debe despertar especial interés el catequista.

I. Psicológicamente, el dogma del pecado original da la explicación, dice Pascal, de nuestra «grandeza», de nuestra «bajeza», o, como hace notar elocuentemente San Pablo, explica la coexistencia en una misma alma de dos principios que luchan entre sí hasta la hora de la muerte.

Pero esta consideración no es de las que mejor consiguen interesar a los niños por un tema tan complicado y retener la doctrina en su espíritu. Se comprende muy bien que un análisis de las principales tendencias espirituales tenga pocas probabilidades de mantener la atención de los pequeñuelos.

Por el contrario, mostrad la relación entre el hecho esencial de la caída primitiva y su propia sensibilidad, y al instante despertaréis en ellos una curiosidad que los predispondrá a recibir la verdad.

Si el infante permanece harto indiferente a muchas de las consecuencias del pecado de nuestros primeros padres, se muestra, en cambio, muy impresionado ante el pensamiento de que la culpa original es la razón del mal que se ha cernido sobre el mundo, y de un modo especial no se resiste al deseo de saber por qué tanto él como sus familiares no son dichosos.

II. Dispuesto ya el niño con esta explicación llana del «método atrayente», falta que sea instruído por el método intuitivo.

A este efecto despleguemos ante su imaginación grandes cuadros bíblicos.

El primero representará la completa felicidad de Adán y Eva en el Paraíso terrenal.

El segundo, formando contraste con el anterior, englobará en un conjunto impresionante los misterios de la vida que puedan interesar al niño.

El tercero, transición entre el primero y el segundo, dramatizará la historia de la tentación, de la caída y, finalmente, de las sanciones divinas.

III. Pero no se habrá penetrado en la entraña de ese dogma fundamental mientras no se haya hecho comprender la extraordinaria gravedad de la culpa de origen.

Para conseguir este fin, conviene apelar a los que podemos llamar «sentimientos morales» del infante

Estos sentimientos a la vez que por la educación familiar, constituyen como el fondo moral del alma; son su base indiscutible e inconmovible frente a cualquier querencia y acto subsiguiente.

En realidad, los «juicios» expresamente formulados, las resoluciones tomadas, no hacen de ordinario otra cosa que traducir en lenguaje reflexivo y exteriorizar hábitos de sentir, tendencias profundas — infusas o adquiridas —, que no se revelan a la conciencia sino por la manera de afectar la sensibilidad superior del hombre.

Ahora bien; el infante posee la mayoría de esos sentimientos morales, v. gr., el de la obligación moral — el más intangible de todos —, el de la satisfacción moral y el del remordimiento, que revisten una forma muy acusada en la vida profundamente religiosa.

Por otra parte, la práctica del sacramento de la Penitencia contribuye poderosamente a desenvolver esos sentimientos que brotan en el decurso de la educación y se acrecen considerablemente al calor del amor de Dios, del Dios salvador.

Invitad, desde luego, las tiernas almas a revivir las escenas de la caída en el Paraíso terrenal. Ayudadlas a sentir, para que las entiendan mejor, las disposiciones morales en que se hallarían nuestros primeros padres antes de la caída, en la caída y después de la caída. Procúrese que por simpatía se representen con gran intensidad las emociones experimentadas por Adán y Eva, sus deseos, sus querencias.

Entonces los niños comprenderán cuán grave es desobedecer a Dios hasta resignarse a convertirse en enemigo suyo, y echarán de ver que esa «malicia» es aborrecible a los ojos de Dios y entraña las consecuencias más funestas y los más crueles castigos.

Trátese de despertar la atención del niño, de instruirle en las verdades reveladas o de acrecentar su fe en la santidad divina ultrajada por el pecado, el catequista sólo conseguirá hacer accesible su enseñanza, esclarecer las mentes y dirigir las almas, si conoce la naturaleza especial de las facultades infantiles y si, conociéndolas, las hace funcionar de conformidad con sus leyes peculiares.

D) Lectura

Léase el relato de la caída en la Biblia.

E) Una comparación para hacer entender lo que es para nosotros el pecado original y por qué no podemos tachar a Dios de injusto.

El pecado original es una privación. Había un hombre muy rico. Un día recogió todo su dinero, y en un arrebato de locura echó al fuego toda su fortuna. En un instante quedó completamente arruinado. Ese hombre tenía hijos, los cuales, privados de la hacienda paterna, sufrieron una miseria extrema. ¿Podían los hijos acusar a Dios de injusticia? No; únicamente podían acusar a su padre. Ese hombre rico es Adán; nosotros somos sus hijos.

F) Impresión que debe darse

Inspirar horror al pecado, que es una desobediencia a Dios.

G) Idea de la lección siguiente

Dios no abandonó al hombre después del pecado, sino que le prometió un Redentor.

La lección siguiente tratará del Mesías.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Sé que el demonio es el enemigo de Dios. Se rebeló contra Él. Hoy acabo de saber que usó de una astucia reprobable para perder a nuestros primeros padres.

En mi imaginación estoy viendo la escena: Adán y Eva se hallan en el Paraíso terrenal y son felices, justos y amigos de Dios. El demonio, envidioso de tanta dicha, tienta a Eva: Si coméis de este fruto, seréis como dioses... Le hace cometer un pecado. A poco, Adán se olvida también de la prohibición de Dios. Acaba de ser cometido el primer pecado en la tierra. El Paraíso ha dejado de existir para los culpables, los cuales son arrojados de tal lugar.

¡Oh, cómo debo guardarme del demonio, cómo debo huir de él!

Propósito. — Quiero repetir a menudo esta oración: Padre nuestro que estás en los cielos... no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal.

B) Formación en la piedad

A. — El pecado original constituye un punto muy importante de la doctrina. A los ojos del creyente ex-

plica el doloroso estado del alma, estado de lucha incesante entre el bien y el mal que conocen todos los individuos.

En el período de calma donde por fortuna se encuentra todavía el infante, calma relativa que el día de mañana puede ceder el lugar a los vientos precursores de la tormenta, es prudente advertirle y contarle los estragos del pecado original. Y luego, al par del mal, indicarle el remedio.

El pecado original causó cuatro heridas al alma:

1.ª Herida de la ignorancia, que debilita el entendimiento exponiéndole al error y a una profunda ceguera respecto a las verdades de la fe.

2.ª Herida de la malicia. A la natural dificultad en querer el bien vino a añadirse una terrible inclinación a querer el mal buscando instintivamente nuestro propio interés.

3.ª Herida de la flaqueza, que nos predispone a todas las cobardías frente a un deber algo difícil.

4.ª Herida de la concupiscencia, que nos mueve a buscar con ardor el deleite sensitivo y a evitar con horror toda ocasión de padecer.

Ahora bien; es deber nuestro — y en esto consiste la prueba — fortalecer nuestro entendimiento y rectificar nuestra voluntad para que pueda obedecer a la recta razón, y mostrarnos esforzados y animosos así como prudentemente moderados en los placeres.

Estas ideas han de ser representadas de una manera llana, y no puede prescindirse de su explicación. Es una labor básica para la vida espiritual. Será bueno volver sobre ellas bajo una u otra forma, v. gr., en las pláticas que versen sobre este tema: qué somos y qué pide Dios de nosotros.

B. — El punto sobre el cual convendrá extenderse a continuación es éste: Una mujer santísima fué preservada del pecado original: la Virgen María, Madre de Dios.

Presentad, a este efecto, a la Virgen Madre de Dios, Inmaculada desde el primer instante de su concepción,

exenta de toda inclinación al mal, pero sujeta al sufrimiento y a la muerte como su divino Hijo. Repetid que ésta es una verdad de fe proclamada por Pío XI el 8 de diciembre de 1854, en presencia de más de doscientos obispos.

Para avivar la confianza en la Virgen Santísima, exponed las razones que le valieron semejante privilegio: no convenía que la Madre del Hijo de Dios hecho hombre estuviese un solo instante bajo el dominio de Satanás.

La Virgen Santísima es, pues, una maravilla de la gracia.

La conclusión fluirá por sí misma: La Virgen María es el poderoso auxilio que restaña las heridas causadas por el pecado original.

A partir de esta lección *la formación en la piedad hacia María* habrá comenzado, y la ocasión no habrá podido ser mejor escogida: Acabáis de hacer ver la debilidad del hombre caído, y le devolvéis la esperanza presentándole a María, que aplasta la cabeza de la serpiente.

Algunos consejos prácticos.

1.° Al recitar el *Credo,* haced notar que Cristo vino a la tierra para salvar al hombre, perdido a causa del pecado de nuestros primeros padres.

2.° Al rezar el *Padrenuestro,* haced hincapié en esta frase: «Nos nos dejes caer en la tentación.» La tentación procede del demonio, el cual obra sobre nuestra naturaleza corrompida por el pecado.

3.° Al rezar el *Avemaría,* recuérdese el hermoso privilegio de la Virgen Inmaculada cuando se repite «Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo.» Hágase memoria del oficio de la Virgen en favor nuestro cuando decimos: «Ruega por nosotros pecadores.»

Si en la habitación o en la iglesia hay una imagen de la Virgen en actitud de aplastar la cabeza de la serpiente, llámase la atención sobre este detalle.

Termínese con la invocación:

«¡ Oh, María sin pecado concebida !, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos.»

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA	LA CAÍDA DEL HOMBRE
	Cuatro ideas que deben desarrollarse en la pizarra: 1.° Estado antes de la caída. 2.° La caída. 3.° El castigo. 4.° Las consecuencias: para Adán y Eva y para nosotros.
Escríbase: Dios creó a Adán y Eva...	Dios creó el mundo con su omnipotencia. El sexto día, cuando todo estuvo dispuesto para recibir al hombre, Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», y creó a Adán, formando su cuerpo de la tierra y uniendo a ese cuerpo un alma sacada de la nada. Dios dió una compañera a nuestro primer padre, en la persona de Eva, que fué la primera mujer (léase en la Historia Sagrada el relato de la creación de Adán y Eva). Ved ahí la primera familia humana formada por el poder de Dios. Adán y Eva habían sido creados en un estado de santidad y de felicidad. 1.° De santidad: lo cual quiere decir que vivían en amistad con Dios, no queriendo sino lo que Dios quería y gozando de un entendimiento recto y esclarecido.

2.° De felicidad. *Para el alma,* que vivía en una paz imperturbable; *para el cuerpo,* exento de enfermedades y no sujeto a la muerte. La enfermedad, el dolor, el sufrimiento y la muerte no afligieron al hombre, sino después del pecado.

Y los colocó en el Paraíso terrenal.

Reléase la frase entera.

Bórrense las palabras:

Dios, Paraíso errenal.

Hágase completar la frase

En fin, Dios colocó a Adán y Eva en el *Paraíso terrenal.* Era éste un jardín donde vivían todos los seres de la creación, sometidos al hombre; donde se hallaban reunidas todas las riquezas del reino vegetal; donde los árboles producían hermosos frutos; donde la tierra era fecunda, sin necesidad de cultivo. Allí vivían Adán y Eva como señores de toda la creación, conversando con Dios, su Criador.

En ese jardín había un caudaloso río.

No se sabe cuanto tiempo estuvieron Adán y Eva en el Paraíco terrenal; probablemente el necesario para conocer todas las bellezas en él encerradas. Lo que sí se sabe es que en medio de aquel jardín había un árbol que Dios les había prohibido tocar: era el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Dios había dicho a Adán: «Come del fruto de todos los árboles del Paraíso; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás».

La prohibición era formal. Dios quería imponer esta condición a la dicha de Adán.

Bórrese y pásese a la idea siguiente:

La caída.

Escríbase:

Adán y Eva, engañados por el demonio, desobedecieron a Dios.

Subráyese:

el demonio

El mandato había sido intimado; era preciso obedecer.

Mas Adán y Eva, engañados por el demonio, desobedecieron a Dios, y aquí es donde os he de contar la triste caída de nuestros primeros padres.

Ya sabéis que el demonio, ángel rebelde y envidioso de la felicidad del hombre, es el capital enemigo de Dios.

Como no puede atacar a Dios, acomete al que es amado de El: al hombre; y esta es la razón por que resolvió perder a Adán y Eva.

Subráyese:

desobedecieron

Por otra parte, Dios había creado a nuestros primeros padres con libertad para obrar bien o mal, habiendo dispuesto la prueba del árbol de la ciencia del bien y del mal para hacerles merecer la felicidad.

Dios permitió que Adán y Eva fuesen tentados.

He aquí el relato de la tentación y de la caída:

El demonio se ocultó bajo la forma de una serpiente y dijo a Eva, que se estaba paseando por el Paraíso terrenal: «¿Con que os ha prohibido Dios que comáis de los frutos del jardín?».

Eva respondió: «Nosotros comemos de todos los frutos, a excepción de los del árbol que hay en medio del jardín. Ese árbol no podemos tocarlo sin exponernos a morir».

Entonces dijo la serpiente a la mu-

jer: «No moriréis; antes bien, si coméis de él, seréis como dioses, sabedores del bien y del mal».

Como veis, el demonio es astuto cuando tienta; sabe adular para atraer al pecado, y hace promesas engañosas.

Reléase la frase:

Adán y Eva, engañados por el demonio, desobedecieron a Dios.

Bórrense las palabras más importantes:

demonio, Dios.

Hágase completar.

Bórrese, y pásese a la idea siguiente:

El castigo.

Eva contempló el fruto. Era hermoso, y pensó: «Seremos como dioses»; y lo cogió, sin preocuparse de la prohibición de Dios. Y no solamente lo cogió, sino que comió de él y ofreció en seguida a Adán, quien tuvo la debilidad de aceptarlo y comer también.

Habían sido engañados por el demonio; acababan de desobeder a Dios.

No bien hubieron comido del fruto prohibido, Adán y Eva se sintieron turbados; abrieron los ojos y echaron de ver que estaban desnudos. Y cubriéndose con hojas, fueron a esconderse en un paraje del jardín.

Mas, ¿quién puede esconderse a los ojos de Dios?

¿No lo ve todo, por ventura?

«Adán, ¿dónde estás?», preguntó Dios.

Y Adán se vió forzado a responder. Hizo recaer su falta sobre Eva, y Eva la hizo recaer sobre la serpiente.

Entonces Dios maldijo a la serpiente, o sea al demonio, y prometió que algún día una mujer (la Virgen Santísima, madre de Dios) le aplastaría la cabeza.

Dirigiéndose luego a Adán y Eva, les predijo muchos dolores y males.

Dijo a Adán: «Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste formado.

Escríbase:

Dios arrojó a Adán y Eva del Paraíso terrenal.

Bórrese y pásese a la idea siguiene:

Consecuencias de la culpa de Adán y Eva.

Después arrojó a Adán y Eva del Paraíso terrenal y colocó a la entrada del jardín a un ángel con una espada flamígera para prohibir el acceso a aquel lugar.

Adán y Eva perdieron los *bienes del alma*. Eran felices en el Paraíso terrenal, y ahora pasaban a ser desgraciados, saliendo de él; eran sabios antes de su caída, y ahora iba a nublarse su entendimiento. Antes de la caída su voluntad era dueña de los sentidos; ahora sucedería lo contrario: iban a sentir dentro de sí la concupiscencia, o sea la lucha provocada por las pasiones que les arrastrarían al mal.

Nuestros primeros padres perdieron:

1.º Los bienes del alma.
2.º Los bienes del cuerpo.

Ellos, que habían vivido hasta entonces en bonanza, paz y amistad con Dios, conocieron el remordimiento, el miedo y la turbación.

Perdieron los *bienes del cuerpo.*

Antes de la culpa, Adán y Eva no sabían qué eran la enfermedad, el

dolor, el trabajo, las lágrimas y la muerte.

Después del pecado empezaron a sufrir y tener hambre: conocieron el dolor y la enfermedad. Tuvieron que defenderse de los animales que antes se les habían mostrado sumisos.

En fin, hubieron de sufrir la muerte. Perdieron, en suma, toda la dicha del Paraíso terrenal.

La dicha del Paraíso terrenal.

Y no es esto todo. Perdieron, además, el *derecho al cielo*. Si hubiesen obedecido a Dios, si hubiesen salido victoriosos de la prueba en el Paraíso terrenal, Adán y Eva habrían permanecido allí durante un espacio más o menos largo de tiempo, y luego habrían ido a gozar de Dios por toda la eternidad, sin pasar por la muerte. Dios les había destinado al cielo.

El derecho al cielo.

Perdieron este derecho. No fueron ya dignos de poseer a Dios y, lo que es más, su culpa recayó sobre sus hijos.

En fin, transmitieron la culpa a sus hijos.

Por su causa, nacemos todos manchados con la culpa original, que no es otra cosa que la transmisión del pecado de nuestro primer padre.

Reléase.

Bórrense las palabras:

perdieron, alma, cuerpo, cielo, pecado.

Hágase completar la frase por algunos alumnos.

Y no digáis que esa transmisión es injusta. Dios había puesto un tesoro en las manos de Adán y Eva, y ellos disiparon tamaño beneficio. Sus descendientes no pueden poseerlo, porque ya no existe.

El pecado original fué en Adán una mala acción; en nosotros es una mancha, una privación.

Esta mancha alcanza a todo el género humano, a excepción de la Virgen Santísima, Madre de Jesucristo, Hijo de Dios.

Solamente la Virgen Santísima fué preservada del pecado original.

Dios prometió enviar a nuestros primeros padres y a sus hijos un Salvador, que repararía su culpa y aplastaría al demonio. De este modo les devolvía la esperanza de conseguir el cielo.

Después de la caída, Dios prometió un Redentor.

Este Salvador era necesario después de la caída, puesto que el hombre no podía hacer nada para ganar el cielo. Dios continuó ocupándose del hombre; le conservó la vida y le guardó con su Providencia. Además, le permitió alimentar la esperanza del cielo, merced a los méritos del Salvador que había de venir.

En la lección siguiente veremos quién fué ese Redentor, por cuánto tiempo se hizo esperar y cómo rescató al hombre.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El caequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO VIII

Objeto de la lección: **La Encarnación**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Este capítulo es uno de los que, a primera vista, parecen de ardua y trabajosa explicación. Sin embargo, reviste una importancia tan grande, que es necesario hacer comprender su contenido. Digámoslo de una vez: el presente capítulo viene a ser la clave del cristianismo, y, a pesar de su aridez, ha de ser explicado con cariño. La luz de este capítulo se proyectará sobre los siguientes. Jesucristo, en su vida privada lo mismo que en su vida pública, aparecerá no simplemente como un niño o como un hombre, sino como un Niño Dios, como un hombre Dios.

B) División del tema

Présentese a Cristo en la Cruz y fomúlese esta pregunta: ¿Quién es Jesucristo?

Para contestar, recuérdense los dos capítulos donde se estudia: { La Santísima Trinidad. / El pecado original.

La segunda Persona de la Santísima Trinidad salva al hombre.

A este efecto, se encarna, tomando:

- un cuerpo
  - como el nuestro,
  - con sus debilidades, excepto la enfermedad y la corrupción.
- un alma
  - sacada de la nada,
  - con el don sobrenatural de la santidad y sin el desorden del pecado original.

Nombre de la segunda Persona encarnada.

Estudio de la Persona del Hijo de Dios hecho hombre.

1.° Dos naturalezas: { divina. / humana.

Consecuencias: dos entendimientos, dos voluntades.

2.° Una sola persona.

Personas que intervienen en la Encarnación: { El Espíritu Santo. / La Virgen. / Oficio de San José.

C) Método que debe seguirse

Llámese poderosamente la atención sobre Jesucristo. Sáltese un poco a la lección relativa al misterio de la Redención y preséntese a Jesús como Salvador, comenzando luego el estudio de la Encarnación. El alma del niño está ya ganada por la emoción; su curiosidad ha sido excitada y él se halla del todo dispuesto a esforzarse por entender.

Utilícese, desde luego, esta buena disposición y relaciónese el presente capítulo con los precedentes. El volver sobre lo mismo es siempre provechoso y suministra una visión de conjunto que crea la unidad en la doctrina. Recuérdense brevemente los capítulos sobre la Creación. Insístase en la Trinidad y en la caída de nuestros primeros padres. Es bueno que los niños sigan estas brevísimas

explicaciones teniendo el Catecismo ante sus ojos. La vista ayuda mucho a englobar las ideas.

En el estudio de la Persona de Jesucristo no se olvide que se habla a niños. No se empleen palabras difíciles; explíquense siempre las locuciones teológicas y tiéndase siempre a lo esencial, esto es, a ideas simples. Jesucristo es hombre. Repítase la definición de hombre y aplíquese a Jesucristo, haciendo notar las diferencias respecto al cuerpo y respecto al alma. Jesucristo es Dios: segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Si se advierte alguna fatiga en la atención de los alumnos, dense aquí los distintos nombres de la segunda Persona encarnada.

Punto por demás delicado es el de proponer la tesis sobre las dos naturalezas y una sola persona.

Exponed simplemente la doctrina. Advertid que se destinará un capítulo a demostrar la divinidad de Jesucristo, e indicadlo. Después, haced observar que la naturaleza humana es evidente en Jesucristo. Podéis leer rápidamente algunos pasajes del Evangelio que prueban la divinidad (milagros) y la humanidad (padecimientos y detalles de la vida cotidiana) de Jesucristo.

D) Comparación

Para ayudar al entendimiento del niño en la explicación sobre las dos naturalezas y una sola persona, proceded por analogía y servíos de este ejemplo casero:

Dais una peladilla a un niño, v. gr., a Luisito, quien en seguida la masca. Después se le ocurre a Luisito una idea, y la expresa, diciendo: «Yo sé cómo se fabrica el azúcar.»

Viéndole mascar la peladilla, no decís: «El cuerpo de Luisito masca la peladilla.» Oyéndole hablar, no decís: «El alma de Luisito piensa y razona.» Lo que decís es: «Luisito masca la peladilla y razona.»

Atribuís los actos del cuerpo y los del alma a la persona de Luisito. Pues bien: en Jesucristo no basta distinguir entre cuerpo y alma; es preciso distinguir también entre humanidad y divinidad, y, a pesar de esta distinción, atribuirlo todo a la única Persona del Hijo de Dios.

E) Observación

Este capítulo permitirá continuar la lección sobre la Virgen, comenzada ya en el capítulo anterior. (Pecado original. Promesa de un Redentor.) Al lado de la Virgen se dibuja el perfil de San José. Sitúense bien estos personajes, que, desde un principio, en las páginas más vibrantes de la vida de Jesus servirán de marco a la figura del Salvador.

F) Lectura

El arcángel San Gabriel anuncia a María que será la Madre de Dios (San Lucas, I, 26 sig.).

G) Impresión que debe darse

1.° De respeto en presencia de la grandeza de Jesucristo, Hijo de Dios.

2.° De confianza: Jesucristo es hombre.

3.° De amor: La Encarnación tiene por objeto el rescate de los hombres.

H) Resumen de la lección

«El Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros» (Juan, I, 14).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Miro al Crucifijo, y veo la imagen sangrante de Jesucristo.

Jesús es mi Salvador.

Me gustaría conocer a un hombre que hubiese muerto por mí, salvándome, por ejemplo, de las llamas de un incendio. Jesús murió para salvarme de las llamas del infierno.

Es la segunda Persona de la Santísima Trinidad que tomó un cuerpo y un alma, que se encarnó, sin dejar por esto de ser Dios.

En Jesucristo hay, pues, dos naturalezas: la naturaleza divina — el Hijo de Dios — y la naturaleza humana — el Hijo de la Virgen María.

Es Dios y Hombre a la vez. No puedo comprender cómo, pero creo con todo el corazón el excelso misterio de la Encarnación y repito con la Iglesia: El Hijo de Dios se hizo hombre.

El Catecismo me advierte que, aunque haya dos naturalezas, no existe sino una sola persona en Jesucristo: la persona del Hijo de Dios. Cuando Jesús habla, padece, obra un milagro, es el Hijo de Dios quien habla, padece y obra un milagro.

Al lado de Jesucristo, Hijo de Dios, veo a dos personas: la dulce Virgen María, su Madre, y San José, su padre nutricio, puesto que su padre verdadero es el Padre celestial.

Propósito. — Jesús mío, creo en este misterio, que no puedo comprender. Creo que eres Dios y hombre. Cada vez que oiga pronunciar tu nombre pensaré: Este, a quien acaban de nombrar, es el Hijo de Dios.

B) Formación en la piedad

A pesar de su aparente aridez, este capítulo contribuirá a fomentar la piedad.

1.° *Inclina a la oración.*

Puede comenzarse y acabarse con una súplica. Súplica delante de Jesús crucificado cuyo estudio se emprende; súplica delante de la Sagrada Familia — Jesús, María y José — cuyos personajes se evocan

Suministra, asimismo, la ocasión de repetir diversos actos de fe. Esta lección se presta, en efecto, a aprovechar una pausa para recitar jaculatorias por el estilo de éstas: «Creo, Jesús, que eres el Hijo de Dios; Jesús, Hijo de la Virgen María, creo que eres la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Estas oraciones jaculatorias proporcionan descanso al espíritu y dan acceso a la gracia. Además, son otras tantas afirmaciones que resumen las propias afirmaciones del catequista. Deben utilizarse desde este doble punto de vista.

2.° *Sirve de base a nuestra lección.*

En efecto, toda nuestra piedad y devoción a Jesucristo debe estribar necesariamente en el misterio de la Encarnación.

Cuando presentamos a Jesús niño, a Jesús trabajando, a Jesús predicando, traicionado, azotado y muriendo en la Cruz, es un Dios niño, un Dios trabajador, predicando, sufriendo, traicionado, azotado y muriendo el que proponemos a la adoración. Nuestra imaginación nos descubre los rasgos de un hombre; nuestra fe nos advierte al punto: es un Dios; y esta fe legitima nuestro culto.

Esmérese, pues, el catequista en hacer resaltar esta idea.

3.° *El misterio de la Encarnación impele al alma al amor de Dios;* pues, aunque no veamos el cómo, comprendemos el porqué del misterio. El Hijo de Dios se hizo hombre para salvarnos, por amor a nosotros; para facilitarnos la consecución de nuestro fin, que es Dios.

Esta idea ha de proponerse a los niños, sin perjuicio de volver sobre ella cuando se explique la vida de Jesucristo.

4.° Una idea que debe emitirse y que será una de las consecuencias de nuestra fe en la Encarnación: *Es preciso acercarse a Jesús y seguirle paso a paso.* El descendió del cielo, y sabe cuánto desea su Padre verle glorificado por los hombres, y cuán necesario es Dios para que sean dichosas las almas. De aquí que, en cuanto Dios nos suministre los medios para realizar este fin, para conseguir esta dicha, y en cuanto hombre se muestre lleno de verdad y de ternura, compasivo, misericordioso, en una palabra: Salvador.

La lectura de algún pasaje del Evangelio aclarará estas ideas, v. gr.: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en más abundancia» (1). Propónganse las parábolas del perdón.

Utilizad la presente lección:

1.° Para seguir *formando en los niños la devoción a María.* El tema es muy indicado: la explicación de su título de Madre de Dios, deduciendo las consecuencias.

2.° Para *justificar el culto del Sagrado Corazón. Todo es adorable en la persona de Jesucristo.*

He aquí, por lo pronto, algunas reflexiones prácticas:

1.° De vez en cuando, antes de rezar el Avemaría, recuérdese que esta oración contiene las palabras del Arcángel que fué enviado por Dios como mensajero de la Encarnación.

2.° Llámese la atención de los niños sobre el rezo del *Angelus,* encareciéndoles que se acuerden de la lección acerca de la Encarnación.

3.° Adviértase que en la lección de cosas que tendrá por objeto la visita de una iglesia, convendrá recalcar el puesto que ocupan la Virgen y San José (altar de la Virgen, altar de San José). El porqué se encuentran en el misterio de la Encarnación. Indíquense desde ahora las razones.

(1) Juan X, 10.

Termínese la plática piadosa con la invocación:

«Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.»

Y también con la recitación de estos dos artículos del Credo: «Creo en Jesucristo, su único Hijo y Nuestro Señor, el cual fué concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen».

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA	MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN
El catequista muestra un Crucifijo a los niños.	Vamos a hablar hoy del segundo de los principales misterios de la Religión: del misterio de la Encarnación.
	Fijáos, queridos niños, en el Crucifijo que os muestro.
	Ved este cuerpo lívido, sujeto a la cruz con unos gruesos clavos, que atraviesan las manos y los pies.
	Contemplad esta cabeza sangrando a causa de las espinas y este costado abierto por la lanza.
	Es el retrato de Jesucristo, muerto en la cruz por todos nosotros.
	Ahora os pregunto: Si alguna vez hubieseis estado a punto de morir, a causa, v. gr., de un accidente o de un incendio, y un hombre, para salvaros, hubiese sacrificado su vida, ¿os sentiríais reconocidos hacia él y os holgaríais de conocerle?
(Hágase rezar aquí una devota invocación al Crucifijo.)	Pues bien, queridos niños; acabo de explicaros quién es Nuestro Señor

Jesucristo, cómo os salvó del Infierno, del fuego eterno, muriendo por nosotros en medio de los dolores más atroces. Tengo, pues, derecho a pediros que escuchéis bien y que os procuréis grabar en vuestra memoria lo que vais a oír.

Recordad dos capítulos del Catecismo: el primero, que trata de la Santísima Trinidad, y el segundo, que explica la caída del hombre.

Dijimos que en Dios había tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Dijimos que el hombre había pecado en Adán y Eva, y, si os acordáis, terminamos diciendo: «Dios no abandonó al hombre después del pecado, sino que le prometió un Redentor o Salvador».

Este Salvador es su Hijo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Esta segunda Persona tomó un cuerpo y un alma como los nuestros: he aquí el misterio de la Encarnación.

Escríbase:

El misterio de la Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

Escribamos, pues, para explicarlo en seguida: El misterio de la Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

Subráyese:

Encarnación

Subrayo el vocablo Encarnación, y lo explico.

Significa: «Que se hizo carne»; carne designa el cuerpo humano.

Subráyese:

Hijo de Dios

¿Quién se hizo carne, quién tomó un cuerpo?

El Hijo de Dios.

Por consiguiente, la primera Persona de la Santísima Trinidad, el Padre, y la tercera Persona, el Espíritu Santo, no se encarnaron, no tomaron un cuerpo, habiéndolo hecho solamente la segunda Persona, el Hijo.

Recordad que en Dios las tres Personas son enteramente distintas.

Dicho cuerpo no lo tomó el Hijo de Dios de otra persona ya existente, sino que El mismo se formó una naturaleza humana, que le es propia.

Primera idea que debe retenerse de este misterio: Solamente es la segunda Persona de la Santísima Trinidad lo que tomó un cuerpo.

Subráyese:

Hombre

El Hijo de Dios se hizo hombre. A este efecto tomó un cuerpo y un alma semejante a los nuestros: *cuerpo de carne,* cuerpo real como el vuestro.

No es, pues, un fantasma, Ese cuerpo estuvo sujeto al hambre, a la sed, al cansancio, a la muerte.

Pero no estuvo sujeto a la enfermedad ni a la corrupción.

Reléase.

El misterio de la Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

Bórrense las palabras:

Hijo de Dios, hombre.

Hágase completar la frase.

Un alma como la nuestra. Sacada de la nada, como todas las almas humanas, estaba dotada de las facultades de conocer, querer y amar; pero difería de la nuestra por el don sobrenatural de la santidad. Su entendimiento no conocía el desorden de la ignorancia. Su voluntad no era juguete de los desarreglos de la concupiscencia, que son fruto del pecado original. En fin, su voluntad libre poseía el don de la justicia hasta el punto de ser impecable, o sea de no poder pecar. «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno?», dirá Jesús más tarde.

El Hijo de Dios hecho hombre se llama Jesucristo.

Hasta aquí lo entendéis todo muy bien. Os pido que prestéis mucha atención a lo que sigue.

El Hijo de Dios tomó, pues, un cuerpo y un alma como los nuestros; se encarnó.

¿Dejó por esto de ser el Hijo de Dios?

No, era imposible. Así, pues, además de la naturaleza humana, tenía la naturaleza divina.

Bórrese y pásese a la idea siguiente:

En Jesucristo hay dos naturalezas: naturaleza divina, naturaleza humana...

Escribid pues: En Jesucristo hay dos naturalezas: la naturaleza divina, ya que es Hijo de Dios, y la naturaleza humana, puesto que tomó un cuerpo y un alma semejante a los nuestros.

¿Es posible que Jesucristo sea Dios y hombre al mismo tiempo?

Respondemos: es un misterio y, por tanto, una verdad que no podemos comprender, pero la creemos.

Comprendemos que si hay dos naturalezas, hay dos entendimientos y dos voluntades, porque ambas naturalezas son enteramente distintas: el entendimiento humano no es el entendimiento divino, y la voluntad humana no es la voluntad divina.

Al tiempo que os explico, o por mejor decir, mientras afirmo lo que hay en Jesucristo, me parece oír decir a alguno: «En el Evangelio no se habla sino de Jesucristo; no se lee en él: Aquí es la naturaleza humana quien obra; allí es la naturaleza divina».

pero una sola persona: la persona del Hijo de Dios hecho hombre.

Es verdad. Se atribuye todo a nuestro Señor, porque las dos naturalezas no son dos personas, sino que ambas subsisten en la sola persona del Hijo de Dios hecho hombre.

La naturaleza humana de Jesucristo no es una persona, porque no subsiste en sí, esto es, no existe de una manera independiente. Subsiste en la persona del Hijo de Dios y obra siempre de acuerdo con la voluntad divina.

Me diréis: «Este misterio es muy difícil de entender».

Reléase:

En Jesucristo hay dos naturalezas: la naturaleza divina, la naturaleza humana; y una sola persona, que es la persona del Hijo de Dios: Jesucristo.

Sí, amados niños; es muy difícil. Sin embargo, digamos otra vez todos juntos: En Jesucristo hay dos naturalezas: la naturaleza divina y la naturaleza humana; y una sola persona.

El Hijo de Dios encarnado se llama Jesucristo.

Jesús significa Salvador, y Cristo significa Ungido, o sea Aquel a quien Dios consagró sacerdote y rey de la Humanidad.

Bórrense las palabras más importantes:

dos, divina, humana persona,

y hágase completar la frase

También se le llamará Redentor, porque nos rescató del pecado; Nuestro Señor, nuestro Dueño, y también el Hombre-Dios, el Verbo encarnado.

Su nombre oficial es Jesús.

Este nombre había sido elegido por Dios y le fué impuesto en la Circunscisión, ocho días después de haber nacido.

El Hijo de Dios, al hacerse hombre, escogió por Madre a la Virgen María.

Puesto que hablamos del nacimiento de Jesucristo, nombremos a su Madre, la Virgen María.

Mientras la Virgen María, piado-

sa doncella, se hallaba orando en Nazaret, el arcángel San Gabriel entró en su aposento, y le dijo: «Dios te salve, ¡ oh llena de gracia!; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres». Habiéndose turbado la Virgen, le dijo el Angel: «No temas, oh María; sábete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo, a quien pondrás de nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo y su reino no tendrá fin».

Esto equivalió a anunciar a la Virgen María que había sido escogida para ser la Madre de Dios. En el capítulo siguiente veremos que esta predicción se cumplió en todos sus pormenores.

Digamos aquí, por lo pronto, que siendo la Virgen María Madre de Jesús, según la naturaleza humana, es Madre de la persona de Cristo, del Hijo de Dios, puesto que la naturaleza humana no se separa de la persona de Cristo, de la persona del Hijo de Dios.

la cual pasó a ser Madre de Dios.

Comprendéis ahora, queridos niños, la dignidad de la Virgen Santísima: Madre de Dios. ¿Conocéis en la tierra un título más hermoso? No.

¿Conocéis alguno más excelso en el Cielo? Tampoco. Después de Dios, es ese el título más hermoso y más sublime.

Después de Dios sigue, pues, la Virgen María, que es de algún modo todopoderosa.

El niño puede pedirlo todo a su madre y la madre puede pedir cuanto

quiera a su hijo. Lo mismo ocurre entre Dios y la Virgen. El Hijo de Dios no niega nada a su Madre.

Consejos: Amar y rezar a María.

Al lado de la Virgen Santísima se destaca en seguida un hermosa figura: San José.

Observad el modo como son honrados en la iglesia esos dos personajes.

San José fué el custodio de María y del Niño Jesús.

De ordinario, cerca del altar mayor, veréis el altar de la Virgen y el altar de San José. Es que San José fué el custodio de María y del Niño Jesús.

Escuchad la historia de San José.

Era un artesano que trabajaba la madera. Se desposó con la Virgen María, y un ángel le hizo saber que su Esposa sería la Madre de Dios. Durante su vida fué siempre el protector de María y de Jesús.

Veremos luego, cuando estudiemos la vida oculta de Nuestro Señor, la manera como San José cuidó de Jesús.

Subrayad en la pizarra:

San José.

Reléase; bórrense las palabras más importantes.

hombre, madre, Dios, custodio,

y hágase completar la frase.

Hoy me contento mostrándooslo al lado del Verbo encarnado y al lado de María, y os digo: Retened bien su nombre.

San José, pues, el custodio de María y del Niño Jesús. En el cielo goza de mucho poder. Podéis pedirle muchas cosas. Es el patrono de la buena muerte, por haber tenido la dicha de expirar en los brazos de Jesús y María.

Para terminar, saludemos juntos a la Sagrada Familia.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO IX

Objeto de la lección: **Vida oculta de Jesucristo**
I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

El maestro comprenderá muy bien el gran partido que puede sacarse de estas páginas del Catecismo. Empiezan refiriendo una historia, en la cual todo es a propósito para deleitar la naturaleza sensible del niño. Es la historia de una familia y de un infante. Sus términos son sobradamente conocidos. Presentado con habilidad, el relato tendrá la virtud de evocar a los personajes. La imaginación infantil sabrá sacar de los sucesos de la vida cotidiana el colorido y la vida con que hay que animar desde un principio a María y a José.

Al adaptar al Niño Jesús no pocos de sus rasgos personales, el niño se imaginará verle casi en toda su realidad.

La explicación de este capítulo no ofrece, pues, ninguna dificultad y aparece como una de las más interesantes de todo el libro. Conviene no perder de vista que es una de las más prácticas y provechosas.

B) División del tema

Vida de Nuestro Señor	1.° Contada por los Apóstoles. 2.° Vivida en Palestina.
Nacimiento.	En Belén. Por qué en Belén. Viaje de María y José desde Nazaret a Belén. Su llegada. La cueva. En la cueva a medianoche.

Adoración.	Los Pastores. Mensaje de los Angeles. Los Magos. La estrella milagrosa. Conducta de Herodes. Jesús adorado por los Magos. Inútil espera de Herodes.
Después de la adoración.	Presentación de Jesús en el Templo. Huída a Egipto.
Retorno a Nazaret.	Vida oculta con María y José. Jesús en el Templo a la edad de doce años. Jesús vive en Nazaret hasta los treinta años.

C) Método que debe seguirse

1.° Para conseguir el objeto indicado al principio del capítulo, convendrá no presentar la vida oculta de Nuestro Señor como una historia aislada. Este capítulo es una lógica continuación de los precedentes. Antes de comenzar, pues, la explicación, haced observar el enlace que existe entre esta materia y la última de la lección consagrada a la caída del hombre: ¿Abandonó Dios al hombre después de su pecado? Y advertid que vais a mostrar la realización de la promesa de un Redentor. Esta nueva referencia a las lecciones anteriores es necesaria.

2.° El mapa de Palestina estará expuesto ante los ojos de los alumnos o se habrá dibujado en la pizarra antes de empezar la lección. En este caso recomendamos que se trace una línea en medio de la pizarra, dibujando a un lado el mapa y reservando el otro para la explicación.

3.° Después de la explicación, si las circunstancias lo permiten, será de suma utilidad para los niños repasar la lección en una sesión de proyecciones. (Hay que mos-

trarse exigente en la elección de los temas.) A falta de proyecciones, podrá echarse mano de una serie de láminas o grabados.

4.° El maestro preparará cuidadosamente la explicación a fin de poder presentar en unos pocos cuadros bien seleccionados toda la historia de la vida oculta. En la división que arriba insertamos van indicados los temas de los cuadros.

Al fin de cada parte dará un rato para reflexionar y se esforzará en interesar no sólo la fantasía del niño, cosa que es relativamente fácil, sino principalmente su corazón. Se acordará a menudo de que esta lección es el punto inicial del reconocimiento de Jesucristo.

D) UNAS PALABRAS SOBRE PALESTINA

Palestina en tiempo de Nuestro Señor. — Límites: Al Norte, Siria y Fenicia; al Sur, Idumea y los desiertos que tocan a Egipto; al Este, la región de Arabia e Iturea; al Oeste, el mar Mediterráneo.

Superficie: Alrededor de 33.000 kilómetros cuadrados. La Palestina tiene una extensión igual a la de Bélgica.

División: Entre el Mediterráneo y el Jordán: Galilea, Samaria y Judea. Al otro lado del Jordán: Decápolis y Perea.

Ríos y lagos: El Jordán atraviesa el país de Norte a Sur. Atraviesa el pequeño lago Meron y el lago Genesaret o de Tiberíades y se precipita en el Mar Negro.

Montes: Palestina es una región muy montañosa. Una cordillera se extiende de Norte a Sur, con un declive muy pronunciado por el lado del Mediterráneo y una pendiente escarpada frente al Jordán. El mapa de Palestina se divide, pues, en zonas paralelas: las llanuras, que se extienden a lo largo del mar; las colinas, el lecho del Jordán y, más allá, los montes de Perea.

Las cumbres más elevadas no llegan a 1.000 metros de altura.

Clima: En la región de los llanos que se extienden a lo largo del Jordán el invierno es apacible y el verano muy caluroso. Por el contrario, en la parte montañosa hace intenso frío, si bien apenas nieva. Durante un espacio de casi seis meses el firmamento aparece despejado y de un azul muy vivo.

Vegetación: Suelo muy fértil: pastos, cereales, viñedos, olivares, campos y jardines producen abundancia de frutos diversos, como higos, nueces, manzanas, granadas y naranjas. La mayor parte de los árboles se conservan verdes todo el año, abundando las palmeras, los cipreses y los teberintos.

Población: Consta de pescadores, labradores, artesanos y comerciantes. Al otro lado del Jordán, Decápolis y Perea están pobladas por gentiles.

Los moradores de Samaría estaban paganizados, viviendo la mayoría de los judíos en Galilea y Judea; y aun aquí abundaban los elementos gentiles.

El pueblo judío se dividía en muchas sectas. Había los publicanos, nombre dado a los judíos convertidos en funcionarios del poder extranjero y, de un modo especial, a los encargados de recaudar los impuestos. El pueblo los despreciaba. Los saduceos, ricos y vividores, y amigos del dominador. Los fariseos, escrupulosos observantes de la Ley, si bien muchos de ellos se contentaban con la práctica exterior. Los escribas, conservadores de la Ley de Moisés y de los libros sagrados.

Desde el punto de vista político, Palestina estaba bajo la dominación romana. Los príncipes que la gobernaban debían dar cuenta de su gestión a Roma.

Galilea: La provincia que debe retener nuestra atención es aquella en la que pasó el Salvador la mayor parte de su vida. Galilea está situada en la parte Norte de Palestina. Su suelo, muy feraz, alimentaba una población numerosa. La vida era placentera en aquel oasis de verdor, entre la vegetación lujuriante de una campiña donde los viñedos alternaban con los parajes umbrosos y un verdadero tapiz de flores cubría los contornos suaves

y variados del suelo. Diversas aves: tórtolas, mirlos, alondras, cigüeñas, prestaban a aquel país un aspecto risueño y poético. Los pueblos galileos asomaban allí sus casitas blancas, sus cortijos, sus lagares y sus pozos al pie de los senderos o de los viales floridos.

Galilea se dividía en alta y baja Galilea. En la región alta abundaban los gentiles, siendo el principal encanto de todo el país el lago que llevaba su nombre.

El lago de Genesaret, mar de Tiberíades y también mar de Galilea, es muy extenso: mide veinte kilómetros de largo y doce de ancho. Sus aguas, de un azul pálido, van a morir en un arenal cubierto de guijarros y peñascales. En tiempo de Nuestro Señor, sus riberas aparecían adornadas de adelfas, tamarices y alcaparras. La vegetación de las proximidades del lazo era abundante, y se abastecían de sus aguas diversas aldeas pesqueras y diez ciudades prósperas, de las cuales Cafarnaum, Tiberíades y Betsaida habían sido edificadas en las márgenes.

El Jordán atravesaba de norte a sur ese hermoso lago.

El Evangelio nos refiere que Jesús lo surcó en barca con frecuencia, para huir de la multitud o para pasar a la ribera opuesta, más escarpada. Entre los pescadores de Betsaida escogió El sus primeros Apóstoles, y en ese lago fué donde con una palabra apaciguó una de las tormentas que a menudo se desataban allí bruscamente.

Hoy día ha desaparecido la hermosa vegetación que festoneaba el lago, y el mar de Tiberíades ha quedado desierto.

Una de las poblaciones de Galilea es que debemos fijarnos es:

Nazaret, pueblo importante, que en aquella época contaría dos o tres mil habitantes, está edificado sobre una colina. Sus casitas blancas aparecían escalonadas sobre las laderas, y un sendero conducía a la fuente, a donde iban a por agua las mujeres. La vista no podía espaciarse mucho, por impedirlo las redondeadas cumbres de los cerros circunvecinos; pero desde un paraje más elevado se divisaban a lo lejos el monte Tabor, el cauce del Jordán, la llanura y los altos montes del Líbano.

La morada de María y José se parecía a todas las de las familias obreras. Constaba de una habitación, a la que daba acceso la puerta, probablemente dividida en dos, y no tenía otros muebles que unas esteras, unos vasos de arcilla, un cofrecito, la mesa, unos bancos, una lámpara y el molino para moler grano. Al lado había el taller de José.

Actualmente, en el lugar donde estaba situada la casa de Jesús, se levanta el oratorio de un convento latino. Debajo del coro una cripta recuerda que en aquel lugar se apareció el Angel a María.

Nazaret dista de Jerusalén tres jornadas, o sea un centenar de kilómetros.

Samaría, la menor de las cinco provincias de Palestina, tiene al norte Galilea, y Judea al Sur. Sus ciudades principales eran Samaría y Siquem.

Judea limitaba al norte con Samaría; al este con el Jordán y el mar Muerto; al sur, con el desierto, y al oeste con el Mediterráneo. Su nombre provenía del antiguo reino de Judea. Sus habitantes descendían en su mayoría de los hebreos que habían vuelto del cautiverio. Su capital era Jerusalén.

Ciudades de Judea:

Jerusalén, ciudad edificada sobre una especie de promontorio, contenía el Templo y el palacio de Herodes, siendo sus calles muy angostas y en declive. Herodes había hecho pavimentar las vías más importantes. La ciudad no se extendía más allá de 1.000 metros por la parte más ancha, siendo su perímetro, incluídos los ángulos salientes, de unos cuatro kilómetros.

Belén es una pequeña ciudad de Judea distante ocho kilómetros de Jerusalén. Edificada sobre un altozano, su nombre significa: «Casa de pan». Próximas a la ciudad había numerosas cuevas abiertas en la peña. Actualmente, al este, y en un paraje elevado, se encuentra el convento de los Padres de Tierra Santa, el cual encierra

la iglesia edificada por Santa Elena en el mismo sitio donde nació el Salvador. De ambos lados del altar mayor parte una escalera de caracol que conduce a la cueva del Nacimiento. Treinta y dos lámparas, una de las cuales fué regalada por el rey de Francia Luis XIII, proyectan sobre la cuna del Salvador una luz suave y recuerdan que Aquel que se dignó nacer allí es la luz del mundo. El sitio donde la Virgen dió a luz al Redentor de los hombres está señalado por una lápida de mármol blanco en la que se leen estas palabras: «Aquí nació Jesucristo de María Virgen» (1).

E) Lecturas

Evangelio: *San Mateo*, II, 1-23.
San Lucas, II, 1-52.

Lecturas para el catequista: *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Fouard). — *El Evangelio* (Lesetre). — *Nuevo Testamento* (Ballester). — *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Vilariño). — *Jesucristo Redentor* (Gomá).

F) Impresión que debe darse

Hacer vivir la imagen de Jesucristo. Hacer conocer y amar al Redentor, que pasó los treinta primeros años de su vida terrena en la pobreza, la obediencia y el trabajo.

G) Consecuencias prácticas

Jesús fué, como nosotros, niño, adolescente y hombre. Vivió nuestra vida y nos dió ejemplo. Consecuencias: esforzarse en imitarle. Jesucristo está cerca de nosotros; es nuestro hermano.

H) Resumen de la lección

«El Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros.»

* * *

(1) Crampon: *Nuevo Testamento*.

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catecismo exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexiones sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Adoro al Niño Jesús, que viene al mundo en un establo.

Le veo en la cuna, teniendo a su lado a la Virgen María, su Madre, y a San José, su padre nutricio, pues su verdadero Padre es Dios.

Al pie de la cuna repito: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».

Los pastores y los Magos van a adorarle. ¡Cuánta fué su dicha al poderle ofrecer algo!

Pero he aquí que Herodes quiere hacer perecer al pobrecito Infante.

Para impedir tamaño crimen, San José y la Virgen Santísima huyen a Egipto con el Niño Dios.

A la muerte de Herodes regresan a Nazaret.

Allí, hasta la edad de treinta años, vivirá Jesús oculto y pobre, obedeciendo y trabajando en compañía de San José.

¡Qué hermosa lección de amor al trabajo me ofrece el divino Infante! ¡Qué hermosa lección de obediencia, qué hermosa lección de humildad! El, siendo Dios, consiente en obedecer a un carpintero.

Propósito. — Jesús mío, también yo pienso ofrecerte algo, como los pastores y los Magos. Este algo es

la firme resolución de aplicarme al trabajo, de obedecer con prontitud y de amar mucho a mis padres.

«Jesús, José y María, en vuestras manos pongo toda mi vida.»

B) Formación en la piedad

El estudio del misterio de la Encarnación nos ha permitido reconocer en Jesucristo dos naturalezas: la divina y la humana, y una sola persona: la del Hijo de Dios.

La piedad debe basarse precisamente en este misterio para que sea sólida. A este misterio tendremos que referirnos con frecuencia cuando expliquemos el capítulo relativo a la vida oculta de Nuestro Señor.

Tomemos, por ejemplo, el conmovedor cuadro del nacimiento de Jesús. Se le ve pequeñín, sobre las pajas del pesebre, cubierto apenas con unos pobres pañales; es un niño sin fuerzas, a merced de cualquier accidente; pero es el Hijo de Dios. Recordad la doctrina, resumiéndola en pocas palabras, y haced repetir: «Oh Jesús, niño del pesebre; creo que eres el Hijo de Dios». Recitad asimismo esta invocación, cuando hayáis terminado el relato de la huída a Egipto o el de Jesús hallado en el Templo. Aquí la respuesta de Jesús: «¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?», pondrá de relieve su divinidad.

Ante todo, grabad profundamente la idea de que el Niño Jesús es Dios. Sin esta luz proyectada por el misterio, la vida oculta queda desprovista de sentido y se convierte en una historia sin otro interés que el de las peripecias de su narración.

Además, el amor a Jesús niño se acentuará con la idea de su divinidad, y el motivo de su venida — la Redención — conmoverá los corazones. Desarrollad ante vuestro tierno auditorio este pensamiento: El niño que padece en su cuna, que huye a Egipto, que trabaja en el taller de Nazaret, ha venido al mundo exclusivamente para sufrir, con el fin de rescatar a los hombres. Cuando ese cuerpecito sea crecido, será azotado y clavado en una cruz. Después, tras unos momentos dedicados a la

reflexión personal, proseguid vuestro relato. No habréis perdido el tiempo, y habréis fomentado la devoción a Jesucristo.

¿Falta añadir que esta lección deparará también la coyuntura de alimentar la devoción a la Virgen y a San José? ¿Será posible olvidar a esos dos personajes, que tan bien enmarcan los primeros años de Jesús?

Podremos interrumpir nuestras explicaciones con jaculatorias como esta: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».

Algunos consejos prácticos

a) El día de Navidad se puede acompañar a los niños a visitar el Belén y leer despacio, al mismo tiempo que ellos, los dos capítulos del Catecismo sobre la Encarnación y la vida oculta.

Convendrá explicar el sentido de la fiesta de Navidad y el de las misas de medianoche.

b) Hágase observar que en la misa solemne del domingo y demás días festivos se doblan las rodillas al cantarse las palabras del Credo: «*Et Homo factus est*», y que se hace genuflexión a las palabras del último Evangelio: «Et Verbum caro factum est». Recomiéndese a los niños que en ambos casos se acuerden de las dos lecciones sobre la Encarnación y la vida oculta.

c) Las primeras palabras del *Gloria* son el canto de los Angeles.

d) En la lección de cosas, que versará sobre la visita a la iglesia, recuérdese el presente capítulo de la vida oculta y explíquense por él los cuadros, las esculturas, las imágenes (la Virgen llevando a un niño en los brazos, San José, etc.).

e) Presentad a vuestros alumnos la figura de Jesús como dechado de humildad, piedad, caridad, modestia, obediencia y trabajo. Recordadles que, puesto que están dotados de entendimiento y voluntad, deben colaborar

personalmente en la labor de desarrollo y perfección que Jesús demanda de ellos.

En las pláticas particulares hágase la explicación individual de esas diferentes virtudes, acomodándose a las necesidades de cada uno.

f) Un punto sobre el cual será muy conveniente insistir es este: Jesús trabajó, Jesús fué obrero, y, por tanto, santificó el trabajo.

Nació pobre y quiso vivir pobre. Las verdaderas riquezas son las espirituales.

g) Cítense las palabras de las preces de la mañana: «Adorable Jesús divino modelo de la perfección a que debemos aspirar», etc.

Ofrecemos aquí algunos planes de pláticas encaminadas a la formación de la piedad.

I. *Jesús, en Nazaret, modelo de alumnos.* — La casa donde vivió Jesús está pobremente amueblada: vasijas, bancos, mesa, lámparas, cofre, etc. María se ocupa en los quehaceres domésticos y en su Hijo. Jesús aprende a leer sobre el regazo de María; a los seis años frecuenta la sinagoga y escucha las lecciones del escriba que desempeña el oficio de maestro. Allí oía hablar de la Ley, comprendía las explicaciones, aprendía de memoria los pasajes de los Libros santos, los relatos de la Historia Sagrada y las plegarias familiares a los judíos. Repetía la lección con sus compañeros y, al llegar a casa, daba cuenta a María del modo como había empleado la jornada.

II. *Jesús, modelo de hijos de familia.* — El mismo cuadro, el mismo interior, con la añadidura del taller de José.

Jesús prestaba todos los servicios que su edad le permitía. Iba con María a la fuente a buscar agua. En el taller ayudaba a José en su oficio de carpintero, sosteniendo un cacho de madera, alargando las herramientas, colocando las cosas en un lugar y preparando la lámpara para el trabajo del anochecer. Muchas veces

sentía fatigado su cuerpecito; pero se consideraba dichoso de poder sufrir ya por nosotros, y amaba el trabajo.

Comía con José y María. Sin el menor asomo de glotonería, se contentaba siempre con lo que María le daba, mostrándose pronto a obedecer en todo momento.

Durante el descanso oraba a su Padre, en quien tenía siempre ocupado el pensamiento, aun en medio de las recreaciones, del trabajo y de los juegos infantiles.

Jesús vivió, como nosotros, una vida pasada en el estudio, en el trabajo, en la recreación y en el trato cotidiano con los familiares.

III. *Qué pide Jesús al niño.* — Le pide que le imite. Su vida oculta puede resumirse en esta pequeña frase del Evangelio: «Y les estaba sujeto». Estaba sujeto a Dios, su Padre; estaba sujeto a María y a José.

Jesús se nos ha querido ofrecer como modelo. Sabe, en efecto, que difícilmente nos sometemos a Dios y que nos cuesta guardar los Mandamientos. Nos cuesta obedecer siempre a los que han recibido la misión de gobernarnos. Nuestra naturaleza está viciada por el pecado original. Hay momentos en que las pasiones se agitan dentro de nosotros y nos es preciso luchar. ¿En qué edad no es necesario combatir? De pequeños hay que luchar contra la pereza, la desobediencia y la gula. Más tarde se manifiestan unas pasiones más pujantes.

En pleno combate volvamos los ojos a Jesús, quien no conoció, ciertamente, esas luchas, puesto que carecía de pecado, e imploremos su auxilio para permanecer sumisos a Dios y a nuestros padres.

IV. *«¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?»* — Esta última plática puede ser útil a los catequistas que desean suscitar vocaciones sacerdotales. Ved ahí cómo: explicad brevemente las circunstancias en que fueron pronunciadas dichas palabras por Jesús, y desentrañad el sentido de las mismas. Añadid, en seguida, que no faltan quienes pueden repetirlas. Muchos sueñan en el porvenir. Uno dice: «Yo quiero ser mecánico, dibujante, arquitecto»;

otro contesta: «Pues yo seré médico, abogado...». ¿No hay entre vosotros uno que diga: «Yo deseo ser sacerdote»?

Después de haber pronunciado tales palabras Jesús reanudó su vida oculta. El niño que ha comprendido su vocación, no se distingue de los demás, sino por su mayor trabajo, piedad y obediencia. Da cuenta de su decisión a un sacerdote y a sus padres, y después de haber cursado los estudios en el Seminario empieza a emplearse durante su vida pública en las cosas de Dios.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

Colóquese el mapa de Palestina al lado de la pizarra.

VIDA DE JESÚS

I

Hoy nuestra lección de Catecismo va a ser muy interesante. Será como un hermoso libro de historia que abriremos todos juntos. Hablaremos de la vida oculta de Nuestro Señor, del Hijo de Dios hecho hombre, tal como le hemos visto en el capítulo anterior.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo la encontraremos en los Evangelios escritos por sus mejores amigos, por los Apóstoles que vivieron con El y su Madre y que fueron testigos de cuanto hizo Jesús en los postreros años de su vida sobre la tierra.

Muéstrese el mapa.

Mas, ante todo, hagamos un viajecito por Palestina, recorriendo el país de Nuestro Señor.

Fijáos en este mapa que representa toda Palestina. Los límites de este país son: al Norte, Siria y Fenicia;

al Sur, Idumea y los desiertos colindantes con Egipcio; al Este, los desiertos de Arabia y de Iturea; al Oeste, el mar Mediterráneo.

Era un país hermoso, de clima muy templado, poblado de olivos y palmeras y atravesado de Norte a Sur por el Jordán. En Galilea había, además, el gran lago de Genesaret. (Dense algunos de los pormenores contenidos en el Carnet de preparación y relativos a las provincias, población, etc.)

Comenzaré por contaros el nacimiento de Jesús. Escribo en la pizarra, al lado del mapa:

Jesús nació en Belén el día de Navidad.

Jesús nació en Belén el día de Navidad.

Belén es una pequeña ciudad de Judea, situada al sur de Jerusalén. Vedla en el mapa.

Señálese en el mapa:

Nazaret.

Mas, ¿cómo puede ser que Nuestro Señor naciera en Belén, siendo así que la Virgen María, su Madre, y San José, su padre nutricio, moraban en Nazaret, en Galilea? (Señalad en el mapa.)

Vedlo. Un día, María y José se enteraron de que debían ir a empadronarse en la ciudad de su origen. Un edicto del emperador romano había ordenado el censo de todo el imperio, y el gobernador de aquel país había dado las órdenes pertinentes para que llegara a conocimiento de todos los habitantes.

¡Partir! Se trataba de un viaje difícil y penoso, sobre todo para unos pobrecitos como José y María; pero no podían prescindir de él: *era preciso obedecer.*

Sin murmurar, dejaron arreglada la casa, prepararon su equipaje y salieron de Nazaret.

Señálese Belén.

Como eran de la estirpe de David, debían hacerse inscribir en Belén.

La tradición refiere que San José hizo montar a María sobre un pollino (los asnos eran la cabalgadura corriente del país), y que juntos se pusieron en camino para hacer un viaje de cerca de 108 kilómetros.

Después de haber caminado algunos días, descansando de noche en las aldeas que encontraron a su paso, llegaron a Belén, ciudad de Judea.

según había anunciado un Profeta...

Era una población pequeña, pero había sido nombrada por el profeta Miqueas, quien dijo de ella: «Y tú, Belén, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde los días de la eternidad; él será glorificado hasta los últimos términos del mundo, y él será nuestra paz».

En otras palabras, el Profeta había anunciado que el Mesías nacería en Belén.

Era negra noche cuando María y José entraron en la ciudad. Llamaron a la puerta de algunas posadas; pero era tan grande el gentío de que rebosaban, que no pudieron alojarse en ellas; aparte de que, como eran ellos tan pobres, fueron rechazados en muchas casas.

Fué, pues, necesario buscar una cueva para pasar la noche. Era el mes de diciembre, cuando las noches son muy frías. ¿Qué hacer?

José insistió todavía, obteniendo las mismas negativas. Entonces los pobrecitos viajeros se dirigieron caciacontecidos a las afueras de la población. Vieron un establo donde había un buey, y entraron dentro para descansar. José ató el asno e hizo sentar a María encima de la paja.

a medianoche, en un establo.

Fué cerrando la noche y los animales resollaban con fuerza. De pronto, a medianoche, vino al mundo en aquel establo Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de la Virgen María. Mostróse pobre a José y a María. El, que había creado el universo; mostróse débil niño, El, que era el Dios todopoderoso.

Reléase y bórrese

María, su Madre, le envolvió en pobres pañales y le reclinó en un pesebre que José había previamente llenado de heno.

Ante este cuadro conmovedor, repitamos todos: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía».

San José y la Virgen María no fueron los únicos adoradores del divino Infante, pues los pastores adoraron también a Jesús en su nacimiento.

II

Jesús fué adorado por los pastores...

Había en las cercanías unos pastores, que velaban por turno durante la noche para guardar sus rebaños. Hallábanse en una colina, y todo reposaba en silencio a su derredor.

avisados por los Angeles...

Cuando he aquí que un ángel del Señor se presentó a los pastores. Estos quedaron de momento sobrecogi-

dos de miedo; mas el ángel les dijo: «No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David, el Salvador, que es Cristo, el Señor. Y sírvaos de seña, que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre».

Señálese Belén.

Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: «Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros:

«Vamos hasta Belén, y veamos esto que acaba de suceder.»

Tomaron algunos presentes, como leche, un cordero, etc., y bajaron a la ciudad.

Caminaban en silencio, cuando al llegar cerca del establo, vieron a María y a José prosternados delante de un pesebre sobre el cual estaba recostado un niño.

Sin titubear un momento siquiera, cayeron también ellos de rodillas delante de Jesús, y le ofrecieron modestos presentes: leche, un cordero, etc.

Ofrezcamos nosotros, una vez más, a Jesús, a María y a José lo que tenemos de más precioso: nuestro corazón.

«Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.»

III

Jesús fué adorado también por los Magos.

Jesús fué adorado también por los Magos.

Ocho días después de su nacimiento fué Nuestro Señor circuncidado, recibiendo el nombre de Jesús.

Jesús había nacido, pues, en Belén, durante el reinado de Herodes, rey malvado e hipócrita, que moraba en Jerusalén.

Señálese Jerusalén en el mapa.

Un día recibió este rey la visita de tres Magos, que venían de Arabía con sus servidores y sus camellos.

Al entrar en el palacio de Herodes preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque nosotros hemos visto en Oriente su estrella, y venido con el fin de adorarle».

Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo.

A lo cual ellos respondieron: «En Belén».

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció. Y encaminándoles a Belén, les dijo: «Id, e informaros puntualmente de lo que hay de ese niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso, para que yo también vaya y le adore».

Luego que oyeron esto al rey, partieron. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante

de ellos, hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró.

Entrando en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.

Los Magos permanecieron allí algún tiempo consagrados a la oración. Y habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

Señálese **Jerusalén.**

Antes de la llegada de los Magos, María y José había ido a Jerusalén para presentar a Nuestro Señor a los sacerdotes y ofrecer en sacrificio un par de palominos conforme a la Ley.

Estando en el templo, un santo anciano llamado Simeón tomó a Jesús en sus brazos y declaró que Este era el Mesías, el Salvador.

«Este niño — dijo — está destinado para ruina y para resurrección de muchos.» Y predijo a María que una espada de dolor le traspasaría el alma.

Pero tuvo que huir a Egipto para escaparse de Herodes.

Señálese en el mapa la dirección de Egipto.

Una noche José fué despertado por un ángel, quien le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al niño para matarle».

José, levantándose, tomó al Niño y a su Madre y marchó a un país extranjero.

Recapitulemos:

Jesús nació en Belén. Fué adorado por los Magos, pero tuvo que huir a Egipto, para burlar la persecución de Herodes.

Bórrense las palabras más importantes:

Belén, pastores, Magos, Egipto.

¿A qué esta huída?

Escuchad. Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera, y mandó matar a todos los

niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo. De este modo, según él juzgaba, perecería Jesús.

Llegaron sus soldados a Belén y degollaron a gran número de pequeñuelos; pero Jesús se hallaba ya a salvo en Egipto.

Los pequeños mártires recibieron el bautismo de sangre y están en el cielo. Son los santos Inocentes.

Hágase completar la frase.

Ved, pues, en Egipto a Nuestro Señor con la Virgen y San José. Permanecieron en aquel país hasta la muerte de Herodes.

Al morir este rey, la Sagrada Familia, advertida por un ángel, regresó a Nazaret. Aquí es donde vivió Jesús hasta la edad de treinta años. Su vida fué una vida oculta; trabajaba en compañía de José, su padre nutricio, que ejercía el oficio de carpintero. Nadie podía sospechar que estuviera allí el Hijo de Dios. Jesús era tenido por hijo de José y como uno de tantos obreros.

La vida de Jesús en Nazaret fué una vida oculta...

obediente...

El, que era Hijo de Dios, obedecía a José y a María, lo que equivale a decir que trabajaba mucho, mostrando con su ejemplo la santidad y belleza del trabajo.

laboriosa.

Alegráos y tenéos por dichosos, queridos niños, si algún día os veis ocupados en un trabajo manual. La ley del trabajo es sagrada y hermosa.

A la edad de doce años mostró Jesús su sabiduría divina en el Templo de Jerusalén.

Sin embargo, a la edad de doce años demostró Jesús que El era Dios.

Iban sus padres todos los años a Jerusalén por la fiesta solemne de

la Pascua. Jesús tenía a la sazón doce años.

Partieron en caravana, y después de haber orado en el Templo emprendieron el camino para regresar a Nazaret. No viendo a Jesús a su lado, José y María creyeron que estaría con algunos parientes o amigos.

Cuando, después de haber caminado una jornada, no le vieron en ninguna parte, desandaron el camino y entraron de nuevo en Jerusalén. Por espacio de tres días estuvieron buscándole, hasta que, por fin, le encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, y ora los escuchaba, ora les preguntaba.

Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas.

Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando».

Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

¿Véis cómo demuestra que es Hijo de Dios? Al punto abandonó el Templo y regresó a Nazaret. Ya no saldrá de aquí hasta la edad de treinta años para comenzar su vida pública.

Los episodios que acabo de relataros pertenecen a la vida oculta de Jesús.

Señálese Judea.

Al llegar a los treinta años se retirará al desierto de Judea, recibirá el Bautismo de manos de San Juan y saldrá a predicar la buena nueva del Evangelio tras un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches pasados en la soledad.

A los treinta años se declarará abiertamente Hijo de Dios, como veremos en la lección siguiente.

Al terminar, decid, una vez más, conmigo:

«Jesús, José y María, yo os doy para siempre mi corazón y el alma mía.»

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPÍTULO X

Objeto de la lección: **La divinidad de Jesucristo**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Esta lección se presenta como una página de historia; está llena de vida y es muy a propósito para interesar. Forma parte del grupo de los contados capítulos históricos que representan un alivio en el estudio de materias preferentemente teológicas.

Como se presta a prolijas explicaciones, será preciso ceñirse y escoger solamente algunas pruebas que deberán proponerse de una manera hábil.

B) División del tema

Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo demostrada por: { Las profecías. Los milagros.

I. Las profecías {
- Qué significa la palabra «profecía».
- Objeto de las profecías.
- 1.° Lugar donde había de nacer el Mesías.
- 2.° La Madre del Mesías.
- 3.° Pormenores del nacimiento del Mesías.
- 4.° Fecha de este nacimiento.

- 5.° Su muerte.
- Aplicación de estas profecías a Jesucristo.
- Realización de todas las profecías en su Persona.

II. Los milagros {
- Qué es un milagro.
- Algunos milagros narrados en el Evangelio:
- 1.° La pesca milagrosa.
- 2.° Resurrección de la hija de Jairo.
- 3.° Resurrección del hijo de la viuda de Naim.
- 4.° La tempestad apaciguada.
- 5.° Curación de muchos enfermos.
- 6.° Resurrección de Lázaro.
- Conclusión: Estos milagros demuestran la divinidad de Jesús.

Afirmación de la divinidad de Jesucristo y acto de fe en la misma.

C) Método que debe seguirse

En las dos lecciones precedentes, «Encarnación» y «Vida oculta», afirmábamos la divinidad de Nuestro Señor. Vamos a probarla en el presente capítulo. Téngase en cuenta que la demostración, que ha de ser breve, solamente se referirá a un aspecto de la cuestión. Recordemos que el niño se contenta con una prueba bien presentada y que no siente la necesidad de discutir. Recordemos que incurriríamos en un contrasentido pedagógico si pretendiéramos hacer aquí gala de erudición; y que sería peligroso insinuar en su presencia las teorías de los que niegan la divinidad de Jesucristo.

La «forma expositiva» será, pues, el mejor método que podrá seguirse en la explicación de este capítulo. La explicación afirmativa y autoritaria es el medio natural de provocar la fe en todo auditorio y sobre todo en el niño.

Así lo han hecho notar San Francisco de Sales, Bossuet y todos los grandes apologistas de la religión.

Exponer la doctrina con sus pruebas, tal es el medio de llevar la persuasión a la mente y de mover el corazón.

A este efecto, rogamos a nuestros lectores que relean lo que tenemos dicho en nuestro libro *Pedagogía del Catecismo,* en el capítulo: *Métodos de enseñanza, forma expositiva.*

Aquí la afirmación es fácil. Tomemos, por ejemplo, las profecías: después de haber expuesto lo que son, inquirimos lo que dicen y luego lo aplicamos a Nuestro Señor Jesucristo. Si observamos que se realiza en su Persona, concluímos que El es el personaje a quien se referían las profecías.

Por lo que hace a los milagros, exponemos la historia del milagro, destacando su carácter moral, y luego referimos los milagros de Nuestro Señor. La conclusión fluye por sí misma: Jesucristo es Dios.

Se cuentan veintiséis milagros principales de Nuestro Señor Jesucristo, y además la curación de numerosos posesos.

Tres sobre la muerte: Lázaro, la hija de Jairo y el hijo de la viuda de Naim.

Quince sobre enfermedades o dolencias graves, siendo de advertir que incluímos en un solo milagro la curación simultánea de muchos leprosos, y ocho sobre la naturaleza.

En fin, existe el estupendo milagro de su propia resurrección que conviene mencionar aquí y que se estudiará en otro capítulo.

¿Y dónde se halla el relato de los milagros? En los Evangelios. Será útil hablar un poco de los Evangelios, y por esto insertamos más abajo unas notas que darán luz al catequista.

Como el presente capítulo es también a propósito para desenvolver la fe, convendrá esforzarse en provocar actos de esa virtud.

D) ALGUNAS IDEAS QUE PUEDEN DESARROLLARSE A TENOR DEL TIEMPO DE QUE SE DISPONE

a) *Sobre las profecías.* — Puede hacerse notar que Nuestro Señor no solamente realizó en su Persona las antiguas profecías, sino que a su vez profetizó sobre su pasión, muerte y resurrección, sobre la traición de Judas y la negación de Pedro.

1) *Jesucristo afirmó que era Hijo de Dios.* — Dijo: «Mi Padre y Yo somos una misma cosa» (1). Hay, además, en el Evangelio algunas escenas que, mejor que todo razonamiento, demuestran que Jesucristo se declaró Hijo de Dios. Podéis escoger alguna de ellas.

1.° Díjole el sumo sacerdote: «Yo te conjuro de parte de Dios vivo si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». Respondióle: «Tú lo has dicho. Y aun os declaro, que veréis después a este Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo» (2).

2.° Jesús le dijo: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?». Respondió él, y le dijo: «¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?». Díjole Jesús: «Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo». Entonces dijo él: «Creo, Señor». Y postrándose a su spies, le adoró» (3).

3.° Coloquio entre Jesús y Nicodemo (JUAN III).

4.° Discusión entre Jesús y los judíos a propósito de su persona (JUAN VIII).

c) *Jesucristo vivía como Dios.* — Cuando todos los Santos se confiesan pecadores, Jesús osa decir: «¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno?».

Además, se echa de ver en el Evangelio que El practicó todas las virtudes: humildad, pureza, paciencia, bondad, misericordia; que ejercitó el amor a los enemigos, incluso estando en la cruz, donde pidió perdón para

(1) Juan X, 36.
(2) Mat. XXVI, 63.
(3) Juan IX.

sus verdugos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Esta santidad ha sido el manantial de la santidad de los hombres y ha transformado al mundo. Aquí puede trazarse un cuadro de lo que era el mundo antes de Jesucristo y de lo que fué después de El.

d) La prueba sacada de la difusión de la Iglesia es también muy poderosa: La Iglesia combatió la idolatría y todos los desórdenes que a la sazón reinaban en la sociedad y en la familia. Fué objeto de terribles y encarnizadas persecuciones. Por espacio de tres siglos numerosos mártires derramaron su sangre para mantenerse fieles al Dios verdadero, y a pesar de sus persecuciones la Iglesia se fué propagando.

E) Familiaricemos a los niños con el Evangelio

a) Sería de desear que cada niño pudiese seguir en un Evangelio el relato de los milagros de Nuestro Señor.

Aparte del interés del momento y de una mayor aplicación al trabajo, veo en ello otra ventaja: la de que el niño se aficionará a dicho libro y lo conservará. El Evangelio es un libro que se lee siempre con gusto y habla al corazón, a condición de que se sepa hacer buen uso de él.

b) *Notas sobre el Evangelio.* — Ningún libro histórico merece tanto crédito como los Santos Evangelios, porque: 1.° Estos libros sagrados fueron escritos en una época en que todavía vivían la mayoría de las personas que habían presenciado los sucesos narrados.

2.° Fueron escritos por unos hombres que habían vivido con Jesucristo (San Mateo, San Juan) o que habían tratado de cerca a los Apóstoles del Señor (San Marcos, San Lucas). Eran, pues, escritores bien documentados.

3.° Hay cuatro Evangelios. Los cuatro narran una misma historia, diferenciándose tan sólo en algunos detalles de poca importancia, y aun estas diferencias demuestran única y provechosamente que los Evangelistas no se pusieron de acuerdo antes de escribir.

4.° Los Evangelistas no podían engañarse, puesto que escribían bajo la inspiración de Dios. Además, hablaban de hechos visibles y públicos, que habían llamado la atención de todo el mundo y habían impresionado a ingentes multitudes.

5.° No se propusieron engañar, por cuanto murieron entre tormentos en confirmación de que era verdad lo que habían creído y enseñado.

6.° No habrían podido engañar a nadie inventando hechos o amañándolos, porque, viviendo aún muchos de los testigos, tan informados como ellos habrían protestado o se habrían negado a admitir sus relatos.

Es, pues, preciso creer todo lo que refieren los Evangelios, por ser la verdad.

c) Pero debe advertirse que el «Evangelio no contiene toda la Revelación», San Juan (1) declara formalmente que está muy lejos de haber consignado en el Evangelio todos los actos del Salvador. Dígase otro tanto de las verdades por El enseñadas. En la misma víspera de su muerte decía Nuestro Señor a sus Apóstoles: «Aun tengo otras muchas cosas que deciros; mas por ahora no podéis comprenderlas. Cuando, empero, venga el Espíritu de Verdad, él os enseñará todas las verdades« (2).

«Si Jesucristo no dijo a sus Apóstoles todo lo que tenía por decir, síguese que la Revelación no se halla entera en el Evangelio. Síguese, asimismo, que el Evangelio no es la única base de la Religión. En efecto, aparte de ese libro hay la doctrina que el Espíritu Santo enseñó a los Apóstoles y a la Iglesia y que constituye la Tradición. Además, parece que Nuestro Señor no dió a los Apóstoles la orden de escribir. Si algunos tomaron la pluma, fué ciertamente por inspiración divina y mucho

(1) XX, 30; XX, 25.
(2) Juan XXVI, 12, 13.

después de Pentecostés, para que se viera que la religión de Jesucristo podía establecerse y difundirse sin necesidad de ningún libro» (1).

F) Un ejemplo para entender la finalidad de las profecías

Un niño sale a recibir a un tío suyo, a quien no conoce. Sus padres le indican el sitio donde le hallará. Le explican las señas que le distinguen de los demás, diciéndole, v. gr., que es alto, que viste bien, que lleva un abrigo de tal color, que lleva siempre en la mano un bastón de tal forma, etc. El niño parte, y aguarda en el lugar que le han indicado. Reconoce, por fin, a su tío por la descripción que de él le han hecho.

Dios Nuestro Señor inspiró a los profetas para que describieran al Mesías, indicando el lugar donde nacería y las señales con que sería conocido. Instruídos por los Profetas hemos reconocido a Nuestro Redentor.

Este ejemplo facilita la comprensión de la finalidad de las profecías en el estudio sobre la divinidad de Jesucristo.

G) Impresión que debe darse

Una fe muy firme en la divinidad de Jesucristo.

H) Lecturas

Evangelio; Vida de N. S. Jesucristo, por FOUARD; *El Evangelio,* por LESÊTRE; *Jesucristo Redentor,* por *Monseñor* I. GOMÁ; *Vida de Jesús,* por el P. VILARIÑO.

(1) Lesetre: *Evangelio*

I) Resumen de la lección

«Jesús, Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Me represento a Nuestro Señor — el buen Jesús — durante los tres años de su vida pública.

Demuestra que es de verdad el Mesías, cumpliendo y realizando en su Persona todas las profecías.

Nace en Belén. Es el hijo de la Virgen María; huye a Egipto; muere en la Cruz.

Demuestra que es Dios obrando milagros, es decir, cosas que sobrepujan las fuerzas del hombre. Resucita a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naim; los toma de la mano y les dice que se levanten. Resucita a Lázaro, muerto desde hace unos días. Calma la tempestad. Cura a los sordos, a los ciegos, a los mudos y a los paralíticos.

Ciertamente, todos estos milagros me demuestran que Jesús es Dios.

Me arrojo a sus pies, y le digo:

«Jesús, Tú eres el Hijo de Dios vivo.»

Jesús, creo en Ti y te amo.

Propósito. — Siempre que pase por delante de una iglesia o de una cruz, diré por lo bajo: «Jesús, creo con todo el corazón que eres el Hijo de Dios».

B) Formación en la piedad

Este hermoso capítulo permitirá acentuar la devoción a Nuestro Señor Jesucristo, porque el conocimiento engendra amor.

I. — Debemos proponernos, por tanto, dos cosas: desenvolver la fe, y con esto acrecentar el amor. Obtendremos el primer resultado con la simple exposición de los milagros, cuya conclusión será: es Dios quien obra, quien realiza por su propia virtud estas maravillas. En este orden de ideas señalamos, sobre todo, el relato de la resurrección de Lázaro. Un hombre de gran talento afirmaba que él no lo había leído nunca sin arrasársele de lágrimas los ojos. Realmente, campea en dicho relato tal acento de verdad, que la impresión producida es muy intensa. El relato del milagro del ciego de nacimiento con sus consecuencias: resquemor de los judíos, discusiones apasionadas, conducta del favorecido, es también muy apropiada para acrecentar la fe.

No olvidemos, con todo, que se ha de hacer algo más: debemos amar a Nuestro Señor. La lección nos ayuda a realizar este deseo.

II. — En los milagros de Jesús el poder y la divinidad no se manifiestan solas; al lado de estas cualidades aparece la bondad del Maestro, la cual sirve a maravilla para despertar y fomentar el amor.

Recomendamos a los catequistas que recalquen la grande bondad de Jesús al obrar los milagros.

Tomemos, por ejemplo, el milagro de la resurrección del hijo de la viuda de Naím. Leemos en el Evangelio: «Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido a compasión le dijo: «No llores» (1).

O el milagro de la resurrección de Lázaro: «Jesús, al verla llorar ((la hermana de Lázaro), y llorar también los judíos que habían venido con ella, estremecióse en su alma, y conturbóse a sí mismo. Y dijo: «¿Dónde le pusisteis?» «Ven Señor», le dijeron, «y lo verás.» Entonces a Jesús se le arrasaron los ojos de lágrimas (2).

Tenemos aquí dos ejemplos de la conmovedora bondad del Salvador. Es Dios; se dispone a obrar un prodigio, y llora con los que lloran y se emociona en presencia de una madre desolada. ¿Hay algo más a propósito para excitar nuestro amor hacia un Dios que comprende tan bien nuestros dolores?

Catequistas, no dejéis de emplear estos medios para atraer las almas tiernas a Jesucristo. Ellas se encaminarán a El con más espontaneidad y confianza.

III. — Queremos copiar aquí una advertencia que se lee en las instrucciones dadas a los Hermanos de las Escuelas cristianas: «Con frecuencia los milagros de Nuestro Señor eran figura de las transformaciones obradas por el poder de la gracia, como las enfermedades eran a su vez imagen del lamentable estado de las almas manchadas por el pecado o agarrotadas por algún hábito malo. Explicando estos milagros hallaréis ocasión de dar utilísimos consejos a los alumnos.»

IV. — Consejos prácticos.

1.° Después de haber narrado un milagro, haced recitar un acto de fe o una oración jaculatoria, «Jesús, Tú eres el Hijo de Dios».

2.° Demostrada la bondad de Jesucristo, provocad un acto de amor que pueda traducirse en pocas palabras, verbigracia: «¡Oh, buen Jesús, te amo con todo el corazón!»

(1) Luc. VII, 12, 13
(2) Juan XI, 33-35.

3.° Recomiéndese a los niños que en sus comuniones piensen en el poder y en la bondad de Jesús.

4.° Recomiéndeseles, por fin, que terminen las preces de la mañana con estas palabras: «Oh, Jesús, me esforzaré cuanto pueda en parecerme a Ti, siendo manso, humilde, casto, sufrido, caritativo y resignado como Tú.»

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

DIVINIDAD DE JESUCRISTO

Os acordaréis aún de la hermosa lección sobre la vida oculta de Nuestro Señor.

Hoy vamos a leer todos juntos otra página no menos bella y gloriosa: la narración de la vida pública de Jesucristo que nos demuestra la divinidad del Redentor.

Escribid arriba en la pizarra:

Jesucristo es el Hijo de Dios hecho-hombre.

Si alguno os pregunta: «¿Quién es Jesucristo?», respondedle: «Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre».

Pero esa persona que aun no conoce a Jesucristo os replica: «¿Es verdad lo que dices? ¿Quién me lo demuestra? Yo no tengo inconveniente en creer; pero dadme alguna prueba».

Estas pruebas os las voy a dar, queridos niños, no porque las necesitéis para vosotros, pues sé que amáis de todo corazón a Dios y que creéis en Jesucristo, sino porque es bueno que estéis instruídos y que

conozcáis bien en toda su verdad la hermosa figura de Nuestro Señor.

Como pruebas, tenemos las profecías.

Como pruebas de la divinidad de Jesucristo tenemos, en primer lugar, las profecías.

A los treinta ños se retiró Jesús al desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Después comenzó a predicar el Evangelio, declarándose abiertamente Hijo de Dios.

Trácese una linea en medio de la pizarra y escríbase a un lado la profecía y al otro su realización.

Esta declaración es fácil de constatar.

Desde largo tiempo el pueblo judío, escogido por Dios para conservar la religión verdadera, vivía en la esperanza del Mesías, del Salvador; y los Profetas por Dios enviados decían cómo sería el Salvador, dando acerca del mismo unos pormenores que le habían de hacer reconocer y que únicamente Dios podía saber; en una palabra, hacían profecías o anuncios de acontecimientos futuros que sólo Dios podía conocer de antemano y que se aplicaban al Mesías que había de venir.

Las profecías se habían conservado en los Libros sagrados y habían sido leídas y aprendidas de memoria en las sinagogas y en el Templo.

Nosotros poseemos esos Libros, que se han ido transmitiendo hasta nuestros días.

Examinémoslos; veamos si Nuestro Señor Jesucristo es realmente el Mesías que los Profetas habían anunciado.

Los Profetas predijeron que el Mesías:	Nuestro Señor Jesucristo:
1.º Nacería en Belén...	1.º Nació en Belén.
2.º De una virgen purísima.	2.º Tuvo por Madre a la Virgen María.
3.º Que sería adorado por reyes.	3.º Fué adorado por los Magos.
4.º Que unos pequeñuelos serían degollados.	4.º Herodes ordenó la matanza de los santos Inocentes.
5.º Que huiría a Egipto.	5.º Jesús fué llevado a Egipto.
6.º Que nacería en una fecha determinada.	6.º Jesús vino al mundo en la fecha señalada.
7.º Que moriría entre dos malhechores.	7.º Jesús murió en la cruz en medio de dos ladrones.

Leo por de pronto que uno de los Profetas — Miqueas —, el cual vivió ochocientos años antes de Nuestro Señor, había predicho que el Mesías Salvador nacería en Belén: Jesús nació en Belén.

Isaías había dicho que el Mesías tendría por madre a una virgen purísima: Jesús tuvo por Madre a la Virgen María. Que sería adorado por reyes: Jesús fué adorado por los Magos.

Jeremías había anunciado la matanza de los Santos Inocentes: Herodes hizo perecer a los pequeñuelos de Belén, convencido de que el Mesías moriría entre ellos.

El profeta Oseas había predicho la huída a Egipto para substraerse a Herodes.

Finalmente, Daniel había fijado la fecha de su nacimiento, el cual había de tener lugar pasados cuatrocientos noventa años: en esta fecha vino Nuestro Señor al mundo.

Otro Profeta había predicho que el Mesías moriría entre dos facinerosos: Jesús murió en la cruz en medio de dos ladrones.

Bórrese lo escrito

Conclusión: Nuestro Señor realizó en su persona todas las profecías. Es, pues, el Salvador o Mesías prometido.

Todavía podría demostraros que Jesucristo predijo su propia Pasión, la traición de Judas y su resurrección tres días después de su muerte, y que todas estas cosas acaecieron tal como El las había anunciado.

Los milagros de Jesús.

Subráyese: milagros.

Pero estoy deseoso de hablaros de lo que principalmente prueba la divinidad de Jesucristo: los milagros.

Sí, tenemos una espléndida prueba de su divinidad en los milagros.

Referiros los milagros de Jesucristo, equivale a hablaros de su vida pública, por cuanto toda su vida pública no fué otra cosa que un milagro continuo. Es una narración llena de interés.

Mas antes, escuchad una breve pero necesaria explicación. Llámase milagro un hecho que sobrepuja las fuerzas de todas las criaturas y que requiere una especial intervención de Dios.

Un hombre no puede por sí mismo hacer milagros; es preciso que Dios esté con él, ya que el milagro está por encima de las fuerzas del hombre. El milagro suspende las leyes de la Naturaleza.

Resucitar a un muerto, curar repentinamente a un ciego, son cosas que están fuera de las leyes de la Naturaleza. Si, pues, vemos a alguno hacer milagros, debemos escuchar lo que nos dice; y si los hace para demostrar su misión debemos creer en ésta.

Al principio de su vida pública, hallándose Nuestro Señor en la ribera del lago de Genesaret, vió dos barcas

a la orilla del lago. Subió a una de ellas, y habiéndose alejado un poco empezó a enseñar al pueblo.

Cuando hubo terminado de hablar, dijo a Simón: «Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar». Replicóle Simón: «Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra echaré la red».

Pesca milagrosa.

Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca que viniesen y los ayudasen.

Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador.»

Entonces Jesús dijo a Simón: «No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar».

Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron.

El milagro de la pesca milagrosa demostró a aquellos humildes pescadores que Jesús era más que hombre.

Y Jesús siguió demostrando que era Dios.

Escuchad.

Mientras Jesús predicaba, vino en busca de él uno de los arquisinagogos, llamado Jairo, el cual, con muchas instancias le hacía esta súplica: «Mi hija está a los últimos: ven, y pon sobre ella tu mano, para que sane y viva».

Esa hija única era sin duda una

hermosa joven de doce años, agraciada como vuestra hermanita, con sus bellas trenzas, su amable sonrisa y sus ojos vivarachos.

Jesús siguió a aquel hombre, y he aquí que uno les salió al encuentro y dijo al padre: «Murió ya tu hija. ¿Para qué cansar al Maestro?»

El pobre padre no cesaba de llorar, mirando a Jesús. Y Jesús le dijo: «No temas, ten fe solamente».

Llegados que fueron a casa del jefe de la sinagoga, ve la confusión y los grandes lloros y alaridos de aquella gente.

Jesús, entrando dentro, les dice: «¿De qué os afligís tanto y lloráis? La muchacha no está muerta, sino dormida.»

Y se burlaban de él. Pero Jesús, haciéndoles salir a todos fuera, tomó consigo al padre y a la madre de la muchacha, y entró adonde la muchacha estaba echada. Y tomándola de la mano, le dice: «Muchacha, levántate, yo te lo mando.» E inmediatamente se puso en pie la muchacha y echó a andar.

Resurrección de la hija de Jairo.

Os pregunto, queridos niños: «¿Puede un simple hombre hacer un milagro como éste?»

Escuchad aún cómo resucitó a un muchacho.

Iba Jesús camino de la ciudad de Naim, y con El iban sus discípulos. Cuando estaba cerca, vió que unos hombres sacaban a enterrar a un joven seguidos de un gran acompañamiento. Era el hijo único de una pobre viuda de la ciudad.

¡Oh, cuánto lloraba la pobre madre caminando tras el cadáver de su hijo! ¡Era tan hermoso y tan amable!

Resurrección del hijo de la viuda de Naim.

Mas, he aquí que Jesús se dirige a la mujer y le dice: «No llores» Después hace parar a los que llevan el féretro y dice al mancebo: «Muchacho, levántate.»

Y el muchacho se incorporó y comenzó a hablar: estaba vivo.

Os pregunto otra vez, queridos niños: «¿Puede un hombre hacer tales prodigios?» «No.» «Entonces, ¿quién los hace?»

Tempestad calmada.

Por aquel tiempo calmó Jesús una tempestad. Un día, hallándose en una barca con sus discípulos se durmió. Mientras dormía se desató una furiosa tempestad. Las olas azotaban la barca, que amenazaba hundirse. El viento soplaba tan fuerte, que empujaba hacia todos lados la frágil embarcación.

Los Apóstoles, azorados, despertaron al Maestro gritando: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» Y Jesús, con toda serenidad, se levantó y dijo al viento y al mar: «Sosegaos.»

Y al momento cesó la tormenta.

Entonces exclamaron los Apóstoles: «¿Quién es éste, a quien los vientos y el mar obedecen?»

Numerosas curaciones.

Sería tarea sobrado larga referiros en detalle todos los milagros de Jesús; ora es un pobre paralítico el que es curado, ora un sordomudo; aquí es un ciego que recobra la vista, allí un leproso, etc. Todos los enfermos se acercaban a Jesucristo y eran sanados.

Resurrección de Lázaro.

El fué quien multiplicó los panes, bastándole cinco de éstos para alimentar a cinco mil hombres.

El quien obró el estupendo milagro de la resurrección de Lázaro que voy a leeros en el mismo Evangelio.

(Léase este milagro en el capítulo XI del Evangelio de San Juan.)

Amados niños, he querido leeros en el mismo Evangelio la resurrección de Lázaro, porque se palpa la verdad en estas páginas.

Un día, dirigiéndose Jesús a sus Apóstoles, les preguntó: «¿Qué dicen de Mí los hombres?» Los Apóstoles respondieron que los hombres titubeaban en pronunciarse.

«Y vosotros — preguntó — ¿quién decís que soy Yo?»

Respondió Pedro: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.»

Señálese en la pizarra la lista de los milagros.

Los milagros de Jesús prueban su divinidad.

Pesca milagrosa.
Resurrección de la hija de Jairo.
Resurrección obrada en Naim.
Tempestad calmada.
Numerosas curaciones.
Resurrección de Lázaro.

Queridos niños. Teniendo ante los ojos los milagros de Jesús, os pregunto también:

«¿Quién es Jesús?»

Vosotros responded: «Es el Hijo de Dio.» En efecto:

La pesca milagrosa.

La resurrección de la hija de Jairo.

La resurrección del hijo de la viuda de Naim.

La tempestad calmada.

Numerosas curaciones.

La resurrección de Lázaro, etcétera, prueban la divinidad de Jesucristo.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XI

Objeto de la lección: **La Redención**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Las páginas que van a ser explicadas tienen la emoción de las cosas tristes. Son a propósito para excitar la sensibilidad del niño; el relato de la Pasión es verdaderamente el que más conmueve a las multitudes.

Pero hay que procurar algo más. Es necesario hacer comprender cómo sufrió Jesucristo. Jesús no fué un hombre ordinario. Los padecimientos de Jesús tenían un valor de un rescate.

Al calor del relato propiamente dicho de la Pasión brotan algunas ideas, verbigracia: el valor del más insignificante padecimiento del Hijo de Dios; el amor que Jesús nos testificó en su Pasión; el horror al pecado que ello nos inspira; la gloria que el Hijo tributa al Padre con la ofrenda de sus dolores.

En el presente capítulo nuestro cometido ha de ser: hacer una explicación; narrar unos hechos y proponer unas consideraciones.

Afirmamos desde luego que estamos absolutamente seguros de contar con la atención de nuestros pequeños oyentes.

Las consideraciones que fluyen de la explicación y del relato constituirán el objeto de la parte afectiva y hallarán su lugar en el punto destinado a la formación piadosa.

B) División del tema

Tema alegre y triste a la vez.
Explicación necesaria.

a) En Jesucristo hay { una sola persona; dos naturalezas { divina; humana } }

La naturaleza humana es la única que podía padecer.

b) Significado de la palabra «Redención».
Definición.

c) Relato.

Jesús padeciendo: 1.° Noche de agonía.
— 2.° Traición de Judas.
— 3.° Abandono de los Apóstoles.
— 4.° Insultos en las casas de Anás y Caifás.
— 5.° Negaciones de Pedro.
— 6.° Condenación de los judíos.
— 7.° Insultos en los palacios de Pilatos y Herodes.
— 8.° Flagelación.
— 9.° Coronación de espinas.
— 10.° Sentencia de Pilatos.
— 11.° Camino del Calvario.
— 12.° Muerte de Cruz.

C) Método que debe seguirse

La forma expositiva — la narración — también aquí puede alternarse con algunas breves invocaciones o citas de textos bíblicos, en los que se predice tal o cual padecimiento. Propondremos luego algunos de esos textos.

La parte más difícil de esta lección es expner la materialidad de los padecimientos de Jesucristo, quien sufre en todos sus sentidos los dolores más atroces.

Con todo, es indispensable dejar bien sentada la función de las dos naturalezas de Jesucristo en este misterio. Es éste un punto capital que permite llegar a la conclusión de que la personalidad divina de Jesucristo prestaba un valor infinito a sus padecimientos. No se tenga reparo en insistir sobre esta idea. Recordemos lo que hemos dicho sobre el peligro siempre posible de humanizar demasiado a Jesucristo, a expensas de su divinidad.

Durante la explicación de los padecimientos de Jesucristo será bueno hacer leer en el Evangelio las páginas que contienen los distintos relatos y recomendar a los niños que lo lean por entero en particular.

La tercera parte de la lección debe consagrarse a las consideraciones que fluyen a la vista de los padecimientos de Jesús.

Recordemos que la Pasión y Muerte de Nuestro Señor se llaman *el misterio* de la Redención, porque somos incapaces de comprender que un Dios encarnado haya podido amarnos hasta el punto de padecer y morir por nosotros.

Estamos seguros de que nuestros pecados pesaron tan realmente sobre la cabeza del Hombre Dios, que Este apareció delante de su Padre como si El mismo los hubiese cometido. Creemos, asimismo, que todas las satisfacciones y todos los méritos de Jesucristo pasaron a ser propiedad nuestra, no de otra suerte que si nosotros hubiésemos muerto con su muerte.

En esta comunión de Jesucristo con nosotros y de nosotros con Jesucristo estriba principalmente el misterio de la Redención.

¿Conviene examinar esta cuestión delante de los niños? Esbocémosla, pero no ahondemos en ella.

Esto nos permite advertir que la tercera parte de la lección correspondiente al ejercicio de formar en la piedad será más práctica que teórica.

D) Algunos textos de la Sagrada Escritura que pueden aplicarse a la Pasión de Nuestro Señor

Traición de Judas. — «Hasta mi íntimo amigo, en quien yo confiaba, que comía de mi mismo pan, me ha hecho gran traición» (Salm. XL, 10). «Si un enemigo mío me hubiese inferido un ultraje, hubiéralo yo ciertamente soportado... ¡ Mas tú, hombre del mismo sentir que yo, mi consejero y mi amigo... ! (Salmo LIV, 13-14).

Abandono de los Apóstoles. — «Mis amigos y conocidos se alejan de mi lugar» (Salm. XXXVII, 12). «Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas» (Zacarías XIII, 7).

Dolores sufridos en la Pasión. — «Despreciado, y el desecho de los hombres, varón de dolores... Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias» (Isaías LIII, 3-4).

«Entregué mis espaldas a los que me azotaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que escarnecían y escupían» (Is. L, 6).

«Los que vuelven mal por bien me calumnian» (Salm. XXXVII, 21).

«Los impíos trabajaron a golpes mi espalda» (Salmo CXXVIII, 3).

Clase de muerte. — «Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él cosa sana» (Jo. I, 6).

«Horadaron mis manos y mis pies; contaron todos mis huesos» (Salm. XXI, 17-18).

«En mi sed me abrevaron con vinagre» (Salm. LXVIII, 22).

Jesucristo padeció voluntariamente. — «A él le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros. Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse» (Is. LIII, 6-7).

E) NOTAS SOBRE LOS ENEMIGOS DE NUESTRO SEÑOR

Los fariseos eran celosos observantes de la ley judía. Juntamente con los Saduceos, secta materialista en aquel tiempo, constituían la clase rica e intelectual de la nación. Militaban en sus filas la mayoría de los miembros del gran Consejo de la nación llamado Sanedrín.

Fueron los enemigos encarnizados de Jesucristo, quien condenaba su orgullo y su hipocresía. Nuestro Señor predijo que no tardaría en caer en manos de ellos.

«Mirad que vamos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre ha de ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles para que sea escarnecido y azotado y crucificado» (1).

Sin embargo, se contaban honrosas excepciones entre los fariseos, v. gr., Nicodemo y Gamaliel.

Príncipes de los sacerdotes. — Llamábanse así los que habían desempeñado las funciones de sumo sacerdote, habiendo sido luego destituídos, así como los jefes de las veinticuatro familias de sacerdotes cada una de las cuales estaba encargada del servicio del Templo durante una semana.

Tenían por jefe al sumo sacerdote en activo.

Durante la Pasión de Nuestro Señor, el sumo sacerdote era Caifás, yerno de Anás.

NOTAS SOBRE LA CRUCIFIXIÓN

Clase de suplicio. — Este suplicio estaba en uso en Roma y se reservaba a los esclavos y a los bandidos. El suplicio ordinario entre los judíos era la lapidación. Los acusadores de Jesús presentaron al Salvador ante Pilatos como un criminal político, y esto fué la causa de que se le condenara a la muerte de cruz.

La Cruz de Nuestro Señor es la cruz latina, formada

(1) Mat. XX, 18, 19.

por un poste vertical y otro transversal más corto, en el que se sujetaban las manos del ajusticiado. Ambos postes solían ser de pino resinoso, muy corriente en Palestina. En la parte superior de la cruz se clavaba la inscripción donde se leía el motivo del suplicio. Dicha cruz no tenía las dimensiones que muchas veces se le atribuyen. No se elevaba mucho sobre el suelo, puesto que un soldado fácilmente podía alcanzar con una vara de hisopo los labios del condenado.

Para que el peso del cuerpo no desgarrara las manos sujetadas con los clavos, se aplicaba sobre el poste vertical un trozo de madera que, pasando por entre las piernas del ajusticiado, sostenía su cuerpo.

La crucifixión. — De ordinario los soldados hincaban la cruz en el suelo. Después por medio de cuerdas levantaban el cuerpo hasta el trozo de madera que había de quedar entre las piernas del reo. Cogiendo luego los brazos, sujetabn las manos atravesando la palma o la muñeca con gruesos clavos. A menudo las piernas eran simplemente atadas al poste. Los pies de Jesús fueron taladrados, al igual de las manos, con uno o dos gruesos clavos.

A veces el reo era clavado en la cruz previamente extendida sobre el suelo. Algunos creen que Nuestro Señor fué crucificado de este modo.

Personajes. — Los verdugos eran unos soldados a sueldo de los romanos. Un centurión de a caballo, y tras él los cuatro soldados que rodeaban a Jesús y a los dos ladrones que habían de morir con Él, constituían la escolta en el camino del Calvario. Jesús no llevaba ya el manto de púrpura, sino sus vestidos ordinarios. Su cabeza estaba ceñida por la corona de espinas, y, pendiente del cuello, se veía la incripción donde estaba escrita la sentencia con caracteres negros.

Una turba malvada e insolente seguía a ese grupo o le servía de marco.

Un sencillo hombre del pueblo, Simón Cireneo, fué

obligado por los soldados a llevar la cruz de Jesús, que se encontraba desfallecido.

Algunas mujeres judías se mostraron compadecidas de Jesús a su paso por la vía dolorosa.

En el Calvario *unas mujeres ofrecieron* a Jesús vino mezclado con mirra y adormidera para mitigarle el dolor. Jesús mojó sus labios en el brebaje, pero rehusó probarlo.

Al morir Jesucristo, tres mujeres: la Virgen, su parienta María, la Magdalena, y su discípulo Juan, se hallaban al pie de la cruz.

Lugar del suplicio. — El Gólgota, nombre que significa calavera y que había sido dado a aquel monte a causa de su aspecto. No distaba mucho de los muros de Jerusalén.

Las siete palabras de Jesús en la Cruz:

1.ª Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

2.ª «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.»

3.ª «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre.»

4.ª «Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has desamparado.»

5.ª «Tengo sed.»

6.ª «Todo está cumplido.»

7.ª «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Muerte de los ajusticiados. — Los crucificados vivían de ordinario toda la noche de la ejecución, y aun todo el día siguiente. En Roma se dejaba a los esclavos suspendidos en el patíbulo hasta tanto que el cuerpo se corrompiera o fuese devorado por las aves de rapiña. Pero los romanos hacían una excepción en Judea, para acomodarse a las costumbres de los judíos cuya Ley ordenaba descolgar del patíbulo el cadáver antes de ponerse el sol, a fin de que el maldito de Dios no manchara la tierra que el Señor les había dado (1). Esta

(1) Deut. XXI, 23.

condescendencia introdujo la costumbre de romper las piernas a los condenados, lo que aceleraba la muerte y podía considerarse como una compensación por la abreviación del suplicio. La costumbre de quebrar las piernas no se aplicó a Jesucristo, porque los soldados encargados de hacerlo notaron en El síntomas ciertos de muerte. Los tormentos que Jesús había sufrido antes del suplicio explican que exhalara el postrer suspiro cuatro o cinco horas después de la crucifixión. Sin embargo, uno de los soldados le hirió al costado con una lanzada, que en otras ejecuciones solía ser el corriente golpe de gracia. Hízose así con Jesús para extinguir el último soplo de vida que aun podía alentar en El. La ley romana entregaba los cuerpos de los ajusticiados que no eran esclavos a sus parientes para que pudiesen sepultarlos. De aquí que José de Arimatea pudiera conseguir sin dificultades lo que deseaba.

«El suplicio de la cruz subsistió en el imperio hasta Constantino el Grande, quien por respeto a Nuestro Señor Jesucristo lo abolió al décimo tercero año de su reinado» (1).

F) Algunos pensamientos que pueden ser utilizados en la explicación de este capítulo

En las vidas de los Santos numerosas páginas atestiguan su devoción a la Pasión de Jesucristo. Citemos, por ejemplo, a San Juan de la Cruz, a San Francisco de Asís, que recibió los estigmas; a santa Isabel de Hungría, quien al ver la imagen de Jesucristo crucificado y coronado de espinas se negó a ceñirse una corona cuajada de diamantes; a San Buenaventura, quien, interrogado por Santo Tomás de Aquino acerca de los libros donde bebía su ciencia incomparable, se limitó a mostrarle un crucifijo donde aparecía el rastro de sus besos y de sus lágrimas.

Dos frases de San Agustín. — «Antes que existiese

(1) Crampon: Obra cit.

la Cruz no había escalera para subir al cielo. Por esto no podían entrar en él Abraham, ni Jacob, ni David. Ahora está puesta dicha escalera: es la Cruz.»

2.ª «Cuenta, alma mía, los treinta y tres años que por ti pasó tu Salvador en este valle de lágrimas; recuerda en espíritu los suspiros que exhaló, las lágrimas que vertió, las palabras que pronunció, los pasos que dió, los golpes que recibió, las espinas y los clavos que le lastimaron y las gotas de sangre que derramó; considera la Cruz sobre la cual murió y entregó el alma para rescatar la tuya. Todo esto te dice, alma mía, cuál es tu valor.»

G) Fruto que se debe procurar

El de una afectuosa y reconocida devoción a la Pasión del Señor.

H) Resumen de la lección

«Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (I S. Pedro, II, 21).

«Amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito» (Juan, III, 16).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

(Esta breve meditación deberá hacerse delante de un Crucifijo.)

Oh, Jesús mío, te contemplo en la cruz, con las manos taladradas, los pies clavados en el madero del suplicio, tu cabeza sangrando a causa de la corona de espinas, chorreando sangre por todos lados.

Judas el traidor es quien te ha vendido, Jesús mío.

Me fijo en tu cuerpo, y lo veo desgarrado por los azotes de la flagelación que han hecho saltar tu carne a pedazos y del todo desfallecido por las fatigas de la subida al Calvario.

A lo largo de ese ingrato camino has caído tres veces aplastado bajo el peso de la cruz que llevabas a cuestas. Y no es esto todo: has sufrido también en tu corazón, viendo a tu Madre y a tus amigos llorando al pie de la Cruz.

¡Oh, Jesús mío!, tres horas has permanecido clavado, entre los insultos de los judíos y en medio de los ladrones que han muerto contigo.

Propósito. — Jesús mío, por los pecados de todos los hombres y por los míos has sufrido tan crueles tormentos.

Quiero amarte de veras; quiero resolverme de una vez a evitar el pecado que ha sido la causa de tu muerte.

(Un minuto de silencio para una súplica general.)

B) Formación en la piedad

El niño ha quedado impresionado con el relato de la Pasión, como por un drama que se ha desarrollado ante sus ojos. La deplorable muerte del Justo ha provocado en él una honda emoción. Para que esta impresión resulte fecunda, es preciso sacar las conclusiones que se imponen.

1.° Desarrollad, al efecto, este tema: *Jesucristo murió para satisfacer a la justicia de Dios por los pecados del mundo.*

Esta satisfacción fué infinita y universal.

Por consiguiente, no hay ningún crimen, por enorme que sea, que no pueda ser perdonado en virtud de los méritos de Jesucristo.

El mismo Cristo es propiciación por nuestros pecados. No solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo (1).

Insístase sobre esta idea, que inspira confianza, y termínese esta plática piadosa con la invocación: «Jesús crucificado, en Ti confío.»

2.° *Pero observemos que Dios no nos salva a pesar nuestro.* Los frutos de la Pasión se aplican a los que lo quieren. La pasión de Jesucristo es un remedio que cura, pero es indispensable tomar este remedio. Esta idea puede constituir el tema de una plática.

3.° *Nosotros nos aplicamos los frutos de la Pasión* por medio de los Sacramentos, la oración y el sacrificio de la Misa.

La conclusión práctica debe, pues, consistir:

En aportar una fe viva a la eficacia de los méritos de Jesucristo.

1.° *En la oración.* — Hay que presentarse al Padre con una confianza inquebrantable en los méritos de su Hijo.

«Cuando oremos, presentémonos al Padre eterno con una confianza inquebrantable en los méritos de su Hijo. Nuestro Señor lo pagó todo, lo saldó todo y lo adquirió todo, y sin cesar intercede cerca de su Padre por nosotros. Digamos desde luego a Dios: —Sé, oh Dios mío, que soy del todo miserable y que todos los días no hago otra cosa que multiplicar mis faltas; sé que delante de tu santidad infinita soy como la obscuridad delante del sol. Pero me prosterno ante Ti; por virtud de la gracia soy un miembro del cuerpo místico de tu Hijo; tu Hijo me ha dado esa gracia después de haberme rescatado con su sangre; puesto que le pertenezco, no me rechaces de tu divina presencia. No; Dios no puede rechazarnos si nos apoyamos en el crédito de su Hijo, porque el Hijo le trata como a un igual...»

(1) Juan V, 2.

2.° *En el sacramento de la Penitencia.* — «Asimismo, cuando nos acerquemos al sacramento de la Penitencia, tengamos grande fe en la divina eficacia de la sangre de Jesús. Esta sangre es quien en esos instantes lava nuestra alma de sus faltas, quien la purifica, renueva sus fuerzas y le devuelve su belleza. Es la sangre que Nuestro Señor derramó por nosotros con un amor incomparable; son unos méritos, de valor infinito, que El adquirió a costa de padecimientos sin medida y de ignominias indecibles.»

3.° *En la Misa.* — Finalmente, cuando asistís a la santa Misa, estáis presentes al sacrificio que renueva el de la cruz. El hombre Dios se ofrece en el altar por nosotros tal como lo hizo en el Calvario; y aunque difiera el modo de ofrecerse, no deja de ser el mismo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, quien se inmola en el altar para hacernos partícipes de sus satisfacciones inagotables. Si nuestra fe fuese viva y profunda, ¡con qué reverencia asistiríamos a este sacrificio, con qué avidez nos acercaríamos todos los días — tal como lo desea nuestra Madre la Iglesia — a la sagrada Mesa para unirnos con Cristo, con qué inquebrantable confianza recibiríamos a Jesús en aquellos momentos en que se da a Sí mismo con su humanidad y su divinidad, con el tesoro de sus méritos, El, que es el rescate del mundo y el Hijo en quien el Padre tiene sus complacencias!» (1).

Hacer entrar a los niños en el conocimiento de estas ideas después de haberlas el catequista suficientemente meditado para traducirlas al lenguaje de los pequeñuelos y presentarlas con grande fe, es facilitar a nuestros alumnos una mayor participación en los frutos de la Redención.

(1) Marmion: *Jesucristo, vida del alma.*

ALGUNOS CONSEJOS PRÁCTICOS

1.° Recomiéndese la colocación de un Crucifijo en el aposento.
2.° Saludar las cruces que se encuentren por el camino.
3.° Habituarse, al ver la Cruz, a pensar en seguida en la Redención, diciendo, por ejemplo: «Jesús mío, por mí moriste sobre este madero.»
4.° Explicar por qué se da a besar un Crucifijo a los moribundos. (Dios perdona siempre por los méritos de su Hijo.)
5.° El viernes es el día que trae a la memoria la muerte de Jesús. En ese día hágase algún sacrificio.
6.° Mostrar que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús guarda enlace con la devoción a la Pasión.

LECCIÓN DE COSAS

Explíquese a los niños qué es el *Vía crucis*. Explíquese el significado de los cuadros.
Enséñeseles a practicar el *Vía crucis*.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

LA REDENCIÓN

Hemos llegado, queridos niños, a una lección que causa grande gozo y profunda tristeza al mismo tiempo.
Causa grande gozo el relato de nuestra Redención, de nuestro rescate.

Causa profunda tristeza la historia del buen Jesús que muere en una cruz para salvarnos.
En otros términos, se trata de explicar el misterio de nuestra Redención.

Escríbase:
En Jesucristo hay dos naturalezas: la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Ante todo os he de recordar lo que ya hemos estudiado todos juntos: que Nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios y que, por tanto, tiene la naturaleza divina.
Que nuestro Señor es Hijo de la Virgen María y que, por tanto, tiene la naturaleza humana.
Que tiene dos naturalezas, pero que es una sola persona.
Es preciso recordar que la naturaleza divina no podía padecer, no podía estar triste, no podía tener miedo; que, por el contrario la naturaleza humana era capaz de sufrir, entristecerse y concebir temor.

Una sola persona: El Hijo de Dios.

Con todo, lo que sucedía a cualquiera de entrambas naturalezas era justamente atribuído a la única persona del Hijo de Dios.
Ejemplo: un muchacho, Juan, sufre una lesión o una quemadura en un dedo.
Me guardaré mucho de decir que el cuerpo de Juan padece, distinguiendo entre el alma y el cuerpo. Me limitaré a decir: «Juan padece; le duele el dedo.»

Subráyese:
naturaleza humana.

Así, pues, cuando oigáis narrar los padecimientos de Nuestro Señor, tened en cuenta que solamente es su naturaleza humana la que padece.
Esto es lo que debe entenderse cuando decimos: «Jesús, el Hijo de

Dios, padeció por nostros la Cruz.»

La naturaleza divina no podía padecer. La naturaleza humana podía padecer

Bórrese y escríbase a la derecha de la parte superior de la pizarra:

Cuando hablamos de su naturaleza humana, entendemos *su cuerpo* y *su alma.*

Explicado esto con breves palabras, abordamos la lección del presente día:

El misterio de la Redención...

El misterio de la Redención.

La palabra «Redención» necesita explicarse. Significa rescate.

Y nosotros decimos: Nuestro Señor nos rescató con su Sangre, sus padecimientos y su muerte.

Nos rescató, a la manera que en otro tiempo se rescataba a los cautivos y a los prisioneros de guerra por medio de un cantidad de dinero.

Habéis estudiado la Historia de España, y sabéis lo que hacían los religiosos mercedarios para sacar a los cautivos de las mazmorras de Argel.

Pero alguno preguntará: «¿Por qué se nos había de rescatar? ¿Éramos, por ventura, prisioneros o cautivos?»

Os diré que recordéis la historia de nuestro primer padre Adán y de nuestra primera madre Eva. ¿No nos entregaron al demonio con su pecado, no nos hicieron perder la vida de la gracia, no quedamos excluídos para siempre del Cielo a causa del pecado original?

¿No hemos cometido, por desgracia, numerosos pecados, y acaso algunos mortales, que nos han hecho merecedores del infierno?

Sí, queridos niños; teníamos necesidad de ser rescatados, y el único que podía rescatarnos no era un hombre ni siquiera un ángel. La ofensa del pecado era tan grande, que fué necesario que Dios pagase a Dios.

Subráyese:

Redención.

Ahora comprendéis lo que significa la palabra «Redención»: el rescate de la humanidad realizado por el Hijo de Dios.

Escríbase:

Es el misterio de Jesucristo muerto en la Cruz para rescatar a todos los hombres.

Continuemos la explicación. Decimos que el misterio de la Redención es el misterio de Jesucristo padeciendo (ya veremos cómo) y muriendo en la Cruz para rescatar a todos los hombres.

Reléase, y en seguida bórrese lo escrito, dejando solamente:

El misterio de la Redención.
Misterio de Jesús padeciendo:

1.º La noche de agonía.

Antes de explicar por partes esta definición, leámosla entera otra vez.

Ahora, queridos niños, voy a contaros la historia de los padecimientos de Nuestro Señor.

Jesús tenía treinta y tres años. Sabía que su muerte era inminente. Era la noche del Jueves Santo.

Judas, el mal apóstol, el traidor, iba a consumar su enorme crimen.

En el huerto de Getsemaní Jesús estaba orando; como hombre, tenía miedo, y decía: «Padre, aleja de mí este cáliz.» Mas su naturaleza divina le reanimaba en seguida y terminaba diciendo. «Que se haga tu voluntad, y no la mía.»

Los discípulos dormían tranquilamente mientras Jesús sufría. Nuestro Señor se afligió por ello y dijo a Pedro: «Simón, ¿tú duermes? ¡Aun no has podido velar una hora! Ve-

lad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu, a la verdad, está pronto; pero la carne es flaca.»

Volvióse de nuevo y oró diciendo: «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.»

Durante este tiempo los Apóstoles seguían durmiendo, rendidos de cansancio, y no se preocupaban de orar con El para aliviarle en su pena.

Viendo Jesús que dormían, los dejó, y se retiró por tercera vez haciendo solo la misma oración.

Y mientras oraba cayó en dolorosa agonía, en ese estado de profundo abatimiento que precede a la muerte. Un sudor de sangre cayó hasta el suelo, y su oración se fué haciendo más ardiente a medida que sus fuerzas le iban abandonando.

En este momento Dios Padre le envió un ángel para reanimarle y consolarle.

Sintiéndose más esforzado, Jesús volvió a sus discípulos y les dijo: «Dormid, ahora, y descansad.»

Mas, unos instantes después, sintiendo que había llegado su hora y que se acercaban sus enemigos, los despertó diciendo: «Levantaos, vamos; ya llega aquel que me ha de entregar.»

2.º La traición de Judas.

En efecto, Judas no estaba lejos. Sabía que Jesús y sus discípulos iban con frecuencia a orar en el Huerto de los Olivos. Y para prender al Hijo de Dios había reclutado, con el favor de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, una multitud de hombres dispuestos a todo.

Arrimóse, pues, al Maestro y le abrazó.

Esta era la señal, pues había dicho: «Aquel a quien yo besare, ése es; aseguradlo.»

Entonces Jesús le dijo. «Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Y saliendo al encuentro de los soldados les dijo: «¿A quién buscáis?» Respondiéronle: «A Jesús Nazareno.» Díceles Jesús: «Soy yo.» Y todos cayeron en tierra empujados por una fuerza que ellos desconocían y que era un milagro obrado por Dios para hacerles reflexionar una vez más sobre su vil proyecto.

Nuestro Señor les dijo de nuevo: «Ya os he dicho que soy yo. Ahora, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos.»

3.º El abandono de los Apóstoles.

Mientras el Maestro era atado, los discípulos huyeron, sin excepción de Juan, el discípulo amado, ni de Pedro, el futuro jefe de la Iglesia.

4.º Los insultos en casa de Anás y de Caifás.

Jesús fué conducido a la casa de Anás, suegro de Caifás, que era príncipe de los sacerdotes.

Pero Anás se desentendió de Jesús, y le envió a los escribas y ancianos reunidos en casa de Caifás.

5.º La negación de Pedro.

Pedro, que de lejos había seguido a Jesús, entró sin dificultad en el palacio del Sumo Sacerdote.

Se hallaba calentándose con los guardias, cuando una criada acertó a decirle: «Tú también eres de los discípulos de Jesús.»

Pedro lo negó. Nególo tres veces, y a la tercera vez cantó el gallo.

Jesús había dicho: «Antes que el gallo cante me negarás tres veces.»

6.º La condenación de los judíos.

Al empezar el día de Viernes Santo Jesús había sido insultado y colocado en la categoría de los impostores por haber proclamado su divinidad diciendo: «Yo soy el Hijo de Dios.» Los judíos le condenaron a muerte. Judas se dió cuenta de lo enorme de su crimen, y en vez de arrepentirse prefirió perecer con la muerte de los miserables ahorcándose en un árbol.

7.º El interrogatorio de Pilato y Herodes.

Pero la ley prohibía a los judíos condenar a alguno a muerte sin permiso de Pilatos, gobernador romano de Judea. Pilatos no deseaba hacer morir a Jesús; y en sus vacilaciones decidió enviarlo a Herodes, administrador de Galilea.

Herodes se limitó a burlarse del Hombre Dios, y lo remitió a Pilatos revestido de una ropa blanca.

Pilatos sabía muy bien que Jesús era inocente.

Intentó salvarle. Aprovechando una costumbre de los judíos que permitía libertar a un prisionero en la fiesta de Pascua, propuso soltar a Jesús o bien a Barrabás, célebre malhechor aborrecido de todos.

Y los judíos prefirieron ver libre a Barrabás, el bandido, antes que a Jesús, la misma bondad.

8.º La flagelación.

Entonces Pilatos ordenó a sus soldados que azotaran a Jesús. Atáronle a una columna y descargaron sobre su espalda desnuda crueles golpes.

Jesús desfallecía a cada azote, pero no se quejaba.

«Soy rey», había dicho Nuestro Señor.

9.º La corona de espinas.

Después de haber sido azotado fué revestido, a manera de los reyes, de un manto de púrpura. Pusieron en la mano del buen Maestro una caña en lugar del cetro; y en vez de la corona de oro una corona cuyas espinas se clavaron en sus divinas sienes.

10.º La sentencia de Pilatos.

Pilatos confiaba impresionar a los judíos presentándoles a Jesús en el estado en que había quedado después de la flagelación. Mostrólo, pues, al pueblo, diciendo: «Ved ahí al hombre.» Mas la multitud contestó a voz en grito: «¡Crucifícale!»

El gobernador mandó entonces que le trajeran agua; y lavándose las manos delante del pueblo, declaró: «Haced de él lo que queráis; soy inocente de la muerte de este justo.»

No esperaba otra cosa la turba.

11.º El camino del Calvario.

Se apoderó de Jesús, y lo condujo camino del Calvario, situado fuera de la ciudad.

Agotado a causa de su dolorosa agonía, maltrecho por los azotes y triste hasta la muerte, Jesús fué obligado a llevar la cruz en la cual había de morir.

Tres veces cayó por el camino, y otras tantas tuvo que levantarse. Encontró a su Madre, y no pudo abrazarla por última vez. Apenas se consintió que una mujer piadosa — la Verónica — le enjugara el rostro adorable.

Al encontrar Jesús a las mujeres de Jerusalén, que salían a su paso, las alentó, dirigiéndoles palabras llenas de bondad.

Poco después, viendo los judíos que su Víctima no podía dar un paso más, obligaron a un hombre de Cirene, llamado Simón, a llevar a cuestas la pesada carga de la cruz.

Llegados al lugar del suplicio, el Salvador fué tendido sobre el madero de la cruz, y se le sujetó a él hincando gruesos clavos en sus manos y en sus pies.

Después, vencidas algunas dificultades, fué levantado en alto aquel instrumento de suplicio del que pendía Nuestro Señor cruelmente llagado de pies y manos.

12.º La muerte de cruz.

Unas horas más tarde, entre el fragor de los truenos y el resplandor de los relámpagos, moría Jesús, después de haber implorado de su Padre el perdón para sus verdugos.

El sacrificio de la Redención estaba consumado. Su muerte ocurrió el Viernes Santo, a las tres de la tarde.

Debo advertiros, queridos niños, que al decir que Jesucristo murió quiero significar que su alma se separó del cuerpo, permaneciendo unida la divinidad así a aquélla como a éste.

Es cierto que Nuestro Señor no tenía necesidad de padecer tanto para rescatarnos. Habría bastado una lágrima o una gota de sangre; mas, padeciendo mucho, quiso mostrar Jesús lo mucho que nos ama y, además, dar mayor gloria a su Padre e inspirarnos mayor horror al pecado.

Termínese refiriendo la sepultura de Jesús y rezando una oración ante el Crucifijo.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XII

Objeto de la lección: **V, VI y VII artículos del Símbolo**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Este capítulo continúa la hermosa historia de Nuestro Señor, siendo de advertir que, por contener la descripción del triunfo de Jesús, será muy de gusto de los niños, todavía impresionados por la narración de los padecimientos del divino Maestro.

Una historia en la que no aparezca una sanción para el crimen o no sitúe al justo oprimido en un estado mejor, es incompleta y, cuando menos, resulta nociva a la nativa rectitud del niño. Aquí la verídica historia de Jesucristo contiene el triunfo por El reportado después de su muerte de cruz. Además, ofrece puntos de innegable atractivo, a saber: la resurrección de Jesús; sus apariciones; su vida gloriosa, tan diversa de su vida anterior y en la que le vemos obrar y desaparecer para reaparecer de nuevo hasta el día en que los ángeles anuncian: «Este Jesús, que, separándose de vosotros, ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabáis de ver subir allá.» Todo esto interesa, cautiva y fascina la imaginación infantil. Pero, más que la imaginación, convendrá hacer entrar en juego la tierna sensibidad de los niños.

B) División del tema

Tres cuadros que hay que presentar	1.°	La bajada de Jesus a los infiernos.
	2.°	La Resurrección.
	3.°	La Ascensión.

1.° *Jesús, bajado de la cruz, es sepultado en un sepulcro nuevo.*
Es custodiado por unos soldados.
La divinidad permanece unida al cuerpo y al alma de Jesucristo.
Su alma desciende al Limbo para visitar las almas de los justos.
2.° *La Resurrección.* — Jesús resucitó al tercer día. Cuerpo glorioso.

Aparición de Jesús	a)	A María Magdalena.
	b)	A las piadosas mujeres.
	c)	A los discípulos de Emaús.
	d)	A los Apóstoles en el Cenáculo.
	e)	A Santo Tomás.

Menciónese las demás apariciones.

3.° *La Ascensión.* — Cuarenta días después de su Resurrección subió Jesús al Cielo.
Jesucristo goza en el Cielo de una gloria igual a la de su Padre.
Conclusión: Jesucristo resucitado no volverá a la Tierra sino para juzgar a todos los hombres.

C) Método que debe seguirse

Para relacionar este capítulo con el anterior, será preciso hablar del descendimiento de la cruz y de la sepultura de Jesucristo. Estos cuadros renuevan las impresiones experimentadas al oír el relato de la Pasión, disponen mejor a las alegrías de la Resurrección, atraen poderosamente la atención hacia lo que resta del relato

y permiten dar las explicaciones necesarias acerca de la unión subsistente, a pesar de la muerte, entre la humanidad y la divinidad.

En la presente lección será preciso citar extensamente los relatos evangélicos. Aconsejamos servirse de un texto, a ser posible de una Concordia, e insistir sobre las apariciones de Jesús empleando los mismos términos del Evangelio.

Estas páginas, fáciles de desarrollar, deben tener por objeto un aumento de fe y de esperanza en Jesucristo nuestro Redentor. Desde luego, debe aprovecharse la oportunidad de provocar actos de dolor ante el cuerpo de Jesús bajado de la cruz y puesto en el sepulcro, de fe ante Jesús resucitado y de esperanza ante Jesús subiendo a los cielos el día de la Ascensión. Antes de rezar estos actos, pasad unos segundos en silencio y dad vosotros mismos ejemplo de recogimiento.

Resurrección de Nuestro Señor	Mat. 28 Marc. 16.
Ascensión de Jesús	Marc. 16. Luc. 24. Hechos 1.

D) Una comparación que ayuda a comprender por qué el alma de Jesucristo bajó al Limbo.

«Cuando un rey poderoso se apodera de una ciudad o de una plaza fortificada en la que sus vasallos desfallecen viviendo en cautiverio, no es para él un deshonor el penetrar personalmente en las mazmorras y romper las cadenas de los cautivos. Es más bien una muestra de magnanimidad. Tal fué la conducta de Jesucristo. Descendió a los infiernos, no como prisionero, sino como triunfador y libertador de los allí cautivos» (*San Gregorio*).

F) Pensamientos de algunos Santos

1.° Sobre la Resurrección. — «Dios se hizo hombre y se abajó hasta sufrir voluntariamente la muerte. Resucitó por su propia virtud, y de este modo nos mostró con su ejemplo lo que nos tiene prometido como recompensa.» (*San Gregorio*).

«En la resurrección de Jesucristo vemos a la vez un milagro y un ejemplo, para hacer nacer nuestra esperanza» (*San Agustín*).

2.° *Sobre el Juicio.* — «Tanto menos temeremos un día el advenimiento del Juez supremo, cuanto más le hayamos temido en la tierra» (*San Gregorio*).

«Jesucristo en persona será nuestro juez. El gozo con que los buenos acogen la idea de tener semejante juez corre parejas con el terror que su futuro advenimiento inspira a los malos» (*San Agustín*).

G) Resumen de la lección

«Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe... Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos, y ha venido a ser como las primicias de los difuntos» (I Cor. XV, 14, 19-20).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Nuestro Señor, después de muerto, no permaneció clavado en la Cruz.

Su cuerpo fué depositado en un sepulcro enteramente nuevo.

Y al tercer día, tal como El había dicho, resucitó por su propia virtud, demostrando así su divinidad.

Aquel Jesús que devolvía la vida a los muertos tuvo poder para resucitarse a Sí mismo.

Jesús mío: te reconozco como Dios.

Una vez resucitado, no había de quedarse en la tierra. Después de haberse dado a conocer a los Apóstoles y a las santas mujeres, reunió a sus discípulos en el monte Olivete y se elevó hacia el Cielo por su propia virtud, en cuerpo y alma.

Unos ángeles dijeron a sus amigos: «Ha ido al Cielo y ya no bajará de allí sino para juzgar a los hombres.»

Los ángeles no dijeron esto solamente a los Apóstoles, sino también a mí.

Jesús es Dios, como lo demostró cumplidamente. Nos ratificó los divinos Mandamientos, y tenemos la obligación de guardarlos si queremos ir al Cielo. No echemos en olvido que Jesús vendrá a juzgarnos al fin de los siglos.

Propósito. — Jesús mío, quiero observar tus Mandamientos; haz que mi vida en la tierra me asegure el Cielo para siempre.

B). Formación en la piedad

Todo cuanto hemos ido diciendo sobre la vida y muerte de Nuestro Señor en los capítulos precedentes nos ha obligado a amar a ese Jesús, tan bueno y tan santo, a ese Jesús, que tanto padeció por nosotros. La lección de hoy será como la última visión de Jesucristo antes de caer a sus pies exclamando: «Creo con toda mi alma y con todo mi corazón que Tú eres, oh Jesús, el Hijo de Dios.» Después podremos estudiar sus enseñanzas y organizar nuestra vida. Se ha dado el paso decisivo: tenemos fe.

En otros términos, la resurrección de Jesucristo debe constituir el fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza.

En la exposición de la doctrina el catequista ha propuesto las pruebas de la resurrección. Conviene que vuelva sobre ellas bajo otra forma, a fin de sacar las conclusiones prácticas.

1.° *Aumento de la fe en la resurrección.* — a) Póngase de relieve el hecho de San Pablo. San Pablo se convirtió merced a la aparición de Jesucristo en el camino de Damasco, cuando respirando odio a los cristianos fué repentinamente derribado (1).

Una vez convertido, predicó a Jesucristo resucitado haciendo de esta verdad uno de los principales temas de su predicación. San Pablo no vacila; la resurrección es para él un hecho histórico, hecho que hacen objeto de predicación todos los Apóstoles y discípulos de Jesucristo.

«Os he enseñado lo mismo que yo aprendí, que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras; y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y después a los once. Posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos, de los cuales, aunque han muerto algunos, la mayor parte viven todavía. Se apareció también a Santiago, y después a los Apóstoles

(1) Hechos XI.

todos. Finalmente, después de todos, se me apareció también a mí, que vengo a ser como un abortivo: siendo, como soy, el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado apóstol, pues que perseguí la Iglesia de Dios» (1).

b) San Pedro predica a Jesús resucitado:

«Este Jesús es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos» (2). «Vosotros renegasteis del santo y del justo, y pedisteis que se os hiciese gracia de un homicida; disteis la muerte al autor de la vida, pero Dios le ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de su resurrección» (3).

Hábilmente propuestos a los niños, mediante explicaciones que estén a su alcance, el hecho de un antiguo perseguidor de la fe que predica la resurrección de Jesucristo y el de unos discípulos que prefieren la cárcel y la muerte antes que silenciar lo que vieron y creyeron, producen impresión y arrancan un acto de fe.

2.° *Consecuencias prácticas de la Resurrección.* — Ofrecemos aquí este pensamiento de San Ambrosio:

«El punto capital de nuestra fe consiste en creer que Jesucristo resucitó de entre los muertos y en esperar que nosotros resucitaremos también un día por la virtud de Jesucristo, como galardón de nuestra fe.»

Mas, para lograr resucitar con Jesucristo, es preciso vivir acá abajo según sus preceptos.

San Agustín hace a este propósito la siguiente observación: «A menudo hemos de hacer en espíritu una ascensión con Cristo, a fin de que en el día del Juicio podamos seguirle con nuestro cuerpo. Sin embargo, hemos de recordar que ni el orgullo, ni la avaricia, ni la impureza pueden subir al Cielo con Cristo, porque el orgullo no se complace con la humildad, la avaricia con el autor de la caridad, la impureza con el Hijo de la Virgen sin mancha.»

(1) I. Cor. XV, 3-9.
(2) Hechos II, 36.
(3) Hechos III, 14, 15.

En otras palabras, la resurrección y la ascensión de Jesucristo son el fundamento de nuestra esperanza en la vida futura y en nuestra propia resurrección, pero a condición de que se observe la vida cristiana en todos sus pormenores.

No es cosa difícil vivir cristianamente; apoyémonos siempre en Cristo. El resucitó, y ya no muere; está presente entre nosotros cuando oramos, cuando luchamos por el bien o contra el mal; nos presta auxilio en la tentación. Vive con nosotros en la Eucaristía. Pero ese Jesús resucitado será un día nuestro Juez.

Vivamos, pues, de suerte que podamos decir como cierto Santo: «Acepto gustosamente por juez a Aquel que fué mi Salvador; deseo que el Cordero, que por mí se inmoló, pase a ser mi juez. Ardo en deseos de tenerle por Juez, y suspiro por El con todo mi corazón.» (*Santo Tomás de Villanueva.*)

1.° Recordar que Jesucristo resucitado está presente a nosotros cuando en la Misa el sacerdote se vuelve de cara al pueblo y dice: «El Señor esté con vosotros»: *Dominus vobiscum.*

Se halla realmente presente sobre el altar a partir de la consagración.

2.° Celébrese con devoción y provecho espiritual las festividades de Pascua y Ascensión.

3.° Recítese con fe y esperanza los artículos del *Credo:* «Y en Jesucristo... muerto y sepultado; descendió a los infiernos; resucitó al tercer día de entre los muertos. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

Después de muerto, Jesús fué:
bajado de la Cruz y depositado en un sepulcro nuevo.

BAJADA DE JESÚS A LOS IFIERNOS
VIDA GLORIOSA

(En estos relatos sígase el Evangelio, teniendo en las manos, a ser posible, el texto de alguna Concordia.)

1.° *Bajada de Jesús al limbo.*

2.° *Resurrección.*

3.° *Ascensión.*

Hemos dejado a Nuestro Señor en la Cruz. Ha expirado. Su hermoso cuerpo está inerte, teniendo clavados los pies y las manos. Al atardecer, el cuerpo de Jesús fué bajado de la Cruz y sepultado en un sepulcro nuevo.

Ved cómo refiere esto el Evangelio:

«Siendo ya tarde, vino José de Arimatea, hombre rico y discípulo de Jesús, aunque oculto, y presentándose a Pilatos le demandó el cuerpo de Jesús.

»Pilatos se maravilló de que ya hubiese muerto; y llamando al centurión, le preguntó si había muerto ya. Informado por el centurión, Pilatos otorgó a José el cadáver. Vino también Nicodemo, aquel que la primera vez vino a Jesús de noche, el cual traía una mixtura de mirra y áloe, como cien libras. Habiendo, pues, bajado el cuerpo de Jesús, le ungieron con perfumes, y le envolvieron en una sábana limpia según

es costumbre entre los judíos enterrar.

»Había en el lugar, donde Jesús había sido crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo excavado en la peña. Allí pusieron a Jesús; y arrimando una gran losa a la entrada del sepulcro, se retiraron.

»Al día siguiente se presentaron juntos ante Pilatos los sumos sacerdotes y los fariseos, diciendo: «Señor, nos hemos acordado que aquel seductor dijo: Después de tres días resucitaré. Manda que se asegure el sepulcro, no sea que viniendo sus discípulos le hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos, y sea el nuevo engaño peor que el primero.»

»Díjoles Pilatos: «Ahí tenéis guardia; id y aseguradle, como entendéis.»

El sepulcro fué custodiado por soldados.

Ellos fueron, y aseguraron el sepulcro, sellando la losa y poniendo guardia.

(Aquí el catequista puede hacer rezar un acto de contrición después de haber destinado unos momentos a reflexionar.)

Reléase, y después escríbase:

El Cuerpo de Jesús permaneció unido a la divinidad.

Como veis, el Cuerpo de Nuestro Señor quedó bien guardado.

Debo advertiros que el Cuerpo de Jesús, por permanecer unido después de muerto a la divinidad, siguió siendo siempre el cuerpo de una persona divina y, en consecuencia, digno de adoración.

Mientras su Cuerpo yacía en el sepulcro, su Alma fué a visitar las almas de los justos que se hallaban en el Limbo y a anunciarles su próxima entrada en el cielo.

Mientras el Cuerpo de Jesús yacía en el sepulcro, su Alma, que en el momento de la muerte se había se-

parado del cuerpo, descendió a los infiernos, tal como decís vosotros en el *Credo*. La palabra «infiernos» aquí significa Limbo. Era éste el lugar donde se encontraban las almas de los justos que habían muerto antes de la venida de Jesucristo.

Aquellas santas almas gozaban de una felicidad natural.

Bórrense las palabras más importantes; hágase completar la frase y pásese a la idea siguiente.

Eran muy numerosas. Eran las almas de judíos y gentiles que habían sido purificadas de todas las culpas, merced a la penitencia o contrición perfecta y a las penas sufridas en el Purgatorio. No podían entrar en el Cielo, porque estaba cerrado a los hombres y sólo debía abrirse delante de Nuestro Señor, quien entró el primero el día de la Ascensión. Entre las almas a quienes consoló Jesucristo en el Limbo podemos contar, sin temor a errar, las de nuestros primeros padres Adán y Eva, las de Abel, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés y David, y las de los santos Profetas.

Cuando rezáis el *Credo,* queridos niños, decís: «Al tercer día resucitó de entre los muertos.»

Escríbase:

Al tercer día resucitó Jesucristo...

Decís esto refiriéndoos a Nuestro Señor.

Escribo en la pizarra lo que decís, y voy a explicároslo.

Los guardas estaban sentados al pie del sepulcro, cuya vigilancia se les había encomendado. Habían pasado así toda la noche, y comenzaba ya a dibujarse la aurora del día siguiente, cuando de pronto resonó un fuerte ruido. Tembló la tierra, y Jesús, por obra del mayor de todos los mi-

lagros, habiendo unido su alma a su cuerpo, salió glorioso del sepulcro. Un ángel removió la piedra del sepulcro.

Escríbase: glorioso.

Jesús salió glorioso, esto es, poseyendo las dotes de *claridad* (resplandeciente), *impasibilidad* (incapaz de sufrir), *agilidad* (rapidez extraordinaria), y *sutileza* (penetración de los cuerpos). Luego que hubo salido del sepulcro, un ángel hizo correr la piedra.

Jesús en su resurrección conservó las cinco llagas de la Pasión.

Los guardas, aterrados, quedaron como muertos, según leemos en el Evangelio.

Todos los años la Iglesia celebra en el día de Pascua la Resurrección de Jesucristo.

Me preguntaréis: «¿Qué hizo Nuestro Señor resucitaodo?»

Se apareció a sus amigos y discípulos, demostrando de este modo la verdad de su resurrección.

Jesús resucitado se aparece a María Magdalena...

En la mañana de su resurrección se apareció Jesús a María Magdalena

Los Apóstoles habían ido por la mañana al sepulcro, y habiendo comprobado que no estaba allí el Cuerpo de Jesús regresaron a Jerusalén. María Magdalena quedó sola. Estaba de pie junto al sepulcro, y lloraba. Con lágrimas en los ojos se inclinó, y vió en el sepulcro a dos ángeles vestidos de blanco sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el Cuerpo de Jesús.

Dijéronle: «¿Por qué lloras?» Respondió Magdalena: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» Dicho esto, volvióse hacia atrás, y vió a un hombre en pie, el cual le preguntó: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?» Ella, juzgando que fuese el hortelano, le dice: «Señor, si tú le llevaste, dime dónde le has puesto, y yo le llevaré.» Dícele el hombre: «¡María!» Oyendo esto, Magdalena reconoció en él a Jesús y exclamó: «¡Maestro!»

Dichas estas palabras, Jesús desapareció y Magdalena fué en busca de los Apóstoles.

a las piadosas mujeres...

Mientras las piadosas mujeres regresaban a Jerusalén, les salió Jesús al encuentro, diciendo: «Dios os guarde.» Acercándose a ellas, le reconocieron y abrazaron sus pies. Y Jesús las envió a anunciar su resurrección, diciendo: «Decid a mis discípulos que vayan a Galilea.»

Siendo ya muy tarde, y estando cerradas las puertas, se hallaban reunidos los discípulos en el Cenáculo, por miedo a los judíos.

a los discípulos de Emaús...

Los dos discípulos que habían ido a Emaús se encontraban entre ellos y les contaban cómo el Maestro se les había aparecido, cuando se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros. Soy yo, no temáis.» Ellos, empero, estaban atónitos y atemorizados. Y Jesús prosiguió: «¿De qué os asustáis? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo; papad, y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos.» Y diciendo esto, les mostró las manos, los pies y el costado.

a los Apóstoles en el Cenáculo...

Ellos, fuera de sí de gozo y asombro, no lo acababan de creer. Entonces les dijo Jesús:

«¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le presentaron un trozo de pez asado y un panal de miel. Jesús comió, y les dió las sobras.

Tomás no estaba con ellos cuando se apareció Jesús, y se resistió a creer lo que le dijeron sus compañeros.

y a Santo Tomás.

Ocho días después, como estuviesen otra vez reunidos los discípulos, y Tomás con ellos, entró Jesús; y puesto en medio de ellos, reprendió a Tomás, invitándole a poner la mano en su costado.

Jesús se apareció unas diez veces.

Reléase; bórrense las palabras más importantes; hágase completar la frase y pásese a la idea siguiente.

Mas ¿qué hicieron los judíos al tener noticia de la resurrección de Jesús?

Ofrecieron dinero a los soldados con esta instrucción: «Habéis de decir: Estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos y lo robaron.»

El catequista puede hacer rezar aquí un acto de fe.

Nuestro Señor permaneció así cuarenta días en la tierra.

La Ascensión.

Al cabo de cuarenta días, reunió a sus discípulos y apóstoles en el monte Olivete.

También se hallaban allí las piadosas mujeres.

Cuarenta días después de su resurrección, Jesús subió al Cielo.

Después de haberles hablado, Jesús levantó las manos y los bendijo. Y mientras los bendecía, se fué elevando hacia el Cielo hasta desaparecer de sus ojos.

Entonces se les aparecieron dos ángeles vestidos de blanco, los cuales les dijeron. «¿Por qué miráis al cielo? Este Jesús que, separándose de vosotros, ha subido al cielo, bajará un día de la misma manera para juzgar a los hombres.»

Cada año, cuarenta días después de Pascua, celebra la Iglesia la fiesta de la Ascensión.

Alegrémonos de tener a Nuestro Señor en el Cielo. Todas las almas de los justos que habían sido visitadas por Jesús en el Limbo entraron tras El en el Cielo.

No volverá a la tierra hasta el día del postrer Juicio.

Jesús, como rezáis en el *Credo* no volverá a la tierra hasta el día postrero para juzgar a los vivos y a los muertos, a los elegidos y a los condenados.

(El catequista puede hacer rezar un acto de esperanza.)

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XIII

Objeto de la lección: **El Espíritu Santo**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Las nociones que se dan en el Catecismo sobre el Espíritu Santo revisten un aspecto más bien histórico que dogmático. Proponemos, desde luego, la definición del Espíritu Santo, explicando que es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad y un solo y mismo Dios con el Padre y el Hijo; pero en seguida pasamos a ilustrar la materia, hablando de las manifestaciones del Espíritu Santo, tales como el Bautismo de Nuestro Señor y su venida sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y a dar una idea de su operación en las almas estudiando lo que hizo con los Apóstoles y leyendo las palabras de Jesús acerca de su próxima venida.

Damos los relatos, y sacamos las consecuencias que de ellos se siguen. Un relato siempre interesa a los niños. Por tanto, este capítulo ha de resultar instructivo y ameno a la vez, y ha de contribuir a formar sólidamente en la piedad. En la práctica, acaso se prescinde demasiado de la devoción al Espíritu Santo, a pesar de ser El quien ilustra y fortifica a las almas. Persuadámonos de la doctrina según la cual el Espíritu Santo habita en nosotros cuando nos hallamos en estado de gracia. «No es la sola presencia del Creador y Conservador quien sostiene a los seres por El creados, sino la presencia de la Santísima y Adorabilísima Trinidad, tal como la fe

nos la revela: el Padre viene a nosotros, y en nosotros sigue engendrando al Verbo; con El recibimos al Hijo perfectamente igual al Padre, imagen suya viva y substancial, que no cesa de amar infinitamente a su Padre, como El es amado a su vez; y de ese amor mutuo brota el Espíritu Santo, persona igual al Padre y al Hijo, lazo común entre ambos y, a pesar de esto, distinto del uno y del otro. ¡Qué cúmulo de maravillas se renuevan en el alma en estado de gracia!» (1).

Ofrecemos este pasaje a la reflexión de los catequistas. El les hará ver la importancia del capítulo destinado al Espíritu Santo y les permitirá hallar términos sencillos y persuasivos para envolver las ideas.

B) División del tema

1.° El Espíritu Santo	es la tercera Persona de la Santísima Trinidad: procede del Padre y del Hijo; tiene la misma naturaleza que Ellos.
	Nuestro Señor nos dió a conocer el Espíritu Santo.
2.° Manifestaciones visibles del Espíritu Santo	1.° El Bautismo de Nuestro Señor. 2.° El día de Pentecostés.
3.° Acción del Espíritu Santo	gracia, Confirmación, dones. 2.° Sobre nosotros: estado de don de milagros; lengua, valentía, don de convertir, 1.° Sobre los Apóstoles: don de

(1) Tanquerey: *Compendio de Teologia ascética y mística.*

4.° Nuestros deberes hacia el Espíritu Santo	1.°	Adorarle.
	2.°	Recibirle.
	3.°	Conservarlo.

Método que debe seguirse

Nuestro método está indicado en la división del tema: iremos siguiendo los «relatos» paso a paso. Es el método intuitivo que se lleva todas las preferencias de la infancia. Procuraremos, asimismo, mostrar la unidad que campea en el Catecismo, haciendo ver desde un principio que el presente capítulo es la consecuencia lógica de los precedentes. Hemos hablado del Padre al explicar la creación, del Hijo en las páginas consagradas a la Encarnación y a la Redención, y ahora vamos a estudiar al Espíritu Santo, que completa la obra del Padre y del Hijo, santificando las almas.

Este capítulo dará ocasión de repasar las nociones fundamentales acerca de la Trinidad, repaso que es utilísimo desde todos los puntos de vista.

Si los niños tienen un ejemplar del Evangelio, será preferible hacerles leer el relato de las manifestaciones del Espíritu Santo, interrumpiendo la lectura para dar las explicaciones necesarias. Los niños, teniendo el libro en las manos, ya no permanecen pasivos; así se habitúan a entender y encontrar lo que se contiene en el Evangelio.

Encargamos que se insista sobre los deberes hacia el Espíritu Santo. Es cosa hacedera trasladar a esta parte de la lección la destinada a formar en la devoción a la tercera Persona de la Trinidad adorable.

Será posible, asimismo, en todo momento esmaltar la lección con breves invocaciones.

D) Algunas ideas que el catequista puede desarrollar

Para mostrar la acción del Espíritu Santo que anima y dirige a los miembros de la Iglesia: «El Espíritu Santo hace en la Iglesia lo que el alma en cada uno de los miembros del cuerpo» (*San Agustín.*)

Este pensamiento, muy fácil de desarrollar, ayudará a comprender la misión del Espíritu Santo: «Dios ha dado al cuerpo místico de la Iglesia una cabeza, que es Jesucristo, y un corazón, que es el Espíritu Santo. Aquél nos hace conocer la verdad; Este nos la hace practicar y amar». (*San Gregorio.*)

Para mostrar la acción del Espíritu Santo en las almas. — «El Espíritu Santo reposa en las almas justas como la paloma en su nido. El empolla los buenos deseos de un alma como la paloma empolla a sus pequeñuelos.»

«El Espíritu Santo nos guía, a la manera que una madre guía a su hijo de dos años llevándole de la mano, o que una persona dotada de vista guía a un ciego.» (Párroco de Ars.)

Explíquense las oraciones del *Veni Sancte Spiritus* y del *Veni Creator.*

La oración del *Veni Sancte Spiritus* indica a las claras las acción del Espíritu Santo en las almas: «Oh Dios, que has ilustrado los corazones de los fieles con las luces del Espíritu Santo; concédenos juzgar y sentir rectamente según el mismo Espíritu y gozar siempre de sus consolaciones. Por nuestro Señor Jesucristo. Así sea.»

E) Lecturas

Espíritu del Párroco de Ars, capítulo IV: *Catecismo sobre el Espíritu Santo,* del que reproducimos más abajo un breve pasaje.

Evangelio: Bautismo de Nuestro Señor: Mat. III, 12-17; Marc. I, 9-12; Luc. III, 21-22.

Hechos de los Apósteles: Venida del Espíritu Santo, capítulo II.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Sé que hay un solo Dios, soberano Señor de todas las cosas. Ese Dios a quien adoro, ruego y amo, existe desde toda la eternidad. Él mismo se me ha dado a conocer. En Él hay tres Personas. Hago la señal de la Cruz: En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. He invocado las tres Personas de la Santísima Trinidad.

En las lecciones precedentes he aprendido a conocer a Nuestro Señor Jesucristo, que es la segunda Persona; en la lección de hoy aprendo a conocer al Espíritu Santo, que es la tercera. Sé que el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo, que es Dios como ellos, que tiene el mismo poder. Mas, al igual del Padre, no se encarnó. Le veo aparecer en el Bautismo de Jesús bajo la forma de una paloma, y el día de Pentecostés bajo la de lenguas de fuego. Nuestro Señor durante su vida mortal habla a menudo del Espíritu Santo. Había dicho a sus Apóstoles: «Os enviaré el Consolador, el Espíritu de verdad.»

El Espíritu Santo habita en mí, dentro de mi alma, desde que recibí el Bautismo. Fuí bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

En el sacramento de la Confirmación me dió todos sus dones y me transformó en verdadero soldado de Cristo.

Oración. — Espíritu Santo, yo te adoro, pues eres Dios. Espíritu Santo, te amo, y te suplico me dirijas durante toda la vida; seas mi consejero, mi fortaleza y mi sostén; me inspires horror al pecado y, si tuviere la desgracia de caer en él, me hagas pensar en volver a Dios y en concebir un dolor verdadero.

Propósito. — Prometo hacer con suma atención la señal de la Cruz y rezar con devoción las oraciones al Espíritu Santo.

B) Formación en la piedad

Encarecemos a los catequistas mediten estas palabras sacadas del excelente libro de Don Columba Marmion, titulado *Jesucristo, vida del alma:* «Nos nos penetraremos bastante del misterio de Cristo y de la economía de nuestra santificación, si no fijamos nuestras miradas en ese Espíritu divino y en su acción sobre nosotros. Hemos visto que el objetivo de toda nuestra vida es entrar con profunda humildad en los designios de Dios, amoldándonos a ellos lo más perfectamente posible con la sencillez de un niño. Siendo divinos esos designios, son de una eficacia intrínsecamente absoluta; producirán infaliblemente sus frutos, si los aceptamos con fe y amor. Ahora bien; para entrar en el plan divino es preciso no sólo recibir a Cristo, sino también — como observa San Pablo — recibir el Espíritu Santo y someterse a su acción, a fin de ser «una misma cosa con Cristo».

«Fijaos en Nuestro Señor. En su admirable discurso de después de la Cena en el que revela a los que Él llama sus «amigos» los secretos de vida eterna, les habla con insistencia del Espíritu Santo, casi tanto como de su Padre. Les dice que ese Espíritu «le substituirá cerca de ellos» cuando haya subido al cielo; que será su maestro interior: y un maestro tan necesario, que el propio Jesús «rogará a su Padre que les sea dado y permanezca en ellos.»

«¿Y por qué nuestro divino Salvador puso tanto empeño en hablar del Espíritu Santo en aquella hora tan solemne y en términos tan apremiantes, si lo que esta-

ba diciendo había de ser para nosotros como letra muerta? ¿No sería inferirle una injuria y causarnos un gravísimo perjuicio el pasar en silencio un misterio tan vital para nosotros?»

1.° Llámase a menudo la atención hacia las oraciones en que se nombra el Espíritu Santo o se hace alusión a sus operaciones.

Señálense en particular los pasajes recitados cotidianamente en las oraciones comunes y en la Misa, tales como la señal de la Cruz, el *Credo,* el *Gloria,* etc. Ocurre que por la fuerza de la costumbre el niño deja de prestar atención a las fórmulas y a las palabras, recitando frases vacías de sentido.

2.° En todas las ocasiones solemnes la Iglesia implora con sus súplicas la venida del Espíritu Santo y canta el himno «Veni Creator» en las ordenaciones, al principio de las asambleas importantes, tanto desde el punto de vista religioso como social, etc. Propóngase por vía de ejemplo lo que se hace en la parroquia.

3.° Vuélvase sobre las nociones acerca del Espíritu Santo en la explicación de la fiesta de Pentecostés. No se tenga reparo en repetir en dicho día pura y simplemente la lección ya estudiada

4.° Adviértase que en ciertos momentos la acción del Espíritu Santo se deja sentir con más fuerza: «Hay momentos en que el Espíritu Santo produce en las almas unos movimientos interiores que las inclinan a una vida más perfecta. Las ilustra sobre la verdad de las cosas humanas, sobre la dicha de darse más enteramente a Dios, y las constriñe a hacer esfuerzos más enérgicos. Es preciso, evidentemente, aprovechar esas gracias interiores para acentuar la propia marcha hacia adelante (1).

5.° Muéstrese que el Espíritu Santo obra en el alma de los niños, influyéndola con buenos pensamientos, buenos deseos, remordimientos, aspiraciones devotas, oraciones y actos de amor a Dios.

(1) Tanquerey: Obra cit.

6.° En el Bautismo el Espíritu Santo toma posesión de su alma. «Esta idea se halla muy expuesta de relieve en las oraciones con que el Obispo bendice, el día de Sábado Santo, las aguas bautismales que han de servir para el Sacramento.

»Escuchad algunas de esas oraciones altamente significativas: «Envía, Dios omnipotente, el Espíritu de adopción, para regenerar estos nuevos pueblos que la fuente bautismal va a engendrarte»... Después el Obispo invoca al Espíritu divino para que santifique dichas aguas: «Que este Espíritu Santo se digne fecundar con la impresión secreta de su divinidad esta agua preparada para la regeneración de los hombres, a fin de que, habiendo esta divina fuente concebido la santificación, vea salir de su seno purísimo una raza enteramente celestial y una criatura renovada» (1).

El Espíritu Santo es, pues, quien santifica las aguas.

Al terminar, repítase el artículo del *Credo:* «Creo en el Espíritu Santo», y la invocación: «Espíritu Santo, santifícame.» O este pasaje de la oración de la noche: «Eterno manantial de luz, Espíritu Santo, disipa las tinieblas que me encubren la fealdad y la malicia del pecado.»

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

EL ESPÍRITU SANTO

Ultimamente, como recordaréis muy bien, queridos niños, explicamos el excelso misterio de la Santísima Trinidad. Dijimos: *Hay un solo Dios en tres Personas*: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hablamos del Padre en la Creación; acabamos de ver en los hermosos relatos precedentes la misión del Hi-

(1) Marmion: Obra cit.

jo, segunda Persona de la Santísima Trinidad: su encarnación, su vida — la vida de Jesús —, que va desde el establo de Belén hasta el Calvario ensangrentado.

Escríbase:

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad...

Hoy hablaremos de la tercera Persona de la Santísima Trinidad, o sea del Espíritu Santo.

Es Dios como el Padre y el Hijo, y tiene el mismo poder que Ellos.

¿Por qué se nombra al Espíritu Santo en tercer lugar?

que procede del Padre y del Hijo...

Porque «procede del Padre y del Hijo». En otros términos: Supone al Padre y al Hijo, al paso que el Hijo solamente supone al Padre.

Basta que retengáis esta explicación, haciendo un pequeño esfuerzo de memoria. Se trata de un misterio y, como tal, siempre será obscuro para nosotros.

y tiene una misma naturaleza con Ellos.

El Espíritu Santo existe desde toda la eternidad, como el Padre y el Hijo. Tiene la misma naturaleza que Ellos. (Puede repetirse la explicación dada en el capítulo dedicado a la Santísima Trinidad: divinidad de las tres Personas, unidad de naturaleza, etc.)

¿Tomó el Espíritu Santo un cuerpo, como lo hizo la segunda Persona, Nuestro Señor? No; el Espíritu Santo no tomó ningún cuerpo. ¿Quién nos dió a conocer, pues, al Espíritu Santo?

Ya lo sabéis, queridos niños; fué Nuestro Señor Jesucristo.

En el Evangelio Nuestro Señor nos habla a menudo del Espíritu Santo.

En su Evangelio Jesús habla de Aquél con frecuencia. Dice a sus Apóstoles : Os enviaré el Espíritu Santo, el Consolador, el Espíritu de verdad.

Cuando envía a sus Apóstoles a la conquista del mundo, les dice: Id, y enseñad á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Reléase todo y bórrense las palabras más importantes. Después hágase completar la frase y bórrese otra vez.

Recordad, pues, bien esto: La existencia del Espíritu Santo es cierta; fué claramente revelada por Jesucristo. Sabemos que el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo; que es Dios como Ellos, que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

¿Deseáis saber ahora los nombres con que la Iglesia suele designar al Espíritu Santo?

Llámale: Espíritu de fuerza, Espíritu de Sabiduría, Paráclito, Consolador.

Pásese a la idea siguiente: Manifestaciones del Espíritu Santo.

Voy a contaros ahora la que podríamos denominar «historia de las manifestaciones del Espíritu Santo».

El Espíritu Santo se manifestó:
1.º En el Bautismo de Nuestro Señor...

Escuchad este primer relato:

«Vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan, para ser por él bautizado. Mas Juan se resistía a ello, diciendo: «¿Yo debo ser bautizado de ti, y tú vienes a mí?» A lo cual respondió Jesús, diciendo: «Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia.» Juan entonces condescendió con él.

en forma de paloma.

»Bautizado, pues, Jesús, al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y vió bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma, y posar sobre él.

»Y oyóse una voz del cielo que decía: «Este es mi querido Hijo, en quien tengo toda mi complacencia.»

Tal fué la primera manifestación visible del Espíritu Santo. Para dejarse ver de los hombres tomó la forma de una paloma; mas, en realidad, no tiene cuerpo.

Escuchad otra narración:

2.º El día de Pentecostés, bajo la forma de lenguas de fuego.

«Al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos juntos en el Cenáculo; cuando de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos; entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.»

De este modo se cumplió la promesa de Jesús, quien había dicho a sus Apóstoles: «Os enviaré el Espíritu Santo, el Consolador.»

Acción del Espíritu Santo en los Apóstoles.
1.º Don de lenguas.

Veamos ahora qué operación produjo la venida del Espíritu Santo en el alma de los Apóstoles.

En lo sucesivo, merced al Espíritu Santo, los Apóstoles hablaron en todas las lenguas.

«Había a la sazón en Jerusalén judíos piadosos y temerosos de Dios, de todas las naciones del mundo.

»Divulgado, pues, este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos, al ver que cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua.

»Así, pasmados todos y maravillados, se decían unos a otros: ¿Por ventura estos que hablan, no son todos galileos?, ¿pues cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, los de Frigia, de Panfilia y de Egipto, los de Roma, etc., los cretenses y los árabes: los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios.

2.º Don de fuerza.

»Hubo algunos que se mofaban de ellos, diciendo: «Estos sin duda están llenos de mosto.» Mas, ved qué valentía había infundido el Espíritu Santo en el alma de los Apóstoles. Pedro, aquel que un día había negado a Jesucristo, se levantó y habló de esta manera:

»Jesús, a quien vosotros habéis hecho morir clavándole en la cruz, es el Hijo de Dios. Dios le ha resucitado de lo que todos nosotros somos testigos. Él ha derramado al Espíritu Santo del modo que estáis viendo. Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo; y recibiréis el don del Espíritu Santo.»

3.º Don de convertir.

Aquel día fueron bautizadas cerca de tres mil personas. Con la venida del Espíritu Santo se obró, pues, en los Apóstoles una verdadera transformación. Eran débiles, y se trocaron en esforzados y animosos; eran

ignorantes, y pasaron a ser instruídos en todo lo que Jesucristo les había enseñado. Ya no temían la muerte, y comenzaron a predicar ante los mismos judíos que habían crucificado a su Maestro Jesús.

Esta completa transformación fué obra del Espíritu Santo.

4.º Don de hacer milagros.

Pronto se verá a los Apóstoles hacer milagros. La sombra de San Pedro curará a un enfermo. (Pueden leerse estos episodios en los Hechos.)

Reléase.

Bórrense las palabras más importantes; hágase completar la frase, y pásese a la idea siguiente:

Examinemos ahora lo que el Espíritu Santo obra en nosotros, puesto que también le recibimos.

El Espíritu Santo, según leemos en el Catecismo, se nos comunica en el sacramento de la Confirmación.

Por el Bautismo entra en nuestra alma y la hace santa y grata a Dios, quien habita en toda alma que se halla en estado de gracia.

Acción del Espíritu Santo en nosotros. Nos da los dones:

Pero la Confirmación nos da todos sus dones, mediante los cuales obra en nuestro entendimiento ilustrándolo y en nuestra voluntad fortaleciéndola en el bien. Llámanse esos dones:

1.º Don de Sabiduría.

1.º *Don de Sabiduría,* que nos hace juzgar con prudencia todas las cosas.

2.º Don de Entendimiento.

2.º *Don de Entendimiento,* que nos hace entender las verdades de Dios.

3.º Don de Consejo.

3.º *Don de Consejo,* que nos hace escoger el mejor partido para progresar en la amistad de Dios.

4.º Don de Fortaleza.

4.º *Don de Fortaleza,* para resistir las tentaciones.

5.º Don de Ciencia.

5.º *Don de Ciencia,* que nos indica los medios de salvar nuestra alma.

6.º Don de Piedad.

6.º *Don de Piedad* para afcionarnos a las cosas de Dios.

7.º Don de Temor de Dios.

7.º *Don de Temor de Dios* para alejarnos del pecado, que es el peor mal del alma.

Nuestros deberes para con el Espíritu Santo:

¿Tenemos algunos deberes para con el Espíritu Santo?

Sí.

Téngase presente que es Dios como el Padre y el Hijo, de una misma naturaleza y de igual poder: es la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

1.º Adorarle.

Hay que adorarle.

2.º Recibirle en la Confirmación.

Se nos da de una manera especial en el sacramento de la Confirmación.

Preparaos a recibirle los que aún no habéis tenido esta dicha.

3.º Evitar el pecado que lo arroja de nuestra alma.

El pecado le hace huir, le arroja de nuestra alma. No cometamos, pues, ningún pecado.

Subráyese:

Adorarle.

Nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, según expresión de San Pablo.

Vosotros sois, pues, templos vivos del Espíritu Santo. El santo Párroco de Ars explicaba esto diciendo:

Subráyese:

Recibirle.

«El Espíritu Santo reposa en las almas justas como la paloma en su nido. Empolla los buenos deseos de un alma pura, como la paloma empolla a sus pequeñuelos» (1).

Digamos todos a una:

Espíritu Santo, creemos que eres

(1) *Catecismo del Párroco de Ars.*

la tercera Persona de la Santísima Trinidad y sabemos que vienes a nosotros en el sacramento de la Confirmación.

Te adoramos.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULOS XIV Y XV

Objeto de la lección: **La Iglesia y sus notas**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

El capítulo sobre la Iglesia en general ha de ser bien entendido por los niños, quienes verán en Ella la continuación de la obra de Jesucristo. El eslabonamiento de las lecciones resulta, pues, perfectamente lógico. Hemos sentado las pruebas de la existencia de Dios estudiando su acción creadora, y en los misterios hemos columbrado algo su naturaleza — un Dios en tres Personas — y su bondad en la Encarnación y en la Redención.

Nos hemos detenido un poco más ante la adorable persona de Jesús. Jesucristo es verdaderamente Dios con nosotros. Jesús subió al cielo después de haber triunfado de la muerte; pero continúa su acción por medio de los Apóstoles, de los sucesores de éstos y de la Iglesia. Existe, pues, una verdadera continuidad, pudiendo afirmarse que Jesucristo se encuentra en la Iglesia.

Esta primera idea ha de proponerse a los niños, porque, sobre interesarles, explica todo el amor de un creyente a la Iglesia.

B) División del tema

1.° En torno a Jesucristo se encuentra un grupo de hombres que enseñan y un grupo de hombres que son enseñados.

2.° El día de la Ascensión, el verdadero jefe de la Iglesia sube al cielo; pero antes había tomado sus medidas y se había elegido un representante.

3.° Sentido del vocablo «Iglesia».

4.° La Iglesia es una sociedad.
Tiene un jefe: el Papa.
Tiene ministros: los Obispos.

5.° Nuestro Señor es el Fundador de la Iglesia.

1.° Tú eres Pedro, etc.

2.° Apacienta mis corderos, etc.

3.° Id, e instruid a todas las naciones.

4.° Yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.

5.° Nosotros tenemos la dicha de pertenecer a la Iglesia.

C) Método que debe seguirse

Las pocas reflexiones que acabamos de hacer nos indican el mejor método que puede seguirse.

Hasta en la explicación del Catecismo procuraremos no salirnos mucho del aspecto histórico del tema. Presentaremos a Nuestro Señor en medio de sus Apóstoles y de la multitud que le rodea. Surgen en seguida fieles que creen en El, le escuchan y le aman, y ya tenemos la Iglesia naciendo con Cristo. La lectura del Evangelio ayudará a hacer entrar esta idea. Son numerosos los pasajes que nos muestran a Jesús enseñando en medio de la muchedumbre, y a los Apóstoles y discípulos yendo y viniendo gozosos porque hasta los demonios les obedecen.

Siguen luego los relatos de la fundación de la Iglesia.

La interrogación de Jesús: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?»

La confesión de San Pedro: «Tú eres el Cristo, el

Hijo de Dios vivo.» Luego la respuesta de Jesús con las palabras de todos conocidas: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra...»

Esta escena puede ser descrita de una manera viva. Todo lo que es episodio interesa al niño, al paso que el razonamiento le fatiga. La narración de esta otra escena del Evangelio: «Simón, ¿me amas tú...? Apacienta mis corderos...», debe ser también destacada convenientemente. No se olvide indicar que tuvo lugar después de la Resurrección.

La conclusión fluirá por sí misma: Jesús quiso sobrevivirse en la Iglesia.

Después de estos relatos podrán explicarse los términos de la definición de la Iglesia. Es una sociedad. Mediante comparaciones será fácil mostrar el fin y los medios de esa sociedad, enteramente distintos del fin y de los medios de otras sociedades.

A partir de esta lección conviene destacar la dignidad del Papa, jefe de la Iglesia. En toda sociedad hay un jefe: Presidente, Rey, etc.

Si se habla a niños de nivel intelectual algo elevado, no estará fuera de lugar hacer notar que la constitución de las demás sociedades está sujeta a cambio, pudiendo una monarquía pasar a república, y que la Iglesia, por el contrario, debe conservarse tal como fué fundada por Jesucristo.

Finalmente, para inculcar más la idea de que la Iglesia es una sociedad verdadera, podemos mostrar a los niños los libros de Bautismos y de Matrimonios. Uno se inscribe miembro de la sociedad religiosa, a la manera que se inscribe ciudadano en los registros de la sociedad civil.

Ambas sociedades emplean los mismos procedimientos.

Este último punto impresiona mucho a los niños.

D) Pensamientos que el catequista debe meditar y de los que en seguida echará mano para que los comprenda y acepte su pequeño auditorio.

«La Iglesia es la institución que Nuestro Señor de-

nomina «mi Iglesia», que El edificó sobre Pedro como sobre un fundamento inconmovible, comprometéndose a defenderla victoriosamente contra las «puertas del infierno», y junto a la cual prometió estar, vivir y actuar »hasta el fin de los siglos». La Iglesia es, pues, en medio del mundo una continuación viviente del divino Redentor. No le sucede, porque El sigue viviendo en Ella. La Iglesia vive de Jesús y Jesús obra por medio de la Iglesia» (1).

Otro pasaje a propósito para que los niños se aficionen a estudiar la Historia de la Iglesia: «La Historia de la Iglesia no es otra cosa que la continuación de la historia de Jesucristo viviendo en la Tierra. El Evangelio refiere la vida temporal del Salvador y su vida gloriosa en el mundo; la Historia de la Iglesia narra su vida mística y su intervención oculta pero real a través de las humanas generaciones. El Evangelio da a conocer la actuación llevada a cabo por el Hijo de Dios mediante el alma y el cuerpo por El asumidos en la Encarnación; la Historia de la Iglesia narra la actuación que el Hijo de Dios ha realizado por medio de su cuerpo místico» (2).

Comparaciones. — Es comparable la Iglesia al Arca de Noé. Recuérdese, para explicar esta comparación, que los hombres estaban sumidos en el pecado. No pudiendo soportar Dios tamaño mal, ordena a Noé que construya un Arca, y después salva del Diluvio a todos los que se albergan en ella. De la misma suerte, los que forman parte de la Iglesia serán salvados, a pesar de la corrupción general, si permanecen en el seno de la Iglesia.

Este pensamiento es fácil de desarrollar.

B) ALGUNOS BELLOS EPISODIOS ENTRESACADOS DE LOS «HECHOS»

Algunos bellos episodios entresacados de *Los Hechos de los Apóstoles* interesarán a los niños y les darán una idea de lo que era la Iglesia primitiva.

(1) Lesetre: *La Iglesia en los años apostólicos*,
(2) *Id., Ibid.*

El catequista podrá leer en los HECHOS:

La elección de San Matías (I, 15-26).

La primera predicación de San Pedro y la vida de los primeros cristianos (II, 14 y siguientes).

Los milagros de los Apóstoles (III).

Pedro y Juan ante el Sanhedrín (IV).

Ananías y Safira (V).

El martirio de San Esteban (VII).

La conversión de Saulo (IX).

San Pedro libertado de la cárcel (XII).

Los últimos capítulos donde se refiere la historia de San Pablo.

Estos distintos capítulos constituyen una serie de sugestivos episodios muy a propósito para dar una visión justa de la vida de los cristianos primitivos.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) EJERCICIO DE REFLEXIÓN

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas suya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Oyendo hablar de Ti, Jesús mío, me he dicho a menudo: ¡Ah, si yo hubiese vivido en tiempo de Jesucristo! Me habría mantenido a su lado, escuchando sus palabras y aprovechándome de su beneficios Viviendo con El, me habría salvado. ¿He de deplorar el no haber conocido personalmente a Jesucristo?... No... El buen Jesús de ayer es el de hoy, el de mañana y el de siempre.

«Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos», dijo El, que es la verdad.

¿Cómo estás con nosotros, oh Jesús? Por tu Iglesia y en tu Iglesia.

He entendido la lección de hoy. No supone ninguna interrupción la ausencia de Jesucristo. Ocurre ahora lo que ocurrió en otro tiempo, Jesús se hacía preceder de sus Apóstoles, quienes hablaban y enseñaban en el nombre de su Maestro, que no se hallaba presente; mas, siendo predicada la doctrina de los Apóstoles en dicho nombre, era la doctrina de Jesús, quien al disponerse a subir al cielo les había dicho: «Id, e instruíd a todas las naciones, enseñándolas a observar las cosas que yo os he mandado...»

Tengo, pues, cerca de mí a Jesús, puesto que tengo a la Iglesia y vivo en la Iglesia.

Te doy gracias, Dios mío, por haberme hecho nacer en un país cristiano, por haberme otorgado la gracia del Bautismo y por haberme dado sacerdotes de tu Iglesia para instruirme.

Propósito. — Propongo en lo sucesivo rezar con mucha fe la oración del *Credo,* que contiene tu doctrina, la doctrina de tus Apóstoles y de tu Iglesia, y decir siempre: «Creo a la santa Iglesia católica, porque el que cree a la Iglesia cree a Jesucristo, hijo de Dios vivo.»

B) Formación en la piedad

Las ideas que arriba hemos indicado dan el sentido de esta formación que deseamos se grabe en el alma de nuestros alumnos.

Estos deben: 1.° Ver a Jesucristo en su Iglesia.
2.° Obedecer a la Iglesia como a Jesucristo.
3.° Amar a la Iglesia como aman a Jesucristo.

1.° *Ver a Jesucristo.* — Hágase meditar por unos instantes este pasaje del Evangelio: «Id, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos» (1).

Muéstrese luego cómo vive Jesucristo en su Iglesia.

1.° Una misma doctrina, de suerte que la doctrina de la Iglesia es idéntica a la de Jesús.

2.° Unas mismas gracias, la gracia del Bautismo, de la Eucaristía, etc.

3.° Mediante la Iglesia, una misma unión con el Padre celestial.

2.° *Obedecer a la Iglesia.* — ¿Qué habríamos hecho si, viviendo en la época de Jesucristo, hubiésemos tenido la dicha de pasar junto a El el tiempo de nuestra existencia? Una obediencia completa, sin restricción alguna, habría sellado todos nuestros actos. Pueden sacarse algunos ejemplos del Evangelio e interrogar a los niños, preguntándoles qué habrían hecho si se hubiesen hallado en lugar, vr gr., de un Apóstol, del joven a quien llamó Jesucristo, de un enfermo que acaba de ser curado por El, etc.

Luego que el niño, tras un pequeño esfuerzo de su imaginación, se haya substituído al personaje del Evangelio concluyendo: «Yo habría seguido a Jesús, yo le habría obedecido...», léase despacio esta frase que se aplica a la Iglesia: «El que os escucha a vosotros, me escucha a mí; y el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia. Y quien a mí me desprecia, desprecia a aquel que me ha enviado» (2).

La conclusión es sencilla: Es preciso obedecer a la Iglesia.

3.° *Amar a la Iglesia.* — Hablar de Jesucristo y excitar el amor hacia su persona, no es cosa difícil. Vues-

(1) Mat. XXVIII, 19-20.
(2) Luc. X, 16.

tros oyentes conocen su vida, su bondad, su ternura, su muerte por nosotros. Esto no es, en efecto, otra cosa que referirse a lecciones ya conocidas. Empleemos, pues, el mismo procedimiento: ¿Dónde está Jesucristo? En su Iglesia. Amar a la Iglesia es un deber.

Los tres puntos indicados: Ver a Jesucristo en su Iglesia, obedecerla y amarla, pueden constituir el objeto de una vibrante lección de catecismo.

Algunos dichos de San Pablo. — Transcribimos aquí algunas frases de San Pablo, no tanto para que se citen textualmente a los niños, como para suministrar un tema de meditación al catequista.

Saboread, catequistas, estas frases, que dejarán un grato perfume en vuestro espíritu.

«Cristo amó a su Iglesia, y se sacrificó por ella... a fin de hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada» (1).

Una cosa que los niños entienden sin dificultad es la observación que se hace a propósito de la pregunta que dirigió Nuestro Señor a Saulo, cuando le derribó en el camino de Damasco. No le dijo: «¿Por qué persigues a los cristianos?», sino: «¿Por qué me persigues?»

Perseguir a la Iglesia, es, pues, perseguir a Jesucristo.

La Iglesia constituye una misma cosa con Jesucristo.

Esta observación puede hacerse al fin de la lección, a manera de resumen de todo lo explicado en ella.

DATOS SOBRE LA IGLESIA

Creemos prestar un servicio a los caequistas suministrándoles estos datos sobre la organización del apostolado católico que entresacamos de la Introducción del Petit Atlas des Missions, de Mons. Boucher, *director de la Obra de la propagación de la Fe. Aconsejamos la lectura de ese libro.*

(1) Efes. V, 25-27

La Iglesia Católica es una sociedad organizada. Su acción es dirigida y controlada por su Cabeza visible, el Papa, Vicario de Jesucristo, bajo la asistencia del Espíritu Santo. Unicamente el Papa tiene autoridad para dar a los predicadores del Evangelio una investidura oficial, una *misión legítima;* únicamente El tiene autoridad para regular su apostolado y determinar su campo de acción.

La Iglesia se da el nombre de católica, o sea universal, adaptada al conjunto de la humanidad y desentendida de todo particularismo. Tiene por fin conducir a Dios uniendo a los hombres en Jesucristo, Hombre universal, a todos los individuos de la humanidad: varones y mujeres sin distinción de sexos; blancos, negros o amarillos, sin distinción de razas; españoles, franceses, alemanes, chinos, indios, americanos, sin distinción de naciones; sabios e ignorantes, ricos y pobres, patronos y obreros, nobles y plebeyos, libres y esclavos, sin distinción de casta o de condición social. Todos los hombres son hermanos en Jesucristo.

Las misiones de la Iglesia católica tienen, pues, un carácter *sobrenacional.* La Iglesia no coloniza ni se establece en parte alguna en calidad de extranjera. Es china en China y japonesa en el Japón, como española en España y alemana en Alemania. Si los misioneros pertenecen a una nación determinada; si en cuanto hombres aportan las cualidades y los defectos de su raza, pudiendo hacer amar en su persona al país de donde son originarios, en cuanto misioneros no son más que representantes de la Iglesia universal y predicadores del Evangelio de Jesucristo, quien vino para salvar a todos los hombres.

Sociedad organizada para la universalidad del mundo, la Iglesia católica es una sociedad visible. El germen divino que lleva dentro de sí, dotado de una capacidad de expansión universal, está humanamente condicionado por las circunstancias de tiempo y de lugar, así como por la buena voluntad de quienes han de cooperar a su desenvolvimiento. «La Iglesia en marcha» es un hecho histórico y geográfico. Ella se injerta en

la corriente de la vida, así social como individual, y deja impresa en cierto modo su huella sobre la tierra mediante los monumentos que erige, las artes que inspira, los movimientos que determina con las asambleas religiosas y las peregrinaciones y, en fin, mediante las circunscripciones religiosas que establece y que tienen su repercusión en la agrupación humana.

Organización del Apostolado católico

La Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe está encargada de reclutar el personal y de allegar los recursos indispensables para los países de misiones.

El personal

Los sacerdotes están especialmente encargados, en la Iglesia católica, del apostolado, y ellos solos pueden, por el hecho de su ordenación, predicar con autoridad y administrar los Sacramentos.

Para organizar las misiones, la Iglesia invita a todos cuantos, de su grado, consientan en abandonar su país para ir a establecer la Iglesia en países de infieles. Esos tales reciben la «Misión» de realizarlo y constituyen el ejército de los misioneros propiamente dichos.

Reclútanse principalmente entre el clero regular y entre los Institutos religiosos. En la actualidad, más de cincuenta Congregaciones o Institutos religiosos proveen de sacerdotes para las Misiones, y unas diez Congregaciones fundadas especialmente para ese fin orientan todas sus actividades hacia dicho apostolado. Tales son, por ejemplo, las Misiones extranjeras existentes en París y en Milán.

Actualmente se cuentan trabajando en países de misiones unos 8.000 sacerdotes de Europa y América, agrupados bajo la dirección de 350 Obispos.

Júntanse a esos sacerdotes venidos de fuera nuevos sacerdotes que se van reclutando en las recientes cristiandades a medida que se organizan las Misiones, ascendiendo actualmente su número a cerca de 4.000.

Estos 12.000 misioneros cuentan con la ayuda de auxiliares legos, religiosos y religiosas, o simplemente seglares afiliados, como médicos, enfermeros y catequistas. Se encuentran allí 3.187 legos de Europa y América y 732 indígenas; 12.944 religiosas de Europa y América, y 11.158 religosas indígenas con unos 8o ooo catequistas indígenas.

El ejército del apostolado comprende, incluídos los auxiliares, cerca de 198.647 personas, que tienen a su cargo 12 millones de cristianos e instruyen un millón y medio de catecúmenos.

El desarrollo de las Misiones está necesitado de un personal cada día más numeroso; el reclutamiento del clerc indígena, metódicamente organizado, permitirá ir intensificando cada vez más el apostolado.

Los recursos

Para asegurar a las Misiones los recursos indispensables, la Santa Sede dirige llamamientos a la generosidad de los católicos del mundo entero. Antiguamente las naciones católicas sostenían a sus misioneros. Hoy día tres obras llamadas «Obras Pontificias» están especialmente encargadas de recoger los óbolos de los fieles.

1.; *Obra de Propagación de la Fe.* — Esta obra fundada en Lyon el año 1822 y trasladada a Roma en 1922, es la primera de las obras misioneras, siendo su cometido proveer en la medida de lo posible a todas las necesidades generales de las Misiones. Ella pone a disposición de los misioneros las cantidades necesarias para dicho fin.

«Es preciso — escribe Pío XI — que esta obra reciba del pueblo cristiano los subsidios que respondan en absoluto a las múltiples necesidades de las Misiones presentes y futuras... Todos los fieles deben hacerse miembros de esta Obra» (1).

(1) Encíclica *Rerum Ecclesiae*, de 28 de febrero de 1926.

A partir de su establecimiento en Roma, la Obra no ha cesado de desarrollarse. Francia, que en los años de 1871 a 1913 recogía un promedio de casi cuatro millones de francos oro, en la actualidad solamente recoge seis millones de francos papel. Pero los católicos de América han comprendido el deber de ser generosos, y su aportación de 1.108.201 dólares, añadida a los esfuerzos de otras naciones, aumenta las sumas generales, que en 1926 se elevan a más de cincuenta millones de francos, que vienen a ser unos diez millones de francos oro, siendo así que en 1913 sólo se recaudaban ocho millones.

2.; *Obra de la Santa Infancia.* — Fundada en 1843 por Mons. de Forbin-Janson, la Obra de la Santa Infancia se ha convertido también en una Obra Pontificia controlada por la Santa Sede, si bien ha conservado su sede social en París.

Esta Obra está encargada de proveer a la educación cristiana de los niños infieles, haciendo llamamientos en favor de ellos a los niños cristianos, quienes le aportan su modesta contribución.

En 1925 recaudó 19.558.804 francos, que al cambio de 75,5 por dólar suman 3.771.802 francos oro

3.; *Obra de San Pedro Apóstol.* — Esta Obra, fundada en 1885 por la señora Bigard y elevada en 1919 a la dignidad de Obra Pontificia, tiene por objeto promover el reclutamiento, tan importante para el porvenir, del clero indígena. Es la Obra de los Seminarios en países de Misión.

En 1925 recaudó 6,333.000 liras, o sea, 1.350.000 francos oro.

En la actualidad sostiene 182 seminarios menores con 7.376 alumnos, y 92 seminarios mayores con 2.600 alumnos, de los que salen cada año 300 sacerdotes destinados a las Misiones.

Numerosas obras auxiliares se acogen a la generosidad de los fieles para diversos fines particulares. Las más conocidas en España como obras que tienen una finalidad sacerdotal son: la «Obra Apostólica», que suministra material para los objetos del culto e invita a las señoras asociadas a confeccionar ornamentos para las Misiones; la «Obra para la abolición de la esclavitud», cuyo animador fué el Cardenal Lavigerie; la «Obra en favor de las escuelas orientales», etc. En diversas naciones católicas se cuentan hasta 228 asociaciones en favor de las Misiones.

Es difícil fijar con exactitud el presupuesto general de las Misiones. Cada Vicario, aparte de los subsidios oficiales, allega recursos ora por medio del Instituto nacional, ora sobre todo valorizando en el terreno los productos del país y acudiendo a la generosidad de los primeros catecúmenos.

Se ha calculado que, sin contar los recursos demandados por la formación y los viajes de los misioneros, el funcionamiento normal de 300 Vicariatos Apstólicos exige un promedio de 300.000 francos por Vicariato, o sea, cerca de cien millones de francos oro.

Como se ve, las Obras distan mucho de recibir las cantidades necesarias para que los misioneros queden eximidos de toda preocupación de orden económico.

V) Resultados actuales de las Misiones

La población global del mundo se eleva a 1.700 millones de habitantes, que desde el punto de vista religioso se distribuyen como sigue:

No bautizados, mahometanos y paganos:	1.012	millones
Judíos:	15	—
Protestantes:	212	—
Cismáticos:	157	—
Católicos:	304	—
	1.700	

Teniendo a la vista los países de Misiones, se llega a un total de 12 millones de católicos por más de 100 millones de infieles.

Después de veinte siglos de redención, ¿no es ese un resultado mezquino, capaz de descorazonar a los católicos?

Importa observar:

1.; Que el aumento continuo del catolicismo, a pesar de los múltiples obstáculos humanos, es una manifiesta prueba de su divinidad.

En 1918 había:

6.097.881	católicos	en Asia.
1.873.686	—	en Africa
1.800.000	—	en América
873.991	—	en Oceanía

En 1923 había:

6.687.829	o sea, en más	589.948
2.666.212	—	792.526
2.650.778	—	850.778
959.328	—	85 337

O sea un aumento general de 2.318.589 ¡en cinco años!

2.° Que el desarrollo de las cristiandades en países infieles es un verdadero milagro de la gracia, si se tiene en cuenta las dificultades que los cristianos han de vencer para practicar el Evangelio en un ambiente totalmente pagano, sostenidos solamente de lejos por la presencia del sacerdote y la gracia de los Sacramentos.

3.° Que Nuestro Señor comparó su Iglesia al «grano de mostaza», que crece despacio, y sólo poquito a poco llega a ser un gran árbol. Los cristianos son en el mundo «la levadura» capaz de hacer fermentar la masa.

4.° Que Nuestro Señor quiso sujetar el desenvolvimiento de su Iglesia a las condiciones humanas, encomendando a sus discípulos la misión de emplearse en el mismo. De los esfuerzos de los cristianos, de su generosidad, de su espíritu de sacrificio, de su celo, depende la conversión del mundo. Sus faltas y sus desidias explican el retraso en la aplicación de los frutos de la

Redención. Lo que hace falta no es la gracia divina, sino la cooperación humana.

5.° Que diecinueve siglos se nos antojan un tiempo muy largo comparándolo a nuestras vidas efímeras; pero en realidad no son sino un corto período en la historia del mundo. La Iglesia de Jesucristo es perpetua.

Concluyamos, pues, que el resultado de las Misiones debe estimular la actividad de los católicos, imponiéndolos en el deber de sostener las Misiones y ayudarlas.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA	LA IGLESIA
	Hemos visto que Nuestro Señor instruyó personalmente durante tres años a los Apóstoles y a muchos otros discípulos.
La explicación versará sobre: La Iglesia:	De este modo, ya antes de su muerte se había formado en torno de El una agrupación de hombres y mujeres que le reconocían como cabeza.
	Tanto es así, que a la hora de su Ascensión condujo a los Apóstoles y discípulos a un monte, a la manera de un jefe que manda, y después de bendecirles como revestido de autoridad, empezó a subir hacia su Padre.
	Diréis: ¿quedó, pues, privada de jefe aquella asamblea de fieles?...
Jesucristo fundó una Iglesia...	La esperaba esta pregunta, a la que contesto diciendo que Nuestro Señor había ya tomado sus medidas. Quiero decir, que antes de subir al cielo había *fundado su Iglesia*.
	Estudiemos este interesante capítulo.

Comienzo explicándoos la palabra «Iglesia», la cual significa asamblea o sociedad religiosa. En este caso se escribe con I mayúscula.

La palabra Iglesia puede significar también: pastores legítimos. Designa, asimismo, el edificio y la reunión de fieles.

o sociedad de los cristianos...

Pero fijaos bien: actualmente sólo la empleamos en el primer sentido, de suerte que cuando decimos: «Nuestro Señor fundó una Iglesia», queremos significar: Nuestro Señor fundó una sociedad de cristianos.

Ahora bien: toda una sociedad ha de tener forzosamente un jefe. La República, por ejemplo, tiene un presidente.

gobernados por nuestro santísimo Padre el Papa...

¿Tendrá, pues, un jefe la sociedad de los cristianos? Sí; será gobernada por Nuestro Santísimo Padre el Papa.

y por los Obispos sujetos a su autoridad.

Reléase.

Bórrense las palabras. nuestro santísimo Padre el Papa, Obispos,

y hágase completar la frase.

Mas, así como el Presidente o el Rey no puede gobernar solo, así el Papa necesita tener a sus órdenes unos ministros que le ayuden a administrar la sociedad cristiana. Esos ministros son los Obispos.

Escribamos, pues, para completar la definición de la Iglesia:

Sociedad de cristianos gobernada por Nuestro Santísimo Padre el Papa y por los Obispos sujetos a su autoridad.

Al daros esta definición de la Iglesia, llamo vuestra atención sobre un punto: el de que la Iglesia es una *sociedad*, o sea, una reunión de hombres con un jefe que la dirige.

Esta sociedad persigue un fin: la

santificación de las almas. Quiere procurar el cielo a sus miembros, y da todos los medios de santificarse.

Acabo de explicaros la definición de la Iglesia. Habéis comprendido esta definición. Réstame probar lo que os he dicho al comenzar: Que Nuestro Señor fundó una Iglesia.

¿Cuándo?, ¿cómo?, ¿a quién escogió por jefe desde un principio?

Voy a contestar a vuestras preguntas.

Es también del Evangelio la historia que os voy a contar; es una página que debe conocerse bien.

«Viniendo Jesús al territorio de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?»

Respondieron ellos: «Unos dicen que Juan el Bautista, otros Elías, otros Jeremías o algunos de los profetas.»

Jesucristo fundó su Iglesia eligiendo a San Pedro por cabeza de ella.

Díceles Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Pruebas:
Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos.
Lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos.
Lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.

Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» Y Jesús respondiendo, le dijo: «Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que des-

atares en la tierra, será también desatado en los cielos».

¿Hebéis entendido bien lo que Nuestro Señor acaba de hacer? Acababa de conferir a San Pedro los poderes que El tenía como Dios.

San Pedro le reemplazará cuando El no esté aquí. ¿Es Jesús quien ata y desata en la tierra y en el cielo? Pues será San Pedro quien atará y desatará después que Jesucristo haya subido a su Padre.

Pero me diréis: San Pedro también desaparecerá a su vez. Tenéis razón, y voy a contestaros al punto. Oíd lo que dice Jesucristo en su Evangelio poco antes de subir a su Padre y, por tanto, después de su resurrección.

Dirigiéndose Jesús a Pedro le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Dícele: «Sí, por cierto, Señor; tú sabes que te amo.» Dícele: «Apacienta mis corderos.»

Segunda vez le dice: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

Respóndele: «Sí, Señor; tú sabes que te amo.»

Dícele: «Apacienta mis corderos.»

Dícele tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»

Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba; y así, respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú conoces que te amo.»

Díjole Jesús: «Apacienta mis ovejas.»

Quiero insistir en una cosa: en que San Pedro es constituído por

Nuestro Señor pastor de un rebaño. Los corderos y las ovejas, que son los fieles, le deben obediencia. Un pastor lo puede todo en su rebaño, debiendo vigilarlo, defenderlo, etc. En otras palabras, muestra que es el jefe.

Ese jefe elegido entre los Apóstoles es San Pedro.

Y ahora contesto a lo que poco ha me preguntabais: Puesto que San Pedro no había de permanecer siempre en la tierra, ¿dónde se hallaba el jefe de la Iglesia?

Dió los mismos poderes a los sucesores de San Pedro, o sea a los Papas.

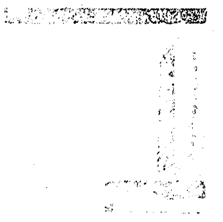
El jefe de la Iglesia se hallaría en el sucesor de San Pedro, o sea, en el Papa.

Finalmente, Nuestro Señor, para que existiese un cuerpo de pastores encargados de la dirección de su Iglesia bajo la autoridad de San Pedro o del Papa, antes de subir al cielo dió a sus Apóstoles el poder de enseñar a todos los pueblos.

«Id, e instruid a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»

Prometió estar siempre con su Iglesia.

Además, Jesucristo pronosticó estar siempre en su Iglesia. Dijo, en efecto: « estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos.»



A veces se oye decir a algunos: Quisiera haber vivido en tiempos de Nuestro Señor, estando en su compañía y en la de los Apóstoles. Entonces sí que habría ido al cielo.

Reléase, bórrense las palabras más importantes y hágase completar la frase.

¿No pertenecen ésos, por ventura, a la Iglesia? Sí, puesto que están bautizados.

¿No tienen, acaso, viviendo en medio de ellos, al Papa, que es la cabeza visible de la Iglesia, el representante de la cabeza invisible, Nuestro Señor Jesucristo?

Entonces, ¿qué más desean?

¿Desearíais ver a los Apóstoles? Pues saber que los Obispos y los Sacerdotes ocupan su lugar, siéndoos, por tanto, cosa fácil conseguir el Cielo.

Al terminar esta lección, el catequista podrá leer algunos pasajes de «Los Hechos» seleccionados de entre los que hemos indicado.

Las Notas de la Iglesia

PIZARRA

En nuestra lección anterior estudiábamos la fundación de la Iglesia por Nuestro Señor Jesucristo.

Esta Iglesia ha de continuar su misión y salvar las almas. Existe desde hace veinte siglos; mas, he aquí que actualmente nos hallamos en presencia de diversas sociedades que pretenden haber sido fundadas por Jesucristo. Son:

La Iglesia protestante
La Iglesia griega.
La Iglesia rusa.
La Iglesia católica.

Escríbase:

Jesucristo dió unas notas a su Iglesia.

¿Dónde se halla la verdadera Iglesia de Jesucristo? ¿Puede encontrarse mediante un raciocinio? Sí, puesto que la verdadera Iglesia de Nuestro Señor reúne ciertas notas que la designan como tal.

Un ejemplo. Encuentro un vestido que alguien ha perdido. Tres hombres vienen a reclamármelo. Los tres afirman que el vestido les pertenece, a pesar de lo cual es cierto que sólo pertenece a uno de ellos. ¿A quién? Lo examino. Es un vestido grande, de anchas mangas, con una condecoración en la parte correspondiente al pecho. Concluyo de esto que el poseedor de ese vestido es un hombre alto, grueso y condecorado. Miro a los que han reclamado: son un hombre bajito, otro mediano y otro alto y fornido. El bajito y el mediano no han sido condecorados; en cambio, lo ha sido el hombre alto. ¿A quién pertenece el vestido? Al mayor de los tres, sin duda alguna.

¿Qué hemos hecho para adquirir esta certeza? Hemos examinado las notas que podían darnos a conocer al propietario.

Bórrese y escríbase:

La Iglesia de Jesucristo...

Hagamos lo mismo con la Iglesia; examinemos sus notas.

Sabemos que es una sola la Iglesia de Jesucristo.

No puede haber dos maneras de ir al Cielo; no puede haber dos doctrinas de Nuestro Señor.

Jesús decía: Guardaos de los que enseñan una doctrina que no es la mía; son lobos rapaces.

tiene cuatro notas:

Sabemos que la verdadera Iglesia debe reunir *cuatro notas* o señales que nos la han de dar a conocer.

Nuestro Señor quiso fundar, como acabamos de ver, una sola Iglesia.

No hay ninguna verdad contrapuesta a las verdades que El enseñara. Recordad que Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles:

«El que os escucha a vosotros, a Mí me escucha.»

«El que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia.»

«Id, y enseñad todo cuanto Yo os he enseñado.»

1.º Es Una:
unas mismas verdades;
un mismo y único régimen;
unos mismos pastores.

Además, su Iglesia ha de ser una verdadera sociedad, con un solo jefe, que es su representante en la tierra, y con diversos pastores que obedezcan a un solo jefe.

En una palabra: debe ser una en el régimen.

2.º Es Santa:
en su Cabeza;
en su doctrina;
en sus miembros.

Pero no basta la unidad; es necesaria también la *santidad,* porque su jefe, Jesucristo, es santo.

El pudo decir a los judíos que le atacaban: «¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado? Y ninguno de sus enemigos pudo alegar nada contra El.

La doctrina de la verdadera Iglesia ha de ser como la doctrina del Maestro: una doctrina de santidad, que mueva a quienes la profesan a huir del pecado.

Los miembros de la Iglesia deben recibir la gracia de Nuestro Señor: «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; el que permanece en Mí y Yo en él, produce frutos abundantes».

Subráyese: Santa:
en su Cabeza;
en su doctrina;
en sus miembros.

Resumiendo: La Iglesia de Jesucristo ha de ser *santa:*

En su Cabeza.

En su doctrina.

En sus miembros.

3.º Es Católica o universal.

Está difundida por todo el mundo.

La Iglesia debe hallarse en todas partes, esto es, ha de ser *universal.*

«Id y enseñad a todos los pueblos; predicad el Evangelio a toda criatura.»

La palabra «católica» tiene, pues, el sentido de universal, aplicada a la Iglesia.

No se concibe que la Iglesia de Nuestro Señor pueda permanecer local, limitada a un pequeño territorio, v. gr., a Palestina. Jesucristo vino a salvar a los hombres de todas las patrias, de todos los climas y de todas las razas. Todos los hombres han sido rescatados por Nuestro Señor, y todos deben ser miembros de su Iglesia. «Id, y enseñad a todos los pueblos.» ¿A quienes dijo Nuestro Señor: «Id, y enseñad a todos los pueblos»? A sus Apóstoles. Mas, como estos hombres no podían quedarse para siempre en la tierra, fué preciso que Jesús dirigiera también sus palabras a sus sucesores, y no a otros.

4.º Es Apostólica: proviene de los Apóstoles.

Así, la verdadera Iglesia con la cual Nuestro Señor estará siempre, es la Iglesia que se remonta a los Apóstoles.

Si hubiese alguna interrupción, si en el catálogo de los pastores no hallásemos todos los escalones que conducen a los Apóstoles, dejaríamos de encontrarnos en presencia de la verdadera Iglesia.

Acabáis de ver en teoría las notas que debe presentar la verdadera Iglesia. Examinemos ahora a qué Iglesia pueden aplicarse dichas notas.

La Iglesia ha de ser Una.

La Iglesia Romana es Una: Una sola doctrina y un solo régimen.

Yo os digo: a la Iglesia Católica.

Vedlo. La Iglesia ha de ser una. Ahora bien: la Iglesia romana es *una*.

Se llama «romana», porque tiene su sede en Roma.

En esta Iglesia se tiene una misma fe en los misterios; un mismo *Credo;* unos mismos Sacramentos, que son siete invariablemente; y unos mismos jefes, a quienes todos obedecen: el Papa y los Obispos.

En uno solo y verdadero cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo.

Esta unidad es una nota de la verdadera Iglesia.

Los protestantes, por el contrario, no creen ya lo que creían con Lutero en el siglo XVI. En su religión cada cual puede creer lo que quiera, cada cual puede interpretar la doctrina de la Escritura como le parezca. No hay jefe.

La Iglesia católica tiene como cabeza invisible a Jesucristo, que es la misma santidad.

Ha tenido como miembros a los Apóstoles y a los Pontífices que trabajaron en difundirla. Muchos sufrieron el martirio; muchos demostraron que Dios estaba con ellos por los milagros que obraron.

Santa

Santa: en Jesucristo su cabeza, en sus propagadores. en sus Santos.

Es *Santa* en su doctrina, que condena los vicios e inculca las virtudes.

Lo es en los Santos. Gruesos

volúmenes refieren las vidas de esos héroes de la Religión católica; solamente quiero nombraros las vidas de San Hermenegildo y Santa Teresa de Jesús.

Católica

Católica: se halla doquiera; en las cinco partes del mundo.

Es *católica,* o sea universal. Esta nota solamente cuadra a la Iglesia romana, que cuenta con fieles en todas partes del mundo: en Europa, en Asia, en Africa, en América y en Oceanía. Todos los días hace nuevos progresos, merced a los celosos misioneros, siendo sus miembros más numerosos cada día. Leed los anales de la Propagación de la Fe y los de la Santa Infancia.

Apostólica

Apostólica: la historia nos demuestra que proviene sin interrupción de los Apóstoles.

Ultima nota: la Iglesia católica es *Apostólica.*

Si nos remontamos desde el actual Papa hasta San Pedro, hallaremos una serie no interrumpida de Papas, que se suceden legítimamente. Nuestra fe es la misma que predicaron los Apóstoles. La base de nuestra fe es el *Credo* que ellos enseñaron.

Conclusión: Nosotros pertenecemos a la Iglesia verdadera.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales, que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XVI

Objeto de la lección: **Los Pastores de la Iglesia**

I. Carnet de preparación

A) REFLEXIONES PERSONALES SUGERIDAS POR LA ATENTA LECTURA DEL CAPÍTULO DEL CATECISMO

Este capítulo, muy extenso, podría ser objeto de varias lecciones eminentemente prácticas, tal como decimos al estudiar el método que debe emplearse.

No nos cansaremos de repetir que las instrucciones sobre el Papa y los Obispos son de una importancia capital, siendo preciso que el niño saque del Catecismo la idea de que hay un jefe infalible y unos superiores absolutamente seguros, que velan por su alma.

El niño se mostrará en seguida pronto a aceptar las directivas del Papa y de los Obispos.

Hoy día, especialmente, cuando toda autoridad es discutida, conviene dejar bien sentada la de los pastores de la Iglesia.

Observemos, por fin, que la labor del catequista resulta relativamente fácil en este punto.

B) DIVISIÓN DE TEMA

Los Pastores de la Iglesia.

a) 1.° Descríbase el oficio del pastor.

2.° Nosotros obedecemos a Nuestro Señor a través de los Sacerdotes, de los Obispos y del Papa, que son los eslabones de una misma cadena.

b) Quién es el Papa:
- 1.° El sucesor de San Pedro.
- 2.° El representante de Jesucristo.
- 3.° La cabeza visible de la Iglesia.
- 4.° El Padre de todos los cristianos.

Indíquese que no hay interrupción en la sucesión de los Papas, a partir del actual Pontífice hasta llegar a San Pedro.

Después de esta definición, propónganse las prerrogativas del Papa:

Su infabilidad.
Su autoridad.

No se omita rezar aquí una oración por el Papa.

c) Los Obispos.

1.° Son sucesores de los Apóstoles.

2.° Son cabezas de las diócesis.

Su oficio en cuanto jefes.
Su gobierno. Sus súbditos.
Confían las parroquias a los párrocos.

Vuélvase sobre la idea, ya apuntada, de la cadena que nos vincula a Cristo, pasando por los Sacerdotes, los Obispos y el Papa.

No puede faltar ningún eslabón en esta cadena.

d) El depósito de las verdades que enseña la Iglesia se halla en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

Comparación: En una familia se conservan escritos y recuerdos.

C) MÉTODO QUE DEBE SEGUIRSE para desarrollar esta materia con vistas al aprovechamiento de los alumnos.

Importa dar a los niños una elevada idea del papado y del episcopado. Han de conocer bien el lugar especialísimo que ocupan los Obispos después del Papa en la jerarquía de la Iglesia.

Antes de comenzar esta lección y con el fin de fijar la atención de los alumnos, será bueno que el catequista

escriba en la pizarra las palabras siguientes, tal como aparecen aquí dispuestas:

Iglesia católica
- Cabeza invisible: Nuestro Señor Jesucristo.
- Cabeza visible: Nuestro santísimo Padre el Papa.
- Obispos.
- Sacerdotes.
- Fieles.

Dirá a los niños que lean con él lo que se acaba de escribir, y en pocas palabras demostrará que los fieles están unidos a Nuestro Señor a través de los Sacerdotes, los Obispos y el Papa. A continuación desarrollará el tema de la lección, que resultará harto fácil si los niños tienen ante los ojos algo que les permita ver el puesto que ocupa el Papa sobre los Obispos y los Sacerdotes. Será bueno demostrar que el Papa y los Obispos son unos eslabones indispensables en la cadena que nos une a Jesucristo.

Un punto sobre el cual será necesario insistir es el de que el Papa es el sucesor de San Pedro, cabeza visible de la Iglesia, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles, no considerando ocioso volver sobre esta idea, que ennoblecerá al Papa y a los Obispos a los ojos del niño y le inspirará un profundo respeto hacia sus personas.

Cuide el catequista de no entrar en detalles controvertidos, limitándose a proponer la doctrina comúnmente admitida.

Para explicar la palabra «jurisdicción» se valdrá de un símil, describiendo, por ejemplo, el oficio de un rey en su reino o de un gobernador en su provincia, y poniendo sumo cuidado en advertir que las funciones del Papa y del Obispo son de una índole muy distinta.

Según el tiempo de que se disponga, y de conformidad con la capacidad intelectual de los alumnos, podrán desarrollarse algunas de las ideas que subrayamos en el carnet de preparación. En todo caso será muy conveniente concretar lo más posible. Un detalle tiene a menudo

suma importancia y facilita la retención de la doctrina.

Creemos que este capítulo ganaría mucho si se dividiera en dos lecciones, una relativa al Papa y otra a los Obispos.

Lo concerniente a los párrocos será estudiado en el capítulo dedicado a los fieles.

D) ALGUNAS IDEAS QUE PODRÁN DESARROLLARSE según el tiempo de que se disponga y el medio intelectual de los alumnos.

A) *El Papa*

Dense aquí algunas breves nociones sobre la elección del Papa. Este tema puede ser objeto de una instrucción sugestiva. Léase, por ejemplo, el libro de Sardá y Salvany «El Papa».

El catequista cautivará la atención de sus alumnos refiriéndoles, v. gr., cómo pasa el día el Romano Pontífice.

Valgan semejantes observaciones cuando se trate del Obispo.

Insignias y ornamentos del Papa. — El Papa va vestido de blanco.

Lleva una sotana blanca que suele ser de seda en verano.

Ciñe su cintura una faja de seda con ribetes dorados.

Lleva en la cabeza un solideo de seda blanco.

Calza unos zapatos de color encarnado que ostentan una cruz bordada de oro en el empeine.

Esta cruz es la que suele besarse cuando se entra a saludar al Papa.

Cuando el Papa sale de sus habitaciones se reviste de un roquete de rico encaje y cubre sus hombros con una muceta de color encarnado y forrada de blanco. Lleva, además, una estola bordada de oro.

Toca su cabeza con un ancho sombrero de seda en-

carnada, levantado por ambos lados y adornado con un cordón de oro.

El Papa es llevado en andas, sentado en una silla llamada «gestatoria».

En las grandes solemnidades lleva la tiara, que es una triple corona en la que se simboliza el triple poder del Papa: como Obispo de Roma, como suprema Cabeza de todos los fieles y como Príncipe temporal.

Lleva en el dedo el anillo del pescador, en el que está representado San Pedro echando las redes.

El Papa no lleva báculo, como los Obispos, sino un cayado pastoral rematado por tres cruces.

B) *Los Obispos*

Institución canónica de los Obispos. — En la institución canónica de los Obispos observamos tres actos: la elección, la confirmación y la consagración.

Todos los Obispos del mundo son iguales cuanto al poder de orden, no habiendo uno solo que tenga autoridad sobre otro por derecho divino. Mas; si se atiende al poder de jurisdicción, existen diversos grados entre los Obispos.

1.° *La elección.* — La elección de la persona corresponde al Papa, jefe supremo de la Iglesia católica. En el decurso de los siglos han estado en vigor diversos sistemas de elección. En Milán, San Ambrosio fué elegido por el pueblo. A veces, los Obispos vecinos y el clero de la diócesis designaban al que les parecía más digno. Otras veces eran los capítulos de las iglesias catedrales quienes elegían a su prelado. El Papa ratificaba estas elecciones. En algunos países de régimen concordatorio el jefe del Estado designa al Obispo, a condición de que el candidato sea persona grata al Sumo Pontífice.

El elegido debe reunir las cualidades requeridas por los cánones respecto a edad, ciencia y virtud.

2.° *La confirmación.* — La confirmación hecha por el Papa confiere al elegido la jurisdicción y le convierte

en pastor legítimo. Antes de tomar posesión de su sede. el Obispo presenta al Capítulo la Bula confirmación.

3.° *La consagración.* — La consagración contiene el poder de orden. Ha de tener lugar dentro de los tres meses a partir del día de la confirmación, en domingo o en la fiesta de algún Apóstol. Un día de ayuno precede la ceremonia, en la que oficia como consagrante un prelado, a quien asisten al menos dos Obispos.

De ordinario la consagración tiene lugar en la iglesia a que pertenecía el elegido.

Clases de Obispos. — Hay diversas clases de Obispos: Patriarcas, Primados, Arzobispos o Metropolitanos, Obispos titulares y Obispos coadjutores.

1.° *Patriarcas.* — Antiguamente se reservaba este nombre a los Obispos que ocupaban las sedes fundadas por el Apóstol San Pablo. Mas tarde la dignidad de Patriarca fué concedida a ciertas sedes de singular importancia. Este título lleva anejos especiales honores y derechos. Los patriarcados mayores son: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén; los menores: Venecia, Toledo, Lisboa, etc., y los patriarcados de Oriente.

2.° *Primados.* — La dignidad de Primado, excepción hecha de Hungría, es puramente honorífica, no incluyendo especial jurisdicción.

3.° *Arzobispos.* — Este título designó en un principio a los Obispos de las principales sedes, y posteriormente a los que presidían una provincia entera. Se les llamó Metropolitanos, porque de ordinario residían en las ciudades llamadas metrópolis.

Estos obispos ejercen un derecho de inspección sobre los prelados de su provincia o sufragáneos, pudiendo juzgar en segunda instancia en las causas de apelación. Gozan, además. de ciertos honores y privilegios, entre otros, del uso de cruz y de palio.

4.° *Obispos titulares.* — Los Obispos titulares son los que de hecho carecen de todo uso y ejercicio en la

jurisdicción episcopal aneja a su título, que, de ordinario, corresponde a un país de infieles. Antiguamente eran conocidos con el nombre de Obispos *in partibus infidelium.*

5.° *Obispos coadjutores.* — Son Obispos coadjutores los que han sido constituídos por el Papa para ayudar a un Obispo en el gobierno de su diócesis. Si lo son con derecho a sucesión futura, a la muerte del Obispo pasan a ser Obispos propios de la diócesis; de lo contrario, pierden los poderes de que estaban investidos.

El Papa, para honrar a un Obispo, le crea cardenal, confiándole el cuidado de una iglesia de Roma. El número de los cardenales está fijado en setenta y dos.

A la muerte del Papa, ellos eligen al sucesor.

El cardenalato es solamente una dignidad, no un orden.

Los cardenales visten de encarnado, siendo su insignia un ancho sombrero adornado con cordones de seda. En las bóvedas de las catedrales se cuelga el sombrero o capelo de un cardenal fallecido.

Insignias y adornos del Obispo. — El *anillo,* sortija que lleva engarzada una gruesa piedra preciosa que el Obispo da a besar a los fieles.

Este anillo simboliza la unión del Obispo con su diócesis.

La *mitra,* especie de alto birrete que lleva el Obispo en las funciones litúrgicas.

El *báculo,* que recuerda el cayado del pastor y es de plata o de metal dorado, rematando en curva. En él se apoya el Obispo cuando desempeña funciones sagradas. Es una señal del poder del Obispo.

La *cruz pectoral,* que encierra reliquias y cuelga del cuello por una cadenilla de oro.

Cuando oficia calza sandalias blancas y lleva medias y guantes de color morado.

Los Arzobispos y Obispos visten de este color.

La iglesia de un Arzobispo se llama catedral o basílica metropolitana. La catedral de Toledo es la iglesia

metropolitana del Arzobispo de aquella ciudad y Primado de España. La iglesia de un Obispo se llama simplemente catedral o basílica.

Personas auxiliares del Obispo son: el Vicario general, el Provisor, el Cabildo catedral, el Canciller secretario y los oficiales de Curia.

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas suya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

1.° *El Papa*

Te ando buscando por la tierra, ¡oh buen Jesús!, y te encuentro hablando y obrando en la persona del Papa. El que le escucha, a Ti te escucha; y el que le desprecia, a Ti te desprecia.

Un día estabas hablando a los Apóstoles, y ellos te decían: «Tú tienes palabras de vida eterna.» El Papa habla y pronuncia unas palabras que también tienen repercusión en el cielo.

El Papa es infalible, lo que equivale a decir que no puede engañarse cuando habla sobre religión. A semejanza de Ti, ¡oh Jesús!, puede decir: ¡Seguidme! Yo soy el camino y la verdad.

Es una dicha para mí contar con la garantía de un hombre investido de una dignidad tan excelsa. En él no veo a un hombre, sino a Nuestro Señor Jesucristo.

Quiero obedecer al Papa. ¿A quién he de obedecer más que a El? El es el Pastor de las almas.

Quiero amar al Papa. Amando a El, amo a Nuestro Señor Jesucristo.

En prueba de mi amor al Papa, rezaré por él todos los días y me esforzaré en hacer que le amen las personas que me rodean.

Sé que ama a España y que recibe con muestras de alegría a los peregrinos que van a visitarle. Deseo verle algún día. Mientras espero tan dichoso instante, procuraré tener siempre en mi aposento un retrato suyo, que me recordará mis deberes para con él: obediencia y amor.

Termínese rezando una oración por el Papa.

2.° *Los Obispos*

He aprendido a conocer a Nuestro Señor Jesucristo. He visto en torno suyo a los Apóstoles, que, después de haber seguido por doquiera, le han oído decir, poco antes de subir al cielo: «Id, y enseñad a todos los pueblos... Estaré con vosotros hasta el fin del mundo.»

¡Hasta el fin del mundo! Así, todavía hoy estás con tus Apóstoles, ¡oh buen Jesús!; mas, ¿dónde se hallan tus Apóstoles? Es verdad que murieron; pero otros han pasado a ocupar su lugar, y Tú estás con ellos. Conozco a tus Apóstoles: son los Obispos.

Por las instrucciones que acabo de oír sé que les has confiado las almas de las diócesis, a la manera que se confían las ovejas a un pastor. No tienen otra preocupación que la de conducir esas almas al cielo. Seré una oveja fiel si escucho a mi pastor. Conozco a mi Obispo; le he visto y me he acercado a él algunas veces. El es quien me confirió el sacramento de la Confirmación haciendo descender sobre mí el Espíritu Santo.

El es quien crea los sacerdotes imponiéndoles las manos. Acaso alguno de los que están entre nosotros en el Catecismo tendrá un día semejante dicha.

El es quien emplea el tiempo buscando el bien de

las almas de la diócesis donde tengo mi familia, a mis padres y amigos, y donde trabajaré cuando sea mayor.

Labor ardua la del Obispo, en la cual quiero colaborar con mis oraciones.

Propósito. — En mi primera visita al Santísimo Sacramento o en mi primera Comunión rogaré por mi Obispo. Cuando oiga Misa, prestaré atención al momento en que el sacerdote ora por él en el Canon.

Quiero ofrecer un pequeño sacrificio por mi Obispo.

B) Formación en la piedad

A) *El Papa*

En la instrucción consagrada a la formación de la piedad y relativa al Papa cuide el catequista de recalcar esta idea: Nuestro Señor fundó una sociedad religiosa, cuyo gobierno confió a un hombre a quien instituyó jefe supremo. Este hombre fué el apóstol San Pedro.

Su supremacía fué traspasándose a los sucesores de San Pedro, y actualmente es ejercida por el Papa reinante.

Esas ideas, ya suficientemente explanadas en la instrucción, sólo serán recordadas. La parte práctica será objeto de la platiquilla, que se resume en las palabras: obediencia y amor.

1.° *La obediencia al Papa* se funda en su infabilidad y en su carácter de representante de Jesucristo. No puede engañarse, como hemos visto. Poco importa, pues, que los hombres hablen, discutan, razonen y contradigan; desde el momento en que el Papa ha hablado, hay que inclinarse y someterse a sus decisiones.

Obedeciendo de este modo, no nos someteremos a un hombre, sino al mismo Dios; puesto que el Papa ocupa el lugar de Dios, como se infiere en los textos que conocemos.

Facilitemos con nuestra obediencia la labor del Papa. El ha de regir el mundo entero y propagar la doctrina

de Cristo en todos los países de la tierra. El reino del Papa no tiene fronteras: es el universo. Carga abrumadora, por cierto.

Demos ejemplo de obediencia al Papa en nuestras conversaciones, absteniéndonos de leer los libros condenados por la Santa Sede y ordenando nuestra cristiana vida según las enseñanzas de la Iglesia.

2.° *Amor al Papa.* — Este amor se funda en el hecho de ocupar el Papa el lugar de Nuestro Señor Jesucristo.

Si amamos a Jesucristo, debemos amar al Papa; el amor al uno supone el amor al otro.

El Papa es digno de amor filial por ser el Padre de todos los cristianos. El ama a España, siendo nuestra Patria uno de sus amores predilectos.

Ama, asimismo, a los obreros, por cuyo bienestar no deja de interesarse. León XIII escribió la encíclica *Rerum novarum,* en la que propugna las justas reivindicaciones de los trabajadores.

En la práctica, el amor al Papa cristaliza:

1.° En la oración.

Todo buen católico ruega por el Papa.

En todas las Misas el sacerdote ruega por el Papa y por el Obispo durante el Canon.

Para lucrar determinadas indulgencias es preciso añadir a la oración algunos Padrenuestros y Avemarías por las intenciones del Sumo Pontífice. Recuérdese la oración: *Miradme, mi amado y buen Jesús...*

2.° En la manera de hablar sobre el Sumo Pontífice y de salir en su defensa cuando se presente el caso.

Póngase en guarda a los niños contra los periódicos malos y los libros que atacan o desnaturalizan la actuación del Papa.

El Papa es un padre, y nadie sufre en silencio que se injurie a la persona de su padre.

3.° En la costumbre de proveer según los propios medios a las necesidades de la Santa Sede. Hemos nombrado el «Dinero de San Pedro».

El Papa acoge complacido los obsequios de sus hijos.

B) *Los Obispos*

El respeto y la veneración hacia el propio Obispo son distintivo de todo buen católico.

Este respeto y veneración aumentan a medida que se vaya conociendo la institución del episcopado. Aconsejamos, pues, que se insista desde un principio en la idea de que el Obispo es el sucesor de los Apóstoles. El desarrollo de esta idea formará la base de los sentimientos piadosos que deseamos suscitar en el alma.

Tal es el concepto teórico de la presente materia.

El catequista comenzará a concretar puntualizando hechos y datos relativos al Obispo de la diócesis y a su gobierno pastoral.

Explicad a los niños cómo pasó un sacerdote a ser obispo; decirles qué Papa le escogió, qué Obispos intervinieron en su consagración y qué ceremonias se observaron. Referíos siempre al Obispo que actualmente ocupa la sede de vuestra diócesis. De este modo atraeréis la atención de los niños y concretaréis vuestra enseñanza.

Este procedimiento posee, además, la inapreciable ventaja de hacer que el Obispo deje de ser una persona desconocida. Así, cuando se presente la ocasión de ver de cerca al Prelado, v. gr., con motivo de la visita pastoral, el niño se fijará más, le escuchará con avidez y recibirá una impresión más honda y duradera.

Explicad también su título; y si es arzobispo, nombrad los límites de su provincia eclesiástica y sus diócesis sufragáneas. Aprovechad esta lección para hacer memoria de los antecesores más ilustres en el Obispado. Podéis demostrar, asimismo, que la vida de un Obispo es una vida de continua abnegación, puesto que, dejando de pertenecer a sí mismo, sólo se debe a sus diocesanos; una vida de trabajo, puesto que el gobierno de la diócesis es una carga muy pesada; una vida de sacrificio, porque tiene que sufrir mucho.

En fin, hablad de los obispos titulares o coadjutores que son los auxiliares de algunos Obispos. Haced notar a los niños que, si no conocen a su Prelado, pueden fácilmente verle en determinados actos o funciones religiosas.

Esta plática os permitirá decir también algo sobre el funcionamiento y régimen de la diócesis y sobre sus distintos aspectos. No reparéis en insistir sobre este punto, que siempre ofrece interés y es de mucha importancia.

Engrandecer la persona del Obispo es predisponer a los niños a respetarle toda la vida.

Las conclusiones fluyen por sí mismas. El Obispo tiene derecho a ser venerado y obedecido, y a un amor respetuoso y filial. Ocupa el lugar de Dios, como el Apóstol ocupaba el lugar de Jesucristo.

Al terminar, el catequista rogará con los niños por el Obispo e invocará a los Obispos santos de la diócesis.

En cada diócesis no faltan antepasados que en la sede episcopal dieron ejemplo de todas las virtudes, habiendo sido inscritos por la Iglesia en el catálogo de los Santos. Nuestros alumnos deben conocerlos.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

Los Pastores de la Iglesia

Recordaréis aún, queridos niños, la hermosa imagen que Nuestro Señor empleó al fundar la Iglesia. Dijo a San Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». Nos comparó, pues, a un rebaño de corderos

y ovejas paciendo bajo la mirada vigilante del pastor o zagal.

Al parecer, el pastor no vive sino por su rebaño, ni piensa en otra cosa fuera de él.

La imagen es muy justa cuando se aplica a los pastores de la Iglesia, y por esto os la he querido proponer al comenzar la presente lección.

Ved, en pocas palabras, cómo os podéis imaginar el régimen de la Iglesia: Encima de Nosotros está Nuestro Señor Jesucristo, su Cabeza invisible.

Iglesia Católica: Jesucristo. El Papa. Los Obispos. Los Sacerdotes.

Debajo de El está Nuestro Santísimo Padre el Papa; después los Obispos y los Sacerdotes, y en último término los fieles.

Fijáos ahora en esta serie de preguntas: ¿Quién manda a los fieles? Los Sacerdotes. ¿A quién obedecen los Sacerdotes? A los Obispos. ¿A quién deben obediencia los Obispos? Al Papa, quien a su vez depende del mismo Jesucristo.

Como veis, contáis con un completo cuerpo de pastores que, de menor a mayor, está integrado por Sacerdotes, Obispos y el Papa, los cuales vienen a ser los eslabones de una cadena que nos vincula a Jesucristo.

Mas, para mantenernos vinculados a Nuestro Señor, es preciso que estén todos los eslabones, sin que falte uno solo.

Hágase que todos lean a la vez.

Ahora que habéis visto y comprendido que una serie de Pastores nos pone en relación con Jesucristo, voy a explicaros en detalle qué es el Papa,

qué es el Obispo y qué el Párroco.

Nuestro Señor, como hemos visto en anteriores capítulos, no habiendo de permanecer siempre en el mundo, escogió a uno, a quien confirió todo poder aquí en la tierra. Ese fué San Pedro, a quien dijo: «Te daré las llaves del reino de los cielos».

El Papa, sucesor de San Pedro, es el representante de Jesucristo...

San Pedro fué, pues, el verdadero representante de Nuestro Señor.

Pero San Pedro tuvo que partir también de este mundo, pasando su potestad a sus sucesores. El sucesor actual es el Papa, quien, por consiguiente, representa también a Nuestro Señor, teniendo sobre toda la Iglesia los mismos poderes que San Pedro.

¿Qué poderes tenía San Pedro?

Escuchad: «Todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos».

la cabeza visible de la Iglesia...

Tenía los poderes propios de un jefe supremo a quien Dios confería el gobierno; los poderes de un pastor único: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». Ocupaba el lugar de Jesucristo; era la cabeza visible de la Iglesia.

El sucesor de San Pedro tiene los mismos poderes.

Subráyese la palabra: representante

¡Cuán consolador es pensar que el Papa es el representante de Jesucristo en la tierra!

Del Papa actual, Pío XII, hasta San Pedro, se cuentan 269 papas; 268 papas, por tanto, entre el que

reina actualmente y Nuestro Señor Jesucristo.

el padre de todos los cristianos.

Por ser el Papa el padre de todos los cristianos recibe el nombre de Padre Santo. El ocupa el lugar de Dios en la tierra y no tiene sino un deseo: el de hacernos santos, para que merezcamos el Cielo.

Es infalible...

Debo advertir, por fin, que el Papa es *infalible.*

El vocablo «infalible» significa que no puede engañarse. Lo demuestran las palabras de Nuestro Señor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra, etc.».

¿Cómo habría afirmado Jesucristo que las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia, si el Papa pudiese enseñar el error engañándose a sí mismo?

Pero Jesucristo dijo además a San Pedro, y en éste a sus sucesores: «Yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos...».

Para confirmar a sus hermanos en la fe, es preciso que no se esté sujeto a error.

Además, San Pedro y sus sucesores recibieron el cargo de pastores que importa el deber de enseñar la doctrina. Ahora bien: no estarían en condiciones de desempeñar esta misión si fuese posible que se engañasen.

cuando enseña puntos de doctrina relativos a la Fe.

El Papa solamente es infable cuando enseña puntos de doctrina relativos a la fe y a las costumbres; pero puede engañarse en materias puramente humanas, v. gr., en historia,

en geografía y en ciencias naturales.

Unicamente es infalible cuando habla como jefe de la Iglesia y en nombre de Jesucristo.

Notad que el vocablo infalible no significa *impecable;* prueba de ello es que Dios juzgará a los Papas de la misma manera que a los demás hombres.

El Papa reside en Roma.

Ya sabéis dónde reside el Papa: en Roma, capital de Italia. Es el soberano del Estado llamado Ciudad del Vaticano, territorio independiente reconocido por el tratado de Letrán de 11 de febrero de 1929. Es el Pastor supremo, que tiene a sus órdenes millones de cristianos. Es la mayor autoridad del mundo: *ocupa el lugar* de Jesucristo.

Manda a todo el mundo.

Os recomiendo que améis al Papa.

Pesa sobre El una labor abrumadora; no os olvidéis de rogar por El.

Reléase, bórrese y pásese a la idea siguiente:

Ejerce el mando en nombre de Jesucristo. Es preciso, por tanto, prestarle obediencia.

Recemos un *Padrenuestro* por el Papa.

Los Obispos.

Al subir Nuestro Señor al cielo, envió sus Apóstoles a la conquista del mundo, después de haber elegido por cabeza de ellos a San Pedro.

Ved ahí lo que les dijo: «Id, y enseñad a todos los pueblos», etc. «He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Y añadió todavía: «El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a

vosotros os desprecia, a Mí me desprecia».

Como os he advertido antes, los Apóstoles no habían de permanecer siempre en la tierra. De aquí que Jesucristo les proveyera de sucesores al decirles: «Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Los Obispos son los sucesores de los Apóstoles.

Esos sucesores son los Obispos.

¿Qué hacían los Apóstoles? Predicaban el Evangelio, ordenaban sacerdotes a los que habían de trabajar a sus órdenes en la difusión del Evangelio y en la administración de los Sacramentos; confirmaban a los fieles, imponiendo sobre ellos las manos; gobernaban diversos territorios bajo la dirección de San Pedro.

encargados del gobierno espiritual de las diócesis.

Pues bien; los Obispos ejercen estos mismos poderes bajo la autoridad del Papa. Ordenan sacerdotes, confirman y se ocupan en el gobierno de un territorio llamado diócesis.

Vienen obligados a dar cuenta de su gestión al Sumo Pontífice.

El Obispo es el maestro y el responsable de la enseñanza de la fe en toda su diócesis. Pesa sobre él la vigilancia del rebaño.

La palabra «Obispo» viene, en efecto, de un vocablo griego que significa guardián, inspector, vigilante.

Están bajo sus órdenes los Párrocos...

Los Obispos deben ocuparse en los negocios espirituales de sus diócesis. Son auxiliados en esta tarea por los Párrocos, los cuales desempeñan la misión de administrar los Sacramentos al pueblo y de predicar la palabra de Dios.

que trabajan en las Parroquias.

El territorio confiado al cuidado del Párroco se llama «Parroquia».

Si la carga es demasiado pesada, el Obispo le envía, en calidad de auxiliares, a los coadjutores, que trabajan bajo su dirección.

Reléase y bórrese. Escríbase de nuevo: Jesucristo, cabeza invisible.

El Papa.
Los Obispos.
Los Sacerdotes.
Los fieles.

Fijáos ahora en la lista de nombres que hemos escrito al principio:

Jesucristo, el Papa, los Obispos, los sacerdotes, los fieles.

En el Catecismo se os pregunta: ¿qué se requiere para que sean legítimos los pastores de la Iglesia?

Se requiere que los Obispos dependan del Papa y los Párrocos de los Obispos.

Si en una parroquia, por ejemplo, se hallase un Párroco no sometido a su Obispo, no sería una pastor legítimo.

De semejante modo, si un Obispo no estuviese en unión con el Papa, dejaría de ser un pastor legítimo.

Un abismo separa de Jesucristo cuando falta un eslabón en la cadena.

Es, pues, necesario que no haya solución de continuidad. El Papa, los Obispos y los Párrocos son los distintos eslabones que nos unen a Nuestro Señor.

Bórrese.

Dos palabras más para deciros dónde se encuentra el depósito de las verdades enseñadas por la Iglesia: se encuentra en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

La Sagrada Escritura o Biblia contiene el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, integrado por los Evangelios, los Hechos y Cartas de los Apóstoles y el Apocalipsis.

Es conveniente insistir en los Evangelios.

(Adviértase que los Apóstoles derramaron su sangre para atestiguar la verdad del Evangelio y que, tras ellos, millares de cristianos no repararon en hacer lo mismo.
Los Evangelios son, pues, indiscutibles.)

La Biblia es el libro por excelencia.

Contiene las relaciones entre Dios y el pueblo escogido, o sea el pueblo judío, desde la creación hasta Nuestro Señor.

Los Evangelios son la narración de los hechos relativos a Nuestro Señor Jesucristo y de la doctrina enseñada por Él al mundo. Los Hechos de los Apóstoles, continuación natural de los Evangelios, narran la actuación de los Apóstoles y el desarrollo de la Iglesia primitiva. Las Cartas son misivas de los Apóstoles repletas de doctrina y de saludables consejos. El Apocalipsis es un libro profético, no exento de misterio.

La Tradición es la palabra de Dios no escrita, sino transmitida hasta nosotros por medio de los Apóstoles y sus sucesores.

Un ejemplo:

En una familia hay documentos, cartas, escrituras, etc.

Hay, además, los relatos de los abuelos, recuerdos, cuadros, objetos de arte, muebles, etc.

Pues bien: documentos de la familia de la Iglesia son el Antiguo Testamento y en especial los Evangelios.

Una serie de recuerdos se encuentra en la Tradición.

Al terminar hago hincapié en la idea de que la Iglesia no puede engañarse cuando enseña la verdad religiosa, puesto que Jesucristo prometió estar con Ella hasta el fin de los siglos.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XVII

Objeto de la lección: **Los Fieles de la Iglesia**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Este capítulo comienza estableciendo una distinción entre el verdadero fiel de la Iglesia y el simple bautizado que ha dejado de practicar. Esta distinción es necesaria desde el principio de la lección. Todos los deberes de que vamos a hablar son practicados por aquellos que tienen interés en ser buenos cristianos.

Esos deberes tienen por objeto: 1.° el respeto y la obediencia a los Pastores; 2.° la asistencia material a los mismos.

La idea que explica estos deberes es la siguiente: Los Pastores son los representantes de Jesucristo. El que obedece, respeta y ayuda a un pastor, obedece, respeta y ayuda a Nuestro Señor Jesucristo.

Hecha esta observación, la explicación de dichos deberes resulta facilísima, siendo conveniente que a tenor de las circunstancias se haga mayor o menor hincapié en tal o cual deber.

El Catecismo habla del dinero destinado al culto. Este impuesto religioso es justo del todo, imponiéndose aquí la comparación con los tributos civiles que, por ser muy sencilla, no necesita de prolijas explicaciones para que la entiendan los niños. Como éstos poseen, por otra parte, el sentido de la justicia, admitirán sin reparo alguno los argumentos que les proponga el catequista.

La nomenclatura de los que están fuera de la Iglesia es cuestión de memoria; y la distinción entre infiel, hereje, cismático, excomulgado y apóstata es de fácil compresión.

La explicación de la máxima: «Fuera de la Iglesia no hay salvación» es más bien propia de un catecismo de perseverancia, bastándonos a nosotros unas pocas palabras sobre la misma.

B) División de tema

1.° Enumeración de los Pastores de la Iglesia.

2.° Quiénes reciben el nombre de fieles.

3.° Deberes del verdadero fiel:
- Creer.
- Obedecer.
- Practicar.

4.° Deberes de los fieles respecto a sus Pastores:
- Respeto.
- Obediencia.
- Ayuda material.
- Defensa.

5.° Nomenclatura de los que están fuera de la Iglesia:
- Infieles.
- Herejes.
- Cismáticos.
- Apóstatas.
- Excomulgados.

6.° Breve explicación de la frase: «Fuera de la Iglesia no hay salvación.»

c) Método que debe seguirse para desarrollar esta materia con vistas al aprovechamiento de los alumnos.

Al abordar este tema, debemos abrigar el propósito de poner de manifiesto la admirable unidad que rige en la Iglesia. Fieles, pastores, somos los eslabones de una

cadena que nos une a Jesucristo. Esta idea se ha de repetir bajo distintas formas, por ser necesaria y porque enseña el conjunto de nuestros deberes hacia los pastores legítimos. Ved ahí por qué, desde el principio de la lección, recomendamos que se escriban en la pizarra los nombres de los pastores que en la jerarquía de la Iglesia nos elevan hasta Nuestro Señor.

Mirando a la pizarra, observamos que será de suma utilidad explicar el último grado de los pastores por razón del contacto continuo que los fieles tienen con los sacerdotes. Si no quisiéramos seguir, pues, el orden del Catecismo, podríamos limitarnos a repetir aquí los deberes de los fieles hacia sus sacerdotes; y para hacer comprender mejor esos deberes sería muy indicado hablar del sacerdocio.

Ved ahí, en este caso, el plan que proponemos. Plática sobre los sacerdotes, auxiliares de los Obispos. Cómo se llega a ser sacerdote. La vocación, el Seminario, los grados que conducen al sacerdocio: Tonsura, Ordenes menores, Ordenes mayores: subdiaconado, diaconado, presbiterado. Dos palabras sobre la ordenación. Misión de los sacerdotes; diversos puestos ocupados por los sacerdotes; biografía de un sacerdote, v. gr., de San José Oriol.

Se puede hablar de los deberes propios de los fieles en esta instrucción sobre el sacerdocio.

También puede seguirse el orden del Catecismo; en este caso, recomendamos que se insista mucho en las ideas siguientes: Los fieles pueden tener la seguridad de que están unidos con Cristo mientras permanezcan unidos a sus Pastores. El que permanece unido con Cristo no puede perecer.

Para hacer palpable la doctrina, se puede echar mano de esta imagen: En el navío que atraviesa el océano es preciso someterse en todo a las órdenes del capitán, así en tiempo de calma como cuando arrecia la tormenta. La explicación de este ejemplo contribuirá a aclarar esta respuesta del Catecismo: Para ser un verdadera fiel de la Iglesia es preciso creer lo que Ella enseña, practicar lo que Ella manda y recibir los Sacramentos.

Los deberes de respeto, obediencia y asistencia a los pastores se comprenderán mejor si se repite a menudo que, desde el punto de vista espiritual, los pastores son nuestros padres. Nuestros deberes hacia ellos son, pues, los de un hijo para con sus padres.

D) Frases para meditar

«El que os escucha a vosotros, me escucha a mí; y el que os desprecia a vosotros, a mí me desprecia.» (Luc. X, 16.)

Si alguno no oyere a la Iglesia, tenle como por gentil y publicano.» (Mat. XVIII, 17.)

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas suya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Doy gracias a Dios por haberme dado el título de fiel de la Iglesia.

¡Cuántas almas no tienen ni tendrán semejante dicha!

He de conservar con sumo cuidado ese hermoso título que un día me abrirá las puertas del cielo.

El hijo ama a su familia, su casa, a sus padres. Yo

amo a la Iglesia, que es la nave que nos conduce al reino de Dios. Amo a mis superiores espirituales: al Papa representante de Nuestro Señor; al Obispo, sucesor de los Apóstoles; y a los sacerdotes, auxiliares de los Obispos.

Como ruego por mi padre y por mi madre, rogaré también por mis superiores espirituales, especialmente por los sacerdotes a quienes conozco más porque me atienden de una manera más directa.

Cuando sea mayor, seguiré sin réplica las instrucciones de los Obispos y acogeré con gran respeto las palabras del Papa. Detrás del Sacerdote, del Obispo y del Papa veo a Nuestro Señor Jesucristo.

Dios mío, os hago orando esta promesa: Respetaré toda mi vida a los Sacerdotes, a los Obispos y al Papa, y como un hijo obedeceré sus mandatos. Me esmeraré en asistirles como asiste un hijo a sus padres, y los defenderé si alguna vez se los ataca en mi presencia.

María, Reina del Clero, bendice mis resoluciones.

B) Formación en la piedad

Como en la práctica los deberes de los fieles miran primeramente a los sacerdotes, quienes mantienen con ellos un mayor contacto cotidiano, encarecemos que se insista sobre este punto particular del presente capítulo.

Esto no resulta en perjuicio de las restantes partes de la lección, antes al contrario: bien penetrada de dichos deberes el alma del niño, se hará mejor cargo de las demás obligaciones concernientes a los Obispos y al Papa.

Es indudable que al hablar a los niños acerca de los sacerdotes a quienes conocen, cuyas instrucciones escuchan, cuyos gestos tienen a la vista, les atraerá mucho más la atención que cualquier referencia a los Obispos o al Papa, que para ellos son personajes poco menos que desconocidos.

Recomendamos a los catequistas que, desde un principio, describan ante su pequeño auditorio la persona del sacerdote; y nos permitimos indicarles que les será de mucha utilidad inspirarse en el hermoso capítulo de San Juan Vianney: «Catecismo sobre el sacerdote», inserto en el libro *Espíritu del Párroco de Ars*.

«¿Qué es — pregunta — un sacerdote? Un hombre que ocupa el lugar de Dios, un hombre que está investido de los poderes de Dios. Ve — dice Nuestro Señor al sacerdote —; como el Padre me ha enviado, así te envío yo a ti... Me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Ve, pues; instruye a todos los pueblos... El que te escucha a ti, a mí me escucha; el que te desprecia, a mí me desprecia.

»Cuando el sacerdote perdona los pecados, no dice: «Dios te perdona», sino: «Yo te absuelvo.» En la Consagración no dice: «Esto es el Cuerpo de Nuestro Señor», sino. «Esto es mi Cuerpo.»

»San Bernardo dice que todo nos viene por María. También puede decirse que todo nos viene por el sacerdote. Sí, por él nos vienen todas las gracias, toda dicha, todo don celestial.

»Si no tuviéramos el sacramento del Orden, no tendríamos a Nuestro Señor. ¿Quién le ha encerrado allí, en el interior del Sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma a su entrada al mundo? El sacerdote.» (1).

Este capítulo, cuya lectura íntegra recomendamos, puede ser utilizado por los catequistas como tema de meditación preparatoria a la clase de catecismo.

¡Cuán sólida y convincente sería la palabra del catequista si a cada una de sus explicaciones precediera un rato de meditación! ¡Cuán otro sería su rendimiento, cuán copioso el fruto que se recogería!

A este fin creemos también oportuno transcribir el siguiente pasaje de la *Imitación de Cristo* donde se habla de la dignidad del sacerdocio:

«El sacerdote vestido de las sagradas vestiduras tiene

(1) Monnin: Obra cit.

el lugar de Cristo para rogar humilde y devotamente a Dios por sí y por todo el pueblo. Ante sí en la casulla trae la cruz, porque mire con cuidado las pisadas de Cristo y estudie de seguirle con fervor.

»Detrás también está señalado de la cruz, porque sufra con paciencia por amor de Dios cualquier adversidad o daño que otros le hicieren.

»La cruz lleva delante, porque llore sus pecados, y detrás la lleva, porque llore por compasión los ajenos, y sepa que es mediadero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni de ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar gracia y misericordia.

»Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios y alegra a los ángeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, y da reposo a los difuntos, y hácese participonero de todos los bienes» (1).

Descrita ya la persona del sacerdote, pasemos a hablar de nuestros deberes para con ellos que se infieren naturalmente de cuanto acabamos de decir.

Prácticas

Como adecuadas a nuestros deberes de fieles sugerimos las prácticas siguientes:

1.° Saludar a los sacerdotes y darles otras muestras de respeto.

2.° Rogar todos los días por ellos y por la obra de las vocaciones al sacerdocio.

3.° Defenderlos cuando se les ataque, y no leer los periódicos en que se les zahiere.

4.° Contribuir a su sustento aportando nuestro óbolo a las colectas destinadas al culto y al clero.

En esta parte consagrada a la formación piadosa podemos dar las primeras llamadas en orden a suscitar unas vocaciones que, a lo mejor, están latentes y sólo esperan una indicación para manifestarse.

* * *

(1) *Imitación de Cristo*, Versión del Ven. P. Granada

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

N. S. Jesucristo.
El Papa.
Los Obispos.
Los Sacerdotes.
Los fieles.

Señálese la palabra: fieles

Llámanse fieles de la Iglesia los cristianos sometidos a los Pastores legítimos.

Los fieles en la Iglesia

Recordad aquella lista que escribimos en nuestra última lección y en la que aparecían los diversos grados existentes en la Iglesia católica.

Arriba de todo colocábamos a Nuestro Señor Jesucristo; debajo de El, al Papa, luego a los Obispos, después a los Sacerdotes; hoy, vamos a decir unas palabras sobre los fieles.

El conjunto de Papa, Obispos, Sacerdotes y fieles constituye la Iglesia católica.

Hemos hablado del Papa, de los Obispos y de los Sacerdotes; hoy vamos a decir unas palabras sobre los fieles.

Llámanse fieles de la Iglesia los cristianos, o sea los bautizados, porque ya sabéis que el Bautismo es el distintivo de los discípulos de Jesucristo.

Mas, para que los bautizados sean reconocidos como fieles, es preciso que guarden sumisión a los pastores legítimos.

No hay por qué insistir en la palabra «sumisión», pues comprendéis bien su sentido. Se guarda sumisión a uno cuando se le reconoce como jefe y se observan sus mandamientos.

Los cristianos fieles reconocen por

jefes a los Sacerdotes, a los Obispos y al Papa, y de este modo se mantienen unidos a Nuestro Señor Jesucristo.

Vosotros, queridos niños, vuestros padres y vuestros amigos sois fieles de la Iglesia.

Léase y bórrese.

Como supongo que tenéis presente lo que os decía desde un principio para mostraros los grados existentes en la Iglesia católica, añado: Los fieles pueden estar seguros de que están unidos a Nuestro Señor, siempre que su vínculo con El pase por los Sacerdotes, los Obispos y el Papa; pueden abrigar, asimismo, la certeza de que se encuentran en la verdad, debiendo considerar como una dicha el ser miembros de la Iglesia.

¿Ha de sentirse contento el hijo que sabe le guían sus padres? Sí; porque estando bajo su amparo no le sucederá nada malo, pues sus padres no desean sino su felicidad.

Los fieles cristianos son los hijos que la Iglesia conduce hacia Nuestro Señor.

Entendido esto, examinaremos globalmente los deberes propios de un verdadero fiel de la Iglesia.

El verdadero fiel de la Iglesia debe creer...

Ante todo debe creer.

El mismo Jesucristo lo dijo: «El que cree se salvará; mas el que no cree se condenará».

El fiel debe creer, pues, todo cuanto enseña la Iglesia.

Hemos visto que Nuestro Señor Jesucristo prometió estar siempre con su Iglesia para preservarla de todo error.

Debe creer lo que le dice el Sacerdote hablando en nombre del Obispo, quien ha sido encargado por el Papa del gobierno de una diócesis.

El que se resista a creer no podrá ser considerado como buen fiel.

debe practicar lo que manda la Iglesia...

No basta esto. Si es necesario creer, lo es, asimismo, practicar lo que manda la Iglesia. Ella ha recibido de Dios el poder de enseñar y de gobernar. Es, pues, de razón que los fieles practiquen todo cuanto les ordenan los pastores en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. «El que no oyere a la Iglesia — dice Jesús — sea tenido como un gentil.» En fin, el verdadero fiel debe emplear los medios que la Iglesia le facilita para salvarse, recibiendo, desde luego, los Santos Sacramentos.

debe recibir los Sacramentos.

Veremos después que los Sacramentos son los medios instituídos por Nuestro Señor para conferir la gracia y dar fortaleza al alma, pudiendo de este modo llegar los hombres al cielo después de haber pasado por las pruebas de la presente vida.

Uno de esos grandes medios sirve para borrar el pecado; refiérome al sacramento de la Penitencia.

Otro ofrece directamente el auxilio de Nuestro Señor presente en la Eucaristía; otro da el Espíritu Santo, etc. Es evidente que el buen cristiano, el verdadero fiel, debe recibir esos Sacramentos.

Reléase; bórrense las palabras más importantes:

creer, practicar, recibir,

Creer, practicar, recibir; tales son los deberes propios del fiel de la Iglesia.

Una comparación os hará compren-

y hágase completar la frase.

der mejor y resumir esos deberes.

Un hombre quiere trasladarse a un país lejano, y para esto le es preciso atravesar el Océano. Se presenta al capitán del navío y le pregunta qué ha de hacer para llegar a dicho país.

El capitán le indica el día de la salida, los días que pasarán en alta mar y las condiciones del viaje.

¿Debe dar crédito el viajero a las palabras del capitán? Sí, sin duda alguna.

Embarca, pues, y el capitán da sus órdenes. Prohibe a los pasajeros acercarse a las máquinas; cuando el mar está movido, les prohibe estar en el puente, etc.

¿Hay que hacer lo que manda el capitán? Sí, puesto que todo se ordena al bien de los pasajeros.

Sobreviene una tempestad, y el capitán ordena coger los salvavidas y preparar los botes.

¿Hay que emplear los medios señalados por el que tiene derecho a mandar?

Sí; siempre y en todo momento.

Pues bien, queridos niños; ese capitán es el jefe de la Iglesia, y ese viajero es uno de vosotros.

¿Queréis llegar al cielo? Sí. Pues entonces escuchad siempre, por toda la vida lo que la Iglesia ordena.

Los deberes de que acabo de hablaros miran a los fieles y son propios de ellos. Hay otros deberes que también les incumben: son los que tienen para con sus pastores.

Deberes de los fieles para con sus Pastores:
1.º Respetarlos.

El primero de estos deberes es el respeto.

No me detengo a explicaros qué es el respeto. Os pregunto simplemente: «¿Respetáis a vuestro padre y a vuestra madre?», y me contestáis en seguida: «Sí».

Sabéis, pues, qué es el respeto: es el sentimiento que experimenta el alma en presencia de un superior, a quien ama.

Pues bien, queridos niños: vosotros debéis respeto a los Sacerdotes, a vuestro Obispo y al Papa, quienes representan a Nuestro Señor Jesucristo.

2.º Obedecerles.

Debéis también obedecerles. Y la razón es siempre la misma: obedeciendo a ellos, obedecéis al mismo Dios.

Escuchad lo que Jesucristo dijo a sus Apóstoles: «El que os escucha a vosotros, a mí me escucha; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia».

3.º Asistirles.

En tercer lugar, debéis asistirles, esto es, ayudarles, procurándoles, según vuestros medios, lo indispensable al mantenimiento del culto divino y de sus ministros.

En otro tiempo cuidaba de ese mantenimiento el Estado, por cuanto, habiéndose incautado indebidamente de los bienes de la Iglesia, se había comprometido a sostener el culto y a atender al sustento de los sacerdotes.

Pero posteriormente el Estado faltó en todo o en parte a sus compromisos, y los ministros de Dios comenzaron a carecer de recursos.

Y, no obstante, es justo que, pues-

to que se emplean en la salvación de las almas, tengan de qué vivir. Así lo han comprendido los fieles, y por esto proveen a esas necesidades contribuyendo a las colectas o subscripciones en favor del culto y del clero. Es un deber de justicia.

Cuando seréis mayores, deberéis acordaros del cumplimiento de tan sagrada obligación.

El que es pobre dé poco; el que es rico debe dar según los medios de que disponga.

4.o Defenderlos.

Finalmente, he de señalaros otro deber muy importante en nuestros días: el de defender a la Iglesia, al Papa, a los Obispos y a los Sacerdotes.

Reléase:

Deberes de los fieles para con sus Pastores:
Respetarlos.
Obedecerles.
Asistirles.
Defenderlos.

Es el deber propio de un hijo para con su padre o su madre. Cuando es atacada la madre, su hijo viene obligado a defenderla. Vosotros sois hijos de la Iglesia; defendedla, pues, cuando la veáis atacada en la persona de los Sacerdotes, de su Obispo o del Papa.

Defendedla, asimismo, cuando la veáis escarnecida por los periódicos malos, y, sobre todo, guardáos de pasaros al enemigo adquiriendo periódicos, libros o folletos impíos.

Bórrense las palabras:

respetarlos, obedecerles, asistirles, defenderlos,

y hágase completar la frase.

Estad orgullosos de ser católicos, o sea, hijos de la Iglesia romana.

No me resta sino decir dos palabras sobre los que están fuera de la Iglesia.

Lo primero que se requiere para ser fiel a la Iglesia, es estar bautizado y creer en Nuestro Señor.

Escríbase:

Síguese de esto, que los que no

Están fuera de la Iglesia:
los infieles

han recibido el Bautismo ni creen en Nuestro Señor están fuera de la Iglesia. Tales son los infieles, los gentiles, los mahometanos.

Muchos están bautizados y creen en Nuestro Señor, pero se niegan a admitir una o varias de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia. Obrando así se colocan fuera de ella y reciben el nombre de «herejes»: tales son, por ejemplo, los protestantes.

los herejes

Hay quienes no quieren reconocer a sus Pastores legítimos: son los llamados «cismáticos», que voluntariamente se separan de la Iglesia.

los cismáticos

Otros, después de haber pertenecido a la Iglesia, han renegado, ¡ay!, de su fe y se han convertido en apóstatas, siendo unos desertores.

los apóstatas

Esos desdichados se han colocado voluntariamente fuera de la Iglesia.

En fin, existe aún otra categoría de hombres: los excomulgados, a quienes la Iglesia arroja de su seno a causa de sus delitos, no reconociéndolos como hijos por haberse hecho indignos de ese nombre.

los excomulgados

Reléase

Contemplemos la lista de los desgraciados que se hallan fuera de la Iglesia. ¿Podrán esos desgraciados ir al cielo?

Se lee en el Catecismo: «Fuera de la iglesia no hay salvación».

Lo cual quiere decir, que los que voluntariamente permanecen fuera de la Iglesia por su culpa no pueden ir al cielo.

Pero el que, habiendo sido bautizano, no conoce la Iglesia verdadera sin

que haya en esto culpa de su parte, puede esperar ir al cielo. Desde luego, van al cielo los hijos de los herejes y cismáticos que, estando debidamente bautizados, mueren antes de haber llegado al uso de razón.

Pueden también salvarse las personas mayores que, habiendo sido educadas en el cisma o en la herejía, no se han adherido de su voluntad al error y se mantienen en estado de gracia.

Termínese rezando una oración por la unidad de la Iglesia.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XVIII

Objeto de la lección: **La Comunión de los Santos**

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

Las ideas contenidas en esta lección son muy sencillas, pero resultan algo arduas por la obligación de condensar en unas pocas líneas la doctrina teológica.

La labor del maestro consistirá, pues, en desglosar las ideas madres, presentándolas llanamente, de suerte que el niño pueda sacar de la presente lección una noción clara de dicho dogma.

El catequista subrayará las palabras que necesiten definición y podrá interrumpir la lección de memoria para hacer repetir la explicación dada.

B) Método que debe seguirse

Para lograr que se entienda bien la Comunión de los Santos, la idea más sencilla y a la vez más exacta es la de la familia. Todos nosotros formamos una dilatada familia, que tiene una sola cabeza: Nuestro Señor. Muchos de sus miembros nos han dejado y han conseguido su fin, o sea el Cielo; otros se hallan en la vía que conduce al mismo, esto es, en el Purgatorio; otros, finalmente, se encuentran combatiendo aún en la tierra, sin que esto suponga desunión en la familia. Entre esos miembros existe fácil comunicación, ayuda, protección, socorro.

Como en las familias de la tierra, hay también bienes en esa familia; bienes inagotables y al alcance de todos. ¿Cómo hay que servirse de esos bienes para el mayor provecho propio y de la comunidad? ¿Cómo podemos enriquecer a las personas que amamos? ¿Cómo podemos hacer algún bien a los seres que nos fueron queridos? Tales son los puntos que hay que examinar.

Presentado de este modo, el tema no es árido, antes se comprende fácilmente y reviste mucha actualidad. Las respuestas del Catecismo adquieren un sentido enteramente distinto y la lección tiene su trascendencia en la práctica.

D) División del tema

1.° Qué debe entenderse por la palabra «Comunión».

a) Sentido de la palabra.
b) Definición: la numerosa familia constituída por:
- los que están en el Cielo;
- los que están en el Purgatorio;
- los que están en la tierra.

2.° La unión de todos los miembros.

3.° Diferencias entre ellos.

Comparación con los miembros de una familia de la tierra.
Padre, hijos, abuelos.
Impotencia de las almas del Purgatorio: Iglesia paciente. Estado de los justos del Cielo: Iglesia triunfante.
Poder de los fieles en la tierra: Iglesia militante.

4.° Bienes de la gran familia espiritual:

a) Adquiridos por Nuestro Señor Jesucristo.

b) Por la Virgen Santísima.

c) Por nosotros mismos.

5.° Nuestras relaciones
- con los justos del Cielo:
- con las almas del Purgatorio:
- con los que viven en la tierra.

Acá abajo podemos pagar las deudas ajenas, echando mano de los bienes adquiridos con nuestros méritos y nuestras oraciones.

Resoluciones: Ofrecer oraciones y sacrificios.

D) Comparaciones

1.° La familia, cuyos miembros viven en común y poseen bienes comunes.

2.° Una sociedad que concede unas mismas ventajas a todos sus miembros, completando lo que falta a unos con lo que otros poseen en abundancia.

E) Algunos textos de San Pablo que el catequista podrá meditar con mucho provecho

San Pablo comienza por establecer la unidad del cuerpo místico de la Iglesia a pesar de la pluralidad de los miembros que la integran: «Así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros» (1).

«Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros» (2).

«Pero Dios ha puesto tal orden en todo el cuerpo... a fin de que no haya cisma en el cuerpo, antes tengan los miembros la misma solicitud unos de otros. Por donde, si un miembro padece, todos los miembros se compadecen;

(1) Rom. XII, 5.
(2) I Cor. XII, 27.

y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan en él» (1)).

Estos miembros oran los unos por los otros. El propio San Pablo habla de su oración a Dios en favor de sus hermanos, y pide para sí el socorro de las oraciones hechas por los fieles: «Haciendo en todo tiempo con espíritu continuas oraciones y plegarias; y velando para lo mismo con todo empeño, y orando por todos los santos y por mí también» (2).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante, Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

He estudiado los capítulos relativos a la Iglesia, y he visto que ésta tiene una cabeza invisible: Nuestro Señor Jesucristo. Pero esta sociedad visible, con su cabeza también visible — el Papa —, con los Obispos, los Sacerdotes y los fieles, no es sino una parte de las almas que están agrupadas alrededor de Jesucristo. Las almas que gozan de la visión de Dios en el Cielo y las que esperan el momento de la liberación en el Purgatorio forman parte de esa familia.

Mi familia espiritual se halla a la vez en la tierra, en el Purgatorio y en el Cielo.

(1) I Cor. XII, 25-27.
(2) Efes. VI, 18, 19.

Tres grupos por ahora; más tarde, al fin del mundo, solamente habrá el grupo del Cielo.

¡Qué dicha para mí la de formar parte de esa familia! Prometo dar gracias a Dios por este favor, diciéndole con cariño todos los días: «Padre nuestro, que estás en los Cielos.

Repito en voz baja esta oración dirigida a la Cabeza invisible de nuestra familia.

(Hágase rezar tres veces despacio: «Padre nuestro, que estás en los cielos».)

Mi familia espiritual es rica a los ojos de Dios. Jesús adquirió infinitas riquezas, y la Virgen Santísima y los Santos aportaron gran cantidad de bienes. Poseemos un tesoro. Puedo trabajar por aumentarlo; un sacrificio, una oración, un buen pensamiento, todo esto puede trocarse en riqueza espiritual.

Estoy pensando en el sacrificio que quiero hacer y en la oración que rezaré. No quiero estar ocioso como el holgazán, ni esconder mi dinero como el avariento, antes quiero emplearlo en libertar a las almas del Purgatorio. Ellas nada pueden hacer por sí mismas; esperan nuestro socorro. Pediré a los Santos que me ayuden, puesto que son ricos y poderosos.

Rogaré por mis padres, por mis amigos y por todos cuantos se interesan por mí.

Propósito. — Quiero rogar por las almas del Purgatorio; rezaré por ellas cada día un *Padrenuestro.*

Me comprometo a hacer sacrificios para adquirir méritos, que ofrezco desde ahora por los familiares con quienes vivo.

Hecho este propósito, déjese reflexionar unos momentos para que el niño determine qué sacrificio se propone hacer.

B) Formación en la piedad

En la plática de formación en la piedad puede utilizarse el Evangelio para poner de relieve la idea de la numerosa familia espiritual.

La idea que fluye del Evangelio es ésta: Los hombres que se agrupan en torno de Cristo y creen en sus palabras constituyen el reino de Dios. Todos tienen en el Cielo un Padre que les ama y a quien dirigen la misma oración: «Padre nuestro, que estás en los cielos» (1), indicándonos Nuestro Señor la mejor manera de permanecer hijos de Dios: A fin de que seáis hijos del Padre que está en el Cielo (2). Entre todos los servidores de Dios existen relaciones, y los mismos ángeles no se muestran indiferentes a la conversión de los pecadores: «Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles del cielo por un pecador que haga penitencia» (3).

Esta idea aparece más manifiesta en los textos de San Pablo.

Partiendo de ella se llega rápidamente a la práctica y se pone empeño en dar a conocer:

1.° Nuestros bienes familiares; 2.° los medios para adquirirlos; 3.° el modo de emplearlos.

Nuestros bienes familiares. — Ponemos en primer lugar el santo sacrificio de la Misa. Esta lección tendrá por objeto animar a los niños a aprovecharse de este tesoro y a hacer mayor aprecio de él. ¡Cuántos desconocen tamaño beneficio!

Díganse unas palabras sobre:

a) *Los méritos de Nuestro Señor* que los niños ya conocen; los méritos adquiridos durante toda su vida desde el primer instante hasta el postrero; los méritos de su Pasión y muerte.

b) *Los méritos de la Virgen Santísima.* — En pocas palabras demuéstrese que la Virgen estuvo sufriendo desde el nacimiento hasta la muerte de Jesucristo.

(1) Luc. XI, 2.
(2) Mat. VI, 45.
(3) Luc. XV, 10.

c) *Los méritos de los Santos.* — Escójase aquí algunos ejemplos de Santos que sean conocidos o venerados en la Parroquia.

Medios para adquirirlos: la oración, el sacrificio, el deber cumplido. Las comparaciones son aquí fáciles: el deber es compensado con el mérito; a cambio del sacrificio por Dios, la moneda espiritual. Tenemos abierta allá arriba una cuenta corriente; poseemos un banco, una caja de ahorros, no quedando sin recompensa cualquier trabajo nuestro.

Exhortar a los niños a que sean buenos obreros de Nuestro Señor, y explicadles que hay unos artífices — los religiosos y las religiosas — que presentan a Dios obras maestras, adquiriendo así, para ellos y para toda la familia copiosos tesoros espirituales.

Esta será la ocasión de ensalzar la labor invisible, pero muy real de las Ordenes contemplativas o consagradas a la penitencia.

No os descuidéis de hacer hincapié en este punto, que el común de la gente desconoce demasiado.

Haced prometer a los niños que se dedicarán a adquirir méritos, indicándoles en particular algunas buenas obras y algunos pequeños sacrificios.

Modo de emplear los bienes espirituales. — Como se atesora pensando en el porvenir, también hay que atesorar pensando en el más allá. La comparación con las riquezas temporales sigue siendo exacta; con lo que ganamos podemos pagar nuestras deudas y las deudas de los demás. Tenemos en el Purgatorio parientes y amigos que reclaman; paguemos por ellos. Con pocas palabras es fácil indicar el deplorable estado de aquellas almas, comparándolas a los cautivos que en otro tiempo esperaban el rescate para gozar de libertad.

Un detalle que tiene su importancia: advertid a los niños que, si quieren, pueden llegar a ser muy ricos a

los ojos de Dios, por cuanto Dios se complace en amar y atender a los pequeñuelos. Aprovéchese de su situación privilegiada, y rueguen por sus padres y hermanos. Cuando se confiesen, el sacerdote podrá recordarles ese deber piadoso.

Termínese con una oración.

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA

La Comunión de los Santos

Cuando rezáis el *Credo* decís: «Creo en la Comunión de los Santos». Claro está, que al decir esto, no queréis significar que los Santos reciban la Sagrada Comunión en el cielo.

Escríbase:

Comunión: unión común.

Escribo en la pizarra la palabra «Comunión», y os hago fijar en su significado. *Comunión* quiere decir *unión común.*

Bórrese y escríbase:

La Comunión de los Santos..

Ved, pues, como se define la Comunión de los Santos: Todos los Santos constituyen una dilatada familia, existiendo entre ellos una unión común.

¿Quienes vienen comprendidos en la palabra «Santos», que yo subrayo?

Todos los que componen la Iglesia del cielo, esto es: la Virgen, los Angeles y los Santos y Santas.

Todos los que esperan el cielo desde el Purgatorio y todos los que en la tierra luchan por merecer el cielo.

Quedan excluídos de esta unión los que están fuera de la Iglesia.

Entre todos estos seres, como entre todos los miembros de una mis-

es una unión espiritual...

ma familia, existe una verdadera unión. no de cuerpos, sino de almas, y, en consecuencia, espiritual.

entre todos los miembros de la Iglesia.

Escribamos, pues, como se lee en nuestro Catecismo: La Comunión de los Santos es la unión espiritual entre todos los miembros de la Iglesia.

Quiero que os penetréis bien de lo que es la Comunión de los Santos.

Al principio os señalaba en la familia de la tierra las personas del abuelo y de la abuela, que a causa de su debilidad no pueden valerse y necesitan de ayuda.

Estos miembros son: la Iglesia paciente...

En la numerosa familia de los santos fijáos en las almas del Purgatorio que constituyen la llamada *Iglesia paciente.*

Esas almas nada pueden por sí mismas: son impotentes, y ha pasado por ellas el tiempo de merecer.

Fijáos, asimismo, en los fieles de la Iglesia que trabajan por ganar el cielo, a la manera que los hijos de una familia de la tierra que se afanan por procurarse una buena posición. Luchan y pelean para merecer el Cielo. Se hallan en estado de prueba, y se esfuerzan por adquirir riquezas espirituales.

la Iglesia militante...

Constituyen la llamada *Iglesia militante,* siendo unos soldados que están combatiendo o, si lo preferís, unos alumnos que trabajan para situarse el día de mañana.

Llegamos, por fin, a los miembros de la Iglesia que tienen ya una posición segura, como se dice del padre y de la madre de la familia. Esos

y la Iglesia triunfante.

miembros constituyen la *Iglesia triunfante.*

Esta consta de todos los santos del Cielo que descansan después de haber ganado en reñida lucha la felicidad eterna. Son muy poderosos.

Reléase; bórrense las palabras más importantes; hágase completar y pásese a la idea siguiente.

¿Habéis comprendido ahora, queridos niños, qué diferencia existe entre todos esos miembros de la Iglesia?

Pongamos un ejemplo.

Acabo de deciros que la unión de todos los miembros de la Iglesia constituye una dilatada familia. ¿Son todos iguales esos miembros? ¿Tienen todos el mismo poder?

Examinemos una familia que conste de muchas personas. Noto que hay un abuelo y una abuela, quienes por ser ancianos y enfermizos no pueden trabajar y necesitan de ayuda.

Esos dos miembros de la familia son, pues, incapaces de valerse y de ayudar a los demás.

Ved ahí a los hijos: cuatro hermosas cabecitas, algo desgrañadas, que van a la escuela. Esos hijos trabajan por saber alguna cosa, pero todavía no se ganan el sustento. Esperan ganar dinero algún día; mas por ahora están bajo el cuidado de sus padres.

Hay, finalmente, el padre y la madre. Estos se hallan bien situados. Trabajan todo el día ocupados en un buen negocio, y ganan mucho dinero.

Estos últimos miembros difieren, pues, de los demás.

Pues bien: si en esta familia notáis grandes diferencias, también las echaréis de ver en la inmensa fami-

lia llamada «Unión de los Santos» o «Comunión de los Santos».

¿Cómo está compuesta esta numerosa familia llamada «Comunión de los Santos»? Releamos todos juntos antes de borrar: «La Comunión de los Santos es la unión espiritual entre todos los miembros de la Iglesia paciente, la Iglesia militante y la Iglesia triunfante».

Escríbase:

La numerosa familia de Jesucristo posee bienes...

¿Posee bienes esta dilatada familia espiritual?

Sí; podemos escribir: La numerosa familia de Jesucristo posee bienes.

Fijáos en lo que sucede en una familia. El padre trabaja y gana dinero, así como la madre. Los hijos más crecidos también comienzan a ganar algo. Pedro los abuelitos, llenos ya de achaques, no pueden ocuparse en nada.

Ese dinero sirve para el sustento de la familia entera. Cada uno se aprovecha, y aun queda un remanente que constituye el fondo de reserva: es la riqueza de la familia.

adquiridos por Jesucristo...

Haced la aplicación: la numerosa familia de Jesucristo ha acumulado un tesoro como la familia de la tierra.

Vais a ver cómo.

¿Quién es la suprema cabeza de la Iglesia?

Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué hizo durante su vida mortal?

Mereció. Allegó un inmenso tesoro de merecimientos infinitos o riquezas espirituales. No los necesitaba para sí, puesto que es Dios. Reservó,

pues, esas riquezas y las legó a los miembros de su familia.

por la Virgen Santísima y los Santos...

La Virgen Santísima y los Santos vivieron también una vida llena de méritos o riquezas espirituales, puesto que, como sabéis muy bien, cuando se practica una buena obra o un sacrificio se trueca en merecimientos o riquezas espirituales.

Como quiera que la vida de la Virgen Santísima y la de los Santos estuvo repleta de méritos, el tesoro de la familia experimentó notables acrecimientos.

Esos méritos pueden servir para satisfacer nuestros pecados, ya que la Virgen y los Santos los destinaron al Tesoro Común.

y también por nosotros.

También nosotros, queridos niños, cuando rezamos bien o practicamos buenas obras y sacrificios, adquirimos riquezas espirituales. Estas pueden servirnos para satisfacer por nuestros pecados; mas, si no tenemos deudas contraídas por causa del pecado, dichas riquezas quedan a nuestra disposición, a la manera que el dinero ganado por los miembros de la familia es destinado a fondo de reserva.

Reléase y bórrese.

Vamos a estudiar ahora las *relaciones posibles* entre los miembros de esa dilatada familia; ora entre nosotros y los Santos, ora entre nosotros y las almas del purgatorio, ora entre los fieles de la tierra.

En la familia de la tierra mantenemos diversas relaciones mediante la palabra, las visitas y la correspondencia epistolar.

Nosotros mantenemos relaciones con los Santos del cielo por medio de la oración...

Ahora bien: nosotros podemos hablar con los Santos y establecer correspondencia con ellos por medio de la oración. Así como de palabra exponemos nuestras necesidades a los miembros de nuestra familia que puedan ayudarnos, así también podemos indicar a los Santos del cielo las cosas que necesitamos, y ellos nos socorrerán obteniéndonos de Dios toda suerte de gracias. Dios no se niega a escucharles en atención a los merecimientos por ellos acumulados durante su vida. También podemos visitarles en las Iglesias donde son venerados.

con las almas del Purgatorio, mereciendo por ellas...

Podemos, asimismo, mantener frecuentes relaciones con las almas del Purgatorio, si bien están en condición de no poder valerse de sí mismas.

En la familia terrena, el abuelito y la abuelita achacosos necesitan de ayuda. De semejante modo tienen necesidad de nuestro auxilio las almas del Purgatorio. Nosotros podemos ayudarles a salir de aquel lugar de padecimientos pagando por ellas las deudas que tienen contraídas con Dios y que no consiguieron saldar con sus buenas obras.

Nosotros rezamos, hacemos sacrificios y buenas Comuniones, mandamos celebrar Misas por ellas, y todo esto contribuye a extinguir sus deudas.

En retorno de esto, cuando esas almas ya libertadas se encuentran en el Cielo, ruegan a Dios por nosotros, sabedores de que los miembros de la

gran familia pueden ayudarse unos a otros.

y entre nosotros, los fieles, mereciendo los unos por los otros.

Finalmente, podemos establecer también relaciones espirituales entre nosotros, los fieles.

Vais a ver de qué modo.

Cuando un individuo de la familia tiene mucho dinero, si es de buenos sentimientos, distribuye de él entre sus hermanos y parientes. Con la riqueza que posee practica el bien.

De modo semejante, de la riqueza espiritual que Dios nos concede en pago de nuestras buenas obras, oraciones y sacrificios, podemos dar a los seres que nos sos caros. Si rogamos por alguno, nuestra oración redunda en beneficio de su persona; si hacemos un sacrificio y lo ofrecemos a Dios, por tal o cual persona, es esto una manera de merecer por ella.

Reléase; bórrense las palabras más importantes y hágase completar la frase.

Además, Nuestro Señor, como buen padre de familia, recoge los méritos de todos y hace que se aprovechen de ellos todos los hijos. De este modo cada uno saca provecho de las oraciones y sacrificios de los demás.

Resumiendo:

1.° Los Santos del Cielo.
Las Almas del Purgatorio.
Los fieles de la tierra,
constituyen una dilatada familia.

2.° Esta familia posee bienes adquiridos por todos sus miembros.

3.° Entre estos miembros rigen las mismas relaciones que entre los de una familia de la tierra.

Termínese haciendo rezar un Avemaría por el alma del Purgatorio más necesitada.

Hágase observar a los niños que el Avemaría es una oración muy corta; pero si es rezada por cincuenta niños a la vez, el total iguala el número de las cuentas que forman el Rosario.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

CAPITULO XIX

Objeto de la lección: **Los dos últimos artículos del Credo**

LAS POSTRIMERIAS DEL HOMBRE

I. Carnet de preparación

A) Reflexiones personales sugeridas por la atenta lectura del capítulo del Catecismo

En el Catecismo, el capítulo relativo a las postrimerías suele constar de cinco breves párrafos, que corresponden respectivamente a la Muerte, al Juicio, al Cielo, al Infierno y al Purgatorio.

En una sola explicación puede darse una idea de toda la lección; así lo hemos hecho en los veinticinco minutos de catecismo relante de la pizarra. Este modo de proceder se justifica diciendo que los niños están ya instruídos respecto a las postrimerías, habiénseles enseñado estas verdades en forma de avisos e instrucciones.

Sin embargo, también podríamos disponer de otro modo el orden de nuestras lecciones y reservar algunas clases a esta última, que es de una importancia capital. A este efecto daremos unas notas relativas a la explicación de los distintos párrafos que constituyen otras tantas meditaciones.

1.° LA MUERTE Y EL JUICIO

B) División del tema

1.° Qué es la muerte: La separación entre el alma y el cuerpo.

2.° Es cierta: nadie se escapa de ella; y es incierta cuanto a la hora y al día.

3.° La muerte no es un fin, sino un comienzo.

4.° Hemos de dar a Dios cuenta de nuestra vida. (Parábola de los talentos, MAT. XXV, 14.)

5.° El Juicio de Dios.

Forma del Juicio. Inmediatamente después de la muerte, que consiste en separarse el alma del cuerpo, el alma es juzgada, siendo alumbrada por la luz de Dios.

Objeto: todos los actos, buenos o malos serán puestos de manifiesto.

Nada escapa a los ojos de Dios. Su juicio es irrevocable.

Dos suertes: Cielo e infierno.

(Parábola del rico Epulón y Lázaro, el mendigo, LUC. XVI, 19-31.)

6.° Conclusión: La vida es preciosa, por cuanto nos permite ganar el Cielo y escapar del infierno. Tenemos la suerte en nuestras propias manos.

C) Método que debe seguirse

En la explicación de los párrafos relativos a la Muerte, al Cielo y al Infierno incurriremos sin duda en algunas repeticiones, v. gr., en conclusiones semejantes, en pasajes del Evangelio idénticos, en consejos y prácticas sobre los mismos puntos.

La repetición será aquí provechosa; lejos de evitarla, debe procurarse.

Al exponer el tema relativo a la Muerte, no debe tenderse a infundir miedo, sino a instruir. No es la muerte lo que se ha de temer, sino sus consecuencias. La muerte es natural; la fruta madura se desprende del árbol; la mies en sazón cae bajo la hoz del segador.

Es preciso morir para empezar a vivir una vida mejor. Para hacer comprender esta idea, explicad este dicho de Nuestro Señor: «Si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto.» Enciérrase aquí todo el sentido de la muerte.

Hemos de presentar a Dios una vida llena de merecimientos. Hemos mencionado el título de las parábolas que hacen manifiesta esta verdad. En temas de esta índole es donde conviene principalmente imitar a Nuestro Señor, quien refería *historias* para dar a entender dicha verdad.

Servíos, pues, de las parábolas e historietas que os hayáis procurado con vuestras lecturas.

Estas instrucciones deben revestir a veces la forma de meditación. Además del ejercicio de reflexión personal, será bueno reservar unos instantes para que se reflexione después de haber expuesto determinadas ideas.

D) Pensamientos sobre la muerte sacados de la Sagrada Escritura

«Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres, y a ser polvo tornarás» (GEN. III, 19).

«En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.» (ECCLI. VII, 40.)

«Así que, velad vosotros, ya que no sabéis ni el día ni la hora.» (MAT. XXV, 13.)

«Dichosos aquellos siervos a los cuales el amo, al venir, encuentra así velando.» (LUC. XII, 37.)

«Si el padre de familia supiera a qué hora había de venir el ladrón, estaría ciertamente velando, y no dejaría que le horadasen su casa.» (LUC. XII, 39.)

«Así, vosotros, estad siempre prevenidos; porque a la hora que menos pensáis, vendrá el Hijo del hombre.» (LUC. XII, 40.)

«La muerte se fué propagando en todos los hombres, porque todos pecaron.» (ROM. V, 12.)

«Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del heno; secóse el heno, y su flor cayó.» (I PEDR. I, 24.)

«Sabemos también, que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa: una casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente.» (II COR. V, 1.)

E) Impresión que debe darse

Después de esta instrucción, los niños estarán en condición de comprender estas hermosas palabras del santo Párroco de Ars: «La tierra es un puente para pasar de una orilla de la Eternidad a la otra, sirviendo únicamente para sostener nuestros pies» (1).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

(1) *Florecillas de Ars.*

Vivo, hablo, pienso, rezo, trabajo, me divierto; pero esta vida no durará siempre.

Sonará para mí una hora, que desconozco y que lo mismo puede estar lejos que cerca; vendrá la muerte, y mi cuerpo quedará yerto y frío.

La muerte sacará de la cárcel del cuerpo a mi alma, que comparecerá delante de Dios, el Juez supremo de quien recibió la vida.

¿Podré ocultar algo a Dios?

Pienso. Nadie conoce mi pensamiento a excepción de Dios, que lo lee en mi alma.

Dios mío, nada se te oculta. Mis actos pretéritos, mis acciones presentes, mis obras futuras te son conocidas; Tú me juzgarás acerca de todas ellas.

Pienso en los seres que me fueron queridos y que ya no existen. Cuando llegue mi hora, iré adonde marcharon ellos.

No, no temo la muerte. La muerte es el comienzo de una nueva vida, de una vida sin fin.

Deseo que esa vida sea dichosa, y al efecto tomaré las medidas encaminadas a ello: evitaré el pecado mortal que me precipitaría en el infierno; me esforzaré en que he de morir.

La vida ha de ser una preparación a la muerte, ya que ésta es el principio de la verdadera vida.

¡Dios mío, concédeme la gracia de tener una buena muerte! ¡San José, patrón de la buena muerte, ruega por mí!

B) Formación en la piedad

Para la meditación personal del catequista aconsejamos la lectura del sermón sobre la muerte escrito por Bossuet. El nos demuestra en términos incomparables lo que es la muerte y contiene algunos pasajes que, bien asimilados por la meditación, podrán ser propuestos de una manera sugestiva en nuestras modestas instrucciones.

«Contemplad en el sepulcro de Lázaro lo que es la humanidad; venid a ver en un mismo objeto el fin de vuestros proyectos y el comienzo de vuestras esperanzas; venid a ver reunidas la disolución y la renovación de vuestro ser; venid a ver el triunfo de la vida en la victoria de la muerte.»

Véase este otro pasaje:

«¿Qué viene a ser mi existencia, oh gran Dios? Entro en la vida para salir a no tardar; me doy a conocer como los demás y presto tendré que desaparecer. Todo nos conduce a la muerte; etc.»

Ved ahí las últimas líneas que poseemos de dicho sermón: «¿Qué temes, pues, alma cristiana, al ver avecinarse la muerte? Al ver que se hunde tu casa, tal vez te das cuenta de que no hay retirada posible.»

Preparado así con la debida antelación, procure el catequista arbitrar los mejores medios para hacer entrar al niño en reflexión.

A los diez o doce años la idea de la muerte no impresiona mucho el entendimiento. Será, pues, preciso esforzarse en inculcarla.

Usad de habilidad para hacer entrar al niño en reflexión.

Supongamos que tiene once años. ¿Qué hará cinco años más tarde? Trabajará, estudiará, o cursará algún aprendizaje. ¿Y después?... Será soldado. ¿Y después? Hará lo que su hermano mayor o su hermana mayor. ¿Y después? Al formular estas preguntas, el niño va recorriendo todas las edades de la vida hasta llegar a la muerte.

Aquí le habéis de explicar lo que es la muerte.

1.° La disolución, el aniquilamiento del cuerpo; 2.° una transformación.

Para el primer aserto encontraréis asertos fáciles; para el segundo podréis echar mano de símiles conocidos, v. gr., el grano de trigo, la crisálida que se transforma en mariposa.

La muerte es el principio de una vida feliz o desgraciada.

Recordad que la dicha futura es el galardón de una vida buena. La vida es, pues, un medio. A la hora de la muerte se cosecha lo que se ha sembrado de por vida. La idea madre de la vida de los Santos que San Luis traduce diciendo: «¿Qué interés ofrece este acto, esta palabra, este gesto para la eternidad?» ha de ser desarrollada aquí. Es la clave de toda la instrucción de formación religiosa.

Será, pues, oportuno insistir sobre este punto.

La plática se terminará con estas palabras del Evangelio: «¿Qué adelanta el hombre con ganar todo el mundo, si es a costa suya, y perdiéndose a sí mismo?»

El fruto práctico será: 1.° Recomendar a los niños que piensen en su muerte cuando vean un cortejo fúnebre o se enteren de la muerte de alguno.

2.° Proponer rezar todos los días una jaculatoria para obtener una buena muerte, o una invocación a San José patrono de los agonizantes.

3.° No entregarse nunca al sueño sin haber rezado de todo corazón el acto de contrición.

Finalmente, aconsejamos a los catequistas la lectura de los capítulos XXIII y XXIV del primer libro de la *Imitación de Jesucristo.*

2.° EL CIELO

1.° Existencia del cielo:
   a) Pruebas sacadas de la Escritura.
      Textos y Parábolas.
   b) La razón reclama la existencia de un Cielo.

2.° La felicidad del Cielo:
   Visión beatífica.
   El amor de Dios, supremo Bien.

   La ausencia de todo mal.
   Eternidad.

3.° Grados de felicidad.
   Guarda proporción con los merecimientos.

4.° El camino que conduce al Cielo:
   El estado de gracia.
   ¿Cómo se conserva ese estado?

C) Método que debe seguirse

El punto sobre el cual será necesario extenderse es la existencia del Cielo. ¿Es fácil de desarrollar? Sí, puesto que no ha de estudiarse con raciocinios profundos, sino más bien con relatos del santo Evangelio. Más abajo insertamos un sucinto resumen de lo que se dice acerca del Cielo en el Evangelio. Recomendamos a los catequistas que lo utilicen.

Luego que hayáis propuesto bien la primera prueba, corroboradla con el argumento de que el Cielo es necesario para premiar a los buenos, que a menudo son despreciados y sufren en la tierra. El alma del niño, ingenua y enamorada de la justicia, se hará cargo de esta prueba de orden moral.

Proponed, a continuación, la verdad de que la dicha del Cielo consiste en poseer a Dios. Esta idea ha de hacerse inteligible por medio de comparaciones caseras, que demuestren que la verdadera fecilidad no consiste en la posesión de los bienes materiales y que, en cualquier hipótesis, la felicidad de acá bajo no es nunca perfecta desde el momento que ha de terminar con la muerte.

Podéis desarrollar luego este pasaje de San Pablo: «Ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.» De este modo les haréis ver que la dicha del Cielo sobrepuja toda otra felicidad.

Algunos puntos interesantes hallarán aquí explicación satisfactoria. Nosotros conoceremos a Dios del modo que

las criaturas finitas pueden conocer al Infinito. Seremos libres, pero la vista de Dios nos impedirá desear cualquier mal. Estaremos en compañía de Jesucristo, de la Virgen, de los Angeles y de los Santos.

Los grados de gloria en el Cielo serán según la medida de nuestras virtudes y de nuestras luchas. Este último punto ha de alentar al trabajo.

La lección se terminará exponiendo los medios prácticos para vivir cristianamente.

D) Texto de la Escritura sobre el Cielo

«Vos no abandonaréis mi alma en la región de la muerte, ni dejaréis a vuestro santo sentir la corrupción. Me haréis conocer los caminos de la vida; con vuestra presencia me colmaréis de gozo; hay delicias sin fin a vuestra diestra.» (SAL. XV, 10-11.)

«Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían, y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, a la verdad, reposan en paz... Brillarán los justos como el sol, y como centellas que discurren por un cañaveral.» (SABIDURÍA, III, 1-3, 7.)

«Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria y una brillante diadema.» (SABIDURÍA V, 16-17.)

E) El Cielo en el Evangelio

Damos aquí un resumen de la doctrina sobre el Cielo contenida en el Evangelio. El catequista podrá utilizarlo, escogiendo alguno de estos textos para explicarlos a los niños.

El reino de los cielos, verdadero reino de las almas, es muy distinto de los reinos de la tierra y tiene el carácter de recompensa. «En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del Hombre se sentará en el solio de su majestad,

vosotros también os sentaréis sobre doce sillas, y juzgaréis a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá vida eterna.» (MAT. XIX, 28-29.)

Jesús predica este reino desde el principio de su vida pública, repitiendo diversas veces: «Está cerca el reino de los cielos.»

Interrumpió el Sermón de la montaña para decir: «Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos...» (MAT. V, 12.) «El que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ése será tenido por grande en el reino de los cielos... Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.» (MAT. V, 19-20.)

1.° El rico Epulón y Lázaro, el mendigo (LUCAS XIV, 19-31.)

2.° Parábola de la cizaña (MAT. XIII, 24-30.)

3.° Parábola de la red (MAT. XIII, 47.)

4.° Parábola de las bodas (MAT. XXI, 2-4.)

5.° Parábola de los talentos (MAT. XXV, 14-30.)

Jesús completa su doctrina con las parábolas. La cizaña crece juntamente con el buen grano. La red contiene toda clase de peces, pero después se hará la selección, tirando los malos y guardando los buenos. El amo pagará a cada uno según su trabajo. Parábola de los talentos, etc. Para ganar el Cielo, término de toda vida, es preciso no aficionarse a los bienes perecederos: «Haceos unas bolsas que no se echen a perder; un tesoro en el cielo que jamás se agota; adonde no llegan los ladrones, ni roe la polilla» (LUC. XII, 33.) «Cuando habrán

resucitado de entre los muertos, ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles que están en los cielos» (MARC. XII, 25.)

Jesucristo repite que su reino no es de este mundo, y afirma que al fin de los siglos el Hijo del hombre vendrá sobre las nubes para juzgar: «Venid — dice —, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo.» Al buen ladrón le promete el paraíso, y en el día de la Ascensión sube al cielo. Antes había dicho a sus Apóstoles: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas.»

En sus cartas repiten los Apóstoles esta doctrina, enseñando San Pablo que solamente los justos formarán parte de este reino, que en el Cielo se encuentran los verdaderos bienes, y que el Cielo ha de ser el objeto de nuestra esperanza.

F) IMPRESIÓN QUE DEBE DARSE

Excitar al bien con la mira puesta en el Cielo; procurar que se entienda este dicho de Santiago: «Bienaventurado aquel hombre que sufre la tentación; porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (SANT. I, 12).

* * *

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) EJERCICIO DE REFLEXIÓN

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud favorable al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Creo que después de esta vida terrena comenzará para todos una vida que no terminará jamás; cada día me acerco más a la eternidad.

He de escoger entre dos términos: o Cielo o Infierno. El Cielo es el reino de Dios; el Infierno es el desgraciado reino del demonio.

¡Cuán hermoso es el Cielo, donde reina Dios!

Admiro la tierra con sus parajes de ensueño: las playas y los llanos, los montes y los mares; admiro el cielo material, con el sol y las estrellas; pero todo esto fué hecho por Dios, y es Dios asimismo quien se nos dará en el verdadero Cielo. Allí no habrá ya lágrimas, ni muerte, ni sufrimientos, ni hambre, ni sed, ni exceso de calor, ni frío insufrible, sino únicamente gozo y una inmensa felicidad que durará siempre.

Aquí, en la tierra, sé muy pocas cosas; mas en el cielo seré muy sabio, y lo veré todo en Dios. Poco es lo que puedo en este mundo; mas en el cielo seré casi omnipotente. Ahora amo poco a Dios; mas en el cielo le amaré lo indecible, porque le veré. Viviré allí eternamente en compañía de Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen Santísima, los Santos y los Angeles, y además con muchas de las personas a quienes habré conocido y amado en esta vida.

¡Dios mío, dame tu Cielo!

Propósito. — Tú me das el Cielo como una recompensa, y yo prometo merecerlo. Evitaré el pecado mortal; procuraré hacer sacrificios; sobrellevaré las penas de esta vida y, sobre todo, comulgaré a menudo, porque el que come la carne del Hijo del hombre vivirá eternamente.

B) FORMACIÓN DE LA PIEDAD

La instrucción destinada a formar en la piedad deberá insistir principalmente sobre los medios de asegurar la salvación. El entendimiento ha quedado suficiente-

mente impresionado por las pruebas expuestas antes, y sería labor inútil volver sobre las mismas verdades. Todo el interés ha de tener, pues, por objeto a la voluntad, que es la que debe entrar en actividad. Hemos dicho que el Cielo es una recompensa, y ésto supone merecimientos. Es toda la organización de la vida cristiana lo que aquí no se debe perder de vista: sus vicisitudes le depararán la ocasión de merecer y su galardón será el Cielo. Esta instrucción puede, pues, comenzarse con el siguiente diálogo: «¿Sabéis cuál es el término definitivo de la vida?» «Cielo e Infierno». «¿Qué habéis escogido vosotros?» «El Cielo».

Atención, pues. Es preciso emplear los medios para ello, y estos medios se reducen a dos: la gracia de Dios y vuestra propia voluntad.

La gracia de Dios la tendréis siempre a vuestra disposición. El ejercicio de la voluntad depende de vosotros.

Habéis de querer seguir siempre el camino que conduce a Dios. Pero este camino es difícil, advirtiéndonos el propio Nuestro Señor que es una senda angosta. Esto significa que debéis trazaros un plan de vida cristiana y observarlo siempre y dondequiera.

Este plan puede resumirse en pocas líneas: oraciones de la mañana y de la noche bien rezadas; examen de conciencia todas las noches; confesión semanal; Comunión frecuente; asistencia a la Santa Misa; observancia de los Mandamientos de la Ley de Dios y de los Preceptos de la Iglesia; obras de misericordia; sufrimientos y trabajos aceptados como medio de ganar el Cielo; huir de las malas compañías; abstenerse de leer libros, revistas y periódicos malos, etc.

Al niño que promete observar este plan de vida cristiana se le puede asegurar el Cielo. Pero conviene desde ahora robustecer y disciplinar la propia voluntad con sacrificios cotidianos si se espera a caminar siempre por esa senda.

Ved ahí el motivo de la presente instrucción práctica, enderezada a formar religiosamente a los niños.

A los catequistas que deseen extenderse en la demostración de que el Cielo es la recompensa de una vida de sufrimientos, les recomendamos la lectura del capítulo: Catecismo sobre los sufrimientos del Párroco de Ars, insertado en el libro: Espíritu del Pároco de Ars (1).)

Mejor acaso, que todos los razonamientos, el ejemplo de los Santos obrando siempre con vistas al Cielo, constituirá una excelente lección para los niños. Escoged ejemplos sacados de la vida de algún Santo conocido por los niños. En la narración de la muerte de los mártires, la idea que se impone es la de que ellos consideraron la muerte como una liberación.

San Esteban, el primero de los mártires, ve el Cielo abierto y a Jesús esperándole. San Policarpo pide a los ángeles que le admitan en su cielo. San Ignacio sabe que su martirio le permitirá ver a Jesucristo cara a cara. La misma idea aparece en el martirio de diversos Santos.

Finalmente, para orientar a los catequistas tocante a los temas de meditación personal sobre las verdades eternas, nos permitimos señalar los siguientes capítulos de la Imitación de Jesucristo:

«Que todas las cosas se deben referir a Dios como a último fin» (LIBRO III, cap. 10).

«De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad» (LIBRO I, cap. 1).

«De la consideración de la miseria humana» (tendencia al último fin) (LIBRO I, cap. 22).

«Del pensamiento de la muerte» (LIBRO I, cap. 23).

«Del juicio y de las penas de los pecados» (LIBRO I, capítulo 24).

3.° EL INFIERNO

1.° Existencia del Infierno:
  Palabras de Nuestro Señor.
2.° Naturaleza de las penas del Infierno:
  a) Pena de daño: privación de la vista de Dios.

(1) Monnin: Obra cit.

b) Pena de sentido: fuego.

c) Presencia de los demonios: remordimientos.

3.° Eternidad de las penas del Infierno:

4.° Explicación sobre las penas del Infierno:

a) Los sufrimientos no son iguales para todos.

b) De nadie puede afirmarse que esté condenado.

Normas para hablar del Infierno:

1.° No tener reparo en hablar de él.

2.° No exagerar con el fin de espantar a los oyentes. Es un método reprobable el de pretender fundamentar la vida espiritual en el temor del Infierno.

3.° El Infierno es un hecho. Hay que advertir a los niños, del mismo modo que se advierte a un viandante la existencia de un precipicio en la senda que está próximo a recorrer.

4.° Prescíndase de las descripciones del Infierno que se encuentran en ciertos devocionarios.

5.° Déjense bien sentados los tres puntos siguientes:

a) Privación de la vista de Dios.
b) Tormento del fuego.
c) Eternidad y desesperación.

6.° Utilícese el santo Evangelio.

C) PALABRAS DE NUESTRO SEÑOR ACERCA DEL INFIERNO

Al mismo tiempo dirá a los que estarán a la izquierda: «Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles» (MAT. XXV, 41).

«Si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; pues más te vale entrar en la vida manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser precipitado al fuego eterno. Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo, sácale y tírale lejos de ti; mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno» (MAT. XVIII, 8-9).

Léase sobre todo este impresionante pasaje de San Marcos: «Si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala; más te vale entrar manco en la vida, que tener dos manos e ir al infierno, al fuego inextinguible, en donde el gusano que les roe nunca muere y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtale; más te vale entrar cojo en la vida eterna, que tener dos pies y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible, donde el gusano que les roe nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncale; más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno, donde el gusano que les roe nunca muere ni el fuego jamás se apaga» (MARC. IX, 42-47).

«Quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre su cabeza» (JUAN III, 36).

Si los niños tienen en la mano un ejemplar del Evangelio, hagámosles leer despacio estos pasajes.

El catequista se valdrá también muy útilmente de las palabras que se hayan propuesto en la instrucción acerca del Cielo. Esos relatos darán mucha vida a sus explicaciones.

1.° El rico Epulón y Lázaro, el mendigo (LUC. XIV, 19-31).

2.° Parábola de la cizaña (MAT. XIII, 24-30).

3.° Parábola de la red (MAT. XIII, 47).

4.° Parábola de las bodas (MAT. XXII, 2-14).

5.° Parábola de los talentos (MAT. XXV, 14-30).

D) Impresión que debe darse

Dar como un hecho cierto la existencia del Infierno e inspirar horror a todo lo que puede conducir a él.

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud propicia al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Estoy en la tierra como un viajero; el término de mi viaje es la muerte.

Llegará el día o la noche en que mi alma abandonará al cuerpo.

En seguida seré juzgado por Dios, a quien nada se oculta.

Todas las acciones buenas de mi vida, todas mis buenas obras, todas mis oraciones, todo el amor que haya profesado a Dios, a la Virgen y a los Santos, todo esto se trocará en la moneda espiritual que da derecho al Cielo.

Mas, por el contrario, todas las acciones malas, todos los pecados, son otras tantas deudas que separan de Dios y llevan al infierno.

El infierno es la privación de la vista de Dios.

El niño ama a su madre y siente verse separado de ella; el hombre que ha perdido la vista sufre al saberse privado de la luz del sol; el rico sufre al verse reducido a la miseria...; pero todas estas privaciones son nada comparadas con la privación de la vista de Dios.

«Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno.»

¡ Terrible sentencia !

Verse separado del Creador que nos dió la vida y que nos ama; saber que la dicha se halla solamente en Dios y tener que decirse: «Estoy separado de Dios para siempre». Ved ahí el infierno.

En la eternidad no se encuentra ninguna criatura con que consolarse de la pérdida de Dios. El alma se halla en un estado de separación que con nada se puede remediar; todos sus pensamientos son: «Me engañé», «malbaraté mi vida».

Y no es esto todo. En el Infierno hay fuego, un fuego que no se consume. Nuestro Señor lo repite muy a menudo en su Evangelio. Ser atormentado por el fuego, en compañía de los demonios y de los réprobos, y decirse: «Para siempre, siempre, siempre...», ved ahí el Infierno.

Tengo mi suerte en las manos; mi salvación depende únicamente de mí. Si quiero, me libraré del Infierno.

Propósito. — Me propongo hacer muchas obras buenas y poner cuidado en evitar el pecado mortal.

B) Formación en la piedad

Recordamos las normas que hemos dado antes para hablar del Infierno. Esas normas habrán de servir para las meditaciones personales del catequista.

La meditación seria de las postrimerías es de todo punto necesaria.

«Bajad con el pensamiento al Infierno mientras vivís — dice San Crisóstomo —, para que no os veáis obligados a bajar a él después de muertos.»

Es necesaria dicha meditación para regirse a sí mismo y también para guiar a los demás. El catequista es siempre un guía; debe, por tanto, mostrar el Infierno como término adonde conduce el pecado mortal.

«En el mundo — dice el santo Párroco de Ars — se ocultan el Cielo y el Infierno; el Cielo, porque si se conociese su hermosura se querría ir a él a toda costa, dejando al mundo en sosiego; el Infierno, porque si se

conociesen sus tormentos todos se esforzarían por librarse de caer en él, costase lo que costase» (1).

Recomendamos, pues, al catequista que se imponga mucho en estas verdades.

Más que otro cualquier estudio, le será de sumo provecho esta preparación remota.

Después de haber dejado bien sentada la existencia del Infierno sirviéndose de las mismas palabras de Nuestro Señor (textos o parábolas), y de haber insistido en el punto de que la privación de Dios constituye la pena más dura, será bueno hacer hincapié en este aserto: Dios no condena a nadie; el que cae al Infierno, cae por su propia culpa.

«No es Dios quien condena — dice el santo Párroco de Ars —, sino los propios pecados. Los condenados no acusan a Dios; acúsanse a sí mismos diciendo: He perdido a Dios, a mi alma y al Cielo por mi culpa».

La «Parábola del banquete de bodas» puede aclarar este punto. Los invitados no quisieron ir al banquete; entre los que fueron invitados después hubo uno que no quiso llevar el vestido nupcial.

Igual doctrina se encierra en la Parábola de los talentos.

El desarrollo de este punto llevará como de la mano a unos avisos prácticos, cuyo enunciado general podría ser: «Caminos que conducen al Infierno». Entre éstos sobresalen: *El abandono de la oración.* Somos hijos de Dios; cuando omitimos la oración, dejamos de hablar con El. *El abandono de la Confesión y de la Comunión. El hábito de pecar. Las malas compañías.* La separación de Dios tiene su comienzo en la tierra; el pecado grave mata la vida del alma.

Se pondrá fin a este ejercicio de formación piadosa tomando las siguientes resoluciones para librarse del Infierno:

Dirigir todos los días una oración especial a la Virgen; hacer examen de conciencia antes de acostarse; confesarse con regularidad; comulgar con frecuencia.

(1) *Florecillas de Ars*

Puede terminarse con este pensamiento: «El que come la carne de Jesucristo no puede perecer».

4.° EL PURGATORIO

1.° *Existencia del Purgatorio.*

- a) *Pruebas de la Escritura.* — Algunos textos:
  «Es un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de sus pecados» (II MAC. XII, 46).
  «Yo te aseguro que de ella no saldrás, hasta que hayas pagado el último maravedí» (LUC. XII, 59).
  «A cualquiera que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero a quien hablase contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en esta vida, ni en la otra» (MAT. XII, 32).
- b) *Argumento de la razón.* — Nada manchado puede entrar en el Cielo. Es una realidad que muchos mueren con pecados veniales.
- c) *Doctrina de la Iglesia.* — (Véase más adelante lo que decimos acerca de los sufragios por los difuntos.) Definición del Concilio de Trento.

2.° *Penas del Purgatorio:*

- a) Pena de daño.
- b) Pena de sentido.

3.° *Duración de las penas:* Variable.

4.° *Medios para aliviar a las almas:* Misa.
Oración.
Obras de misericordia.
Indulgencias.

5.° *Nuestros deberes para con las almas del Purgatorio.*

C) Método que debe seguirse

Una vez más os recomendamos que no os propongáis aterrar a los niños y que os limitéis a instruirlos. Presentad como un hecho indudable la existencia del Purgatorio, y no reparéis en afirmar que el Purgatorio es una invención de la misericordia de Dios, quien desea llevar al Cielo las almas de todos los que mueren en estado de gracia.

Al hablar de las penas del Purgatorio, no incurráis en ciertas exageraciones que resultan perjudiciales a una buena formación religiosa. Prescindid de todo lo relativo a visiones, apariciones y sucedidos; lo mejor que de ellos puede decirse es que en su mayoría han sido utilizados para impresionar saludablemente, distando mucho de ser verdaderos.

Uno de los libros que mejor exponen la doctrina de la Iglesia sobre el Purgatorio y que recomendamos a los catequistas ávidos de completar sus conocimientos religiosos es el del P. Jesús Falleti, S. M., que lleva por título: *Nuestros Difuntos*.

Si se inspiran en esta doctrina, evitarán muchas imprecisiones y darán una enseñanza sólida y provechosa.

Los puntos sobre los cuales creemos que se ha de insistir son los relativos a nuestros deberes para con los difuntos, y los medios de que podemos echar mano para favorecerles. Son éstos temas prácticos que pueden constituir el fondo de algunas instrucciones de formación piadosa.

D) La Iglesia enseña en su liturgia la existencia del Purgatorio

Puede utilizarse esta lección sobre el Purgatorio para explicar algunas de las hermosas preces litúrgicas de la

Iglesia por los difuntos e iniciar a los niños en el culto que se debe a los muertos.

Insistimos sobre este punto, porque nuestros adversarios trabajan ahincadamente en laicizar ese culto.

1.° *El entierro.* — Exponed el sentido de un entierro religioso. ¡Cuán hermosa es la oración que se canta cuando el féretro llega a las puertas de la Iglesia!: «Venid en socorro, Santos de Dios; acudid Angeles del Señor para recoger su alma, y presentarla delante del Altísimo. Recíbate Cristo que te ha llamado, y condúzcante los Angeles al seno de Abraham.

»Dadle, Señor, el descanso eterno, y que la luz eterna brille para él».

Misa de Difuntos: la Oración. — «Inclina, Señor, tu oído a nuestras súplicas con las que te pedimos humildemente tu misericordia; para que coloques en la región de la paz y de la luz el alma de tu siervo que mandaste salir de este mundo, y dispongas vaya a gozar de la compañía de tus Santos. Por Nuestro Señor Jesucristo.»

En esta oración pide la Iglesia el perdón de todos los pecados del difunto.

El Responso. — Colocándose delante del cadáver, dice el sacerdote: «No te pongas, Señor, a juzgar a tu siervo, porque ninguno llegará a ser justificado en tu presencia, a menos que le perdones todos sus pecados. No apliques, pues, te pedimos, con tanto rigor la sentencia del juicio a aquel que la verdadera súplica de la fe cristiana te recomienda, sino que con el auxilio de tu gracia merezca evitar el juicio de la venganza quien durante su vida ha sido sellado con el signo de la Santa Trinidad; Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos».

Al salir de la Iglesia. — «Condúzcante los ángeles al paraíso; a tu llegada recíbante los mártires y te acompañen a la santa ciudad de Jerusalén. Acójate el coro de los ángeles: y puedas gozar en compañía de Lázaro, pobre en otro tiempo, del reposo eterno.»

En el Cementerio, ante el sepulcro. — Se recitan o

cantan estas palabras de Nuestro Señor: «Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente».

2.° *Acostúmbrese a los niños a rogar por los difuntos en el memento de los muertos* cada vez que asistan a la santa Misa.

«Acuérdate también, Señor, de tus siervos y siervas, que descansaron cobijados por las alas de la fe, y duermen ya el sueño de la paz. *(Nómbrese aquí aquellos por quienes queréis rogar.)* Te suplicamos, Señor, que a éstos, y a todos los que descansan en Jesucristo, les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz.

Hágase notar que en el Cementerio y en muchas tumbas se leen inscripciones invitando a rogar por los muertos.

II. Utilización de esta lección para el desenvolvimiento de la vida sobrenatural

Esta parte de la clase de Catecismo es muy importante. Puede desdoblarse en dos.

A) Ejercicio de reflexión

(El catequista exigirá de sus alumnos que adopten una actitud propicia al recogimiento, con los brazos cruzados y los ojos bajos, y les exhortará a reflexionar sobre las ideas cuya expresión acaban de oír. Despacito les irá sugiriendo las reflexiones siguientes, que ellos repetirán en voz baja.)

Me criaste, Dios mío, para el Cielo, y sé que nada manchado puede entrar en él. Por esto, en tu bondad estableciste el Purgatorio como una antesala o vestíbulo del Cielo. Allí se purifica el alma en el sufrimiento, a la manera que el oro se purifica en el crisol.

Dios mío, quiero reflexionar hoy sobre el Purgatorio, pensando en mí, desde luego, y también en los demás.

Pensando en mí. — Sí; deseo escaparme del Purgatorio eludiendo sus tormentos, esto es, la privación de la vista de Dios y el suplicio del fuego. Lo que conduce al Purgatorio son los pecados veniales. Peco a menudo por desidia, porque me olvido de Dios; pero tengo en mis manos numerosos medios de borrar tales faltas, como la Confesión y la Comunión, un acto de dolor o de caridad, etc.

Pensando en los demás. — Tengo en el Purgatorio parientes y amigos a quienes amo y de quienes soy amado. Ellos no pueden libertarse con sus oraciones, y por esto se dirigen a mí clamando cada uno: «¡Compadécete de mí, tú que me amas!».

Cuento con muchos medios para socorrerlos, como Misas, oraciones, obras de misericordia e indulgencias.

Propósito. — Propongo de todo corazón orar por mis muertos en el *memento* de los difuntos cada vez que asista a la santa Misa y acordarme de ellos en mis Comuniones, así como en mis oraciones de la mañana y de la noche.

¡Oh, Jesús mío!, dad a nuestros muertos queridos el descanso eterno.

B) Formación de la piedad

Sabemos lo que es el Purgatorio: un lugar de tormento donde se purifican las almas de los justos que lo necesitan. Otra verdad: Estas almas nada pueden por sí mismas; pasó para ellas el tiempo de merecer, y por esto lo esperan todo de nosotros. ¿Debemos y podemos socorrerlas? Contestando a estas dos preguntas inculcaremos a los niños la devoción hacia los difuntos.

La primera idea que se debe recordar es la que hemos expuesto al tratar de la Comunión de los Santos. Todos juntos no formamos sino una familia y, como miembros de la misma, tenemos deberes los unos para con los otros.

La Iglesia, que habla en nombre de Dios, nos recuerda a menudo esos deberes y nos sugiere dos reflexiones:

1.° *Todo nos invita a socorrer a dichas almas.* — No nos gusta ver sufrir. Pues bien; aquellas almas sufren. Entre ellas un deber de justicia nos señala en primer lugar a los difuntos a quienes conocimos y amamos en este mundo, especialmente a los que fueron miembros de nuestra familia.

2.° *Hemos de socorrerlos en interés nuestro.* — Los difuntos, por motivos de gratitud se convierten en decididos protectores nuestros; y librados ya de las penas del Purgatorio velan de continuo por nosotros.

¿Por qué medios se les puede socorrer?

1.° *La oración es un medio precioso.* — «Todo cuanto pidiereis en la oración — dijo Nuestro Señor — lo alcanzaréis.» La oración es una llamada a la misericordia de Dios y una satisfacción a su justicia. Se puede rogar a Dios por la intercesión de los Santos y sobre todo de María, que gusta de libertar a las almas del Purgatorio.

2.° *El santo sacrificio de la Misa.* — El valor del santo sacrificio es infinito: es la Sangre de Nuestro Señor que, derramada en el Calvario, abrió a la Humanidad las puertas del Cielo.

3.° *Las obras buenas,* como sacrificios, limosnas, actos penosos ofrecidos a Dios, padecimientos, actos de caridad fraterna, ayunos y penitencias.

Aquí podréis enumerar algunos pequeños sacrificios apropiados a vuestro auditorio, haciendo prometer a los niños que los llevarán a la práctica.

4.° *Las Indulgencias.* — Tesoro de la Iglesia, riqueza espiritual que puede servir para extinguir las deudas de los difuntos. Indicad cómo se gana una indulgencia, y mencionad la indulgencia plenaria, tan fácil de adquirir luego de haber comulgado. (Rezo de la oración: «Miradme, oh mi amado y buen Jesús...»). Explicad el sentido de las palabras: «cincuenta días de indulgencia, cien días de indulgencia». Con estas palabras la Iglesia no pretende perdonar cincuenta o cien días de Purgatorio, sino otorgar la remisión de la pena equivalente al perdón que en otro tiempo se obtenía con una penitencia canónica de ese número de días.

5.° *Prácticas.* — a) Llamar la atención de los niños sobre la Conmemoración de todos los fieles difuntos que se celebra el día 2 de noviembre; b) Sobre el mes de noviembre consagrado a ellos; c) Hágaseles prometer que cada día rezarán una oración por los difuntos; d) Que el *memento* de los muertos que se hace en la Misa nombrarán a los difuntos de su familia; e) Que se acordarán de las almas del Purgatorio que se hallan en mayor abandono, ofreciendo por ellas algún sacrificio

* * *

III. Veinticinco minutos de catecismo delante de la pizarra

PIZARRA	POSTRIMERÍAS DEL HOMBRE
Conviene pensar con frecuencia en la muerte.	Vamos a hablar hoy de los últimos artículos del *Credo: Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.* Estos dos frases sugieren lo que acabo de escribir. Conviene pensar con frecuencia en la muerte. En efecto, la muerte es un fin, una de las postrimerías del hombre, como dice el Catecismo. Conviene pensar en ella. ¿Por qué? Para que el fin sea dichoso. Imaginad que os habéis perdido en medio de un bosque que atraviesan dos caminos. Imaginad que se os dice: Os conviene salir de aquí, pues este bosque es obscuro y frío; salid y encamináos al llano, donde brilla el sol; pero os he de advertir que paréis mientes en escoger el buen camino,

por cuanto uno de los dos conduce al llano, a la risueña pradera, a la luz del sol; al paso que el otro lleva a un precipicio del cual nadie ha conseguido volver.

¿Qué haríais? A buen seguro que, caminando a través del bosque, procuraríais comprobar cuidadosamente, de trecho en trecho, si os halláis en la senda segura.

Pues bien; esto es lo que hacemos nosotros en este día repitiendo:

Reléase y bórrese.

Conviene pensar con frecuencia en la muerte.

—¿Y qué es la muerte?

La muerte es la separación entre el alma y el cuerpo.

Es la separación entre el alma y el cuerpo.

Ha poco fuí llamado para asistir a un jovencito enfermo. No os diré su nombre, sino que contaba como catorce años.

Le hablé de Nuestro Señor, de la Virgen Santísima y de su alma, y le di la absolución. Me habló, y le dejé en estado agónico.

Fuí allá al día siguiente, y le vi tendido en el lecho. Ya no hablaba, ni oía, ni veía. Estaba muerto.

Me hallaba ante un cuerpo del todo inanimado. Cerré sus manos, que habían dejado de sentir.

¿Por qué?

Antes de contestar, pregunto a mi vez: Cuando yo os hablo, ¿quién me entiende: vuestro cuerpo o vuestra alma?

Vuestra alma, sin duda.

¿Por qué, pues, no podía entenderme aquel jovencito? Porque su alma se le había separado del cuerpo.

Su alma se había remontado hacia Dios, que la creara y que ahora la llamada a rendir cuentas.

Habéis comprendido qué cosa es la muerte: es la separación entre el alma y el cuerpo.

El cuerpo se reduce a polvo...

El cuerpo empieza a descomponerse, se agrava por momentos, muere, es metido dentro de un ataúd, entra en putrefacción, es enterrado y acaba por reducirse a polvo.

Ya no existe. Al cabo de unos años podéis remover la tierra y no encontraréis sino vestigios de lo que fué cuerpo humano.

pero resucitará para no volver a morir.

Mas el Símbolo de los Apóstoles nos dice que el cuerpo resucitará para no volver a morir: «Creo en la resurrección de la carne.» Dios es todopoderoso. Creó todas las cosas con una sola palabra, y podrá asimismo devolverle la vida a este polvo en que se habrán convertido todos los cuerpos.

¿Y qué es del alma?

Atended a estas preguntas: ¿Puede el alma descomponerse como el cuerpo? ¿Podemos tocar o ver un alma? No, puesto que es espiritual y carece de materia, y por tanto no se puede descomponer como la materia o como el cuerpo.

El alma no puede morir

Después de la muerte el alma comparece delante de Dios, quien la juzga acerca de todos sus actos.

No bien se ha separado del cuerpo, vuelve a Dios. Como se lee en el Catecismo, después de la muerte comparece el alma delante de Dios, que es el creador de las almas y el que las juzga acerca de todos sus actos.

Subrayo las palabras *Dios* y el verbo *juzgar*.

Os pregunto: ¿Lo sabe todo Dios? ¿Lo ve todo?

¿Queréis pensar alguna cosa? Yo ignoro vuestro pensamiento; ¿lo conoce Dios? ¿Qué hicisteis tres meses atrás? Yo no lo sé; ¿lo sabe Dios? Sí, y siempre sí.

Escribo, pues: Dios juzga al alma.

¿Se puede engañar a Dios? No. Cuando nos juzgue a nosotros, ¿procederá con justicia? Sí, ciertamente. Nos juzgará acerca de nuestras *acciones buenas,* como oraciones, limosnas, observancia de los propios deberes, penas sobrellevadas con resignación, virtudes practicadas, obras de misericordia, etc., y acerca de nuestras *acciones malas,* como profanación de su santo Nombre, omisión de oraciones y Misas, juramentos falsos, impurezas, hurtos, injurias al prójimo, mentiras, orgullo, etc.

Esto es el juicio particular.

Este juicio será particular. El alma se encontrará sola delante de Dios.

Bórrense las palabras más importantes; hágase completar la frase y pásese a la idea siguiente.

¿Y después?

Después..., escuchad el siguiente relato del Evangelio. (Léase despacio y explíquese la parábola del rico Epulón y Lázaro, el mendigo.)

Habéis entendido este relato. Después de esta vida habrá otra, *feliz* o *desgraciada;* cielo o infierno.

Escríbase a la derecha de la pizarra:

El Cielo es un lugar de felicidad completa...

¿Qué es el cielo?

Es el lugar de la felicidad cumplida.

¿Es necesario deciros qué es la *felicidad?*

Imaginad que es el día de vuestro

santo, y que vuestro papá os dice: Para obsequiarte en este día te he comprado un regalo. Abrís la puerta de vuestro aposento, y os encontráis con una espléndida bicicleta que tiene los frenos niquelados, y el cuadro esmaltado de negro, de un brillo deslumbrador.

Si se trata de una niña, su mamá le regala ese mismo día un pequeño estuche. Lo abre, y encuentra dentro un magnífico reloj pulsera de oro que tiene engarzadas unas pequeñas perlas.

¿Os sentís felices en tales momentos?

Sí, muy felices.

Os vuelvo a ver después de un año.

Os hablo de vuestra bicicleta y de vuestro reloj. ¿Noto en vosotros el mismo contento por la posesión de tales objetos? No.

Ya no tenéis aquella dicha. Os habéis familiarizado con dichos objetos, y ha dejado de ser plena la dicha de que disfrutabais.

En el Cielo la felicidad es perfecta; dura siempre, y es siempre nueva e igualmente intensa. ¿Por qué?

donde los buenos gozarán de Dios para siempre.

Porque es el msimo Dios quien se nos da.

Podríais decirme, queridos niños, si existe una cosa que sea mejor que Dios? El es quien hizo todas las cosas y, por tanto, es mejor que todas ellas. Y es mejor que vuestros padres, porque es el Creador de vuestra alma. Así, pues, cuando El se da, lo da todo con El, de suerte que el alma ya no desea otra cosa y queda en pose-

sión de la dicha, de la paz y del contento para siempre. La posesión de Dios colma todos sus deseos.

Si alguno os diese el mundo, la tierra entera con todas ssu riquezas, sus bienes y sus moradores, no os quedaría nada por desear, al parecer; lo tendríais todo. Mas ¡ ay !, todavía habría un vacío en vuestra alma.

¿Qué es, en efecto, todo eso en comparación de Dios, que es el Creador del universo e infinitamente superior al alma humana?

Subráyese la palabra: siempre

En cambio, en el Cielo se encuentra la felicidad completa. No hay allí tristeza, ni dolor, ni enfermedad, ni lágrimas, sino sólo la dicha para siempre, pues la felicidad del Cielo no tendrá nunca fin.

¿Qué hay que hacer, pues, para ir al Cielo? Una cosa muy sencilla.

Tenéis a mano el guía que os muestra el camino del Cielo: el Catecismo.

Contáis con unos hombres diputados por Dios para instruiros y situaros en el buen camino: Los Sacerdotes. Haced lo que os dice el Catecismo. Escuchad a los sacerdotes, e iréis al Cielo, porque moriréis en estado de gracia, o sea exentos de pecado mortal.

Escríbase a la izquierda de la pizarra:

Si, por desgracia, os olvidáis del Catecismo, si no prestáis oído a los sacerdotes, si vivís en pecado, tened por cierta una cosa: que después de esta vida existe también el infierno.

El Infierno...

Recordad la parábola del Evangelio sobre el mal rico.

es un lugar de tormentos..

El infierno, dice el Catecismo, es

un lugar de tormentos, esto es, de penas, dolores y padecimientos. Notad que escribo «tormentos», en plural, porque en realidad son de diversas clases los que se padecen en el infierno.

El principal de todos, el más aflictivo, es la *privación de la vista de Dios,* Lo entenderéis con un simple ejemplo.

Tomad a un niño de cinco o seis años y dejadlo siempre solo, alejado de su padre y de su madre. ¿No es verdad que estará muy triste y que sufrirá mucho?

Suponed que sois vosotros los que habéis sido raptados y separados para siempre de los papás. ¿No es verdad que sufriríais mucho?

Sí; vuestra alma estaría anegada de tristeza.

Pues bien, esa tristeza, ese dolor, son nada comparados con el dolor que sufren las almas al verse privadas de ver a Dios.

Dios es la felicidad infinita. Cuando se posee a Dios, se tiene todo. Es más necesario al alma, que el padre o la madre a un niño. Perderle a El es perderlo todo, y éste será el principal tormento de los condenados, quienes se verán para siempre separados de Dios, sufriendo en compañía de los demonios.

donde los condenados se verán para siempre separados de Dios, sufriendo en compañía de los demonios...

Sufrirán, asimismo, el remordimiento de la conciencia y se dirán con gran desespero: Nos hemos jugado la eternidad; por culpa nuestra hemos perdido el Cielo, y ahora hemos de sufrir en compañía de los demonios, de esos ángeles rebeldes a Dios

a quienes preferimos un día antes que a los ángeles buenos.

en un fuego que nunca se apagará.

Además, estarán sumergidos en un fuego que nunca se apagará.

No invento nada, queridos niños; el mismo Señor nos lo advierte: El día del Juicio se dirá a los malos: «Apartaos de mí, malditos; ir al fuego eterno.»

La palabra de Dios no admite discusión. Es cuestión, pues, de evitar el infierno, para esto es preciso esforzarse en no cometer ningún pecado grave.

Van al infierno los que mueren en pecado mortal.

En efecto, van al Infierno los que mueren en pecado mortal.

Y advertid que no se requieren muchos; basta uno solo. Así como un solo golpe puede causar la muerte, así también un solo pecado mortal es bastante para precipitar el alma en el infierno.

Os invito a reflexionar, queridos niños.

Reléase; bórrense las palabras más importantes; hágase completar la frase y bórrese todo.

El mal rico gritaba: «Soy atormentado en medio de estas llamas.» Era tarde para salvarse; había terminado su vida terrena, y nada podía cambiar ya su destino. Mientras se vive en la tierra hay posibilidad de colocarse en el buen camino.

(Concédase un minuto de silencio para la reflexión personal y repítase despacio esta súplica.)

Dios mío, dame el Cielo;

Dios mío, presérvame del Infierno.

Preguntará algún niño: ¿Adónde van los niños que mueren manchados con el pecado venial.

Para ir al Cielo es preciso, en efecto, estar libre de todo pecado, así mortal como venial.

El Purgatorio...

Van al Purgatorio.

es un lugar de sufrimiento donde las almas de los justos dejan expiados sus pecados y son admitidas en el Cielo.

El Purgatorio es un lugar de sufrimiento. El mayor tormento es la privación de la vista de Dios, tormento terrible, pero suavizado con la esperanza de que dicha privación no será eterna, puesto que llega un día en que las almas dejan expiados todos sus pecados y son admitidas en el Cielo.

Subrayo la palabra «expiar».

Las almas de los justos expían sufriendo el tormento del fuego y el de no poder ver a Dios. Como no pueden ya merecer, el tiempo *irá abreviando sus padecimientos.*

Recordad aquí lo que os he dicho al explicaros la Comunión de los Santos.

Reléase y bórrese.

Si las almas de los justos no pueden merecer para sí en el Purgatorio, es natural que esperen de vosotros una oración, una obra buena o un sacrificio que abrevie el tiempo de su tormento o las libre de su cautiverio.

El catequista puede proponer los argumentos en favor de la existencia del Purgatorio y pasar en seguida a la parte práctica, expuesta en las notas pedagógicas que antes hemos indicado.

Termínese con una oración por las almas del Purgatorio.

NOTAS PERSONALES DEL CATEQUISTA

Enseñanza. — Piedad.

(El catequista anotará en esta página sus observaciones personales que luego transcribirá en su carnet de preparación.)

Observaciones de orden psicológico y pedagógico.

INDICE

Pág.

CAPÍTULO II

El Símbolo de los Apóstoles y la Señal de la Cruz

Pág.

CAPÍTULO III

Dios

CAPÍTULO IV

Naturaleza de Dios

CAPÍTULO V

Los Misterios. La Santísima Trinidad

CAPÍTULO VI

Los Ángeles. El Hombre

CAPÍTULO VII

La caída del hombre

CAPÍTULO VIII

La Encarnación

CAPÍTULO IX

Vida oculta de Jesucristo

CAPÍTULO X

La divinidad de Jesucristo

CAPÍTULO XI

La Redención

Pág.

CAPÍTULO XII

V, VI y VII artículos del Símbolo

CAPÍTULO XIII

El Espíritu Santo

Pág.

CAPÍTULOS XIV y XV

La Iglesia y sus notas

CAPÍTULO XVI

Los Pastores de la Iglesia

CAPÍTULO XVII

Los Fieles de la Iglesia

CAPÍTULO XVIII

La Comunión de los Santos

CAPÍTULO XIX

Los dos últimos artículos del Credo

Las postrimerías del hombre